

«La literatura necesita más historias como esta.»

*The Guardian*

MICK KITSON

# El refugio

NOVELA

DUOMO  
NEFELIBATA



# Kingston refugio



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2017

## Índice

Kingston refugio

1. Trampas

2. Disparos

3. Anzuelos

4. Nieve

5. Pájaros

6. Pueblo

7. Ingrid

8. Fiebre

9. Setas

10. Campamento

11. Comida

12. Magna Bra

13. Esquí

14. Coche

15. Escarcha

16. Neblina

17. Niebla

18. Casa

Agradecimientos

Notas

Créditos

A mis padres, Babs y Terry Kitson

## Trampas

Peppa dijo: «Frío», y después se quedó un rato callada. Y entonces dijo: «Frío, Sal. Tengo frío». Hablaba en voz muy baja, en un susurro. No era normal. Empezó a preocuparme que pudiera tener hipotermia. Había visto en alguna parte que la hipotermia frena los movimientos y dejas de hablar. Así que bajé la mano y noté que tenía la espalda tibia, y la barriga tibia. Y entonces ella dijo: «Bollera, no me metas mano». Y supe que no tenía hipotermia.

Pero hacía frío. Era la noche más fría desde que habíamos llegado. Por la brújula, sabía que el viento había girado al norte, y el refugio estaba encarado al sureste porque el viento dominante por aquí es del oeste. Así que el viento soplaba por encima de donde habíamos extendido las ramas de abeto. Peppa no llevaba gorro. Pensaba hacerle uno con las pieles de los conejos que cayeran en las trampas. Pero todavía no había puesto las trampas. Me quité el mío y se lo encasqueté bien.

—¿Mejor ahora? —le susurré acercando la boca a una de aquellas orejas suyas tan pequeñas.

Pero se había quedado dormida. Yo ya estaba despierta y empecé a preocuparme un rato. Muchas veces cronometraba mis preocupaciones con el reloj del móvil. Casi todas las mañanas les dedicaba diez minutos, pero en las últimas semanas el tiempo había aumentado, porque tenía muchas cosas de las que ocuparme, y que planificar, antes de la fuga. Iba a adivinar qué hora era. Notaba que estaba a punto de amanecer. Estaba oscuro, pero sentía algo. Yo casi siempre acierto qué hora es. No sé cómo lo hago, pero hasta hace poco era importante saberlo. Porque, por ejemplo, mamá y Robert normalmente volvían justo después de las once, y cuando yo ya había instalado la cerradura en la puerta de Peppa, me aseguraba de que estuviera cerrada con llave y de que ella estuviera dentro, dormida, antes de que llegaran.

Ellos ni siquiera sabían que había puesto aquella cerradura. No sabían que había robado un mitaladro y dos formones en el B&Q. Les arranqué las

alarmas con un cortaúñas. Compré una cerradura en el ASDA y miré cinco vídeos de YouTube antes de instalarla. Ellos ni se enteraron de los agujeritos que hice con el taladro, porque además la pintura de las puertas de nuestro piso estaba toda rayada y levantada. A partir de entonces Peppa tenía la llave. Robert ya no podría entrar aunque lo intentara. No lo intentaba nunca. Si hubiera instalado una cerradura en mi puerta, Robert la habría arrancado a patadas y habría despertado a Peppa. A mamá no la habría despertado, porque cuando estaba borracha y perdía el conocimiento no había manera de despertarla.

Además, él todavía no había empezado a entrar en el cuarto de Peppa, pero yo sabía que lo haría pronto, porque había dicho que lo haría, y Peppa ya tenía diez años, y yo tenía diez años cuando empezó conmigo.

Así que pensé que dedicaría diez minutos a preocuparme. Sabía que no tardaría en clarear. En el Manual de Supervivencia de la Fuerza Aérea Especial pone que hay que encender una hoguera del tamaño del cuerpo junto a un refugio construido aprovechando una pared, y después construir una barrera por detrás, con palos, para reflejar el calor. Yo eso todavía no lo había hecho porque entonces no estaba segura de si nos quedaríamos allí. Pero el sitio estaba bien. Era un repecho elevado, más o menos plano, sobre el arroyo, y alrededor estaba todo lleno de abedules muy grandes. Nosotras habíamos atado la lona a dos de ellos para construirnos el refugio. La lona era de esas de camuflaje, marrón y beis, con manchas amarillas, como las que se usan en los desiertos. Pero servía, porque yo me alejé corriendo y entré un poco en el bosque y miré entre los árboles y no la vi.

Bueno, de todos modos se notaba que allí había alguien porque oí que Peppa me gritaba: «¡Sal! ¡Ven a ver esto!». Era un sapo, y lo estaba acariciando, y yo le dije: «Tiene veneno en la espalda, para que los depredadores no se lo coman». Y ella me dijo: «Pero yo no me lo voy a comer, Sal. ¿Se puede comer? No quiero comérmelo. Le voy a construir una casa».

Y entonces le hizo una casita con piedras planas y guijarros y metió dentro al sapo. Dijo que se llamaba Connor, el nombre de un niño del colegio que le gustaba.

A mí me preocupaba el fuego, y que la gente lo viera, no tanto de día, sino de noche. Si la leña está seca, la pequeña pirámide de fuego no levanta mucho humo, sale más si la madera está mojada, o es demasiado fresca. Además, el

viento lo aleja. Además, estábamos en la «Última Gran Zona Virgen del Reino Unido», y nos encontrábamos exactamente a trece kilómetros de la zona poblada más cercana, y aproximadamente a ocho kilómetros de una pista forestal, y a seis kilómetros de una carretera. Había escogido el sitio con gran precisión, gracias a un mapa del Servicio de Cartografía que había pillado en la biblioteca, donde tienen todos los mapas de las Islas Británicas publicados por la Agencia Cartográfica Nacional. Estábamos exactamente media milla bosque adentro, detrás de una cresta que asciende hasta una cima que por muy poco no llega a los tres mil pies. En realidad, si hubiera tenido veintiocho pies más ya sería un munro, y aquello estaría todo lleno de escaladores y gilipollas en anorak subiendo hasta arriba.

No hay árboles en el pico, pero según el mapa hay un círculo de piedras antiguas. La montaña tiene un nombre en gaélico, y cuando se lo pregunté a la señorita Kerr me dijo que se pronunciaba Magna Bra. Magna Bra. Se lo dije a Peppa, y quiso ir porque le conté que «magna» significa «grande» en latín, y a ella eso le hizo mucha gracia, y se puso a saltar de un lado a otro diciendo: «Sujetador grande, sujetador grande». Peppa es malísima, tiene la mente sucia, le encanta que la oigan cuando dice guarradas.

Pero de noche sí se veía el resplandor de la hoguera desde lejos. No del lado de la lona. Del otro. Así que se me ocurrió que si construía la barrera esa que explican en el manual, bloquearía la luz por la noche, desde el este. No sé de dónde vendrían si vinieran a buscarnos, pero es posible que vinieran del este. La autopista nos queda al este, y la usarían si vinieran hasta aquí. Aunque no creo que vengan, ni sé cómo iban a saber que estamos aquí.

Después de mi rato de preocupación decidí que construiría la barrera hoy, y después montaría las trampas. Nos quedaba comida para dos días más, creía. O tres, si yo no como y Peppa sí. Así que tendríamos que empezar a poner trampas y cazar. Yo tenía la escopeta de aire comprimido de Robert. Era de cañón corto, y había que bombearle aire. Disparaba perdigones del calibre .22, y yo tenía dos latas de perdigones. No pensaba dejar que la usara Peppa por si se disparaba a sí misma, o me disparaba a mí sin querer. Pero yo tengo buena puntería. Practicaba en la entrada del piso, y se me ocurrió un sistema para adaptar el visor a distancias mayores. También vi un vídeo de YouTube sobre el tema tres días antes de que nos fuéramos. Bombeando siete veces, un perdigón puede atravesar un contrachapado de nueve milímetros. La traje en

una funda de palos de hockey, con cremallera, que encontré en los vestuarios del colegio.

Estaba amaneciendo. Aquí, en octubre, eso significa que eran más o menos las siete y veinte. Peppa dormía en el saco, y yo había salido para no despertarla. Las hojas que habían caído eran de un amarillo claro, y brillaban con la luz del sol que se colaba entre los árboles. Los abedules también brillaban. El abedul tiene el tronco blanco, y serviría para construir la barrera porque el blanco refleja la luz y el calor. Soplé las brasas y alimenté la hoguera con más ramas finas que solo tenían las puntas quemadas. Había dejado un montón de palos sobre una piedra plana para que se secaran, y cuando prendieron construí una pirámide sobre ellos. El fuego silbó y empezó a soltar humo, y entonces coloqué encima el hornillo de acero, y la tetera encima para hervir agua. Teníamos bolsitas de té, y leche pasteurizada y sobres de azúcar de McDonald's. Montones.

El sol ya había salido y brillaba entre los árboles, y de la tierra del bosque subía un vapor en forma de volutas blancas. Había destellos diminutos de escarcha en los bordes de las hojas y las ramas más finas. El viento se había encalmado y el humo subía recto entre los árboles. Todo estaba en silencio, solo se oía el silbido de la hoguera. Después oí los pájaros, el graznido de los cuervos. Nada más. Ni el rumor de una carretera, ni el ruido de tráfico, ni de ruedas. Ni golpes ni pitidos. Ni tele. Nadie gritando.

Yo tenía cuatro trampas hechas con alambre retorcido, con unos aros pequeños y dorados en los puntos en que los alambres se cerraban en un nudo, y un cordel verde fijado a un palito de madera con una muesca. Se instalaban en los caminos que usaban los conejos y se dejaban ahí toda la noche. Lo había visto en YouTube, en un canal de supervivencia. Parecía fácil, y el conejo ya estaba muerto por la mañana. Aunque a mí no me importaría matar uno. Nunca había matado un conejo ni ninguna otra cosa. Solo a Robert.

Allí decían que había que enterrarlas unas horas para quitarles el olor humano, así que aparté unas hojas, saqué las trampas de la mochila de Peppa y las cubrí con las hojas. Había comprado las trampas en una tienda de artículos de pesca de la ciudad, con el dinero que había sacado de una de las tarjetas de Robert. Robert siempre tenía tarjetas cuando volvía de los sitios a los que iba. Y yo se las robaba cuando estaba borracho y se quedaba dormido.

Lo bueno de mamá y Robert era que nunca se enteraban de nada. Si algo cambiaba o se movía de sitio, ni se daban cuenta. Yo sabía dónde estaba todo



en mi habitación y en el resto del piso. Sabía cuántas tazas teníamos, cuántas cucharas. Sabía cuánta leche había, cuánto jabón para fregar los platos. Me fijaba constantemente. Lo había hecho desde que era muy pequeña. Me fijaba en lo que eran las cosas, en dónde estaban, y notaba cuándo se trasladaban, cambiaban o desaparecían. Mamá y Robert no veían nada.

La peor era mamá. Ni siquiera con sus latas... Nunca sabía cuántas le quedaban. Yo sí. Se las escondía, y ella ni se enteraba de que solo quedaban dos en vez de tres en la nevera. A veces, si solo tenía dos no pasaba nada. Yo me había dado cuenta hacía años, así que le escondía un par y le dejaba otras dos, y cuando ella llegaba y quería una yo le decía: «Solo te quedan dos». Y ella: «Creía que quedaba un paquete de cuatro». Y yo: «Te las habrás bebido». Y ella decía que sí. Cuando Peppa empezó a pillarle cigarrillos, tampoco se enteró.

Robert tampoco se daba cuenta de nada, porque casi siempre estaba borracho, o fumado, o las dos cosas a la vez, y aunque miraba muy fijamente y durante mucho rato las cosas, nunca se daba cuenta de si faltaba algo, ni de si yo había cambiado algo de sitio o había comprado algo. Casi siempre, Robert tenía los ojos medio cerrados, como si se estuviera fijando mucho, y muy rojos por la hierba que fumaba, y por lo que bebía. El poco blanco que se le veía estaba amarillo.

La lona y el cuchillo de caza, la tetera, incluso las zapatillas de Peppa, todo había llegado por correo, todo era de Amazon, y todo lo había pagado con las tarjetas robadas que Robert traía a casa y guardaba en el cajón de la mesilla de noche. Yo iba con cuidado cuando le pillaba las tarjetas o le quitaba la billetera. Un día estaba colocado, tirado en el sofá, y yo intenté quitarle la cartera que llevaba en el bolsillo de atrás de los pantalones, y él medio se despertó y me agarró y me dijo: «Te voy a cortar las putas manos», y entonces se quedó dormido otra vez y yo se la quité.

Lo único a lo que no le quitaba la vista de encima era a mí. «¿Estás bien, cariño?», me decía. Una vez le dijo a un tío en la tienda de fish and chips que yo era su hija. Yo habría querido decir: «Y una mierda, no lo soy», pero él se las daba de duro, y me había pasado el brazo por encima de los hombros, y decía: «Esta es mi pequeña Sal». Si hubiera dicho algo, después lo habría pagado, así que me callé y miré fijamente al otro tío.

Peppa se despertó y dijo:

–Sal, ¿Connor está ahí todavía?

Y yo me acerqué y levanté la piedra que cubría su casa. Y sí, ahí estaba. El pobre bicho estaba muy bien ahí abajo, era húmedo y había hojas, y barro.

Peppa dijo: «¡Genial!», y se levantó de un salto del saco de dormir, y empezó a ponerse las zapatillas. Me habían costado ochenta y cuatro libras en Amazon, y tienen suelas de Vibram, que son las mejores para caminar y trepar.

Peppa corre más que nadie en el mundo, creo. Tiene unas piernas larguísimas, y parece el viento cuando sopla. Era más rápida que cualquier chico del colegio, más aún que los que eran mayores que ella. De hecho, lo hace todo rápido. O se está quieta como una piedra, o va muy deprisa. Come deprisa y camina deprisa.

Y Peppa come de todo, y SIEMPRE tiene hambre. Cuando éramos pequeñas, teníamos hambre muchas veces, porque mamá estaba por ahí, borracha, o no teníamos dinero, y Peppa entraba en otros pisos del complejo de viviendas y pedía comida. Aprendió a comer cualquier cosa, no como la mayoría de los niños, que no soportan la ensalada y solo quieren patatas fritas.

Pero Peppa muchas veces mendigaba patatas fritas en las tiendas de fish and chips y pedía comida a los otros niños en el colegio. Y a los profesores. Y al final le dije que parara, y tuve que empezar a conseguirle comida, porque si la gente lo contaba, los servicios sociales vendrían y se nos llevarían. Los servicios sociales siempre se estaban llevando a niños, y siempre separaban a hermanos. Por eso yo no le decía nada a nadie, y mamá nos advertía de que se nos llevarían y nos separarían. Y por eso yo pillaba comida para Peppa muchas veces, y le traía bolsas de ensalada y zanahorias, y una vez una remolacha metida en una bolsa de plástico, que estaba cocida, y a ella le encantó. Y ella dejó de mendigar comida y nadie le dijo nada a los servicios sociales sobre nosotras.

Y cuando Robert empezó a irme detrás, me dijo que si contaba algo, aunque fuera a mamá, se nos llevarían y nos separarían. Dijo que a Peppa la acogerían y la adoptarían unos africanos, porque ella es medio africana, y que a mí me adoptarían unos viejos, y que ya no estaríamos juntas. Pero eso no pasará nunca.

Por eso, para sobrevivir, es bueno comer de todo, como Peppa, pero no tener hambre siempre, como le pasa a ella.

«Me muero de hambre, Sal», dijo Peppa, y yo le di un poco de pastel Dundee y cuatro galletas belVita y le dije: «Vamos a cazar conejos con unas

trampas», y ella me dijo: «¿Para comérmolos?», y yo le dije: «Sí», y ella dijo: «Bien».

Le echó un vistazo a Connor, debajo de las piedras, y lo cogió y se lo puso en la mano, y le habló. Le dijo cómo se llamaba, y cómo me llamaba yo, y de dónde veníamos, y por qué estábamos en el bosque. Después volvió a dejarlo en su casita y se puso su chaqueta Helly Hansen.

Los conejos no hibernan. Los hay a montones en el bosque de Galloway y casi todos viven en madrigueras a los pies de las colinas y las laderas, donde la tierra está cubierta de hierba y de maleza. Hierba es lo que más comen, y no zanahorias o lechuga, como Peter Rabbit, el de la tele. Era otoño y en casi todas las páginas web decían que estarían activos, y que había que buscar caminos en la hierba para plantar las trampas. Yo no he plantado nunca una trampa, ni he vaciado nunca un conejo, ni lo he despellejado, pero he visto cómo se hace un montón de veces, en YouTube.

Saqué las trampas de debajo de las hojas y el barro y me las metí en el bolsillo del abrigo. Llevaba el cuchillo en el cinturón, guardado en una funda.

Bajamos desde nuestro refugio por el arroyo, y lo cruzamos por unas piedras, y después subimos por una ladera en la que el bosque era menos espeso, y había hierba y helechos. Peppa echó a correr. Los helechos se estaban secando, pero todavía se veían altos, muy tiesos, y ella se perdió entre ellos, y yo le veía el pelo rojo asomando entre los huecos. Me concentraba en el suelo, en busca de rastros de conejo. Había surcos dejados por animales, y vi huellas de ciervos en el barro y otras huellas que tendría que buscar más tarde en el Manual de Supervivencia. Subimos hasta que llegamos a la parte plana. Más allá había otra pendiente larga que bajaba hasta el lago que había al fondo de todo. Peppa bajó por la ladera, y yo no quería que asustara a ningún animal, pero corría tanto que no había manera de pararla. Yo ya la había visto alejarse así otras veces, saltando sobre troncos y tocones de helecho, corriendo tan deprisa, tan suavemente, que parecía que fuera sobre ruedas. Y entonces se paró en seco a media bajada y gritó: «¡Sal!».

Me fui hacia ella y llegué a una zona en la que había muchos menos árboles, casi todos abedules viejos y robles, algunos con unas ramas más anchas que yo, que colgaban hasta rozar el suelo. Ella estaba junto a una roca gris, grande, que sobresalía de la hierba. Y señalaba algo que había delante.

–Mira –me dijo.

Eran madrigueras de conejo, tres, rodeadas de cagarrutas. Al fijarme mejor,

vi más. Algunas de ellas estaban más arriba, junto a un roble, y los agujeros estaban cubiertos de flecos de hierba. En total eran nueve, algunas abandonadas, sin excrementos delante. Otras tenían pilas de barro fresco fuera, porque no hacía mucho que las habían excavado. Se veían caminos que se alejaban a partir de esas madrigueras, surcos de un color algo más claro que se dibujaban en la hierba. Casi todos bajaban por la ladera en dirección al lago. Cuanto más se bajaba, más verde y tupida era la hierba, y menos árboles y helechos había.

–Es una madriguera –dije.

–Pues saca las trampas –dijo Peppa.

–Las trampas no se pueden instalar delante de las madrigueras, porque entonces los conejos pasan por el lado. Bear Grylls, el de los programas de supervivencia, dice que hay que alejarse de la madriguera siguiendo un camino, y montar las trampas más lejos.

–Yo vi ese programa, Sal, y no cazó ni uno. Tuvo que comprar un conejo para cocinarlo. Qué gilipollas –dijo.

Tenía razón, pero aun así el tío sabe de lo que habla, porque ha estado en las Fuerzas Especiales del Ejército del Aire, y ha sobrevivido en todas partes, y se tira en ciénagas y en pantanos helados aunque no le haga falta. Pero es un gilipollas, aunque eso es seguramente porque es un pijo y es inglés. La mayoría de la gente que sale en la tele en programas de supervivencia es pija y es inglesa, como Ray Mears y Ed Stafford, y casi todos los pijos ingleses son gilipollas. Pero yo había conseguido un cuchillo de Bear Grylls en Amazon y era genial, el mismo que usaba él, de espiga completa.

–No llames gilipollas a Bear –le dije.

Y ella repitió «gilipollas», y se alejó corriendo pendiente abajo.

Escogí uno de aquellos rastros de conejo y lo seguí entre más helechos marrones. De vez en cuando me volvía para mirar la roca, y a unos cincuenta metros, aproximadamente, llegué a un terreno en el que solo había hierba, una hierba densa, aterciopelada, de briznas separadas y un verde más claro. El camino pasaba por el centro. Entonces oí que Peppa gritaba: «¡Un conejo!», y volvía a subir corriendo persiguiendo a uno de aquellos animales. El conejo pasó entre los helechos, y llegó al claro en el que estaba yo, con Peppa casi pisándole los talones, pero al verme giró en redondo. Peppa ponía esa cara que pone siempre cuando corre, como si se mordiera el labio inferior y sacara la lengua por debajo. Cuando el conejo derrapó un poco, ella intentó cambiar

de dirección tan deprisa que perdió el equilibrio y cayó sobre los helechos, que crujieron y silbaron.

–Cabrón –dijo.

–Corre hasta ese árbol y coge unas ramitas –le dije yo.

Y ella se fue hacia el roble. Hacen falta ramitas para mantener abierta la trampa en el camino, y tienes que montarla a un palmo del suelo para que esté alineada con la cabeza del conejo. Saqué la primera trampa y le froté un poco de barro para disimular el olor humano, pero en realidad los conejos no tienen un sentido del olfato muy desarrollado, a diferencia de las ratas o los topos. Oyen muy bien, eso sí, y se comunican pateando el suelo para avisarse unos a otros. También tienen buena vista, y por eso cubrí con hierba el metal brillante, para camuflarlo mejor.

Peppa volvió corriendo con las ramitas, y yo las hundí en el suelo y monté la trampa, abierta, a lo ancho del camino; luego clavé el palito de madera con el mango del cuchillo.

–¿Y así lo cazaremos? –preguntó Peppa.

–Sí –le dije yo–. Tendremos que dejarlo toda la noche, pero lo atraparemos.

Y me lo creía, porque si crees que algo pasará, pasa, y por eso tienes que ir con cuidado con lo que crees que va a pasar. Yo creí durante casi un año que iba a pararle los pies a Robert y a poner a mamá a salvo, y lo hice.

Montamos otras tres trampas, una en el camino que habíamos seguido, más abajo, y otras dos en otro que iba en paralelo hasta el lago de abajo. Después nos alejamos bastante de la zona en la que creía que estaban los conejos, para no asustarlos en nuestro descenso hasta el agua.

–Bajemos hasta el lago –dijo Peppa, y empezó a correr entre los helechos y los árboles, hacia la orilla.

Yo intenté calcular en metros a qué distancia estaba de la orilla, y llegué a la conclusión de que a unos setenta metros, y sabía que un paso mío tenía noventa centímetros, porque lo había calculado. Así que vi que si daba setenta y siete pasos en línea recta, hacia abajo, eso hacía más o menos setenta metros. (Divides 7.000 centímetros entre 90 y te da, aproximadamente, 77,7.) Esa era una de las cosas que había aprendido a hacer, calcular distancias. Se me dan bien las matemáticas: me sé las tablas de multiplicar y sé dividir mentalmente. Por eso, si me hace falta, sé calcular lo lejos que está algo, o cuánto tiempo tardará en llegar hasta donde estoy yo, y eso es importante para la supervivencia. Di setenta y siete pasos en línea recta, hacia abajo, y llegué a

la orilla del lago y a la playa pequeña de piedras planas. El agua estaba a unos cincuenta centímetros de donde me había detenido, así que no lo había calculado tan mal.

El lago era largo y describía una curva, y por eso desde aquella playa no se veía el final, pero sí se veía desde la ladera de la montaña. Los árboles bajaban hasta el agua en torno a todo el lago, menos en el tramo en el que estábamos nosotras. Estaba esa playa pequeña, y por el ángulo de la pendiente que quedaba detrás de mí calculé que, a tres metros de la orilla, la profundidad debía de ser de un metro y medio, pero en realidad no podía estar segura, porque podía haber hondonadas en la roca, bajo el agua, que harían aumentar la profundidad. Todo estaba en calma, plano. La brisa del norte había amainado desde la mañana y el agua era como una plancha de cristal, o de acero muy pulido. Era de un color entre marrón y amarillento, pero transparente cuanto más hacia el interior, porque no había llovido casi nada en la zona desde hacía casi tres semanas. Lo había comprobado todos los días antes de que llegáramos.

Peppa estaba haciendo equilibrios a unos tres metros de mí, sobre una roca a la que había saltado desde unas piedras que sobresalían de la playa.

–No te mojes las zapatillas, Peppa –le dije.

–Vale. Eh, Sal, veo peces aquí... pequeños, de rayas.

En realidad no pasaba nada si se las mojaba, porque eran de Gore-Tex, que es a la vez transpirable e impermeable, pero si les entraba agua por encima del empeine entonces sí habría que secarlas en la hoguera, o sería peligroso llevarlas mucho rato, porque podía pillar pie de atleta y otras infecciones por hongos. Debíamos tener cuidado con las infecciones, le había dicho yo.

Incluso con los cortes más diminutos y con las rozaduras, porque solo tenía cuatro pastillas de amoxicilina que había encontrado en el armario del baño. En mi primer botiquín de primeros auxilios tenía tiritas, yodo, algodón, dos vendas, imperdibles, tijeras. Antiséptico Savlon y algunos antidepresivos que se llamaban Citalopram 30. Me pareció que podían ser útiles si Peppa se deprimía, como mamá. A mamá nunca parecían hacerle nada, pero tal vez fuera porque se pasaba tanto tiempo borracha que seguramente no le hacían efecto. Como cuando dicen que no se pueden mezclar antibióticos con alcohol porque el alcohol impide que los antibióticos maten las bacterias que causan las infecciones. Pero nosotras no teníamos alcohol, y no íbamos a conseguirlo, ni siquiera con fines médicos.

También llevaba algo de paracetamol e ibuprofeno, y codeína, que es el mejor analgésico disponible sin receta, por si nos hacíamos daño o nos torcíamos un tobillo o a mí me venía la regla y me dolía. En sexto habíamos estudiado el periodo, y yo ya tengo trece años, que según nos dijeron es la edad en que a casi todas nos viene. A mí todavía no me había venido, pero anticipar posibles problemas es una parte importante de la supervivencia. También podíamos usar musgo esfagno, que crecía por todas partes, como antiséptico sobre las heridas, como hacían durante la Primera Guerra Mundial.

Aquellos peces tan pequeños eran percas. El lago tiene un nombre en gaélico, algo así como Dubna Da, y en él viven lucios, percas, truchas comunes y anguilas. Íbamos a pescar todos esos peces con la caña y el sedal que le había robado a Robert. Lo más seguro era que él también la hubiera robado.

Era una caña telescópica de tres metros con portacarretes, y el carrete era un Shimano de bobina fija que llevaba sedal de diez libras. También tenía otros materiales de pesca. Anzuelos del 10 y del 12, plomos partidos BB, y algunos señuelos y cucharillas que llevaba en un paquete de plástico que había robado en la tienda de pesca. Además, tenía dos señuelos de lucio y tres brazoladas, que hacen falta para impedir que los lucios muerdan el sedal hasta romperlo.

A veces, en verano, Robert bajaba al muelle a pescar caballas, y una vez trajo tres a casa y mamá soltó un chillido, y él no sabía vaciarlas ni cocinarlas, y se quedó ahí de pie moviéndolas de un lado a otro, mientras mamá gritaba y decía: «¡Vete a la mierda y llévatelas, Robert!».

Por eso yo vi un vídeo de YouTube y les quité las vísceras yo, y las asé a la sal, y Peppa y yo nos las comimos mientras mamá y Robert comían en la Cooperativa de Pescadores. Y estaban buenísimas, dulces.

El sol ya había salido del todo, y nos calentaba, y Peppa saltó sobre las piedras hasta la playa y se bajó la cremallera de su chaqueta Helly Hansen, y se la quitó y la dejó sobre una roca, y entonces dio un salto hasta la hierba y empezó a arrancarla, y a levantar piedrecitas del suelo.

Ya es casi tan alta como yo, y eso que solo tiene diez años, y tiene la piel del color de la miel oscura, y al sol parece oro. El pelo rizado, a lo afro, y es casi pelirroja, y con pecas. Creo que será muy muy guapa cuando se haga mujer. Tiene los dientes blanquísimos, y le encanta lavárselos y morder cosas con ellos. Una vez, Robert estaba pegando a mamá y ella le mordió la mano, y

él le dio un guantazo y la persiguió por toda la habitación y dijo que era una pequeña hija de puta, y yo salté sobre ella para que no volviera a pegarle, y él me dio dos patadas en la espalda, y se me puso morada, y después amarilla, y volví a quedarme sin ir al colegio.

Me saltaba el colegio muchas veces, y me preocupaba que enviaran al encargado a buscarme para obligarme a ir, pero nunca pasaba. Nuestro piso estaba en la segunda planta de Linlithgow House. Hay tres bloques, y los tres tienen nombres de palacios reales, y están en lo alto de una colina, sobre la ciudad, y desde el balcón se ve el embarcadero y el mar. Los otros bloques que comparten el mismo patio se llaman Falkland y Scone. El interfono de nuestro edificio estaba roto, y para entrar solo había que empujar la puerta de abajo con el hombro. El vestíbulo estaba pintado de azul claro y olía a meados, y los yonquis a veces dormían debajo del primer tramo de la escalera de cemento.

Peppa dejó de llorar más o menos a la misma edad que yo, cuando tenía unos ocho años, y desde entonces ninguna de las dos ha llorado más. Si está enfadada baja la mirada y se muerde el labio inferior, como hace cuando corre, y si está triste yo le hago una cuna con los brazos y me pongo a mecerla.

Peppa gritó: «¡Sal... gusano!», y levantó una lombriz de arena que había encontrado. Las lombrices de arena son cebos muy buenos para las percas y las truchas, y no son frecuentes en suelos ácidos, como los de la zona en la que estamos sobreviviendo. Peppa retrocedió a saltos sobre las rocas, hasta una piedra muy grande que estaba metida en el lago, y aguantó la lombriz sobre el agua. Me hablaba a gritos desde allí.

—¡A ver si lo muerde...! —Y balanceaba el gusano entre la punta de los dedos, sobre el agua.

Yo estaba a punto de decirle que, sin anzuelo, no servía para nada, pero en ese momento se oyó un chapoteo en el agua, y se formó un remolino debajo del gusano, y Peppa gritó: «¡Cabrón!», y me miró con los ojos y la boca muy abiertos.

—¡Me lo ha quitado! Y era muy grande, Sal. ¡Busca otro!

Por primera vez desde que habíamos llegado echaba de menos mi teléfono. Me habría encantado grabarla allí al sol, en cuclillas, encima de aquella roca, sobre el agua tan lisa como un cristal. Estaba sonriente y parecía contenta. Pensé que la recordaría allí, en mi mente, por si no volvía a ocurrir. Le daba el sol en la cara, y me dijo:



–Se está bien aquí, ¿no?

Y yo le dije: «Sí», y me agaché sobre la hierba y empecé a arrancar hierbas para ver si encontraba otro gusano. Tardé muchísimo rato, y el que encontré era plano y rojizo, y no sé de qué especie era. Me fui saltando por las piedras pequeñas y llegué a su roca. Ahora ella ya era una experta, y cogió el gusano y, con voz cantarina empezó a explicarme: «... se deja así, colgando, para que los pececitos le vean la cola desde el agua...».

–¿Tenía puntitos o rayas? –le pregunté.

–Puntitos –dijo ella–. Dorados y rojos, grandes. ¿Qué era?

–Una trucha –le dije.

–¿Se comen?

–Sí. También se pueden pescar con cucharilla.

–Deberíamos haber traído la caña. ¿Por qué come cucharillas?

–No se las come. Cree que son su presa.

–Pero son de metal.

–Sí, pero brillan y parecen peces pequeños cuando las mueves.

Ella volvió la cabeza.

–Tú lo sabes todo –me dijo.

–Sí –le dije yo.

Pero la trucha grande no volvió más, así que soltamos el gusano junto a la roca y vimos que una perca pequeña aparecía de pronto y se lo llevaba. Ese era un buen sitio para pescar, y volveríamos al día siguiente con la caña.

Iniciamos el regreso subiendo por la pendiente. El sol ya estaba alto sobre nosotras. Peppa no dejó de andar hasta que llegamos a aquel claro entre los helechos en que la hierba era más verde y espesa, donde habíamos montado la trampa. Aparecieron dos conejos delante de nosotras y se alejaron corriendo hacia la madriguera, y Peppa los siguió corriendo. Yo la veía saltando entre los helechos, con los conejos, dos manchas marrones frente a ella, con sus culos blancos que brillaban.

Entonces Peppa se detuvo en seco y me gritó que había un conejo en la trampa que habíamos montado.

–¡Sal! –dijo–. ¡Sal, ven a ver!

Y yo me acerqué más deprisa hasta el claro.

Era grande, alargado, y había quedado perfectamente sujeto por el cuello, y pateaba y se movía contra la cuerda y el palito.

–Lo he cazado yo, he visto cómo caía en la trampa. ¡Hay sangre!

Un círculo de sangre oscura le salía del cuello, en el punto en que el alambre quedaba apretado como una pelota. La sangre empezaba a salpicar, y unas gotas grandes me cayeron encima, porque el conejo no dejaba de patear, y yo me arrodillé a su lado. Yo nunca había matado nada, solo a Robert, pero no me preocupaba, y aquella iba a ser nuestra primera muerte de supervivencia, y lo había visto hacer un montón de veces en la tele y en YouTube. Agarré al conejo por el cuello y lo levanté, dejando el palo. El animal soltó un grito agudo, como si fuera el soplado del aire. Le apreté el cuello y el nudo de alambre, y noté la sangre caliente en los dedos. Después, con la otra mano, le sujeté las patas de atrás, que se agitaban, y tiré con todas mis fuerzas y noté un crujido entre los dedos, alrededor del cuello, y el conejo soltó una especie de silbido y se quedó tieso, y luego inerte.

–Joder –dijo Peppa.

Y yo le dije:

–No digas palabrotas.

Dejé el conejo en el suelo, y se agitó una sola vez al tocar la tierra, pero luego se quedó quieto. Era un macho grande. Mucha carne para ser la primera pieza que nos cobrábamos. Me sentía muy bien.

Peppa le acarició el pelo.

–Está caliente –dijo–. ¿Es niño o niña?

–Macho o hembra –dije yo.

–Eso. ¿Macho o hembra?

–Macho. Nos lo vamos a comer para cenar.

–Lo he cazado yo, ¿verdad?

–Sí. Lo has guiado hasta la trampa como los siux hacían con los bisontes.

–¿Ah sí? Cuéntamelo.

–Más tarde te contaré cosas. Esta noche, cuando nos acostemos.

–Vale.

Seguimos subiendo por la ladera hacia el bosque más denso y el arroyo, y yo llevaba el conejo sujeto por las patas traseras, y pesaba. Entonces me acordé de que hay que quitarles la orina, y lo agarré por la cabeza y le pasé la mano por el costado y la barriga, y empezó a soltar pis, que le chorreaba por las patas.

## Disparos

Aquella tarde construí una barrera para ponerla detrás del fuego y que el calor se proyectara hacia el refugio, y Peppa se puso a practicar con el tirachinas cuando se terminó las belVitas. Con el cuchillo de Bear Grylls se puede usar el filo de sierra para cortar madera, o utilizar una piedra como si fuera un martillo para clavar la parte lisa del filo en la base de una rama hasta que está casi cortada, y entonces arrancarla. Yo utilicé troncos vivos de abedul para las partes altas, y corté los tallos en punta para poder clavarlos, usando una piedra, hasta que tenían más o menos un metro de alto. Después entrelacé unas ramas con otras, empleando algunas más pequeñas, de abedul, pero también de alisos, y alguna vara del avellano desmochado que había junto al arroyo. La barrera dibujaba una curva, y reseguía la boca del refugio unos dos metros desde donde dormíamos, en una cama elevada hecha de ramas de abedul y aliso y cubierta de otras de abeto, que son más blandas, y además aíslan y huelen bien.

Peppa había recogido unas piedras pequeñas del arroyo y las usaba como munición para practicar con el tirachinas, y yo le expliqué en qué consiste el principio de trayectoria, que es que a medida que la velocidad del proyectil disminuye, la fuerza de la gravedad se apodera de él y cae a un ritmo por metro que se calcula en función de la velocidad a la que viaja y de un ritmo de caída directamente proporcional a la velocidad, es decir, que cuanto más despacio va, más rápido cae. Si uno sabe calcular en qué punto de una distancia dada el proyectil empieza a caer, entonces puede establecer una estimación básica de su posición final en relación con el blanco. Eso significa que uno puede adaptar la posición del lanzamiento en relación con el blanco, para que el proyectil vaya a la máxima velocidad cuando impacta, o que uno puede alterar el ángulo del tiro hacia arriba o hacia abajo para lograr que el proyectil adopte primero una trayectoria ascendente y después descendente hacia el blanco. Eso implica que puedes situarte más lejos y calcular el ángulo para alcanzar el objetivo, aunque cuanto más te alejas, más alto debe ser el

ángulo de tiro, y menos velocidad tendrá el proyectil cuando impacte en el blanco.

Así que le conté a Peppa todo eso sobre el tirachinas y las trayectorias y ella me miró y arrugó la frente y me dijo:

–Pues muy bien, Sal.

Y empezó a tirar piedras a la caja de belVitas.

Existe una distancia óptima con respecto al blanco que puede descubrirse con el tiempo y que asegura la velocidad necesaria para matar, la trayectoria menos descendente y la distancia necesaria con respecto a un animal terrestre o un pájaro, para no asustarlos. Le dije a Peppa que intentara descubrirla. Me parecía que si la piedra lograba perforar el cartón de la caja de galletas, seguramente el impacto sería lo bastante fuerte como para matar un conejo, un faisán o un grévol desde la distancia a la que ella la estaba lanzando.

–¿Con esto se puede matar un ciervo?

Y yo le dije que no porque nunca llegaría a acercarse lo bastante como para que la piedra impactara con la fuerza suficiente. Los ciervos tienen el cráneo muy duro. Incluso aunque se apuntara al cuello, sería muy improbable atravesarlo. No sabía si la escopeta de aire comprimido de Robert serviría para matar un ciervo. Atravesaba un contrachapado de nueve milímetros bombeando diez veces, a una distancia de unos veinte metros, y diría que con eso bastaría para atravesarle el cráneo a un ciervo, y sin duda le atravesaría el cuello, pero no estoy segura de que sea posible acercarse tanto a un ciervo, a menos que alguien se siente en silencio, con el viento en contra, durante mucho rato. La mayoría de rifles son del calibre .30-06 o .30-30, que es una bala de gran velocidad y mantiene su fuerza durante largas distancias, hasta de un kilómetro. Y usan balas de verdad, alimentadas por un cartucho y explosivos, pero la escopeta de Robert es solo de aire comprimido del .22, y la velocidad de salida está limitada por ley. Así que en realidad habría que acercarse muchísimo. De todos modos, pensé que tal vez lo intentara. Un ciervo nos proporcionaría carne para varios días, y los ciervos no hibernan y a mí me apetecía la idea de camuflarme y perseguir uno.

Ed Stafford, otro aventurero de la tele, cazó uno en un bosque de Polonia o algo así, en un sitio en el que estaba sobreviviendo, con una trampa hecha con el plantón de un árbol arqueado, que al soltarse estrangulaba al ciervo. Lo despellejaba y usaba la piel para hacerse un jersey, y metía la carne en un horno de tierra para cocinarla, y colgaba un pedazo sobre el fuego para que

los osos no pudieran llegar hasta él. En el bosque de Galloway no hay osos, así que no tenía que preocuparme por eso, y pensé que en unos días tal vez intentara construir ese tipo de trampa, cuando estuviéramos bien instaladas y completamente seguras de que nadie nos estaba buscando.

Recogí más leña para el fuego: elegí las ramas muertas, sobre todo de árboles, pero también de las que surgen directamente de la tierra, porque son las más secas. Las apilé a lo largo del refugio, y dejé otro montón al lado para que las ramas se fueran secando y pudiéramos usarlas más tarde, y después fui a buscar cortezas secas de abedul para encender la hoguera, y usé el pedernal y el trozo de acero para producir una chispa, y soplé hasta que salió llama y la puse sobre un poco de hierba seca y unas ramitas secas, y encendí el fuego. Usé otras ramas encendidas para que prendiera por otros dos sitios más, en los extremos y en el centro, de modo que ardiera todo uniformemente. Aunque solo habían pasado pocos minutos, ya notaba que el calor se reflejaba en la barrera cuando me senté en la cama elevada.

Después vacié el conejo, porque aunque no lo había hecho nunca lo había visto hacer un montón de veces, y era fácil, y conservé el hígado, el corazón y los riñones para usarlos como cebo de pesca, porque van bien para las anguilas. Para despellejar un conejo primero hay que cortar la cabeza y las patas, después se tira hacia abajo la piel de las patas hasta que sale, y entonces se echa hacia atrás toda la piel del cuerpo, despacio, para que salga toda entera.

Casi toda la carne del conejo está en las patas y los muslos traseros, y por eso los corté por la mitad y les eché un poco de la sal de McDonald's y los puse sobre una piedra plana, grande, que acerqué al fuego para que se cocinara la carne. Después bajé al arroyo y me lavé las manos, por las infecciones y las intoxicaciones.

Había visto un vídeo de unas mujeres inuits de Alaska que curtían y extendían unas pieles en unas estructuras redondas hechas con ramas tiernas de aliso, así que corté una rama y formé con ella una especie de marco redondo de un metro de diámetro, y lo até con cuerda de nilón. Después extendí la piel y le practiqué varios agujeros pequeños a lo largo del perímetro con el cuchillo de Bear Grylls. Luego pasé la cuerda de nilón por uno de los agujeros, y también por encima de la estructura, y a continuación por el agujero siguiente, y así con todos hasta que la piel quedó extendida por toda la estructura.

Mientras trabajaba junto a la hoguera, con el sol que empezaba a ponerse y el viento del norte que arreciaba y me enfriaba los dedos, y con el olor de la leña, que crepitaba, por un instante sentí que lo había hecho siempre. Que siempre había sabido atar una piel de conejo a una estructura, y que aquella no era la primera vez.

Me sentía rara, y por un momento en realidad no recordaba si lo había hecho alguna vez o si solo había visto a otros hacerlo en YouTube. Y durante un minuto, o solo durante unos segundos, me sentí algo aturdida, y solo veía mis manos, que pasaban la cuerda por la estructura y a través de la piel, y de nuevo por la estructura, tensándola. No sentía el calor del fuego en las piernas, ni el frío en las manos, ni oía el crepitar de la leña, ni a Peppa, que seguía disparando piedras con el tirachinas contra la caja de belVita, solo me veía las manos y la cuerda y los pequeños orificios en la piel y la madera oscura de la estructura de aliso, y mis manos que se movían como si no fueran mías. Como si yo fuera un gran ojo que lo observara. Y detrás del gran ojo hubiera un gran espacio negro y yo observara desde un agujero con forma de ojo mis manos que pasaban la cuerda por la piel y por encima de la estructura.

Entonces regresé y seguía pasando la cuerda, y el conejo chisporroteaba sobre la piedra, y Peppa llegó corriendo con el tirachinas y la caja de belVita y dijo:

–Le doy, pero el cartón solo se hunde un poco, mira.

Y me mostró las pequeñas marcas en la caja amarilla.

Le dimos la vuelta al conejo y yo le eché más sal, y olía muy bien, y se ponía marrón y se doraba, era como caramelo, y silbaba. La hoguera ya calentaba mucho, y Peppa se echó en la cama y se quitó su Helly Hansen y sus zapatillas y sus pantalones de chándal, y se quedó en bragas y camiseta y se desperezó y dijo: «¡Ahhh! ¡Qué calor tan bueno! Esto pincha, Sal», mientras daba unas palmaditas a las ramas del abeto.

El conejo sabía bien y estaba muy hecho, y Peppa se lo comió casi todo, pero a mí me tocó una pata, y bastante carne de la parte de arriba de la columna, que llaman «lomo». Es bueno comer carne asada de un animal recién sacrificado porque contiene pequeñas cantidades de vitamina C, que hace falta para no pillar escorbuto, que provoca la caída de los dientes y causa demencia. Los viejos marineros, y la gente que participaba en las expediciones árticas, sufrían siempre de escorbuto, hasta que empezaron a comer limón, que contiene mucha vitamina C, lo mismo que la berza y el

pimiento rojo. Pero yo además llevaba complejos multivitamínicos para las dos, para que no nos diera el escorbuto ni otras enfermedades causadas por carencias de vitaminas, como la osteoporosis, la osteopenia y la gota.

Hervimos agua del arroyo en la tetera y nos preparamos un té con la leche y el azúcar de McDonald's. Cada una tenía su taza. Eran esmaltadas, y la mía era azul y la de Peppa, verde.

Avivé la hoguera poniendo leña nueva por todos los lados, y Peppa se levantó de un salto y salió corriendo hasta detrás del refugio para hacer pis y caca en la letrina que yo había cavado con un palo el primer día que llegamos. Salió descalza, y volvió dando saltitos y diciendo: «Aaah, qué frío hace, joder...». La letrina fue la primera cosa que hice cuando llegamos a ese sitio, está a unos siete metros del refugio, más abajo, por si llueve, pero lo bastante cerca como para ver desde ella el resplandor del fuego. Pero más allá la negrura es total, cuando vas, y tienes que mirar hacia el refugio para ver la hoguera y no pensar en la oscuridad que tienes detrás. Te secas el culo con hierba. Yo había cortado bastante hierba y la había dejado junto a la letrina, sobre una piedra plana, para que se viera bien, y además se secase un poco.

Seguramente no eran más de las seis y media, pero Peppa se subió a la cama y se metió en el saco de dormir doble, y yo me quité los zapatos, y el forro polar, y me metí en el saco con ella, y ella se retorció un poco y dijo: «¡Qué bien estamos!». Además, teníamos dos mantas, una era de forro polar, de IKEA, y la otra era una manta vieja, rosa, de pura lana virgen, con ribete de satén, que me había traído del piso, donde se había pasado diez años en el armario de la caldera sin que nadie la usara.

La piel del conejo, atada a la estructura, estaba plana sobre las hojas húmedas, con la parte del pelo hacia arriba y el pellejo hacia abajo. No quería secarla porque al día siguiente iba a rascar toda la carne y la grasa que le había quedado, y después la curtiría con ceniza de leña y orines y hojas de roble, que tienen taninos y se supone que reblandecen la piel y la vuelven más elástica. Las mujeres inuits mastican los lados de la piel y la ablandan con saliva para que no se seque y no se vuelva dura y correosa. Al morderla se rompen los tejidos, y creo que la saliva también sirve para conservarla, porque así es como curten las pieles y pellejos. Pero también puede reblandecerse con orines y ceniza y hojas de roble: se forma una pasta con todo y se extiende sobre la piel y se deja que se empape durante varios días, y

así se conserva, según una página que consulté sobre el curtido de pieles. No sabía si funcionaría o no.

Peppa se acercó a la hoguera, y yo me coloqué a un lado de la lona, pero estaba muy caliente, a pesar de que el viento volvía a soplar con fuerza y arrancaba las últimas hojas de los abedules. Aun así, debía de haber cambiado de dirección y ya no soplaban del norte, porque no venía desde arriba, como la noche anterior. Golpeaba la parte trasera de la lona y la hinchaba y la deshinchaba, así que seguramente era del oeste, o del noroeste, pero yo no llevaba la brújula y no podía comprobarlo, y empezaba a tener mucho sueño.

Peppa me dijo: «Cuéntame cosas de los siux y los bisontes». A ella le gusta que le cuente cosas todas las noches, y a mí también me gusta contárselas. A veces tengo que inventarme cosas si no me sé todos los datos y las fechas y los sitios, pero no se lo digo, porque ella cree que lo sé todo. Y casi siempre es así. Especialmente sobre los siux y los bisontes y las guerras indias de la década de 1860 en las Grandes Llanuras.

Así que le conté que los siux Dakota emigraron a las Grandes Llanuras en el siglo xviii y crearon una cultura basada en la caza de millones de bisontes que vivían en aquellas llanuras, en unas manadas tan gigantescas que un hombre podía ir al galope en su caballo junto a una de ellas durante un día entero y no ver el final. Y le conté que los valientes cabalgaban junto a aquellos rebaños y usaban sus monturas para separar pequeños grupos de bisontes y alejarlos por las llanuras hasta el borde de algún acantilado, por donde todos se precipitaban y morían por centenares al estrellarse contra las rocas de abajo. Era la manera más peligrosa de cazar bisontes, y por eso la practicaban, porque así un hombre valiente podía demostrar su valor y su destreza a lomos de un caballo, y en una buena cacería de otoño podía conseguirse comida y cobijo y ropa para toda una tribu y para todo un invierno, y los inviernos en las Grandes Llanuras eran de un frío extremo, se acumulaba mucha nieve, y soplaban los vientos del norte.

Y cuando llegué a esa parte Peppa ya se había quedado dormida, y yo le di un beso en la oreja y me estiré detrás de ella, haciendo la cucharita, y me puse a escuchar el viento y el crepitar de la hoguera con los ojos cerrados.



## Anzuelos

Desde el momento en que me desperté empecé a preocuparme porque hacía cuatro días que nos habíamos escapado, y porque ya llevábamos cuatro días ahí, y seguro que ya estarían buscándonos por todas partes. Creo que era nuestro cuarto día aquí. Creo que ya habrían encontrado a mamá en la habitación y ella tenía teléfono, por lo que podía llamar. Pero la habitación estaba cerrada con llave desde fuera, y la llave estaba en la moqueta, y era imposible que ella hubiera podido matar a Robert y haberse encerrado después desde fuera, lo que demostraba que no lo había matado ella.

Y habrían encontrado a Robert sobre mi cama, y toda la sangre del cuello, donde le había dado tres cuchilladas. Y también la sangre de la pared, en el papel pintado de los monos. Y habrían visto que Peppa tampoco estaba, y que su habitación estaba normal. No sabían que llevábamos los uniformes del colegio, ni las mochilas, ni la bolsa de los palos de hockey con la escopeta y la caña de pescar dentro, así que si se ponían a buscar cosas que faltaban no sabrían qué había ni qué faltaba. Yo sí sabía lo que había y lo que faltaba, y lo que nos habíamos llevado, pero la policía y los servicios sociales no lo sabrían. Encontrarían entre la ropa sucia del baño mi camiseta y mis vaqueros y mis zapatillas, todo manchado con la sangre de Robert, y sabrían que había sido yo. Encontrarían la cerradura en la puerta abierta de Peppa y la llave en el suelo, y por eso sabrían que la había encerrado allí, y que no había sido ella.

Me preguntaba si mamá habría ido a la tele a pedirnos que volviéramos y a decirnos que no nos pasaría nada. O si creían que yo había secuestrado a Peppa. Y no encontrarían el cuchillo porque me lo había llevado. Me había desprendido de todos los teléfonos que había usado para buscar cosas, y había tirado el ordenador portátil a un contenedor un día antes de hacerlo. Había tirado los móviles al mar desde el muelle, porque allí es muy profundo, incluso con marea baja cuando la gente va a pescar caballas.

También encontrarían los móviles que Robert conseguía y traía a casa, y las

tarjetas que tenía, porque además ya lo conocían, porque había estado en la cárcel una vez y estaba pendiente de un juicio que iba a celebrarse en noviembre, por robo. Encontrarían restos de marihuana, y de speed, y de éxtasis por toda la casa, y sabrían que eran de Robert. Ya habían estado en nuestro piso dos veces, una vez en que Robert nos estaba pegando a mamá y a mí, y otra vez en que mamá había robado dos botellas de vodka del Spar y alguien la había visto cuando iba con ellas hacia los bloques y se había chivado.

Si la policía era lista, seguiría la pista de las cosas que había comprado con las tarjetas robadas durante los ocho meses que llevaba planeando esto, pero yo había vuelto a poner todas aquellas tarjetas en el armario de Robert, o las había tirado, y además casi todas ya estaban canceladas cuando intentaba usarlas. Pero si un poli era lo bastante listo para buscar en las listas de compra de las tarjetas que había robado Robert, vería todas las cosas que había comprado en Amazon, como la lona y la brújula y el cuchillo y los platos de campaña y las zapatillas de Peppa y la mochila. Y si pensaba un poco en ello tal vez se le ocurriera lo que pensaba hacer. Pero los de la pasma no son muy listos, casi todos los que he conocido o he visto en la tele son tontos y no detienen a la gente a la que hay que detener, y detienen a los que no hay que detener.

Cuando vinieron porque Robert estaba pegando a mamá los policías le preguntaron si estaba bien, y mamá dijo que sí, que solo había sido una bronca, muchos gritos y eso pero sin golpes. Y la mujer policía dijo: «¿Está absolutamente segura?». Y mamá dijo: «Sí». El hombre policía se había llevado a Robert a la otra habitación cuando la agente le había preguntado todo aquello a mamá. Y a mí no me había preguntado nada, pero de todos modos yo no se lo habría contado porque entonces traerían a los servicios sociales y nos separarían. Peppa estaba viendo la tele.

En nuestros pisos se oía todo. Encima de nosotros vivía un tío que se llamaba Big Chris. A veces le compraba hierba y éxtasis a Robert. De noche lo oíamos dar golpes y gritar y llorar. No sé por qué. Casi siempre le robábamos el wifi, porque Robert se sabía su contraseña. Robert también tenía teléfonos y tarjetas SIM, y algunos eran 4G. Yo iba casi siempre a McDonald's a conectarme cuando quería comprar cosas con las tarjetas. Me compraba un McFlurry y me sentaba mirando a la puerta para ver quién entraba.

Había conseguido los uniformes escolares en una tienda de segunda mano en

agosto. Eran dos chaquetas y dos faldas, unas corbatas y unas blusas. La mía me iba algo pequeña, pero a Peppa le quedaba perfecta, y pagué diez libras por los dos, y le dije a la señora de la tienda que eran para una obra de teatro del colegio. Eran de un colegio pijo de Glasgow, y tenían unas insignias doradas y rojas con la inscripción *ad vitam* bordada, que significa «de por vida» en latín.

Las dos llevábamos las zapatillas de caminar, que quedaban bien con los uniformes, y yo llevaba la mochila grande y la bolsa de los palos de hockey, y Peppa llevaba la mochila pequeña. Y salimos del piso a las seis de la mañana y nadie nos vio, y pasamos por detrás del patio y subimos por el callejón y trepamos a la valla, y desde allí fuimos por el camino del parque que seguía hasta la estación de tren, y de esa manera no tuvimos que pasar por ninguna carretera ni ningún sitio con gente, y cogimos el tren de las 6:15 que iba a Glasgow, y yo compré los billetes en una máquina con el dinero que había sacado de la billetera de Robert. En el tren, y en Glasgow, estaba nerviosa por si nos encontrábamos con niños que fueran a ese colegio pijo en la vida real, porque podrían darse cuenta de que no íbamos a su colegio y luego acordarse de nosotras. Pero no vimos a nadie.

En Glasgow, donde cambiamos de tren, sí estaba lleno de gente, había cientos de personas por todas partes, todas con prisa, caminando y hablando por el móvil, y ni nos miraron. Cuando nos montamos en el tren a Girvan solo había una vieja en el vagón, y le sonrió a Peppa como diciendo: «¡Qué niña tan tierna!». Lo que yo quería era que la gente viera a dos niñas pijas y buenas que iban en tren a un colegio pijo, y eso era lo que veían.

Peppa me preguntó si tendríamos que hablar pijo si hablábamos, y yo le dije que no, que no hablara hasta que llegáramos al bosque. Y si la policía publicaba descripciones de nosotras, mamá les diría qué ropa llevábamos, y entonces la gente buscaría a dos niñas vestidas con esa ropa, y no con uniformes escolares. Si nos captaba alguna cámara de seguridad, verían a dos niñas pijas vestidas con uniforme escolar, y a no a dos como nosotras, o sea, niñas de vivienda protegida, y le dije a Peppa que mirara siempre al suelo mientras estuviéramos en la estación para que no nos vieran la cara.

Como llevaba el saco de dormir y las mantas y los cebos y las cucharillas y el hornillo de la tetera y la tetera, la mochila pesaba mucho, pero estaba bien organizada, y tenía una de esas cintas para atarla a la cintura, así que una vez estaba puesta no costaba caminar con ella. Peppa llevaba casi toda la comida

en su mochila pequeña, además del botiquín de primeros auxilios y la cuerda de nilón, y el tirachinas, y algunas cosas de pesca, y los perdigones.

En Girvan, entramos en un café que había al lado de la estación y Peppa se comió un gran desayuno escocés, y yo tomé huevos con beicon y salchichas y tostadas. El hombre del café solamente dijo: «Aquí tenéis, niñas», cuando nos trajo la comida, y ya no dijo nada más, y le pagamos y nos fuimos y después nos montamos en el X22 para ir a Newton Stewart, porque es el que llega hasta el límite del bosque de Galloway. Yo tenía que sacar el mapa todo el rato para comprobar cuál era nuestra parada, y llamé al timbre cuando estábamos cerca, al pasar por un pueblo que se llamaba Glentrool. Y el autobús se paró, y nos bajamos, y el conductor ni siquiera nos miró.

Después caminamos por una carretera estrecha hacia el pueblo, y cuando llegamos delante de un cartel verde, de madera, que ponía «Parque del Bosque de Galloway», entramos por el aparcamiento y seguimos por un sendero que pasaba bajo unos pinos. Nos metimos en el bosque y nos cambiamos de ropa y enterramos los uniformes y los dos móviles que teníamos. Yo saqué las baterías y las tarjetas SIM y las tiré a un contenedor en el aparcamiento, porque las baterías tienen litio, que puede filtrarse y contaminar el suelo.

Entonces subimos un poco por el camino, que giraba y dominaba un valle, hacia el lago Trool, y había montañas con bosques que se elevaban a los dos lados, y más lejos, al final, en el otro extremo, había un tramo que se adentraba en el lago y se llamaba la Piedra de Bruce, porque allí había vivido Roberto I Bruce, y había combatido contra los ingleses con un grupo de soldados en 1307. Había vivido como un salvaje en las montañas, durmiendo en cuevas y refugios.

La luz del día lo inundaba todo, y por la altura del sol, calculando las horas que habíamos pasado en el tren, en el autobús y caminando, supuse que no serían ni las once de la mañana.

Y la noche anterior yo había matado a Robert y había encerrado con llave a mamá en su habitación.



Notaba que el resplandor del sol empezaba a asomar entre los árboles, pero todavía estaba oscuro, y Peppa estaba muy dormida. Hacía mucho frío, y había escarcha en las puntas quemadas de los troncos de la hoguera, que todo a lo

largo tenía cenizas polvorientas, pero vi que del centro salía algo de humo, donde había algunos trozos como de carbón. La piedra en la que habíamos cocinado el conejo estaba partida en tres láminas ovaladas, planas, parecidas a las tejas de pizarra de los tejados, como si la hubiéramos cortado a rebanadas. Se me ocurrió que nos irían bien como platos.

Teníamos dos linternas frontales y un cargador solar, pero yo intentaba acostumbrarme a ver en la oscuridad, porque cuanto más tiempo se pasa a oscuras, más fácil resulta ver. Incluso en la negrura total se perciben cosas, como les pasa a los animales. Y a mí no me da miedo la oscuridad, y a Peppa tampoco. Aquí, de noche, está tan oscuro y hay tan poca contaminación lumínica de las ciudades y los coches, que se ve la Vía Láctea y las estrellas dan algo de luz, incluso si no hay luna. En realidad no es luz, sino solo un resplandor, y empieza a esfumarse antes de que salga el sol, y esa es una manera de saber que se acerca el amanecer, si está despejado, claro.

Ahora el viento soplaba con más fuerza, y era frío. Salí del saco de dormir, encontré las zapatillas y los pantalones de chándal y me los puse. Me subí del todo la cremallera del forro polar y soplé los rescoldos para que volvieran a encenderse, y prendí un fuego pequeño con tres ramitas medio quemadas. Le añadí un poco de corteza de abedul, que empezó a chisporrotear y a crepitar, y la llama creció más y entonces ya empecé a construir la hoguera piramidal, con las puntas de las ramas quemadas, y algunas de las que tenía en la pila seca, y esperé a que prendiera bien, a que saliera una buena llama amarilla. El viento apartaba el humo de mí, y por eso sabía que era del noroeste, y empezaba a ser fuerte.

Recogí la tetera y bajé al arroyo a buscar agua. En el Manual de Supervivencia explica que siempre hay que filtrar el agua, aunque sea corriente y de arroyo, pero yo había leído en otra parte que con tal de que se hierva, no hay peligro porque al hervirla se matan las bacterias, como las que produce la enfermedad de Weil, que procede de la orina infectada de los roedores, y además mata parásitos y trematodos.

El arroyo borboteaba y corría deprisa, y justo al salir del bosque había una roca que iba bien para arrodillarse y llenar la tetera, en un tramo de rápidos que pasaba sobre una piedra plana, y cuando me arrodillé para llenar la tetera levanté la vista, y vi un ciervo. Había la suficiente claridad para distinguirlo ahí de pie, inmóvil como una piedra, mirándome fijamente a unos seis metros,

en la otra orilla. Era una hembra joven, y yo me quedé tan petrificada como ella.

Y así nos quedamos las dos. Detenidas como si hubieran apretado la pausa en un DVD, mirándonos, y yo intentaba ser consciente de mi respiración para no pensar, para no moverme y no sentir la roca fría bajo las rodillas. Y el ritmo de mi respiración se hizo más lento, y pronto fue tan lento que apenas la notaba. Entonces tuve una sensación como si alguien, con mucho cuidado, me diera unas palmaditas en la parte alta de la columna, despacio, muy suavemente. Y empecé a ver unas cosas que caían alrededor del ciervo, como agujas finas de luz, y con cada palmadita lenta iban cayendo. Dejé de notar las piedras bajo las rodillas y de oír el rumor del agua y el movimiento de las hojas. El aire dejó de entrar y salir de mis pulmones, y notaba una luz, y después ya no, y volvía a mirar al ciervo y las luces que caían en columnas, desplomándose en línea recta como si fueran gotas de lluvia. El ciervo, simplemente, se apartó de mi campo de visión como si abandonara un cuadro. Se movía despacio, sosegadamente, sin hacer el menor ruido.

Después el sol ya había salido, y un gajo asomaba por encima del pico de la montaña, por encima del bosque, y yo me levanté y volví al refugio con la tetera llena.

Peppa estaba despierta, de cuclillas frente a la hoguera, y se estaba comiendo el pastel Dundee, y dijo: «Quiero té, Sal».

Eché unas ramitas al fuego, y yo puse la tetera sobre el hornillo para hervir el agua, y saqué las tazas esmaltadas y metí dentro las bolsitas de té. Teníamos montones de bolsitas.

Dije:

–No vamos a cazar ciervos.

Y Peppa dijo:

–Está bien.

Y después dijo:

–¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Y yo pensé un momento y dije:

–No me acuerdo.

Y no me acordaba.

Sabía que habían pasado días y noches, pero no recordaba cuántos, y repasé mentalmente el día anterior, cocinando el conejo, curtiendo la piel en la estructura de aliso, y Peppa disparando con el tirachinas y persiguiendo el

conejo hasta la trampa, y la trucha grande y el gusano entre los dedos de Peppa, y descubriendo la madriguera, y Peppa llamando gilipollas a Bear, y bajando por la pendiente con el sol de cara, y pasando por el bosque, y comiendo belVitas para desayunar, y despertando y tocando a Peppa para ver si tenía frío, y luego estábamos dormidas, y luego ya era el día antes, y a lo mejor había construido el refugio ese día, o a lo mejor lo había construido un día antes, o dos días antes, cuando había excavado la letrina, cuando habíamos caminado tanto desde Glentool con las mochilas y habíamos sudado bajo el sol, y yo no sabía cuándo había sido eso, si había sido ayer.

Peppa dijo:

–¿Estás bien, Sal?

Creo que en ese momento empecé a asustarme porque se me aceleró la respiración y notaba mariposas en el pecho. Solo me entra el pánico cuando no me acuerdo de las cosas de las que tengo que acordarme, o si no sé dónde estoy o si perdemos el mapa o la brújula. Al intentar entrar en mi memoria en busca de los días pasados todo me parecía una masa borrosa, y no distinguía las imágenes ni las cosas en orden, todo llegaba de golpe, emborronado. El número de días no me venía a la mente.

Entonces volvieron las palmadas en la espalda, y empecé a ver aquellas agujas finas que caían despacio, y empecé a calmarme. E intenté fijarme conscientemente en mi respiración, y me calmé más, y las lucecitas caían en el bosque, por detrás de la cabeza de Peppa, y noté que me calentaba y me dieron ganas de sonreír.

Dije:

–No me acuerdo.

Y Peppa dijo:

–Da igual. No importa.

Y tenía razón. No importaba. Lo intenté con cosas que sí importaban. Y encontré los anzuelos del 10 y del 12, y el plomo partido, que estaban guardados en el bolsillo interior de la parte de arriba de la mochila, con los restos de alambre y el paquete de plástico con las cucharillas, y tenía el hígado, el corazón y los riñones del conejo en una piedra, para usarlos como cebo, y la caña extendida medía dos metros con treinta centímetros.

Hacía tiempo había aprendido a hacer un nudo de sangre para meter el anzuelo en el sedal, y a atar el señuelo con una cosa que se llama dropper para poder usar un plomo de doble hendidura con el que armar un aparejo para la

pesca a fondo, y todo eso me lo había explicado Ian Leckie, el padre de Mhari, que había estado en el ejército y había trabajado en barcos de pesca y una vez nos había llevado a Mhari y a mí a pescar al muelle. Habíamos pescado un bacalao y un carbonero.

–Vamos a pescar –le dije a Peppa.

En el lago, el viento soplaba con fuerza y había olas altas en el agua. Los peces estarían en el fondo, y no en la superficie como ayer. Y el viento era frío y había nubes, estratos que cubrían el cielo azul. Cuando las nubes son estratos significa que va a llover o a nevar, y como el viento soplaba del noroeste sobre el lago, parecía más bien que iba a nevar.

Le enseñé a Peppa a colocar una cucharilla, y pescamos dos truchas y una perca pequeña. Después ella empezó a buscar lombrices, y yo intenté enganchar el hígado del conejo a un anzuelo del 10, extendiéndolo todo lo que pude. Pero no picó nada. Usamos los tres gusanos que había encontrado Peppa y pescamos otra trucha y una perca grande, de rayas negras, y un pez de pinchos, con la aleta dorsal como la vela de un barco.

Pero el viento arreciaba, y era demasiado intenso y frío para nosotras, y empezó a escupirnos aguanieve, y además oscureció mucho. Volvimos al refugio, y comimos pastel Dundee y belVitas y tomamos té. Y después recogimos toda la leña que pudimos y formamos una pila muy grande, y yo volví a preparar una hoguera alargada. Después me acerqué donde estaban los helechos y arranqué un buen manojo de raíces, las limpié y las lavé en el arroyo. Eran gruesas, alargadas, de un blanco muy puro. Se pueden comer asadas, y contienen carbohidratos, pero no hay que comer muchas porque te puede dar cáncer, aunque para eso hay que comer muchísimas. El veneno de los helechos se llama ptaquilósido, y el calor lo destruye.

La nieve empezó a caer cuando anochecía, y el viento la empujaba hasta el fondo del refugio, y todo se puso blanco, y la lona se hundía un poco por encima de la cuerda de nilón.

Asé los pescados y las raíces sobre una piedra plana, le eché sal a todo. Usamos las losas partidas como platos, y las raíces asadas sabían a patatas fritas, y Peppa comió un montón. El pescado estaba bueno, pero la piel de la perca pinchaba y no se podía comer, pero la carne era blanca, y dulce. Después nos preparamos un té con la leche pasteurizada y azúcar.

Era muy agradable meterse en el refugio, en el saco de dormir, con las dos



mantas, y ver la nieve que se arremolinaba a la luz de la hoguera, y escuchar el viento.

## Nieve

A veces, cuando yo tenía unos nueve años y Peppa tenía seis y mamá no estaba demasiado bebida, nos hablaba de nuestros padres. Eso fue antes de que llegara Robert, y después de que se fuera un hombre que se llamaba Eddie Bean, que a veces venía y fumaba hierba con mamá y se quedaba a dormir.

Mamá tenía dieciséis años cuando nací yo, y mi padre se llamaba Jimmy y era rubio y era hincha de los Rangers, y mamá iba al colegio con él y decía que estaba enamorada de él, y alquilaron un piso juntos cuando yo estaba en su barriga. Entonces mi padre murió en un accidente de tráfico cuando iba en coche a Glasgow con otros tres chicos, y todos los demás sobrevivieron, uno se quedó en silla de ruedas y se llamaba Pally y a veces lo veíamos con su silla cuando iba a comprar al Spar. Mi padre murió porque iba en el asiento de delante y no llevaba puesto el cinturón de seguridad y todos iban borrachos.

Mamá nos contaba que lloró y lloró y el ayuntamiento le concedió un piso nuevo, el nuestro, en nuestro bloque, que tiene balcón y se ve la desembocadura del río, y el muelle y el faro al final, y de noche suelta un destello cada cuarenta y cinco segundos.

Nuestro piso tenía tres habitaciones, cocina, un baño con ducha y bañera, y una sala de estar con una puerta que daba al balcón. Yo tenía casi siempre ropa tendida secándose en ese balcón.

Ella me llevó a ese piso cuando nací, y durante casi dos años cuidó de mí y dice que no bebía ni fumaba hierba y que trabajaba de aprendiz en Cutz, en los bloques, para ser peluquera.

A veces, cuando ella salía, me cuidaba el padre de Mhari, Ian Leckie, y su abuela, que se llamaba Pat, y conocían a mi madre porque había ido al colegio con la madre de Mhari, y Mhari había nacido tres meses antes que yo. La madre de Mhari no estaba allí, y cuando yo le preguntaba a mamá dónde estaba, ella ponía una cara rara y me decía: «No te lo puedo decir, cielo, pero lo que sé es que lo pasó muy mal».

Mhari y yo éramos muy pequeñas y pasábamos mucho tiempo juntas, y

teníamos un parque para bebés en casa de su padre que estaba junto al muro, y teníamos un jardín y un cobertizo.

Mamá nos contó que había conocido al padre de Peppa en una discoteca, que era un estudiante nigeriano del sureste de Nigeria, y que era de una tribu que se llama igbo. Era alto, tenía la piel marrón, y mamá decía que era guapísimo. Estaba estudiando para ser arquitecto, y jugaba al fútbol en el equipo de la universidad, y hablaba inglés e igbo y otras cuatro lenguas nigerianas, además de francés y un poco de árabe e italiano, y sabía latín. Creo que seguramente por eso Peppa es tan lista y aprendió a leer tan deprisa, y además le gustan las palabras, sobre todo soltar palabrotas, y lee libros, cosa que yo no hago, excepto el Manual de Supervivencia.

El padre de Peppa se llamaba Kenneth, y mamá decía que se había fijado en ella porque era voluptuosa, que significa que tenía las tetas grandes, y ella se fijó en él porque era todo un caballero y tenía una voz preciosa. Decía que Peppa es igual que su padre, y que yo soy como el mío, porque soy alta y rubia y tengo los ojos grandes y la boca grande, como él, y me están saliendo músculos en los brazos. El padre de Peppa era católico, y mi padre, protestante.

Creo que me acuerdo del padre de Peppa de cuando yo tenía solo unos tres años y estaba en el balcón y él estaba allí conmigo y me cogía en brazos y se reía. Olía a perfume, y tenía las manos suaves y me levantaba y miraba el faro.



Había unos diez centímetros de nieve a la mañana siguiente, y volvimos a avivar el fuego y nos preparamos el té, y después salimos a ver cómo estaban las trampas, y en una había caído otro conejo. Había huellas en la nieve, de conejo, de ciervo, de zorro, y creo que de ardilla roja debajo de un roble, pero me parece que las ardillas hibernan, así que a lo mejor eran de algún pájaro.

Recogimos más madera, y después yo tuve que ir a ver cómo estaba el refugio, porque la nieve había hundido la lona. Había construido el refugio el día que llegamos, por la tarde, después de caminar ocho kilómetros bajo el sol, con todo el equipo. Había sido difícil, y teníamos que parar muchas veces para beber agua. Yo usé el mapa y la brújula para seguir la ruta que tomamos, directa hasta la orilla del lago Trool, por una pista forestal que corría paralela a otra carretera en la que, entre los árboles, vimos algunos coches. Caminar

por aquella pista era fácil, pero al llegar al final del lago tuvimos que subir por el bosque unos quinientos metros hasta lo alto de la cresta. Al principio había un sendero para el ganado, que pasaba por tramos elevados de hierba entre rocas grandes, pero cuanto más subíamos, más pronunciada era la pendiente, y Peppa tenía que parar, y yo también. Avanzábamos un poco y parábamos, que es lo que recomiendan todas las páginas web para los ascensos.

El refugio lo hice tendiendo una cuerda de nilón entre dos abedules y fijando después a ella la lona con las tiras de velcro; luego bajé la lona hasta el suelo en un ángulo de unos sesenta grados, que es el mejor ángulo para que el agua resbale. Después la sujeté por detrás con piedras, y usé otras más para formar tres bases bajo la lona, y corté unas ramas de abedul y las puse encima para hacer la cama. Peppa trajo ramas de abeto y las extendimos por encima de las maderas cortadas, y usamos muchas para que crearan una capa espesa y aislante. Pinchan un poco, pero cuando están aplastadas son muy mullidas y cómodas. La plataforma de la cama hay que construirla elevada del suelo para evitar la pérdida de calor. Todo eso lo hicimos después de caminar ocho kilómetros con todo el equipo hasta la zona más remota del bosque que pude encontrar en el mapa, y que a la vez tuviera acceso al agua y estuviera en medio de árboles.

Pero con el peso de la nieve, la lona se había descuadrado toda, y estaba arrugada por abajo, y la cuerda de nilón se había estirado y se había descolgado bastante, y la lona, por el centro, formaba una especie de V, y por ahí se colaría el agua si llovía. Así que llegué a la conclusión de que necesitábamos hacernos un refugio con ramas arqueadas.

Para construirlo había que recoger muchos plantones, árboles jóvenes, que son elásticos, e ir arqueándolos y clavándolos en el suelo uno junto a otro, para construir una estructura abovedada. En el Manual de Supervivencia había un dibujo, y ponía que era un refugio adecuado para estancias largas, que era nuestro caso. Yo lo cubriría primero con la lona, y después con ramas de abeto para aislarlo.

Cuando le dije a Peppa que íbamos a construirnos una casa con el techo en forma de huevo, ella sonrió y dijo:

–Sí, eso es porque tú eres tortillera.

Y se rio mucho.

Ella se pasa el día diciendo que soy lesbiana, pero no lo soy, y solo lo dice

en broma, aunque de todos modos es un comentario un poco homofóbico, bueno, en realidad no lo es porque yo no soy lesbiana. Pero cuando llevo el pelo echado hacia atrás o me lo cubro con un gorro, sí parezco un chico.

Hay cosas que le dan tanta risa a Peppa que se retuerce y no puede estarse recta, y le dan espasmos, y a veces parece que es epiléptica. Una de las cosas que le da más risa es la palabra «hummus». Cuando éramos pequeñas y yo robaba comida para ella, un día le traje hummus envasado, y a ella le encantó comérselo mojando pan, y entonces me preguntó cómo se llamaba aquello, y yo se lo dije y casi se mea de la risa. También se ríe un montón con la palabra «meconio», que es como se llama la primera caquita de un bebé cuando nace y está llena de bacterias peligrosas. La palabra «tortillera» para una lesbiana le hace mucha gracia, y también la palabra «menstruación» para la regla. Además le encanta decir palabrotas como «capullo», «mierda», y «truño», sobre todo cuando dicen de alguien que «es un truño». Una vez en el colegio se metió en un lío porque escribió que «la señorita Gammon es un truño» en la cartulina de una exposición cuando iba a Sexto.

Si ve a gente gorda en nuestra ciudad, o en los bloques, dice: «Rápido, esconde los pasteles», y a mí eso también me hace reír. Y a veces dice: «Eh, mira quién ha encontrado la llave del armario de las tartas». También le encanta la palabra «ojete», y a veces, cuando alguien la molesta o insiste mucho en algo le dice: «Deja de darme por el ojete».

También le gustan las palabras en escocés, como glaikit, que significa que eres tonto, que vas por ahí con la boca abierta y se diría que no tienes ni una sola idea en la cabeza. Además, le gusta la palabra dreich, que se usa cuando hay mucha humedad y llovizna un poco y está oscuro, y si hace un día así ella lo dice en escocés.

En su clase había un niño que tenía la cabeza muy grande. Se llamaba Robert McCulloch, y ella empezó a llamarlo «Heid», que es «cabeza» en escocés. Al poco tiempo todos los alumnos de la clase ya lo llamaban «Heid McCulloch», y a él le gustaba porque era un apodo, pero a la señora Gammon le parecía acoso escolar, y Peppa dijo: «Sí, pero es que tiene la cabeza muy grande».

En el colegio estudió a Robert Burns, y aprendió el poema del ratón, y a veces lo recita, y el mejor trozo es ese que dice: «Mas ¡bien estás comparado conmigo! Es el presente tu único enemigo: pero ¡ay! ¡yo miro hacia atrás y veo, amigo, un sombrío camino! Y, si miro adelante a oscuras sigo, porque

miedo me da cuanto adivino». Es lo que le dice el poeta a un ratoncito después de deshacerle la madriguera con un arado, y lo que le dice es verdad, y así es como estaba yo en el piso, y así es como había estado yo toda mi vida, y quiero sentirme más como el ratón. Peppa, a las mujeres las llama «gallinas», como a esas señoras de las tiendas, y si mamá había bebido decía que estaba «borracha perdida».

Otra de las ventajas del refugio abovedado es que se puede mantener el calor con una hoguera normal, en vez de tener que encender una de esas alargadas, y de esa manera usaríamos menos leña, un motivo más, así que descolgué la lona, la sacudí y me fui a buscar plantones y ramas más delgadas, y Peppa fue a buscar leña para mantener el fuego encendido.

Até varios plantones, uniéndolos por su parte más delgada, y conseguí una longitud de unos cuatro metros. Afilé los dos extremos y los clavé en el suelo cubierto de hojas. No me fue fácil, porque en este suelo hay muchas piedras y rocas, así que, cuando ya estaban hundidos los cubrí con montoncitos de piedras para que no se salieran. Repetí la operación, manteniendo una distancia de unos dos metros entre una vara y la siguiente, y fui arqueándolas para crear una forma abovedada. No era tan fácil como salía en el manual.

El sol ya se había puesto, y parte de la nieve se estaba fundiendo y goteaba desde los árboles, y yo estaba apartando la nieve y las hojas y el barro con el pie para que no llegara a la cama que había bajo la estructura de la cúpula nueva cuando oí el helicóptero.

Volando bajo, petardeando, supe qué era en cuanto lo oí. En realidad creo que lo esperaba. Y susurré con fuerza: «Peppa, échate al suelo». Ella me estaba trayendo leña, y la soltó y se metió debajo de un arbusto de acebo, y yo me agaché. Miré hacia arriba a través de la carcasa de la cúpula, y lo vi encima de mí, y el ruido era cada vez más fuerte, intermitente, chop, chop, chop, chop. Era blanco por debajo, y tenía unas letras negras que ponían «E90 RESCUE». Volaba tan bajo que podría haberle dado con la escopeta. Seguramente estaba a menos de treinta metros. Pasó por encima de donde estábamos agazapadas entre los árboles. Y después siguió volando muy bajo hacia el lago.

Me quedé quieta y le susurré a Peppa: «Quédate ahí». Después yo bajé hacia el arroyo, y salté sobre las piedras, y subí por la pendiente hasta los árboles. El ruido se alejaba, y cuando salí a la zona de los helechos el helicóptero ya iba por la mitad del lago, volando aún muy bajo. Entonces vi

que Peppa estaba a mi lado, entre helechos, y me agarró la mano y me preguntó: «¿Viene a por nosotras?».

Yo le dije: «No lo sé. Creo que son de rescate en montaña». Había desaparecido detrás de los árboles, por el otro lado. Pero entonces volvimos a oírlo, y apareció más lejos, en la otra orilla del lago, acercándose deprisa sobre la nieve de los árboles. Deshacía el camino, y yo agarré a Peppa y nos echamos sobre los helechos, y yo puse unas hojas encima de nosotras para cubrirnos y nos quedamos ahí estiradas. El chop, chop, chop, chop se oía cada vez más fuerte. Más fuerte. Y seguramente nos pasó justo por encima, debió de pasar sobre nuestro bosque, en dirección al norte, hacia Magna Bra y el páramo. El sonido de las aspas se fue apagando. Hacía frío en los helechos, y el suelo estaba muy húmedo, y estábamos sobre la nieve y las hojas, pero yo quise quedarme ahí y contar hasta 180, diciendo la palabra «elefante» entre un número y el siguiente, para que pasaran tres minutos.

–Volvamos –dije.

Peppa dijo:

–¿Y ahora tendremos que irnos a otro sitio?

–No. Ahora no. Si es un rescate de montaña, eso significa que están buscando a alguien por ahí arriba. Entre la nieve.

Eso implicaba que había gente en Magna Bra, o en los páramos que había más arriba del bosque.

–Vamos –dije.

Y volvimos corriendo hasta el refugio, y yo saqué el mapa y me senté bajo la carcasa de la cúpula y lo consulté. Magna Bra estaba en lo alto del páramo que quedaba encima de donde estábamos nosotras, y nuestro bosque terminaba más o menos a un kilómetro y medio del inicio del páramo.

–Voy a echar un vistazo –dije, y saqué la brújula de la mochila.

–Voy contigo –dijo Peppa.

–No, Peppa. Quédate y espérame aquí. Están buscando a dos niñas.

Pero ella dijo: «No», y se levantó y empezó a correr hacia el norte por el bosque. Le grité, pero ella corría tan deprisa que no podía pillarla, así que me puse en marcha y la seguí.

El arroyo corría hacia el norte, y se podía reseguir hasta la parte más alta de bosque. Yo me abría paso entre ramas, helechos y árboles, pero no veía a Peppa, no le veía ni siquiera la espalda. La pendiente era constante, y cuanto más subíamos más profunda era la nieve. Siempre que nos mantuviéramos en

el bosque, el helicóptero no nos veía, ni nos veía nadie que estuviera más arriba, en el páramo, porque los árboles hacían de barrera, y con la nieve de cara, si alguien miraba hacia el interior, no destacaríamos, y además mi forro polar era gris, y el de Peppa era negro, que son dos colores de camuflaje muy buenos. Pero no si estábamos sobre la nieve, en campo abierto, una vez que llegáramos arriba.

Al seguir río arriba se notaba que la masa de árboles era menos densa, y se empezaba a ver el páramo, y yo dejé de correr tanto y empecé a tener mucho miedo por Peppa, porque seguía sin verla. Volvía a soplar un viento fuerte, que me daba directamente, y aquellas nubes estratificadas entraban por el norte, y yo no dejaba de consultar la brújula. El viento me soplaba en los oídos, y yo me echaba hacia delante sin dejar de correr, intentando avanzar agazapada.

Al final ya no había más árboles, y el arroyo seguía avanzando hasta una garganta de laderas muy pronunciadas, y había una cresta por encima de mí, y vi a Peppa tendida en lo alto, observando desde ahí arriba.

Habría querido que anocheciera, porque entonces no habrían podido vernos, a menos que usaran alguna luz. Oí el chasquido de las aspas, todavía lejos, y fui corriendo hacia Peppa, y vi que estaba observando desde lo alto de la cresta, junto a una roca.

Llegué junto a ella y me eché al suelo a su lado, y me puse a mirar yo también. El páramo era inmenso, y blanco, con montículos de nieve, y se elevaba y había un pico al final, y más arriba otro. El helicóptero había aterrizado a unos ciento cincuenta metros, pero las aspas seguían girando, y se veían unos pequeños reflejos naranjas y amarillos de las chaquetas de los hombres que se movían junto a él, y empezaba a nevar otra vez.

Observamos entre la nieve y vimos que metían una camilla en el helicóptero, y eran tres hombres, dos con unos trajes de colores reflectantes y otro que llevaba una cosa azul, y parecía que transportaban a otro en la camilla.

Peppa dijo:

–Excursionistas gilipollas.

–Tenemos que volver al bosque antes de que despeguen –dije yo.

Y bajamos por la ladera, y corrimos hacia el bosque y nos adentramos hasta quedar cubiertas del todo por las copas de los árboles. Oímos que las aspas giraban más deprisa, y lo vimos elevarse sobre la cresta. Ellos no nos veían, y la nevada se intensificaba.



Peppa dijo: «¿Sabes qué me apetece?». Y yo dije: «¿Qué?». Y ella dijo: «Salchichas».

No teníamos salchichas, pero teníamos un conejo, y teníamos que terminar el refugio abovedado, así que volvimos siguiendo el curso del arroyo, por el bosque.

Tuvimos que ir deprisa para terminar la bóveda y extender la lona por encima, y yo le hice una puerta con una rama arqueada, y la até con la cuerda de nilón, y después le pusimos un techo muy grueso con muchas ramas de abeto, y extendimos ramas de abeto nuevas para hacer la cama, porque la cama se nos había mojado.

Empezaba a oscurecer, y no dejaba de nevar, pero allí no se notaba tanto como en el páramo, y pudimos encender una hoguera normal delante de la bóveda, y cocinar el conejo. Tomamos té, y Peppa se comió el último trozo de pastel Dundee que quedaba. La bóveda se iba cubriendo de nieve, y dentro se estaba bien, porque la nieve es un aislante.

Eran las primeras personas que veíamos desde que el conductor del autobús nos había dejado en la parada el día en que habíamos llegado. Y aunque yo intenté no preocuparme, me preocupaba que aquella gente estuviera por allí, y que hubiera excursionistas y gilipollas en anorak subiendo hacia Magna Bra, y eso que no nos habían visto y no nos estaban buscando a nosotras.

## 5

### Pájaros

Al día siguiente confeccioné otra estructura y rasqué la piel del conejo nuevo, y después, con ceniza de la hoguera y hojas de roble y orines hice una pasta y la extendí sobre las dos pieles y las dejé así, cubiertas, del lado del pellejo, para que se curtieran durante todo el día. Y fui a lavarme las manos al arroyo.

De comida, nos quedaban dos cajas de belVitas, un pastel de cereza, una bolsa de bollos, dos paquetes de nueces y dos de almendras, y uno de uvas pasas. Ese día íbamos a tener que cazar otra vez la comida principal, y decidí intentar abatir algún pájaro con la escopeta de aire comprimido.

En el bosque, y en los páramos, viven varias especies de aves. Entre las rapaces están el milano real, el cernícalo, el gavián y el águila pescadora, aunque el águila pescadora es migratoria, y ahora ya no habría ninguna. También hay águilas reales y pigargos, y me gustaría ver uno de esos. Por aquí también viven búhos. Otras aves migratorias que se encuentran en la zona son los alcaudones y las alondras totovías.

Las perdices rojas son pájaros comestibles, como los urogallos. La gente rica viene hasta aquí en agosto a cazarlos en las partes más altas de los páramos, y yo no sabía si podría cazar alguno, aunque nuestra escopeta no era como las suyas, era de aire comprimido.

Había que ir con jersey, porque el viento seguía siendo del norte, y aunque no había nevado mucho más aquella noche hacía un frío cortante. Cuando vives al aire libre lo que puede matarte es el viento, no el frío, porque el viento te hiela y reduce la temperatura por convección, por eso hay que llevar capas de ropa que paren el viento, o contar con un refugio que te proteja de él. El mejor tejido es el GoreTex, que es de lo que está hecha la chaqueta Helly Hansen de Peppa. El Gore-Tex para el viento, pero es transpirable, y por eso deja que la humedad del cuerpo pase a través de él solo en una dirección, y así no se te enfría el sudor dentro de las capas de ropa, que cuando hace mucho frío se congelaría y también acabaría matándote. Nuestros forros polares también eran a prueba de viento, y yo llevaba puesta otra sudadera encima de

la camiseta, y una camisa de cuadros, y encima el forro polar, y Peppa tenía un jersey morado de borreguito que se ponía debajo del forro polar para crear capas que atraparan el aire y mantuvieran el calor. Pronto podría confeccionarle un gorro con las pieles de los conejos, pero de momento le dejaba mi gorra, y ella ya tenía unos guantes.

Nos acercamos al arroyo, yo con la escopeta de aire comprimido, y Peppa con el tirachinas. Yo llevaba la mochila pequeña con los perdigones y las belVitas y las pasas y el mapa y la brújula y dos capelinas por si llovía, y había pensado en una ruta que iba hasta la parte alta del valle, donde estaba el lago, y más allá, y después bordeaba casi todo el páramo de Magna Bra. Eran algo más de seis kilómetros, y al final del recorrido nos devolvía a la parte alta de nuestro bosque. En su mayoría pasaba por zonas arboladas, y había unos tramos cortos de campo abierto, por el páramo. Eran cuatro millas, y yo creía que nos llevaría todo el día, porque íbamos a caminar, no a correr. Además, el primer tramo largo por el valle era en dirección sur, y por eso habría menos nieve, porque la nieve había venido del norte. Además, pensábamos parar para disparar a los pájaros, si se presentaba la ocasión.

Seguía habiendo estratos, y el viento seguía soplando del norte, aunque ahora era más bien una brisa. Después de cruzar el arroyo y meternos en el bosque, encontramos un rastro de ciervos en la nieve que llevaba recto hasta lo alto del valle. Parecía que había una pequeña manada de ciervos, y tal vez fueran hembras, y el rastro era reciente, y había excrementos, y nosotras lo seguimos. Yo no dejaba de buscar por todas partes, escuchando, y Peppa caminaba delante de mí. Si veíamos a alguien, si oíamos un helicóptero o un coche o la camioneta de algún guardabosques, pensábamos dejarlo y regresar directamente al bosque, así que no nos alejábamos mucho de los árboles, que se mantenían a nuestra derecha. Los ciervos habían hecho lo mismo, porque no les gusta sentirse desprotegidos.

El gavián vuela bajo y rápido a ras de suelo, y caza en bosques, y se alimenta de pájaros cantores. El milano real planea alto, en círculos, y a veces sobrevuela la carroña, como los buitres en África, porque es sobre todo carroñero, aunque también caza conejos, topillos y ratas. El águila real también vuela alto pero ve la presa desde casi dos millas de distancia, y cuando inicia el descenso para matar va casi tan rápido como el halcón peregrino, que es la criatura viva más rápida del planeta Tierra. Le gusta descansar en lugares elevados, como árboles y salientes rocosos, y a veces en

postes de vallas, en lo alto de los páramos, y en invierno se alimenta sobre todo de carroña, como el gavián.

Casi todo lo que sé lo sé por la Wikipedia, y por páginas web de cosas que me interesan, y también por vídeos de YouTube y por la tele. En el colegio iba a una clase especial para alumnos en situación de vulnerabilidad, y podía estar conectada a internet casi todo el día, y debía hablar con la señora Finlayson sobre mis sentimientos.

Sé muchas cosas sobre supervivencia: encender hogueras y construir refugios, montar trampas para conseguir comida y trampas para pájaros, filtrar agua, interpretar rastros de animales, observar para predecir cambios de tiempo. También sé muchas cosas sobre los animales terrestres de Gran Bretaña, y sobre la mayoría de aves, excepto las aves marinas. Y sobre peces y anfibios y reptiles. Sé cosas sobre árboles, y bastante sobre plantas, sobre todo si son de las que se comen. Me sé los nombres en latín de todos los árboles británicos. Y también sé cosas de cocina, y de higiene alimentaria, y bastantes cosas sobre salud y remedios comunes, y sobre alcoholismo, que es una enfermedad. Sé robar cosas, sé leer horarios, crear cuentas de correo electrónico, que hacen falta si se compran cosas por Amazon con tarjetas manipuladas. Y también sé usar taladros para instalar cerraduras en las puertas.

Sé limpiar, pasar el aspirador y crear un plan de alimentación saludable. También sé cosas sobre pasajes de la historia, por ejemplo las guerras indias de la década de 1860 en Estados Unidos, la Revolución francesa, los Covenanters en la Escocia del siglo xvii, y la batalla de Stalingrado del invierno de 1943. Se me dan bien las operaciones matemáticas mentales, y me sé todas las tablas de multiplicar, y también sé dividir y calcular fracciones y porcentajes. Sé disparar con una escopeta de aire comprimido, y armar una caña de pescar, pero no sé pescar a mosca, porque hace falta un sedal con peso para lanzar la mosca al pez, y eso todavía no lo he hecho nunca. Sé interpretar mapas, buscar referencias en una cuadrícula, trazar una ruta con brújula y leer elevaciones y gradientes. He matado a una persona, bastantes peces y, de momento, dos conejos.

Lo más difícil de matar a Robert no fue hacerlo, ni explicarle a Peppa que iba a hacerlo, sino contarle a Peppa lo que Robert me había estado haciendo a mí, y que me había dicho que pensaba empezar a hacerle también a ella. Cuando se lo conté, ella me dijo: «Mátalo, Sal», y yo le dije que sí.

Peppa estaba preocupada por mamá, pero yo le conté el plan de encerrarla en su habitación para que no le echaran la culpa, y le dije que después nos escaparíamos y sobreviviríamos. Y ella me dijo que solo lo haría si al cabo de un año volvíamos a buscar a mamá, y yo le dije que sí, que lo haríamos. A ella le gustó la idea de no tener que ir al colegio, y además sabía que si alguien descubría lo de Robert nos cogerían y nos separarían. A dos niños de su clase los habían dado en acogida, y eran hermanos, y tenían una hermana a la que habían acogido en Edimburgo, y solo la veían en el centro familiar una vez al mes. Y ella me dijo que de ninguna manera, que se fueran a la mierda.

Yo no quería contarle a Peppa lo que Robert me había hecho desde que tenía diez años porque ella creía que yo era la mejor persona del mundo, la más lista y la más valiente, y creía que lo sabía todo y que la cuidaba siempre y que la mantenía a salvo. Y si se enteraba de lo de Robert, a mí me parecía que a sus ojos yo quedaría como una blanda y me diría que tendría que haberle arrancado la polla de un mordisco. Cuando la cosa empezó, me sentí más sorprendida que asustada, y su manera de hablarme, y su olor a alcohol y hierba, y sus ojos medio cerrados volvieron a mi mente durante varios días después. Y también lo que me decía sobre lo que pasaría si se lo contaba a alguien.

Robert era flaco, y tenía una perilla pequeña, y olía agrio, como el vinagre, y si no olía a alcohol. Tenía tatuajes en los dos antebrazos y el tatuaje de una pantera en el pecho, y de rosas y cuchillos en el hombro. Tenía venas abultadas en los brazos, y a un lado de la cabeza, cerca de la sien y tenía la piel gris, áspera. Mamá lo conoció cuando trabajaba como bailarina erótica en un club de Glasgow, cuando yo tenía nueve años y Peppa tenía seis, y ella se había quedado sin el trabajo de Cutz porque faltaba mucho, aunque sabía cortar el pelo. Y dijo que quería ser bailarina, y sabía bailar y tenía el pelo castaño y las tetas grandes, y era guapa. Robert era un tío que vendía hierba y pastillas a las chicas del club y también pillaba tarjetas robadas y a veces pillaba unas que daban dinero en los cajeros.

Una mañana había cuatrocientas libras en billetes de veinte en el escurrerplatos de la cocina, y yo cogí cuatro para comprar comida y una mochila nueva para que Peppa la llevara al colegio. Ese fue el primer día que Robert se quedó en casa y mamá dijo: «Este es Robert, Sal, es mi nuevo novio». Yo miro fijamente a la gente, no porque no me caiga bien o porque sea maleducada, sino porque tengo que mirarlos bien para saber. Y miré a Robert

y él me dijo: «Joder, sonríe, Sally», y mamá me dijo: «Sonríe, Sal», y yo sonreí con la boca, pero no con los ojos, y él dijo: «Así está mejor, rubia. Yo conocí a tu padre», y mamá dijo: «Es verdad, Sal, conocía a Jimmy», y Robert dijo: «Sally Broon, Sally Broon».

Y podría haberle dicho que no me llamo Sally, que me llamo Salmarina, en español, y a mamá se le ocurrió cuando tenía dieciséis años y le pareció que era un nombre elegante, como de vino. Peppa, en realidad, se llama Paula, pero cuando era pequeña mamá la llamaba «pimientita roja», «Wee Red Pepper», por el pelo, y a partir de ahí todos empezamos a llamarla «Peppa», con a. Y entonces mamá dijo que éramos «Sal y Pimienta», por aquellas raperas de hace siglos que se llamaban Salt-N-Pepa, y miramos algunos vídeos de ellas, como el de Shake Your Thang, y el de Push It. Creo que las letras hablan de sexo, pero a Peppa le encantaban y ponía el culo en pompa y lo movía como hacían en los vídeos.

A Peppa le pusieron Paula por una santa y por un papa, porque su padre era católico. Robert empezó a llamarla «Pimienta Negra», porque era medio africana, y eso es racista, y Peppa se enfadaba con él. Él siempre era racista con ella y la llamaba «mulata» y «morenita», y ella lo llamaba a él «gilipollas de mierda».

Las dos llevamos el apellido de mamá: Brown. Aunque el apellido de mi padre era Mazur, porque el padre de su padre era polaco y llegó a Escocia durante la Segunda Guerra Mundial para construir defensas costeras. Y el apellido de Peppa debería ser Adichie si llevara el de su padre, algo que a lo mejor pasará algún día. Mamá se llama Claire de nombre, pero cuando trabajaba de bailarina dijo que se llamaba Nicole, y a veces le decía a la gente que se llamaba Jordan.

No se dieron cuenta de que había cogido los cuatro billetes de veinte libras, y después de ese día, siempre que Robert estaba en casa yo me fijaba en dónde dejaba el dinero, o la billetera, y le robaba cuando estaba distraído. No tardó en instalarse en casa, un día llegó con una bolsa de viaje y la escopeta de aire comprimido y la caña de pescar y unos palos de golf. Yo estaba sola en casa, y Peppa estaba en gimnasia en el centro, y yo tenía que ir a recogerla. Oí la llave en la puerta y pensé que era mamá, y entonces entró Robert arrastrando la bolsa y dijo: «Voy a quedarme un tiempo, ¿vale?». Y yo dije: «¿Lo sabe mamá?». Y él dijo: «Sí, ella me ha dado la llave. Le ha tocado turno de tarde en el club».

Y entonces dijo: «¿Quieres preparar té para los dos?».

Y yo dije: «No».

Y él dijo: «Ah, vale. ¿Vamos a ser amigos?».

Y yo dije: «No».

Y él dijo: «Eres bastante alta, ¿no?».

Y yo dije: «Sí».

Y entonces él dijo: «¿Quieres un porro?».

Y yo dije que no, tenía que ir a buscar a Peppa, y él empezó a liarse el canuto en el sofá de la sala.



Caminábamos sin alejarnos de los árboles, en el límite del páramo, y seguíamos todo el rato el rastro de los ciervos, pero no veíamos nada que pudiéramos cazar. Entonces llegamos a una garganta por la que otro arroyo bajaba hasta el valle. Allí había una pequeña cascada, que se descolgaba hasta una poza rodeada de serbales y avellanos y robles pequeños. El agua rugía, y se oía más a medida que nos acercábamos. Al llegar frente a la poza, una garza enorme levantó el vuelo, batiendo las alas despacio. Peppa le tiró una piedra, y la garza cambió de dirección en el aire y siguió batiendo las alas mientras se alejaba por el valle. Continuamos subiendo por la garganta y llegamos al páramo, que desde allí seguía en una pendiente más pronunciada, y la nieve resplandecía y en algunos sitios asomaba hierba seca que se mecía al viento. El sol deshacía las nubes, que se movían empujadas por el viento, y cuando al fin asomó el sol rebotó en la nieve con un destello brillante, como el de unos faros que te dan en la cara. La nieve crujía y tenía encima una fina capa de hielo y un grosor de unos quince centímetros. Peppa entrecerraba los ojos para protegerlos de aquella luz cegadora, y la blancura de la ladera por la que subíamos me mareaba un poco, y lo único que oíamos era el crujido de la nieve bajo nuestros pies. Arriba de todo había unas piedras muy grandes, y nos sentamos con la espalda apoyada en ellas, y nos comimos unas belVitas y unas pasas.

La vista alcanzaba hasta el otro lado del valle, hasta el otro lado del lago, y se veían todos los bosques. Algunos eran plantaciones de árboles sembrados todos a la vez, y se distinguía el camino maderero que llegaba hasta lo alto,

que entraba por un lado y salía por el otro. Entonces oí que Peppa decía: «Sal...».

Estaba tendida sobre la nieve, mirando hacia arriba, más allá de la roca en la que nos apoyábamos, y señalaba algo. Más arriba, entre unas rocas, había dos perdices rojas. Las dos eran hembras y tenían las plumas grises y marrones, con unos puntitos negros, y picoteaban el brezo que no había quedado cubierto por la nieve, en los extremos de aquellas rocas.

Intenté moverme tan despacio como pude, mientras levantaba la escopeta y me tendía boca abajo sobre la roca. La había bombeado siete veces y tenía un perdigón en la culata. Las perdices estaban lo bastante cerca como para que las alcanzara, y la que me quedaba más próxima de las dos me daba la espalda, y fijé el punto de mira en medio de su cuello. Hay que apretar el gatillo y no respirar cuando se presiona con el dedo, y soltar el aire despacio al disparar.

Cuando disparé y la escopeta hizo «pum», las dos levantaron el vuelo, con un chasquido que era algo así como un «tec, tec», pero a una le había dado y voló un poco más y se estrelló contra la nieve y fue rodando y rodando y entonces empezó a correr, batiendo una sola ala. Dije: «Peppa, ve a buscarla», y ella se levantó y corrió hacia ella, y yo la seguí. La perdiz seguía corriendo, cambiaba de dirección y hacía tec, tec, y dejaba un rastro de sangre sobre la nieve. Y no se detenía, y Peppa corría tras ella formando agujeros en la nieve con los pies, y yo la seguía corriendo, con la escopeta en la mano. La perdiz zigzagueaba sin parar, y Peppa resbalaba y tropezaba. Bombeé aire en la escopeta para intentar disparar una vez más ahora que ya no podía volar. Arrastraba un ala por la nieve y agitaba la otra, y el rastro de sangre la seguía. Después cambió de dirección una vez más y dio un salto y estuvo a punto de levantar el vuelo, pero volvió a darse contra el suelo y rodó un poco más, y al final se quedó quieta.

Todavía tenía los ojos abiertos cuando llegué a su lado, y respiraba deprisa, y la sangre de la nieve, a su alrededor, parecía negra. Metí otro perdigón en la culata y le disparé directamente a la cabeza, a bocajarro, para que no sufriera, y la cabeza rebotó contra la nieve, y le salió más sangre por detrás. La perdiz era suave, tibia, y cuando la levanté, con la cabeza colgando boca abajo, me pareció pequeña. Peppa la acarició y dijo: «Es bonita, ¿verdad?». Y yo dije: «Sí». Tenía las patas grandes, con unas garras cortas llenas de escamas, como las de los reptiles, porque los pájaros evolucionaron a partir de los reptiles.



Peppa dijo: «¿Te sientes mal?».

Y yo dije: «Sí». Y era verdad, aunque nos la fuéramos a comer. Al cogerla me pareció pequeña y suave, y tenía el pico pequeño y una mancha anaranjada sobre el ojo que parecía como sombra de ojos, y era bonita. La metimos en la mochila y seguimos subiendo hacia el páramo.

## 6 Pueblo

La perdiz no tenía demasiada carne, y dejé que Peppa se la comiera casi toda, pero estaba buena, asada con sal sobre las piedras. Subimos por todo el páramo hasta otra montaña, y después volvimos bordeando todo Magna Bra. No cazamos ningún pájaro más, pero vimos volar milanos y gansos. No nos encontramos a nadie, ni todoterrenos de los forestales, ni helicópteros. Habíamos caminado más de seis kilómetros cuando llegamos y empezamos a recoger leña y cocinamos la perdiz.

Aquella noche le hablé a Peppa de los Covenanters de Escocia, que no querían la religión del rey inglés, ni los obispos en la iglesia, y que celebraban sus reuniones en los páramos y las colinas de Ayrshire y Galloway por las noches. Tenían predicadores que llevaban máscaras y hablaban de Dios en encuentros secretos, y desde 1680 hasta 1688 hubo una época llamada el Tiempo de las Matanzas, en que el rey enviaba soldados a esta zona para masacrar a los Covenanters, lo que hizo que miles de ellos huyeran a Irlanda. Había una mujer llamada Margaret Wilson que no quería renunciar a su religión, y por eso la pillaron a ella y a otros como ella y los ataron a unos postes en el fiordo de Solway con la marea baja. Le dieron la oportunidad de decir que quería al rey, y que iría a su iglesia, pero ella no lo dijo, y la dejaron ahí cuando subió la marea y se ahogó. Y Peppa dijo: «¿Y por qué no dijo lo que ellos querían?», y yo dije: «No lo sé». Y no lo sabía.

Yo lo habría hecho. Qué más da a qué iglesia vayas. Nosotras no íbamos nunca a la iglesia, pero teníamos religión en clase, no mucha, y en Navidad y Semana Santa venía un ministro y nos hablaba mucho rato de Jesús. Hasta Peppa dijo que les habría dicho lo que querían oír y ya está, y eso que su padre es católico.

Lo de los Covenanters lo descubrí en la Wikipedia cuando estaba leyendo lo de Galloway y vi aquella expresión: «El Tiempo de las Matanzas», y lo busqué y encontré cosas sobre Margaret Wilson y todas las matanzas que hubo en Galloway en esa época.

Al día siguiente lavamos las bragas y los calcetines y las camisetas en el arroyo, y yo hice un tendedero con unos plantones y la cuerda de nilón, muy cerca del fuego. Le dije a Peppa que teníamos que lavarnos, porque si no, con la suciedad, podíamos pillar piojos e infecciones. Y Peppa dijo: «Sí, tienes razón, gallina, no quiero que me apeste la almeja», y yo dije: «Yo tampoco».

Avivamos el fuego, y yo herví agua en la tetera y empapamos una toalla con agua caliente y Peppa se quitó la ropa y se lavó todo el cuerpo, y no dejaba de tiritar y de dar saltitos, y de gritar: «¡Aaah!». Y yo mojaba la toalla y la escurría para que ella la usara. Se puso una camiseta seca y empezó a saltar junto al fuego hasta que se calentó y estuvo seca, y entonces terminó de vestirse. Después hervimos más agua y me desnudé yo. Peppa estaba sentada y me observaba. El fuego me mantenía caliente la parte de delante del cuerpo, pero la espalda y el culo se me congelaban con el viento, que seguía soplando del norte.

Peppa dijo: «Te está saliendo vello ahí abajo».

Y yo dije: «Sí».

Y ella dijo: «Yo no quiero que me salga».

«Pues te saldrá».

Y ella dijo: «¿Y el mío será pelirrojo?».

Y yo me eché a reír. A veces, con ella, me da la risa, es como una explosión que no sé de dónde viene. Y a ella le dio mucha rabia que me riera.

—A ti qué más te da, ¿verdad? La que voy a tenerlo pelirrojo voy a ser yo, y me llamarán «Felpudo Rojo».

—¿Y quién te va a llamar así?

—Los tíos y eso.

—No te llamarán así. No te lo verán.

—Sí, pero lo sabrán. Por el color del pelo.

—Peppa, vas a ser guapísima —dije yo.

Ella se juntó los pechos con las manos para que se le marcara el canalillo. Y dijo:

—¿Tendré unas tetas como las de mamá, con canalillo?

Y yo dije:

—No lo sé. Yo no tengo.

—Sí, pero es que a ti todavía te están creciendo, Sal.

Las mías eran pequeñas como granos y no llevaba sujetador, no lo necesitaba. No quería tener las tetas grandes como las de mamá. Robert

siempre se las estaba mirando, y estrujándoselas. Tampoco me había venido la regla todavía, pero a veces me parecía que me vendría, cuando se me hinchaba la barriga y me dolía, pero no me venía. Sabía qué hacer si me venía, y llevaba unas compresas Always Ultra en la mochila, y unas toallitas húmedas no perfumadas. También tenía ibuprofeno y codeína para el dolor menstrual.

No había conejos en las trampas, así que las recogimos y nos alejamos de la primera madriguera y encontramos otra más allá de los helechos y los robles que quedaban más cerca de la orilla del lago. Montamos tres trampas más allí y nos fuimos. La leña seca que quedaba cerca de nuestro refugio ya se había acabado, y ahora teníamos que subirla desde el arroyo hasta nuestro bosque. Corté más ramas de abeto para ponerlas en el techo del refugio abovedado, y también en la parte baja, porque la lona no llegaba al suelo.

Aquella noche no teníamos ni carne ni pescado, y tomamos pastel de cerezas y nueces y pasas.

El viento cambió de dirección, dejó de ser del norte y pasó a ser del oeste, menos frío, y mientras estábamos en el refugio, contemplando la hoguera, lo oíamos silbar, y notábamos los salpicones y goterones de lluvia, que caía con fuerza. El agua derretía la nieve, y de las ramas de los árboles caían pedazos de nieve, y al cabo de una hora, más o menos, el fuego casi se había apagado del todo, estaba empapado, y oíamos el rugido del arroyo, que borboteaba con toda el agua nueva. Yo había apilado un poco de leña dentro del refugio para que se secara, y me alegré de haberlo hecho. En el refugio no entraba agua, y nos dormimos oyendo el repiqueteo de la lluvia.

A la mañana siguiente encendí una hoguera pequeña justo a la entrada del refugio y herví agua y mientras esperaba a que se calentara empecé a preocuparme por la comida. Todavía me costaba calcular cuántos días llevábamos allí, saber qué día de la semana era. Pensaba que, si el día que nos habíamos escapado era miércoles, el día que habíamos visto el helicóptero tenía que haber sido domingo, si es que hacía cinco días que habíamos huido, pero no recordaba qué habíamos hecho todos los días ni cuántas noches nos habíamos dormido mientras yo le contaba cosas a Peppa. Habíamos conseguido dos conejos, porque teníamos dos pieles, y habíamos comido pescado dos días, y una perdiz otro día. Si me concentraba mucho y contaba, calculaba que podíamos estar a miércoles o a jueves.

Nos faltaba comida, y si no cazábamos un conejo o volvíamos a pescar, tendríamos que comernos las últimas pasas y los bollos, y después pasaríamos

hambre. Yo podía pasar hambre, pero Peppa no, y no lo permitiría, e intentaba calcular cuánta comida habíamos traído para resistir hasta que pudiéramos cazar y poner trampas. Y no quería, pero pensaba que tal vez no podríamos comer solo lo que cazáramos o encontráramos en las trampas o desenterráramos, y que íbamos a necesitar más comida.

Tardaría un día entero en llegar a un pueblo y conseguir comida para otra semana, y tendría que dejar a Peppa allí, porque estaban buscando a dos niñas, y seguro que ya habría descripciones, y tal vez imágenes de las cámaras de seguridad de la estación de tren, y es posible que hasta supieran que habíamos usado disfraces. Yo llevaba ciento cinco libras en la mochila, que era lo que nos quedaba del dinero que habíamos traído. La idea de dejar a Peppa allí me daba pánico.

Peppa me llamó desde la cama.

—¿Ya hay té, Sal?

Y yo le dije que sí, y le preparé uno con una bolsita y con leche pasteurizada y azúcar. Le di tres de los bollos para desayunar, y ella se los comió en la cama mientras empezaba a salir el sol. La lluvia amainaba, pero el viento seguía soplando del oeste, y era tibio y húmedo.

Peppa dijo:

—Ya no nieva, Sal. Toda la ropa limpia se ha mojado.

Era verdad. Todavía estaba en el tendedero, y goteaba.

Yo dije:

—Creo que voy a tener que ir a buscar más comida, Peppa. Y tú no puedes venir, porque nos pillarán. Tardaré todo el día, y tú tienes que quedarte aquí, y quedarte en el refugio.

Ella se lo pensó un rato y dijo:

—¿Me traerás un libro?

Y yo dije que sí, y ella dijo:

—¿Puedo quedarme con el cuchillo y con la escopeta?

Y yo dije que sí, que bombearía aire en la escopeta y le metería un perdigón, pero que no tenía que disparar a menos que fuera una emergencia y alguien la atacara. Ella dijo: «Estaré asustada, Sal», y yo dije que lo sabía y me acerqué a ella y la abracé y le susurré: «Tú te quedas en el refugio y no salgas. No te pasará nada, y yo volveré antes de que anochezca».

Ella dijo:

—¿Y si tengo que hacer pis?

–Bueno, sí, puedes ir a la letrina, pero después vuelves enseguida y te quedas en la cama, que se está calentito, y me esperas.

Ella dijo:

–¿Puedo cortar las pieles de conejo y hacerme un gorro? Puedo coserlas.

Le dije que sí, aunque creía que lo haría fatal, y le dije que tuviera cuidado con el cuchillo, que siempre cortara hacia fuera y que lo hiciera sobre una piedra, dentro del refugio. Le saqué el costurero de viaje, que tenía el hilo extrafuerte, y le enhebré una aguja grande. Saqué las pieles de las estructuras y les rasqué toda la ceniza, y el pis y las hojas de roble, y las estrujé un poco y las froté para que se ablandaran más. Le di el cuchillo y le dije que cuando no lo usara le pusiera siempre la funda, porque la funda tenía un afilador dentro.

Le dejé los bollos y agua hervida en la tetera, y le dije que se pusiera el jersey morado y el forro polar. Ella ya se había quedado sola en casa otras veces, cuando yo salía a buscar cosas y mamá y Robert estaban en el pub, o en la ciudad, pero aquellas veces siempre tenía la tele.

Me llevé la mochila pequeña y el mapa y la brújula y el dinero. La dejé en el refugio, cortando las pieles de conejo. No me despedí de ella ni me fui con gran revuelo: me di la vuelta y me marché. Durante el primer kilómetro del camino respiraba bien, miraba hacia delante y oía el crujido de mis pasos sobre las hojas, las ramitas y las agujas de los alerces.

Llevaba el forro polar, y la mochila pequeña y un gorro, con el pelo recogido dentro, y pensaba que debía de parecer un chico de excursión, porque llevaba pantalones de caminar, y encima otros, impermeables. Si alguien me veía pensaría que era un chico, o un excursionista que recorría el bosque.

Seguí cruzando el bosque hasta que pasé por un tramo de páramo cubierto de brezo, y llegué hasta el límite de unos cultivos y después al pie de un monte, y más allá del monte estaba el siguiente valle, y después subí hasta el otro lado de ese valle y había otra ladera que bajaba por una pista boscosa que pasaba por otra plantación de abetos.

Para no preocuparme tanto por Peppa, pensaba en Ian Leckie. Era el padre de Mhari, y nos cuidaba cuando éramos pequeñas, y él me quería. Era la única persona que no me consideraba rara, que no decía: «¿Y tú qué miras?». Era viejo, y vivían en la costa, en una casa grande con jardín y cobertizo. Incluso cuando dejé de salir con Mhari me iba hasta allí para verlo, y él me llamaba: «La Guapa Sal». Ian Leckie me enseñaba cosas de pesca, y a hacer nudos, y

nos llevó a Mhari y a mí al muelle y pescamos un bacalao y un carbonero usando de cebo una tira de caballa. Me enseñó a quitarles las tripas a las caballas, y a mí me pareció divertido. Me gustaba hacerlo, y él me decía: «No hay muchas señoritas dispuestas a hacer eso, Sal».

En el cobertizo tenía herramientas y latas de pintura y barniz, y le construyó una conejera al conejo de Mhari. Me explicaba cosas del contrachapado, me decía que era muy fuerte porque pegan con cola planchas de madera con las vetas a contrapelo, y las someten a compresión. Él me enseñó a serrar madera, a mantener el codo pegado al cuerpo para no salirse de la raya que se está cortando, y me explicó que se usan cintas de cobre para que las lapas y las algas no se peguen al casco de las barcas, porque crean una corriente que hace que no crezcan.

Cuando me sentía triste por mamá, o me asustaba Robert, o me entraba el pánico, pensaba en Ian Leckie, y me calmaba y me consolaba, y creo que a lo mejor lo quería como si fuera mi padre. Ian Leckie no bebía, y decía que llevaba veintidós años de abstinencia, pero que antes bebía todo el día y toda la noche, y que lo habían detenido por meterse en una pelea. Iba a reuniones para seguir abstemio y no beber, reuniones con otras personas que no bebían, en la cofradía de pescadores.

Una vez nos vio a mí y a mamá y a Peppa que salíamos de los bloques y Peppa iba en el cochecito, y mamá llevaba tres botellas de sidra en una bolsa. Y dijo: «Hola, Claire, ¿cómo te va, guapa?». Y mamá le dijo que bien, y creo que quería seguir caminando, pero Ian Leckie le puso la mano en el hombro y le dijo: «¿Estás bien, cariño?», y mamá le dijo que sí pero que tenía ganas de llegar a casa y prepararse un té.

Ian Leckie me acarició la cabeza y me dijo: «¿Y cómo está la guapa Sal?», y se agachó y le acarició la mejilla a Peppa y dijo: «¡Mira a esta pequeñita, qué señorita tan preciosa!». Y ella le sonrió, y no tenía los dientes de delante, y él aplaudió una vez e hinchó mucho las mejillas, y ella se rio.

Mamá dijo: «Hasta otra, Ian. Vamos, Sal».

Y entonces Ian Leckie dijo: «El sábado voy a ir al muelle a pescar bacalao, si Sal quiere venir... Es buena destripadora».

Mamá dijo: «Oh, Ian, este sábado estamos fuera. Vamos a Glasgow a ver a mi amiga Jo. Venga, Sal, vamos...». Y se puso a caminar hacia el piso. Yo sabía que no íbamos a ir a ninguna parte el sábado, y sabía que no tenía ninguna amiga en Glasgow que se llamara Jo. Mi madre mentía muy bien.

Llegamos a casa y empezó a beber sidra, y Peppa y yo nos pusimos a ver la tele.

Después de ese día, cuando veía a Ian Leckie o bajaba a su casa para ir a su cobertizo él me preguntaba: «¿Cómo está tu madre?», y yo le decía que bien. Y entonces él me decía: «¿Todavía bebe?», y yo le decía que sí. Y entonces él me decía: «Dile que venga a verme si necesita que le eche una mano».

Pero yo no le decía nada. En realidad, solo se enfadaba y empezaba a gritar si no tenía alcohol, o si yo se lo escondía y ella se daba cuenta, o si yo le decía que no bebiera. Cuando bebía estaba bien, y durante un rato se ponía cariñosa y le daba por abrazarnos. Y a veces también se ponía a llorar y empezaba a llamar a gente por teléfono, y yo le preparaba la cena a Peppa y la acostaba. Cuando terminaba, ella casi siempre se había quedado dormida y no había manera de despertarla, así que me aseguraba de que tuviera el cigarrillo apagado, y la tapaba con un saco de dormir y me acostaba, o me conectaba a internet y leía cosas.

Mamá nos llevaba a robar alcohol, y a Peppa la llevaba en el cochecito. Solo podía pillar vino, o latas de sidra y cerveza de la fuerte, y cosas así, porque el vodka y el whisky llevan unas etiquetas y salta la alarma cuando sales del ASDA. Mamá me hacía vigilar el pasillo y fijarme en la cámara de seguridad, y entonces ella metía las latas debajo de Peppa, o en aquella bandeja pequeña que tenía el cochecito, y encima ponía los abrigo. Llevaba expresamente más abrigo para eso. Una vez me metió dos botellas de vino dentro de la chaqueta, y yo tuve que salir por el arco de seguridad apretándolas contra el pecho con las manos. Ella me dijo que me estuviera callada y no llorara, que no me alejara mucho de ella cuando pasáramos por el arco.

Yo le pregunté si a Peppa y a mí también nos detendrían si la detenían a ella, y ella dijo: «No, pero os separarán de mí».



Llegué al final de la pista forestal y salí al aparcamiento, cerca del sitio en el que había enterrado los móviles cuando llegamos, y después seguí por el camino hasta la carretera, y después hasta la carretera principal, y el área de descanso en la que paraba el autobús. Creo que lo hice todo en menos de dos horas, y sabía que había un autobús cada hora.



Había una mujer esperando en el área de descanso, con un perrito atado con correa. Llegué y me quedé de pie en la otra punta, dándole la espalda y mirando hacia donde tenía que venir el autobús, para que no me viera la cara demasiado rato. Notaba que la mujer me estaba mirando, y entonces oí que me gritaba: «Faltan unos diez minutos, hijo». Y yo levanté la mano para darle las gracias, y seguí mirando la carretera.

La oía hablándole al perro. Era un terrier pequeño, blanco, y ella le decía «Lo, lo lo, que ya viene el autobús, lo, lo lo», en tono agudo, como el que se usa para hablar a los bebés. Me volví, y el perro agitaba la cola y la miraba, y era como si bailara, todo entusiasmado. La mujer era mayor, tenía el pelo corto, canoso, y unas gafas grandes. Al ver que miraba al perro sonrió y me dijo: «¡Le encanta ir en autobús!», y yo dije que sí, y asentí con la cabeza.

—¿Has ido a pie hasta el valle, hijo? —me dijo, acercándose un poco más a mí.

Yo dije que sí, intentando bajar la mirada.

—¿Eres un excursionista?

Dije que sí y pensé: «¡Genial!».

Entonces oímos que venía el autobús, y ella dijo:

—Ah, ya viene...

Compré un billete de ida y vuelta por 4,80 libras y me senté sola, en el piso de arriba. Había unos quince kilómetros hasta el pueblo, y la carretera seguía el curso del río, por el valle.

El pueblo era diminuto, tenía una calle principal con un montón de tiendecitas. Había bastante actividad, mucha gente, y un mercado de granjeros con paradas en la calle. Vendían queso, velas, y había una furgoneta del Buffalo Burger. Me bajé del autobús y caminé por la calle hasta el final, y después de vuelta, fijándome en todos los sitios en los que debía comprar algo, y vi que había una cooperativa y una librería diminuta en la que vendían tarjetas y postales.

Nadie me miraba. Compré belVitas, dos barras de pan, cuatro latas de carne y otras cuatro de alubias, otro pastel Dundee y otro de cereza, y más té en bolsitas, y un paquete de azúcar. La mochila me pesaba un montón, y me di cuenta de que no conseguiría llevar bastante comida para pasar semanas, o meses. Tal vez tendría que ir viniendo aquí una vez por semana. Compré un bistec grande, y kétchup para Peppa, para mimarla un poco cuando volviera, y en la tienda de dietética compré más frutos secos y orejones de albaricoque.

También me llevé una bolsa grande de Bombay Mix, porque a Peppa le encantan esos aperitivos picantes. En la farmacia compré jabón y champú, y tiritas para el botiquín.

En la librería había una mujer joven, rubia, que hablaba con acento inglés, y me vio buscando y dijo: «¿Estás buscando algo en concreto?», y yo dije: «Quería un libro para mi hermanita que tiene diez años». Y ella dijo: «¿Es buena lectora?». Y yo dije que sí.

Y entonces ella dijo: «¿Qué le gusta leer?», y yo le dije que le gustaban las historias de indios y de gente en guerra y de personas que vivían aventuras. No la miraba a la cara cuando le hablaba, miraba los estantes. Allí olía bien, como a vainilla y a azúcar.

La mujer dijo: «¿Qué tal esto?», y me enseñó un libro que se titulaba La isla del tesoro, que en la portada tenía piratas y un cofre del tesoro y una playa con palmeras. La mujer dijo: «A lo mejor el lenguaje se le hará un poco raro al principio, pero si es buena lectora es posible que le guste. Es un clásico».

Yo dije: «Es lista. Le gustan las palabras». No dije qué clase de palabras.

La mujer cogió otro libro que se titulaba Secuestrado. En la portada salía un barco antiguo y dos hombres con espadas en la mano, vestidos con ropa del siglo xviii.

—Es del mismo autor, y es un relato de aventuras muy bueno.

Los compré los dos, y me costaron 9,98 libras, y me los guardé en la mochila. Ahora ya pesaba mucho, e iba a tener que caminar ocho kilómetros cuando llegara al bosque, pero no pensaba en eso, y hacía lo que decían en el Manual de Supervivencia, lo de ponerse metas pequeñas minuto a minuto y no proyectar, porque así se mantenía la moral alta en situaciones de estrés.

Entonces me metí en la biblioteca y pagué cuatro libras por una hora de acceso a internet en un ordenador.

Desde el primer momento sabía que lo haría, y sabía que en realidad si había decidido ir al pueblo había sido para eso. Para saber qué había pasado cuando nos habíamos escapado, y dónde estaba mamá y por dónde nos estaban buscando la policía y los servicios sociales.

Había un montón de noticias sobre nosotras. Entré en Google News y puse nuestros nombres: Salmarina y Paula Brown.

Los últimos titulares eran: la búsqueda de las escolares desaparecidas se amplía y niñas desaparecidas: la policía amplía la zona de búsqueda.

Retrocedí una semana. Encontré: hermanas desaparecidas después de la

muerte de su padrastro, y madre desesperada suplica a las hermanas desaparecidas que regresen. Había fotografías de mamá en una rueda de prensa, llorando, y una imagen de la cara de Robert. Más abajo había fotos más de cuando tenía diez años, con la sudadera roja del colegio, y una imagen de Peppa, de cuando tenía ocho años. Había una foto sacada de uno de los teléfonos de mamá en la que salíamos Peppa y yo mirando fijamente a la cámara, y Peppa llevaba su forro polar negro y yo una camiseta blanca, y tenía el pelo más corto.

Leí la noticia de la rueda de prensa y decía que mamá nos suplicaba que volviéramos, que no nos pasaría nada, y que solo quería saber que estábamos bien. Y la policía decía que creía que estábamos en la zona en la que vivíamos, y que tal vez nos retuvieran o alguien nos estuviera escondiendo, y que «estamos cada vez más preocupados por la integridad de Salmarina y Paula».

Después encontré un vídeo de la Televisión Escocesa en el que salía gente que buscaba por nuestros bloques, y en el muelle, hasta el faro, y por la orilla del mar. Había mucha gente con chalecos reflectantes puestos, y reconocí a Ian Leckie y a Mhari y a gente que vivía en los bloques, como Big Chris y la señora Duggan, que llevaba el perro con correa. La voz en off decía: «Los vecinos, preocupados, y algunos amigos han participado en la búsqueda de las niñas, que desaparecieron del piso de Linlithgow Court el miércoles por la mañana. El cuerpo sin vida del compañero de su madre, Robert McColm, se encontró en la vivienda después de que un vecino llamara a la policía. Los agentes determinaron que la muerte se había producido como consecuencia de un apuñalamiento. La madre de las niñas, Claire, de 29 años, se encontraba en el piso en el momento de la desaparición, y todavía se desconoce cómo lo abandonaron Salmarina, de 13 años, y su hermana Paula, de 10. La policía afirma que hay constancia de que el martes por la noche se encontraban en su domicilio. Voluntarios de la zona han rastreado vertederos vecinos y zonas costeras...».

Bajé un poco más y encontré las noticias: pistas sobre hermanas desaparecidas en cámaras de seguridad y el enigma de los uniformes escolares. Eran de hacía cuatro días. Había imágenes nuestras en la estación de Glasgow: yo llevaba la mochila grande y Peppa la pequeña, y caminábamos entre las tiendas con los uniformes escolares puestos.

En ese momento noté que me entraba el pánico, y el corazón empezó a

latirme muy deprisa, y sentía como si alguien me apretara mucho el pecho. Estaba ahí, mirando la pantalla, y aquella imagen nuestra se volvió borrosa. Quería respirar pero no podía e intenté ponerme de pie pero me tambaleaba, y volví a sentarme, pero la silla se volcó y se oyó un gran estruendo.

Veía con un ojo la moqueta gris entre estanterías metálicas llenas de libros, y había zapatos negros de piel que corrían hacia mí, y un hombre decía: «¡No pasa nada! Está bien, está bien».

Era viejo y llevaba una camisa azul y corbata, y se agachó a mi lado y yo volví a notar el pánico. No había minimizado la pantalla, y el hombre vería qué estaba mirando. Pero él me estaba sentando en la silla y me decía: «¿Has notado que te desmayabas?». Y yo dije que sí, y entonces dije: «Estoy bien. He tropezado, nada más».

Intentaba ver más allá, ver si en la pantalla todavía salía aquella imagen nuestra de las cámaras de seguridad. Él me pidió que me sentara con la cabeza entre las rodillas, y me frotaba la espalda y me decía: «Tú respira... Estás bien».

Yo no quería que me frotara la espalda, y la moví un poco para retirarle la mano, y me levanté, sin dejar de mirar la pantalla, y decía: «Estoy bien, tengo que salir fuera».

Él me miraba fijamente y sonreía. Tenía la cara grande, barba canosa y unas gafitas redondas. Dijo: «Sí, aquí hace calor, sal a que te dé el aire».

Se volvió y entonces miró directamente la página abierta en la pantalla, con nuestras imágenes de la cámara de seguridad. Estaba mi mancha borrosa y la de Peppa, y una hora y una fecha, y el titular debajo. Él se quedó quieto un momento, y se alejó sonriendo.

Yo me acerqué al ordenador, salí de aquella página y borré mi historial de búsquedas, después recogí la mochila, me la cargué al hombro, y las latas que había entrechocaron, y salí enseguida.

Caminé por la calle, respirando hondo, y tenía mucha hambre, y no sabía si sería por eso que me había caído al suelo y había estado a punto de perder el conocimiento. No paraba de pensar en todas las cosas que había visto sobre nosotras en internet, y en que aquel señor había visto la página. Si buscaban y encontraban lo que yo había estado buscando, tal vez adivinaran quién era, y además yo todavía no sabía qué le había pasado a mamá. Y me preocupaba volver con Peppa.

Para calmarme me acerqué a la furgoneta de Buffalo Burger y pedí una

hamburguesa y unas patatas fritas, y una Coca-Cola de lata, y me senté en un banco con vistas al río, y me lo comí todo. El búfalo sabe a ternera. Tuve esa sensación tan placentera que te entra cuando tienes mucha hambre y comes, y te pondrías a bailar para celebrarlo. Y me sentí mejor, más calmada, y dejé de pensar todo el rato en lo mismo, dejé de preocuparme. Cuando tenemos hambre nos ponemos tensos y nuestro cuerpo segrega adrenalina y otras hormonas que nos hacen querer comer, y creo que eso era lo que acababa de pasarme.

Iba a tener que correr el riesgo de volver a la biblioteca. A veces hay que calcular las pérdidas y las ganancias potenciales de una decisión cuando no se sabe el resultado y se corre un riesgo. Los peces depredadores, como los lucios, lo hacen cuando cazan. Es una especie de cálculo en el que sopesan la energía potencial que obtendrán si atacan una presa, la cantidad de energía que deberán invertir para atacarla, y la probabilidad de tener éxito, dadas ciertas variables, como por ejemplo lo lejos que está el otro pez, de qué tipo de pez se trata e incluso aspectos como la temperatura del agua y la corriente. Si la ganancia supera la pérdida en el riesgo, entonces atacan. Si se piensa bien, se trata de un cálculo muy complejo. Y los lucios lo realizan en una milésima de segundo, con ese cerebro tan pequeño que tienen. Por eso, normalmente, los lucios grandes solo atacan señuelos muy grandes o señuelos que se agitan tanto que parecen grandes presas.

Así que lo pensé bien y volví a la biblioteca y cuando entré, el hombre de la barba estaba en el mostrador de la entrada, y levantó la mano y me dijo: «¿Ya te encuentras mejor?», y yo le dije que sí y volví al ordenador. Me caen bien los hombres mayores, como él, como Ian Leckie.

Me quedaba casi media hora de internet, pero no encontré nada sobre mamá en las noticias breves, solo una cosa en un periódico que decía: las caóticas vidas de las hermanas desaparecidas, y salía una foto de nuestros pisos, y otra de mí y de Peppa de pequeñas, y una grande de Robert. En un texto ponía: «El fallecido, Robert McColm, de treinta y un años, era pareja de Claire Brown desde hacía tres. La policía asegura conocerlo bien, pues había estado en prisión, encadenando condenas por robo, allanamiento de morada y asalto. Fuentes policiales confirman que McColm presentaba heridas de arma blanca en el cuello, y fue encontrado en el dormitorio de la hija mayor, Salmarina, cuando la policía accedió a la vivienda el pasado miércoles por la mañana». También aparecía una fotografía de mi colegio, y el director había declarado:

«Salmarina es una niña inteligente y capaz que recibía refuerzo especial en el aula de alumnos en situación de vulnerabilidad de la escuela».

Leí todo lo que pude y volví a buscar el nombre de mamá. Después se me ocurrió consultar en Twitter, porque la gente siempre tuitea cosas sobre asesinatos que no salen en los periódicos. Cuando busqué a mamá en Twitter vi que había montones de tuits, montones, de gente que decía que la conocía, o que nos conocía. Mhari había tuiteado muchísimo. Sus mensajes decían: «Espero que estén bien. Que Dios las bendiga a las dos y que las proteja». Una mujer que se hacía llamar Blonde Iris decía: «Rezo por las pequeñas. Siete días desaparecidas».

Había otros tuits sobre Robert. Había uno de un tal GORDONMAC que decía: «Robert McColm era un cabrón y ha acabado como merecía. Si la chica lo mató es porque abusaba de ella». La gente lo había retuiteado, y había un hilo sobre el tema. Decían cosas como: «Era un pederasta hijo de puta. Se lo merecía».

Y entonces encontré uno de @AlisonatTheClub, del día anterior, que decía: «Claire en rehabilitación, desintoxicándose. En la Abadía. Financiada por la Seguridad Social».

En el mismo hilo, otro decía: «La Abadía es el mejor sitio para ella en este momento, aunque sus niñas no estén. Claire necesita someterse a un programa de recuperación».

Era Ian Leckie.

Busqué: «Rehabilitación la Abadía Escocia», y encontré una página con una imagen de una vieja casa de piedra, con césped, en un día soleado. Decía que ofrecía desintoxicación y rehabilitación para gente con problemas de adicción, y que seguía el programa de recuperación en Doce Pasos. Y estaba en Galloway. Encontré la dirección y la busqué en Google Maps, y en Google Earth. Estaba a unos sesenta kilómetros de Forest Park, al final de una carretera. Allí era donde estaba mamá.

Imprimí el mapa y la página web, y se me terminó la hora de internet y pagué por la impresión y me fui.

Llegué al área de descanso de la carretera poco después de las tres. Me quedaban ocho kilómetros, y era imposible que llegara de día, pero de todos modos atravesé el aparcamiento y empecé a subir por la pista forestal. Había dos coches estacionados, y cuando yo subía por la pista un hombre y una

mujer, los dos con anoraks y botas de caminar, bajaban, y me saludaron con un movimiento de cabeza, pero yo seguí mirando al suelo.

Pero me sentía mejor. Tenía comida, y mamá no estaba en la cárcel, y no decía en ningún sitio que nos estuvieran buscando por aquí, ni siquiera que supieran dónde estábamos. Sabían lo de los uniformes escolares, y sabían que habíamos estado en Glasgow, pero eso era todo.

La mochila pesaba mucho, y yo intentaba caminar a ritmo lento y echarme hacia delante, y respirar despacio. Estaba nublado, oscuro, y el viento seguía siendo del oeste y seguía sin hacer frío, y toda la nieve se había derretido. Mis pensamientos empezaron a ir despacio.



Ver la foto de Robert me había hecho pensar en el momento en que lo maté.

Decidí hacerlo justo antes de Semana Santa, la noche que intenté bloquear la puerta para que no entrara, y él se puso furioso y apartó la cajonera. Yo estaba sentada en la cama, y él se plantó delante de mí y dijo: «¿Qué te he dicho, Sal? Tienes que ser buena conmigo. Si no, iré a ver a Peppa».

Y yo dije:

–A ella la dejas en paz.

Y él se rio y dijo:

–Ya se está haciendo bastante mayor.

Y yo dije:

–Si la tocas, te mato. Te matará ella y se lo contará a mamá.

Y él se rio y empezó a desabrocharse los pantalones.

Después se quedó dormido en mi cama. Siempre lo hacía si estaba borracho, y yo tenía que abrocharle los pantalones y empujarlo para que se apartara. Aquella noche, después de ir al baño, lo miré y pensé que podría matarlo. Y entonces me vino a la mente todo el plan. Comprar las cerraduras e instalarlas. Escapar al bosque y sobrevivir y hacerlo de manera que no pudieran echarle la culpa a mamá. Había leído la historia de dos niños que habían matado a una mujer y su hermana, y las habían apuñalado en el cuello, porque dejaron de gritar enseguida. Yo entonces ya tenía mi cuchillo de Bear Grylls, y ya sabía un montón de cosas sobre supervivencia.

A la semana siguiente compré la cerradura y la instalé en la puerta de Peppa y le di una llave y le dije que se encerrara cuando entrara en su cuarto, por si

Robert estaba borracho y le daba por entrar. En aquel momento no le expliqué por qué, pero se lo conté después, cuando le dije que iba a matarlo.

El problema era que nunca sabía cuándo venía, y tenía que tenerlo todo preparado, y comprado y listo, y las cerraduras puestas en la puerta de mamá. Le pedí a la señorita Kerr que me enseñara a leer los mapas del Servicio Cartográfico, y a interpretar una brújula, y ella casi se caga encima de la emoción cuando se lo pedí, se puso muy contenta, y no dejaba de decir: «Eso es maravilloso, Sal». Le dije que quería aprender a orientarme, y ella me explicó las referencias de las cuadrículas, y las líneas de longitud y latitud, y me explicó cómo se usa la brújula para encontrar el norte, y así se puede trazar la dirección en la que se quiere ir. También me explicó lo de las curvas de nivel y las indicaciones de los gradientes, y a interpretar los tipos de bosque en un mapa.

Robert no venía todas las noches. A veces pasaba semanas enteras sin aparecer por casa. A veces, ni siquiera venía cuando mamá y él habían estado bebiendo juntos. Desde que había llegado Robert, mamá se emborrachaba mucho más y había más hierba y anfetaminas y éxtasis en el piso.

Pero si me parecía que ya no lo haría más, me equivocaba. A veces venía y entraba muy silencioso y me susurraba y me llamaba «Cielo», y a veces entraba y sin más me agarraba y me levantaba y me tiraba del pelo. Era fuerte y me retorció el pelo. A veces, después, decía cosas como: «Eres muy especial para mí, ¿lo sabes?», y a veces solo me empujaba contra la cama y salía de la habitación. Yo nunca lo miraba, ni me fijaba en sus ojos, que de todos modos tenía medio cerrados casi siempre.

A veces se quedaba ahí sentado, después, y me decía que no lo contara, que se nos llevarían y nos separarían, y a veces hablaba como si todo fuera normal y me pasaba los pañuelos de papel y decía cosas como: «Mañana me voy a Glasgow, tengo unos asuntos», como si a mí me interesara saberlo. Una vez estaba sentado al borde de mi cama y empezó a llorar y a decir que lo sentía. Aquella noche estaba muy borracho, y se echó y se quedó dormido.

Tardamos meses en tenerlo todo listo, y yo vi un montón de vídeos de YouTube sobre todas las cosas. Lo guardaba todo debajo de la cama, y era siempre la primera en levantarme para recoger el correo y los paquetes. Había creado unas doce direcciones de correo distintas para las cuentas de Amazon, y tenía tantos nombres de usuario y contraseñas que me los había tenido que apuntar junto con los números de cuenta en una libretita que guardaba en el



cajón de la mesilla de noche. Compraba frutos secos, y pasas, y bollos, en bolsas selladas, y pasteles y belVitas, porque duraban mucho.

Fue el día en que llegaron las zapatillas de Peppa, y el anorak Helly Hansen, y la mochila pequeña, y yo le pedí que lo guardara todo debajo de la cama y entonces le dije que iba a matar a Robert. Y ella dijo: «Irás a la cárcel», y yo le dije que no y le conté el plan de escaparnos y sobrevivir, y ella se entusiasmó. Entonces le conté lo que él hacía conmigo por las noches, y que había dicho que iba a empezar a hacérselo a ella, y ella se quedó muy callada y al final dijo: «Mátalo, Sal».

Durante las dos semanas siguientes Peppa estaba siempre emocionada con eso de fugarnos, y no dejaba de venir donde yo estuviera y me decía con voz grave, como de tráiler de película: «¡Vamos a sobrevivir!», y yo le decía que se callara. Empezó a mirar programas de Bear Grylls y de Ray Mears en YouTube, y yo le enseñaba el mapa, y vídeos para aprender a construir refugios y encender hogueras. Le enseñé el cuchillo y ella dijo: «Es bonito». Preparó su mochila, y la tenía lista debajo de la cama, y yo dejé que se probara el uniforme escolar, y después lo escondimos.

El sábado anterior a nuestra huida, mamá y Robert no vinieron a casa, y por la mañana le preparé el desayuno a Peppa, y ella se fue a clase de Gimnasia, y yo instalé la cerradura en la puerta de mamá y luego recogí todas las virutas y el serrín. La cerradura funcionaba, y yo guardé la llave debajo del cubo de reciclaje del ayuntamiento, en el recibidor. Mamá y Robert volvieron por la tarde, cuando yo estaba viendo vídeos de YouTube, y mamá se sentó en el cuarto de delante y se puso a beber sidra, y Robert se puso a fumar hierba delante de la tele.

Aquella noche Robert entró en mi habitación, y fue brusco conmigo, y estaba enfadado, y no paraba de decirme: «Qué putita eres». Yo habría querido hacerlo esa misma noche, pero al día siguiente era domingo, y no era buena idea intentar huir en domingo. Todos los horarios de trenes y autobuses que teníamos eran para días laborables.

Pero yo sabía que iba a hacerlo pronto, porque cuando pensaba en hacerlo me calmaba, y no me entraba el pánico, al contrario. Era octubre, así que en el bosque los árboles no estarían pelados del todo, y todavía era posible pescar. La previsión meteorológica para esa semana decía que estaría despejado y haría frío, con vientos del norte que entrarían hacia el fin de semana.

Le dije a Peppa que sería esa semana, y el lunes seguimos actuando como

siempre. Yo la desperté y le preparé el desayuno y las dos fuimos al colegio, y mamá se fue al club por la tarde, y Robert estaba en el piso y no iba a salir. El lunes por la noche, cuando estaban fuera, encontré otras cuarenta libras en su cajón y las cogí. El martes empecé a desprenderme de las tarjetas y el portátil y los teléfonos que había estado usando. Saqué las tarjetas SIM y las tiré al mar desde el muelle. Me deshice de la libretita con las contraseñas y los nombres de usuario, porque ya tenía todo lo que necesitaba. De vuelta vi a Ian Leckie, que caminaba por el paseo marítimo, y me dijo: «¿Cómo está mi Sal, la guapa Sal?». Y yo le dije que bien y él me preguntó por mamá y me dio diez libras para que Peppa y yo nos compráramos patatas fritas.

Mamá y Robert salieron el martes por la noche, y volvieron sobre las once, y hubo algunos gritos y golpes, y después todo se quedó tranquilo, y yo supe que mamá se había quedado frita, y se oía la tele, y me senté en mi cuarto a esperar. Después se apagó la tele y entró Robert y dijo: «Muy bien, cielo, tu madre no se entera». Él estaba borracho, y colocado, y no dejaba de mirarme con esa sonrisa en la cara, y yo estaba sentada al borde de la cama. Apeataba a alcohol y a porro, y a las barritas de incienso que él y mamá encendían, y se inclinó sobre mí sin dejar de sonreír.

Después, seguía sonriendo, y se tumbó de lado en la cama, y hablaba solo en voz muy baja. Llevaba puestos los calzoncillos, pero los vaqueros estaban en el suelo. Entré en el baño y me lavé la cara y después saqué la llave de debajo del cubo de reciclaje. Abrí la puerta de mamá y allí estaba tirada en la cama, boca abajo. Tenía el móvil en la mesilla de noche, y me acerqué a comprobar si tenía batería. Después la encerré dentro y dejé la llave delante de la puerta, sobre la alfombra del recibidor.

Volví a mi cuarto y todo estaba tranquilo y en penumbra, porque solo estaba encendida la luz de mi cama, y Robert estaba dormido y respiraba despacio. Palpé debajo del somier y saqué el cuchillo y me quedé allí quieta, por encima de él, detrás de él al otro lado de mi cama, con el cuchillo apuntando hacia abajo, en el puño izquierdo, sobre su cuello. Me esforzaba en mantener la respiración lenta y profunda, e intentaba concentrarme y sentir el aire entrando e hinchándose el diafragma, mientras se me hundía un poco la barriga. Notaba después el aire al salir, y la barriga se me deshinchaba un poco, y yo me limitaba a ser consciente de eso.

Le clavé tres puñaladas. La primera le fue directamente a la tráquea, y el cuchillo la atravesó y llegó hasta la cama, y Robert abrió los ojos y abrió la

boca y soltó un «ohj». La segunda no fue tan directa, y le cortó el cuello y la sangre salió disparada en un chorro que llegó a la pared, y de Robert salió una especie de silbido, como de susurro. La tercera la di con más fuerza, y noté que el cuchillo cortaba músculo, y chocaba contra un hueso que seguramente era la columna vertebral. La sangre salía a chorro, manchaba la cama y la pared, y yo me eché hacia atrás y tenía sangre en los brazos, y la notaba en la cara.

Robert tenía la boca abierta, y los ojos desorbitados, y se le veía toda la parte amarilla. Tenía un agujero muy grande, negro, en el cuello, y la cabeza echada hacia atrás. Estaba quieto, y entonces dio una sacudida y la sangre le salió a borbotones por el agujero del cuello.

Me quedé ahí cinco minutos, que conté con la técnica de los elefantes. Robert soltó otro «ohj» y ya no se movió más. La sangre había empapado toda la cama, que estaba toda roja.

Yo seguí adelante, y me duché y lavé el cuchillo y luego me sequé y metí mi ropa en el cesto de la colada, y volví a mi cuarto y me puse unos pantalones limpios, y calcetines y un chaleco. No miré a Robert, y cerré la puerta para que Peppa no lo viera, y después llamé a su puerta y ella salió. La había despertado, y le dije: «Nos vamos por la mañana».

Y ella dijo: «¿Robert está muerto?». Y yo le dije que sí, y ella me preguntó: «¿Ha sido fácil?», y yo le dije que sí. Me preguntó si mamá estaba bien, y yo le dije que estaba en su habitación, dormida.

Saqué la mochila grande y comprobé que estuviera todo, y Peppa sacó su mochila pequeña y nos pusimos los leotardos y las faldas y las blusas del uniforme escolar y después Peppa sacó el edredón, y se puso a dormir en el sofá. Yo me senté en la silla del cuarto de delante y la observaba mientras dormía, y puse la alarma del despertador a las cinco y media.



Era de noche cuando llegué a la cuesta que llevaba a nuestros bosques, pero había luna, que salía a cada rato entre las nubes empujadas por el viento de poniente. Caminaba despacio, y a veces me detenía y apoyaba la mochila en el suelo y me estiraba y flexionaba un poco los hombros. Cuando salía la luna, iluminaba bastante, y se veía todo plateado y gris. Oí un cárabo que ululaba en la plantación de árboles, y mientras subía por la fuerte pendiente que llevaba a

nuestro bosque salieron tres ciervos dando saltos desde una zona de helechos y se alejaron de mí monte arriba. Cuando las nubes cubrían la luna estaba tan oscuro que casi no se veía nada, y yo caminaba más despacio e intentaba notar qué había delante de mí. Tardé mucho en llegar donde empezaban los abedules y los pinos de nuestro bosque, y con la mochila a cuestas resoplaba y me faltaba el aire.

Las nubes volvieron a despejarse y la luna brillaba cuando llegué, y las sombras de los árboles se veían perfectamente, y había rimbombos de luz plateada en la tierra. Las ramas se agitaban con la brisa, y entonces aquellas franjas de luz se estrechaban y desaparecían. El ruido de los árboles era como el de las cartas cuando se barajan, y también estaban mis pasos sobre las hojas, y a veces el crujir de las ramas.

Olí la hoguera desde muy lejos, y a medida que me acercaba vi un resplandor muy débil, y la forma redondeada del refugio entre los árboles. Peppa había mantenido el fuego encendido todo el día. Grité: «¡Peppa!», al acercarme al refugio, y oí que ella gritaba: «¡Hola, Sal!», y salió corriendo y nos abrazamos. La hoguera ardía bien, y había un montón de leña nueva al lado.

–Has tardado siglos. Empezaba a preocuparme por ti.

–Y yo estaba preocupada por ti –le dije.

–¿Me has traído un libro?

–Sí. Te he traído dos. Y un filete.

Ella removió los troncos de la hoguera y las llamas se avivaron, y yo empecé a sacar las cosas de la mochila pequeña. Le enseñé los libros, y ella sacó una linterna frontal y les echó un vistazo, y empezó a leer *Secuestrado* mientras yo ponía agua a hervir.

–¿Ha ido todo bien? –le pregunté–. ¿Has visto a alguien?

Y ella siguió leyendo, y entonces alzó la vista y dijo:

–Sí. He conocido a una señora. Ella es la que ha encendido esa hoguera, porque la mía se había apagado. Se llama Ingrid.

## Ingrid

Peppa me contó lo que había sucedido. Ella se había pasado mucho rato durmiendo cuando me fui, y después intentó cortar las pieles de conejo y hacerse el gorro, pero no conseguía pasar la aguja por ellas, y además cortó mal los trozos, y me dijo que al terminar era como si hubiera metido un conejo en una batidora. Después intentó avivar la hoguera, pero no conseguía encender las ramitas con las brasas. Se bebió parte del agua hervida de la tetera y se comió un bollo y unas almendras y pasas, y después volvió a quedarse dormida.

Cuando despertó había una mujer en cuclillas a la entrada del refugio, observándola. Peppa dio un salto y se asustó, y se preguntó si debía dispararle con la escopeta de aire comprimido, pero la mujer le sonreía y tenía un montón de cortezas de abedul, y señalaba el fuego.

La mujer era vieja, y tenía el pelo gris y llevaba un abrigo largo, muy largo, que llegaba hasta el suelo, y era de una tela encerada, y también llevaba unos pañuelos atados al pelo. Tenía la cara plana, una nariz pequeña, y los ojos como si fuera china. Los dientes eran grandes y blancos, y usaba pintalabios rojo, y llevaba pulseras y cuentas en las muñecas. Se le veía una cicatriz pequeña y blanca en el pómulos, justo debajo de un ojo, en forma de luna creciente.

Pero sonreía y le decía cosas a Peppa en una lengua extranjera, y empezó a soplar los rescoldos de la hoguera y después se puso a romper las cortezas de abedul y sacó un pedernal y un hierro y empezó a hacer chispas, y consiguió encender un rescoldo, igual que hacía yo. Lo sopló y fue alimentándolo con cortezas y ramas y troncos medio quemados. Y entonces dijo algo más en extranjero y se metió en el bosque.

Peppa no sabía si salir corriendo o no, y se quedó sentada en la cama del refugio, pensando que ojalá tuviera un teléfono para llamarme y preguntarme qué debía hacer. Entonces la mujer regresó con un montón de ramas y algún tronco más grande, y fue partiendo las ramas más largas, y avivó la hoguera.

Entonces le dijo: «¿Bueno?» a Peppa, y Peppa dijo: «Gracias».

La mujer volvió a irse, y Peppa la oía arrancar ramas secas del sotobosque, y otras de los árboles. Y mientras lo hacía no dejaba de hablar y murmurar y a veces se reía como si hubiera alguien más. Peppa salió del refugio y la observó. Se iba metiendo las ramas y la madera debajo del brazo, y se movía de un lado a otro arrancando, partiendo, murmurando en su idioma.

La mujer volvió y preparó una hoguera con forma de pirámide, y después se puso a amontonar más madera a un lado, y Peppa se sentó junto al fuego y la mujer se quedó un rato mirándolo y entonces volvió a decir: «Bueno». Y después se fue a buscar más leña, y al cabo de un rato ya había una montaña enorme, a la derecha de la hoguera.

A Peppa no le daba miedo aquella mujer, y no creía que fuera a delatarnos, así que puso agua a calentar y le dijo: «¿Te apetece un té?», y la mujer dijo: «Sí, té», y se sentó delante de Peppa y se calentó las manos. El agua hirvió y Peppa le preparó un té con leche y azúcar, como lo tomamos nosotras, y la mujer se lo bebió y dijo: «Bueno».

Peppa dijo: «¿Sabes inglés?», y la mujer dijo: «Sí. Me llamo Ingrid. Soy médico. Prefiero hablar alemán. ¿Sabes alemán?». Y Peppa dijo que no, y la mujer dijo: «Entonces te enseñaré».

Y entonces la mujer dijo:

–Yo también vivo en un refugio abovedado. El mío es más grande y está mejor construido que el tuyo.

Peppa dijo:

–Lo ha hecho mi hermana. Ha ido al pueblo a comprar comida.

Y entonces la mujer dijo:

–Bueno. Gracias por el té. No dejes que el fuego se te apague otra vez. Ahora tienes mucha leña.

Y se fue.

Todo eso me lo contó Peppa la noche que volví, mientras se comía el filete que le había traído, y yo tomé carne enlatada y las dos comimos alubias. Empecé a preocuparme por Ingrid, porque ahora alguien sabía dónde estábamos y podía contarle, y si la gente venía a buscarnos y preguntaba, tal vez dijera: «Sí, hay dos niñas que viven en un refugio ahí arriba, en el bosque».

Pero Peppa dijo que no lo diría, y que podíamos confiar en ella porque ella también vivía en un refugio, y vivía sola en el bosque y no parecía una de esos

excursionistas gilipollas de los anoraks y las botas de caminar. De hecho por su manera de hablar y por su manera de vestir parecía más una bruja, y se lo dije a Peppa y Peppa dijo: «Sí, es verdad». Pero Peppa parecía confiar en ella, y no le importaba, así que decidí que no me iba a preocupar. Estaba muy cansada después de caminar con la comida a cuestas, y ya le contaría al día siguiente a Peppa lo que había encontrado en internet, y alimentamos bien la hoguera y nos metimos en la cama.

Como Ingrid hablaba en alemán y parecía una bruja, me hizo pensar en las Nachthexen de la Segunda Guerra Mundial en la batalla de Stalingrado, que es, de todas las batallas de todas las guerras, mi batalla favorita. Nachthexen significa «brujas de la noche» en alemán, y era el nombre que los alemanes daban a las mujeres que pilotaban de noche los bombarderos rusos y los atacaban. Así que le hablé de ellas a Peppa, porque aunque ya le había contado esa historia, a ella le gusta.

Era un escuadrón de bombarderos formado solo por mujeres que pilotaban unos biplanos viejísimos y muy frágiles hechos de lona y madera, que solo podían llevar seis bombas por viaje. Volaban muy despacio, pero aquellos pequeños biplanos eran capaces de esquivar las armas y los cazas alemanes, y volaban tan despacio que hacían que a los aviones alemanes se les pararan los motores en pleno vuelo. Además, las Nachthexen apagaban los motores cuando llegaban por la noche sobre los alemanes, volando bajo para que no las oyeran, y así conseguían tirar las bombas justo encima. A los alemanes les parecía que el sonido del viento al pasar entre aquellos aviones que planeaban era como el de las escobas de las brujas. Mataron a montones de alemanes, y era justo, porque Alemania había invadido su país y había matado a montones de rusos, y ellos habían empezado la guerra y habían matado a todos los judíos. Los soldados alemanes tenían tanto miedo de las mujeres rusas que las llamaban Nachthexen y creían que eran brujas y diabólicas, porque nadie más se atrevía a volar de noche y bombardearlos, y por eso creían que tenían poderes. Eso ocurrió entre 1942 y 1943, cuando luchaban por Stalingrado, que era una ciudad del sur de Rusia que ahora se llama Volgogrado. Vi una película que se titulaba Enemigo a las puertas, sobre unos francotiradores en esa batalla, que me gustó muchísimo, y después leí cosas en Wikipedia. Peppa se quedó dormida cuando le estaba contando todo eso, y las dos estábamos muy abrigadas y calentitas.



Al día siguiente fuimos al lago a pescar lucios con los señuelos y las brazoladas. Estaba despejado, y se estaba bien al sol, y casi no hacía viento. Cuando bajábamos le conté a Peppa las cosas de internet, y le dije que mamá estaba en rehabilitación, y le conté lo de los periódicos, que nos estaban buscando, que nos habían grabado unas cámaras de seguridad. A ella le preocupaba lo de mamá, pero dijo que estaba bien que intentaran rehabilitarla para que dejara de beber, y que no estuviera en la cárcel, porque eso quería decir que sabían que no había matado a Robert.

Peppa dijo: «¿Y qué pasa si nos encuentran?». Yo dije: «Me detendrán y me acusarán del asesinato de Robert y a ti te pondrán bajo custodia de Protección de Menores».

Y entonces ella se puso triste y se mordió el labio inferior y bajó la mirada y dejó de caminar. Y entonces dijo: «Pero me alegro de que hayas matado a Robert». Y yo dije: «Ya lo sé», y ella dijo: «Tú cuéntales por qué lo has hecho, y por qué nos escapamos, y entonces a lo mejor te soltarán».

Yo ya había pensado en eso. Había pensado en contar antes lo de Robert, contar que decía que se iba a meter en la habitación de Peppa, que pegaba a mamá, que siempre estaba borracho y colocado. Pero sabía que lo primero que ocurriría sería que a él lo detendrían y a nosotras se nos llevarían y nos separarían, porque eso era lo que pasaba siempre. Además, nadie se creería que mamá no sabía nada, y a lo mejor a ella también la acusarían de malos tratos o de negligencia, e iría a la cárcel. Había leído historias como esas en páginas web de noticias, casos en los que a la madre la acusaban e iba a la cárcel y el padrastro iba más tiempo porque él era el que había hecho todas las cosas malas, como matar a un bebé o dejar morir de hambre a una niña pequeña, pero decían que la madre había permitido que ocurriera, y por eso a ella también la condenaban. Siempre culpan a la madre por cualquier maltrato o daño a un niño, pero siempre es el hombre el que hace las cosas.

—¿Podemos ir a buscar a mamá? —dijo Peppa—. Dijiste que iríamos a buscarla y que ella podría venir a vivir con nosotras en el bosque.

—Sí, pero no ahora. Tiene que ponerse mejor de su problema con la bebida. Tiene que participar en un programa de rehabilitación. Ian Leckie lo decía en su tuit.

—¿Y cuando esté mejor iremos a buscarla?



Yo dije que sí, que iríamos, pero no sabía cómo.

Le había contado a Peppa que mamá tenía una enfermedad que se llamaba «alcoholismo», que es una adicción al alcohol que hace que dejes de ser normal y te lleva a necesitar beber constantemente, como mamá, y a quedarte dormida y a llorar y a no cuidar de tus hijos. Y también te hace aceptar lo inaceptable en otras personas, y a tener una tolerancia muy alta ante conductas inapropiadas, eso ponía en una de las páginas web que leí sobre el tema. Como con Robert. Ella se dejaba pegar por él, y dejaba que le cogiera dinero, y que nos pegara, porque tenía una enfermedad que le hacía creer que todo eso estaba bien. La causa es una química distinta en el cerebro que te lleva a desear y a querer esa cosa que te pone enferma, y ni siquiera sabes que tienes esa enfermedad, y niegas que la tienes. Mamá muchas veces decía: «Necesito beber un poco, un poquito nada más, Sal, para calmarme», y yo iba y le traía la lata o la botella de sidra que le había escondido. Ella siempre decía «un traguito», pero nunca era un traguito.

Si nos pillaban y me acusaban de la muerte de Robert, me acusarían de asesinato, no de homicidio voluntario porque sabrían que lo había planeado, y según la ley escocesa si lo planeas y lo preparas solo pueden condenarte por asesinato, y la condena sería de cadena perpetua o al menos veinte años en la cárcel. Así que aunque les contara por qué lo había hecho, daría igual, porque la ley en Escocia dice que si lo planificas, es asesinato. Y yo me había pasado meses planificándolo. Había leído mucho sobre qué es cometer un asesinato, y cuáles son las condenas y cómo te llevan a juicio y cuál es la defensa. Lo único que podría alegar en mi defensa sería que estoy loca, y que no sabía que lo que hacía estaba mal. Pero yo no estoy loca y sabía que iba en contra de la ley, y aun así lo hice. Y no creo que estuviera mal. Si alguien quiere destruirlo todo y no le importa, o si quiere arrastrar a todos los demás a su propia maldad, entonces hay que matarlo. Cuando estaba apuñalando a Robert, me sentía tranquila y contenta y sabía que estaba bien. Como las Nachthexen, que tenían que matar a los alemanes.

Peppa bajó corriendo hasta el lago por el campo de helechos y dejó atrás las madrigueras en las que habíamos cazado el primer conejo. El sol radiante no va bien para pescar lucios, porque se mantienen en la sombra, así que caminamos por la playa y trepamos un poco por el borde del lago para llegar donde había árboles y ramas que colgaban sobre el agua y daban algo de sombra. Había un árbol grande que se había caído junto a la orilla, y había

quedado medio hundido, y ese era un buen lugar para los lucios, porque son depredadores que tienden emboscadas y aguardan entre la vegetación o los árboles sumergidos para salir de pronto a comerse los peces pequeños que pasan por allí.

Monté la caña y até una brazolada y un señuelo que era blanco con la cabeza roja y tenía un sonajero que emite ondas sonoras que atraen a los lucios. Le enseñé a Peppa a soltar el carrete y a sostener el sedal con un dedo, y a tirar después de la caña y a echarla hacia delante, apuntando hacia el cielo para llegar más lejos, y después a apuntar con la caña hacia el señuelo cuando este iba volando por el aire. Ella lo intentó varias veces y le pilló el tranquilo y empezó a agitar el señuelo, a sacarlo y a meterlo junto al árbol. Yo me senté y la observaba, y pensaba en cómo cocinaríamos el lucio si conseguíamos pescarlo. Tienen mucha espina, y hay que intentar quitarles la espina central, pero eso solo lo podía hacer con mi cuchillo de Bear Grylls.

Peppa dijo: «Creo que se ha enganchedo, Sal», e intentaba recoger el sedal, pero el carrete no giraba, y el sedal estaba tenso junto al árbol. Entonces se oyó un chasquido muy fuerte y el agua se agitó y algo se retorció, y Peppa se cayó de culo sin soltar la caña y gritó: «¡Sal, tengo uno!».

La caña se arqueaba, y el sedal se metía en el agua y se alejaba del árbol, y yo dije: «¡Recoge, Peppa!» y ella empezó a recoger, pero el pez era demasiado fuerte y la caña no dejaba de moverse y arquearse. Era muy grande. Peppa dijo: «Sal, hazlo tú», y yo le cogí la caña y noté el peso y el tirón del pez, y el carrete giraba y soltaba sedal porque el lucio se alejaba nadando, se adentraba en el lago. El sedal solo resistía un peso de diez libras, que son cuatro kilos y medio, y me daba miedo que el lucio pesara más y lo rompiera, pero resistió, y yo aguanté, y conseguí enderezar la caña y dejé que fuera absorbiendo los tirones y las sacudidas del lucio y entonces recogí todo lo que pude, y el lucio dio un salto en el aire y lo vimos brillar y retorcerse sobre el agua, amarillo y dorado al sol de la mañana. Peppa dijo: «Joder, es un monstruo», y lo era. Volvió a meterse en el agua, chapoteando, y yo mantenía el sedal bien tenso, y recogí un poco más. Y dije: «Este no se nos escapa, Peppa», y recogí un poco más.

Ahora estaba muy cerca, y ya lo veíamos moverse como un torpedo con el señuelo en la boca, y el sedal asomaba desde el agua hasta la caña. Yo no dejaba de recoger, y pareció que dejaba de tirar y de retorcerse cuando más se acercaba a la orilla. Yo le grité a Peppa que buscara un palo, y ella salió

corriendo hacia los árboles y oí chasquidos. Retrocedí un poco sin girarme, caminando hacia atrás por la playa, y empecé a arrastrar el lucio para sacarlo del agua, y el sedal estaba tan tirante que chirriaba y vibraba por el peso. Lo arrastré un poco más hasta que ya solo la cola quedaba en el agua. Y era grande. La cabeza era tan grande como la mía, que le habría cabido entera en la boca. Parecía como si nos sonriera. Peppa llegó corriendo con un palo de algo más de medio metro, que había arrancado de un árbol, y yo solté la caña y cogí la rama y la levanté todo lo que pude y lo golpeé la cabeza con todas mis fuerzas.

Con el golpe, el lucio se quedó como rígido, y entonces tembló y empezó a mover la cola a un lado y a otro. Tenía el señuelo enganchado a la boca por los dos anzuelos triples de los lados. El lucio volvió a estremecerse y luego se quedó quieto, pero con los ojos abiertos, y como sonriendo.

Peppa dijo: «¡Joder, Sal!».

Se arrodilló a su lado y alargó la mano para tocarle la cabeza. Yo estaba a punto de decir «no lo hagas» cuando el lucio volvió la cabeza, abrió la boca y la cerró de golpe. Peppa retrocedió de un salto y gritó, agarrándose la mano y la muñeca, y vi que le salía sangre, y volvió a gritar, y yo le di otro golpe al lucio.

Peppa daba saltos por la orilla, sujetándose la mano y gritando: «¡Me ha mordido, joder! Me ha mordido. Qué cabrón». Yo me acerqué corriendo a ella, la examiné y vi que tenía en la mano y en la muñeca tres cortes largos de los que le salía sangre. Respiré hondo y me dije a mí misma que debía mantener la calma, pero el corazón me latía con fuerza, y me mareé al ver la sangre. Le salía bastante y goteaba sobre las piedras. Tenía la mano extendida y gritaba, y el hilo rojo le recorría el brazo y le manchaba la camiseta.

–Levanta el brazo y apriétate fuerte la muñeca –le dije.

Yo me quité el forro polar y el chaleco, y lo rompí.

–¡Ah, qué cabrón! –gritaba ella.

Le sostuve la mano y até la tela con todas mis fuerzas alrededor de la muñeca, varias veces, y ella me decía: «Me duele, Sal, me duele». Todavía salía algo de sangre por debajo del chaleco, y se iba formando una mancha roja en el centro de la tela.

–Mantén el brazo levantado –le dije, y ella lo levantó mucho por encima de la cabeza, y la sangre le resbalaba por el brazo. Le pedí que se sentara y respirara hondo, y que mantuviera la mano en alto, y pareció que dejaba de

sangrar, y solo había una mancha del tamaño de una moneda en el chaleco. Le quité el cordón a una de mis zapatillas deportivas y volví a ponerme el forro polar y después le até el cordón al antebrazo para hacer un torniquete y parar la hemorragia. No dejaba de decir: «No pasa nada, Peppa, no pasa nada».

Ella dijo: «¿Voy a morir desangrada?» y yo le dije que era tonta. Ella dijo: «Creía que estaba muerto», y yo dije: «Yo también. Ahora ya lo está». Y las dos miramos hacia la playa, y estaba de lado, quieto, con el vientre plateado hacia nosotras.

–Es grande, el cabrón –dijo Peppa.

–Debería haber traído el botiquín de primeros auxilios. La próxima vez lo haré –dije yo.

Le pedí que se quedara donde estaba y que mantuviera la mano en alto, y me acerqué al lucio y le di una patada para asegurarme de que estuviera muerto, y se agitó un poco y después se quedó quieto, y entonces yo le saqué los anzuelos y fijé el señuelo a la caña. Después saqué el cuchillo y le corté la cabeza, y era grande y muy pesada y tuve que apretar con todas mis fuerzas para que el cuchillo atravesara la espina dorsal. A continuación le quité las vísceras, y estaba lleno de huevas, en racimos grandes que parecían de piel de naranja.

Eché al lago la cabeza y las entrañas y recogí la caña y me cargué el lucio al hombro. Incluso sin la cabeza, me llegaba hasta las piernas.

Los lucios tienen unos dientes muy afilados que les crecen en hileras, con los que pueden cortar incluso los sedales más gruesos. Esos dientes incorporan una sustancia anticoagulante que hace que las heridas sangren mucho y no cicatricen. Es algo que les ayuda a cazar, porque pueden morder y herir a otro pez y después quedarse a verlo morir desangrado antes de comérselo. Peppa tenía razón. Son unos cabrones.

Yo llevaba el lucio y la caña, y Peppa subió despacio desde el lago con la mano en alto. No paraba de decir: «Me duele, Sal», y yo no decía nada y caminaba a su lado. Se había nublado, y empezó a lloviznar, y soplaban un viento flojo del oeste, y más allá del lago las nubes eran más negras. Tardamos mucho rato en volver al refugio, y cuando llegamos ya llovía con ganas y las dos estábamos empapadas, y el fuego se había apagado.

Yo solté el lucio y metí a Peppa en el refugio y le puse el anorak Helly Hansen y la dejé allí estirada. La pila de madera estaba empapada, y yo me enfadé mucho conmigo misma por no haber guardado un poco dentro antes de

irnos para que se mantuviera seca. Gran parte de la supervivencia consiste en planear, pararse a pensar y planificar e intentar ver qué puede fallar, y pensar en qué pasará si las cosas cambian. Yo no lo había hecho esa mañana porque hacía sol, y Peppa estaba emocionada con lo de ir a pescar, y yo estaba contenta porque había vuelto sana y salva del pueblo, y volvía a estar con ella y todavía éramos libres. Así que no me había parado a pensar antes de salir, y era una lección que debía aprender, porque ahora teníamos frío y estábamos mojadas, y no teníamos hoguera.

No podía encender otra en el mismo sitio, y debía intentar preparar una más pequeña delante de la entrada del refugio, donde no llegaba la lluvia. Encontré unos palos más secos al fondo de la pila y metí el resto en el refugio para que se secara. Después encontré unas ramitas y hojas y hierba seca en el refugio, y lo junté todo para formar una yesca. Hay que golpear el pedernal con el acero para que salte una chispa grande sobre la yesca, y dejar que prenda, y entonces se sopla muy despacio, constantemente, hasta que crece, y brilla, y entonces, si se le sigue dando aire, aparece la llama y se puede bajar y usar ramitas pequeñas y hierba para alimentarla. Lo había visto hacer un montón de veces en YouTube, y de momento no había tenido ningún problema con el fuego.

Pero la yesca estaba aún un poco húmeda, y la chispa no prendía. Frotaba una y otra vez, y saltaban grandes chispas sobre el manojo de hierba seca, pero no prendía. Peppa estaba echada en la cama y me observaba, y dijo: «Sal, tengo hambre».

Paré y le di un poco de pastel y de pan, y frutos secos y orejones que saqué de la mochila pequeña. Quedaba un poco de agua hervida en la tetera y le dije que bebiera. Después de comer dijo que tenía frío y se metió en el saco de dormir y se tapó con las mantas.

Yo seguía intentando encender la yesca con el pedernal y el acero, y pensé que ojalá me hubiera traído algún encendedor, o alguna pastilla para barbacoas. Las hogueras no solo van bien para cocinar y mantener el calor, también son buenas para el espíritu. Cuando llegamos aquí hace ya unos días, yo estaba tensa y enfadada y dudaba de todo lo que había hecho, y notaba que estaba cortante con Peppa mientras construía el primer refugio. Pero en cuanto encendí el fuego, me sentí mejor. Sentarse allí y mirarlo y sentir su calor es algo que nos calma, que nos hace sentir como si perteneciéramos al lugar donde estamos. Y al sentarme allí la primera noche, junto al fuego, sentí que lo que había hecho estaba bien, y que matar a Robert estaba bien y que todo iba a

salirnos bien a las dos. Y lo que hacía que me sintiera así era el fuego. Por eso no se puede descuidar una hoguera, que era lo que había hecho yo esa mañana.

Seguí haciendo chasquear el acero en el pedernal, y ahora la lluvia caía con fuerza y me salpicaba las piernas y el sitio donde quería encender la hoguera. Entré un poco más en el refugio y aparté un poco las hojas y las ramitas hasta encontrar la tierra. Seguí encendiendo chispas, dejando que cayeran sobre la yesca, pero no prendía. A veces se encendía un rescoldo y brillaba un momento, pero se apagaba enseguida. Cada vez que pasaba me sentía peor, y cada intento fallido me ponía más triste y me hacía sentir más cansada.

Durante una crisis de supervivencia, lo que hay que hacer es parar y pensar y planificar. El Manual de Supervivencia de la Fuerza Aérea Especial dice que el factor más importante para sobrevivir a largo plazo es la actitud. La manera de pensar afecta a las posibilidades de éxito. Si una persona es negativa y solo piensa que las cosas van a ir mal, o que no puede seguir adelante, entonces empezará a actuar de ese modo. Y cuanto más piensa y actúa de ese modo, peor se ponen las cosas, y peores son también las decisiones que toma. Y entonces es cuando hay que parar y pensar y planificar, y actuar para que la situación mejore. Hasta los detalles más insignificantes pueden ser de ayuda.

Por eso dejé de intentarlo y me puse el impermeable y me puse de pie y miré a Peppa y vi que estaba dormida, y la mano herida le asomaba entre las mantas, con el chaleco aún atado y el torniquete. Se lo aflojé y le toqué los dedos, y los tenía muy fríos. Le toqué la espalda por dentro de la ropa, y la tenía caliente. La arropé bien con las mantas y salí a caminar bajo la lluvia con la capucha puesta.

Tenía que pasear y pensar, y subí desde el refugio, donde empieza la ladera con los abedules y los abetos. Seguí subiendo, resbalando un poco con las hojas mojadas, por un camino de ciervos entre los abetos. Más arriba había unos alerces altísimos, y debajo unos grandes espacios cubiertos de agujas amarillas. El alerce es una conífera que cambia en invierno y se desprende de sus agujas viejas, y en primavera le salen las nuevas, verdes. Se pone del color de la mantequilla en otoño, y crece derecho y muy fuerte, y antes lo usaban para fabricar los mástiles de los barcos.

La lluvia seguía cayendo con fuerza, y subí hasta una pequeña cresta de rocas, toda cubierta de helechos y zarzas y llegué a un tramo más plano donde había un abeto grande con las ramas que sobresalían como faldas inmensas a

su alrededor, y eran de un verde muy intenso, y resplandecían con la lluvia. El abeto va muy bien para aislar los refugios del agua, y puede usarse la base de uno de ellos como refugio cortando unas pocas ramas bajas y usando las altas como techo. Se me ocurrió que podía cortar algunas para intentar hacer una plataforma de ramas de abeto que cubriera desde muy arriba nuestra hoguera y la librara de la mayor parte de la lluvia. Hacen falta unos palos largos para construir una base unos dos metros por encima del fuego, entre los árboles, y sobre ella se van amontonando ramas de abeto, que impiden que la lluvia se cuele hasta el fuego. Había visto a Ed Stafford hacer algo así cuando se quedó tirado en el Delta del Okavango, y había conseguido mantener la hoguera encendida, a pesar de que era la estación lluviosa africana. También le había visto secar una yesca metiéndosela en la entrepierna un día entero y dejando que su calor corporal eliminara la humedad. Tal vez yo hubiera tenido que hacer lo mismo.

Me abrí paso hasta un abeto grande y empecé a cortarle las ramas bajas con el cuchillo. Bajo las ramas, junto al tronco, todo estaba completamente seco, y la madera chasqueaba al partirse como si fueran Twiglets. Aunque llovía a cántaros allí mismo, por fuera, el interior del árbol estaba completamente seco. Y eso es porque las agujas de las ramas son absolutamente impermeables. Fui quitando un montón de ramitas y me llené los bolsillos de la chaqueta con ellas. Después vi una especie de ovillo de ramas secas justo en el punto en que una de las ramas tocaba el tronco, por encima de mi cabeza. La bajé y vi que era un nido de pájaro. Tenía un hueco pequeño en el centro, cubierto de hierba seca, suave, unas plumitas blancas muy pequeñas y mullidas. Estaba hecho de agujas y ramitas de abeto entretejidas y enredadas, formando una bola. Era precioso, y lo sostuve un rato entre las manos. Debía de ser de algún ave migratoria que venía al bosque a pasar el verano y que ahora debía de estar en algún lugar de África. Se había pasado todo el verano haciéndolo, incubando los huevos y alimentando a las crías, y enseñándoles a volar.

Pero además de bonito también estaba muy seco, y sería una yesca perfecta, así que me lo metí dentro de la chaqueta y recogí todas las ramas de abeto y las arrastré hasta el refugio. Después recogí unos troncos muertos de alerce y los dejé de pie, entre los árboles, fuera del refugio. Construí una especie de estructura triangular hasta donde pude llegar, que eran unos dos metros y medio por encima de donde teníamos la hoguera frente a la entrada del refugio.

Seguía lloviendo, pero la humedad y el barro que cubrían la corteza me ayudaban a deslizar los palos entre los troncos de los árboles y a colocarlos en posición horizontal. A continuación fui colocando, atravesadas, ramas más pequeñas sobre la estructura para crear un techo, y finalmente apilé todas las ramas de los abetos arriba del todo para que quedaran planas y no permitieran el paso de la luz. Y funcionó. La lluvia seguía cayendo con fuerza a nuestro alrededor, pero el punto que quedaba debajo de la plataforma, donde seguían las cenizas de nuestra hoguera, quedaba a cubierto. Era como un paraguas. Recogí unas piedras y construí una plataforma para que el fuego no estuviera sobre un suelo húmedo, y entonces coloqué el nido del pájaro sobre la piedra y saqué el pedernal y el acero. Conseguí una chispa que prendió al tercer intento, y soplé, y resplandeció, y soplé un poco más y salió llama.

Fui amontonando las ramitas secas, y el fuego empezó a tirar bien, y usé los palitos secos que quedaban en el refugio para levantar una hoguera, y dejé más troncos junto a ella para que se fueran secando con el calor.

Me senté sobre una piedra y contemplé cómo empezaba a crecer el fuego, cómo subían las llamas, que levantaban humo, crepitaban, escupían. Le di las gracias al pájaro por el nido.

Fui a buscar agua al arroyo, y coloqué la tetera en el hornillo para hervirla, y acerqué más leña al fuego para que se secara. Entonces saqué el botiquín de primeros auxilios.

Peppa seguía dormida, pero tenía el brazo por fuera de las mantas. Me puse la linterna frontal para ver mejor, deshice del todo el torniquete y, despacio, retiré el chaleco de la mano. Tenía tres cortes alargados que empezaban en la mano y le llegaban a la muñeca, y la sangre se veía espesa en las heridas, pero tenía la mano y la muñeca pálidas, algo pegajosas, y la piel estaba un poco arrugada y blanca, como si se hubiera pasado mucho rato metida en una piscina. No se despertó mientras le lavaba las heridas con algodón y agua hervida. Unas líneas rojas y pequeñas, que parecían hechas con un rotulador rojo, le subían por el brazo desde los cortes. A mí empezaba a preocuparme la infección, y cogí yodo y le empapé los cortes, y la piel se le puso amarilla. Eso fue lo que la despertó, y se apartó de mí y soltó un grito.

–Tengo que hacerlo, Peppa, si no se te infectará.

Ella hizo un gesto de impaciencia y se mordió el labio inferior mientras yo seguía limpiándole las heridas con el yodo, y decía: «Me escuece... me escuece, Sal... Me escuece».



Saqué dos ibuprofenos y una codeína del botiquín y le dije que se los tomara con agua. Son unos analgésicos muy buenos, y además la atontarían un poco, y eso estaba bien porque le hacía falta descansar mientras se curaba de los cortes.

Le cubrí las heridas con algodón y después se las vendé. Me aparté para que viera lo que había fuera y se diera cuenta de que había encendido el fuego.

–Mira, he encendido una hoguera en plena tormenta –dije, y ella sonrió–. Le he hecho un paraguas para que no se moje.

–Qué lista es mi Sal –dijo ella.

Después preparé té para las dos, con leche y azúcar, y abrí otra lata de alubias, y nos comimos las alubias con pan, y un trozo de pastel. Empezaba a oscurecer, y la lluvia amainaba un poco, y eché más leña al fuego para que no se apagara, y puse más troncos junto a él para que se secan. Fui a buscar el lucio y lo colgué sobre la hoguera con la cuerda de nilón, porque quería ver si se ahumaba y se cocinaba lentamente durante la noche.

Peppa ya se estaba quedando dormida, y yo me quité la ropa y me estiré detrás de ella, y nos quedamos así, acurrucadas, mientras se hacía de noche, y las gotas de lluvia repicaban fuera, y el fuego silbaba.

## 8

### Fiebre

Peppa tenía fiebre a la mañana siguiente, y me despertó retorciéndose y sudando. Yo salí de la cama y avivé el fuego con los rescoldos. Había dejado de llover, y herví agua, y lavé el chaleco y lo empapé bien y se lo pasé a Peppa por la frente para refrescársela. Y estaba ardiendo, y se agitaba, y yo, del pánico, empezaba a notar un dolor en el pecho y en la barriga.

Ella se despertaba un momento y miraba, y después volvía a cerrar los ojos. A veces murmuraba y decía cosas que yo no entendía. Intentaba obligarla a beber agua, pero ella no lo hacía, y estaba muy débil, y se quedaba dormida.

Eché mucha leña al fuego, y me fui a recoger más. Regresé y le deshice el vendaje. Ahora las líneas rojas le subían por todo el brazo, y tenía las heridas hinchadas y rojas, y había pus en los cortes.

Se las limpié otra vez y usé el yodo para desinfectarlo todo, y ella ni siquiera se despertó. Le puse un nuevo vendaje, y algodón encima. También se le empezaban a hinchar los dedos, y las líneas rojas eran más oscuras, casi moradas. Sabía que era una infección de la mordedura del lucio, así que decidí darle amoxicilina, que es un antibiótico, y me preocupé de darle mucha agua, y de que no pasara frío.

Tuve que zarandearla un poco para despertarla, y ella abrió los párpados y me miró con los ojos vidriosos, como si estuviera borracha. Estaba empapada en sudor, pero tenía frío, y se le notaba la piel pegajosa. Le puse el jersey morado, y ella me dejó que lo hiciera sin decir nada, y la senté y le pedí que se tragara la pastilla del antibiótico. Después volví a arroparla, y me senté a su lado.

Ella abrió los ojos una vez más y dijo:

–Sal, estoy enferma.

Y yo le dije:

–Ya lo sé, pero te pondrás bien. Tienes una infección por la mordedura del lucio, y ya te he dado amoxicilina.

Y ella sonrió y dijo: «Bien», y volvió a quedarse dormida.

Aquella mañana hacía más frío y había salido el sol, pero había algo de escarcha sobre las hojas y las ramas, alrededor de nuestro campamento. El lucio estaba ennegrecido por el humo, y le goteaban unas líneas pequeñas de líquido blanco, que caían al fuego y chisporroteaban. La piel se estaba poniendo crujiente, y se veía la carne blanca que había debajo.

Herví agua y preparé té para las dos con la última leche que quedaba y con un poco de azúcar. Peppa no quiso tomarse el suyo, pero sí bebió un poco de agua y después empezó a quitarse todas las mantas y a agitarse, y yo le sequé la frente porque estaba ardiendo de fiebre.

Entonces se quedó quieta, y volvió a dormirse, y yo la tapé. Me senté a su lado y me quedé allí varias horas. Solo me levantaba para avivar el fuego, y una vez a hacer pis. Habría querido tener un teléfono, o una tableta, para encontrar cosas sobre las infecciones por mordeduras de lucio e informarme de si había algún tipo de bacteria que le hubiera transmitido, y de qué podía hacer para matarla. En la caja de amoxicilina ponía que había que tomarla dos veces al día, y solo quedaban otras tres pastillas.

No había manera de conseguir un teléfono o una tableta, y la única manera de conectarme a internet era volviendo a la biblioteca, que estaba demasiado lejos, y no podía dejar sola a Peppa. Ella despertó al cabo de dos horas, y me pidió agua, y parecía más despierta y dijo que tenía hambre, así que le di un poco de carne de lata con alubias. Herví agua y le preparé una infusión de agujas de pino con las agujas largas de pino escocés, porque tiene vitamina C. Le gustó, porque le eché azúcar.

Le deshice el vendaje una vez más, y la herida estaba más hinchada y las líneas rojas seguían en su sitio, y había más pus. Se lo limpié todo y ella volvió a chillar cuando le apliqué el yodo. Ya no tenía tanta fiebre, pero dijo que estaba cansada y volvió a quedarse dormida.

Me senté y pensé en lo que había que hacer. Había intentado diseñar un plan por si ocurría algo así llevando los antibióticos, pero no había conseguido los suficientes, y no sabía si con los que teníamos bastaría. No había anticipado que podía mordernos un lucio, pero sabía que era eso lo que la había hecho enfermar.



Yo siempre cuidaba de Peppa cuando estaba enferma, y le daba Calpol cuando

era un bebé y le salían los dientes, o tenía fiebre, y eso que yo solo tenía cuatro años, pero mamá no podía hacer aquellas cosas con ella, ni conmigo. A veces porque estaba borracha y a veces porque le entraba el pánico y empezaba a llorar cuando estábamos enfermas o nos hacíamos daño, y entonces se emborrachaba y se quedaba dormida.

Cuando recibió la carta que decía que iban a ponerme en el aula de alumnos en situación de vulnerabilidad del colegio, le entró el pánico porque decía que según ellos yo era retrasada. Me pusieron en esa aula después de Séptimo porque no sabía escribir bien. Letras y palabras. Leía bien, pero cuando escribía sí parecía retrasada. Pensara lo que pensara, cuando escribía las palabras me salían distintas y estaban todas mal escritas, y parecía que fuera otro idioma. A veces conseguía escribir algo, y cinco minutos después ni yo misma entendía lo que había escrito, y los demás menos. Me salía mejor cuando lo escribía en un teclado, pero incluso así a veces las palabras me salían como si estuviera borracha. Peppa escribía muy bien, sin faltas de ortografía. Vi dos informes que enviaron sobre mí. En uno ponía que mi inteligencia era superior a la media pero que sufría de dislexia severa e incapacidad para reconocer conjuntos de fonemas y patrones. El otro decía que era superdotada y que mi capacidad lectora estaba adelantada a mi edad, pero que sufría de un déficit cognitivo severo en relación con la escritura y la ortografía. También ponía que iba a necesitar ayuda en el aprendizaje, y un escriba en los exámenes.

Creo que si no escribo bien y soy tan disléxica es porque soy zurda. Y estadísticamente, si eres niña y eres zurda, tienes muchas más probabilidades de ser disléxica, seguramente porque tu cerebro funciona al revés que el de los demás.

También me pusieron en el aula de alumnos en situación de vulnerabilidad porque no sonreía nunca y miraba a la gente fijamente, y otros niños decían que era rara y les preocupaba que me acosaran en el colegio principal, que era grande y tenía unos dos mil quinientos alumnos. En el informe ponía que era «distante, aparece socialmente aislada y se muestra reacia a establecer nuevas amistades». Eso era verdad. Era así. Y aún lo soy.

No tenía ningún amigo en el colegio, y Peppa todavía estaba en primaria. Yo había dejado de ser amiga de Mhari cuando tenía unos diez años y ella había empezado a ir con otras niñas que creían que yo era rara y no vivían cerca de nosotras.

Mamá nunca iba a las entrevistas con los profesores para hablar de mí y me daba a mí las cartas que enviaban a casa para que se las leyera yo. Casi todos los demás niños del aula especial eran locos que pegaban a los profesores y se dedicaban a tirar cosas en clase. Y también estaban las gemelas Bloy, que eran dos niñas gordas de una familia numerosa, los Bloy, y en esa familia todos estaban mal de la cabeza, eran drogadictos o pertenecían a bandas. Las gemelas tenían un año más que yo y tampoco hablaban nunca con nadie, y se dedicaban a pegar a todo el mundo en el colegio, y cuando iban por los pasillos los demás niños se apartaban. Las dos vestían igual, y llevaban cadenas de oro, y chándal, y zapatillas Nike.

Pero a mí no me molestaban, y tampoco se metían conmigo los demás niños del colegio, porque era alta, y miraba fijamente, y los demás niños creían que era muy dura. Nunca me he peleado de verdad, pero no le tengo miedo a nadie. Las únicas asignaturas que compartía con los niños normales eran Matemáticas y Geografía, porque me gustaban. Los demás niños se sentaban ahí sin hacer nada, mirando el móvil todo el rato, y en cambio yo hacía las fichas y leía sobre las glaciaciones y la pobreza en el tercer mundo y el cambio climático.

La mayoría de niños usan sus teléfonos constantemente porque pueden hacer Snapchats y enviarse comentarios en Instagram y mirar porno. Internet se usa sobre todo para el porno y para enviar imágenes, pero hay muchas páginas buenas con información, para aprender sobre historia, y están los vídeos de YouTube para aprender a hacer cosas o arreglar cosas. Casi todo lo que me hace falta saber está en YouTube, y también hay documentales sobre historia, y muchas de las cosas que sé son de ahí. También se pueden comprar cosas por internet, que es lo que yo hacía.

Había un niño en el aula que me caía bien y a veces me reía con él. Se llamaba Davy Mack y era pequeño y tenía las orejas de punta, como un duende y olía a tabaco y a chicle. La única vez que me metí en un lío en el colegio fue un día en que él robó una silla de ruedas del aula de discapacitados y me llevó empujándome por todos los pasillos muy deprisa y gritando y diciendo palabrotas. A mí me gustó, y me reía mientras volaba con la silla y el pequeño Davy me empujaba. El señor Connor, que era el subdirector, nos pilló, y a Davy lo expulsaron dos semanas y a mí me castigaron a quedarme en el aula y durante un tiempo no me dejaron ir a Matemáticas ni a Geografía.

La profesora del aula de alumnos en situación de vulnerabilidad era la

señora Finlayson, y era bastante vieja, y bajita, y era agradable, y a veces me miraba a los ojos y sonreía, y en una ocasión me dijo: «Tienes muchas cosas metidas ahí dentro, ¿verdad, Sal?».

Una vez a la semana nos sentábamos en los sofás de la sala tranquila y tenía que contarle lo que sentía. Yo no le podía contar nada de nuestro piso, de mamá ni de Robert, así que le decía que me sentía bien, que estaba contenta y a veces me inventaba cosas que me preocupaban, porque ella parecía querer que me preocupara algo. Una vez le dije que me preocupaba el cambio climático, y la verdad es que me preocupa un poco porque nosotros vivimos en la desembocadura de un río, en la costa, y si el calentamiento global hace que suba el nivel de las aguas un metro, entonces el paseo marítimo y la casa de Ian Leckie y la tiendas pequeñas que hay junto al muelle se inundarían. Nuestros bloques están en lo alto de una colina, en la parte alta de la ciudad, y a nosotros no nos pasaría nada. La señora Finlayson asintió y dijo: «Bueno, eso es algo sobre lo que todos hemos de reflexionar...». Le hablaba de la gente a la que quería: Peppa, mamá, Ian Leckie, pero nunca le contaba nada sobre Robert, ni siquiera pronunciaba su nombre delante de ella.



Peppa volvió a despertarse cuando empezaba a anochecer y le di otra amoxicilina y le preparé más infusión de agujas de pino. Ella se incorporó en la cama y dijo que le dolía el brazo y yo volvi a vendárselo, pero ya solo me quedaba una venda, así que reutilicé la que acababa de quitarle. Todavía tenía pus, y todavía estaba rojo e hinchado, y los cortes parecían más anchos. Repitió que le dolía mucho, que notaba el brazo muy pesado, y también unos pinchazos.

Le di pastel y frutos secos y pasas para que comiera algo, porque dijo que no quería comer lucio. Yo sí comí un poco, y la carne era blanca y sabía a humo y tenía muchas espinas. Le di a Peppa una linterna frontal y leyó un poco su libro y yo me puse la otra y me metí en el bosque a buscar más palos y más leña para el fuego, y a llenar la tetera en el arroyo.

Cuando volví, Peppa dijo que tenía que ir al baño y yo la acompañé fuera, y tenía diarrea, que es algo que pasa a veces cuando se toman antibióticos, y sabía que tendría que preocuparme de que tomara líquidos, y sal y azúcar. Tuve que limpiarla con la hierba y también usé el chaleco empapado en agua

hervida, pero hacía frío, así que volví a meterla en la cama y la arropé. Todavía le dolía el brazo, y lo tenía hinchado, y le di otro ibuprofeno, y más codeína. Me senté y volví a preocuparme mientras ella se quedaba dormida una vez más. Alimenté la hoguera con mucha leña y estuve mucho rato contemplándola desde la entrada del refugio. Mantenía el agua caliente, y despertaba a Peppa cada dos horas para que pudiera tomar infusión de agujas de pino con un poco de sal y azúcar.

Empezaba a hacer mucho frío. El cielo estaba despejado, y la luna estaba casi llena y brillaba mucho y todo tenía un tono plateado y gris en el bosque, y yo veía formarse la escarcha, que brillaba en las hojas y las ramas del suelo. Me calenté junto a la hoguera, y Peppa siguió en la cama. Le había bajado la fiebre y ya no daba patadas ni se agitaba en sueños, y eso era una buena señal.

Pero pasamos una mala noche. Yo en realidad no dormí, pasaba las horas contemplando el fuego y vigilando a Peppa, y me tapaba con una manta. Oía ulular al búho, y oía el crepitar de hojas, y movimiento entre los árboles, cerca del arroyo, y pensé que tal vez fueran ciervos. El lucio, colgado sobre el fuego, estaba todo arrugado y negro. Parecía una bolsa de basura atada con cuerda. Más lejos oí el ladrido de un zorro, que en realidad no es un ladrido, sino más bien como si alguien con la voz ronca gritara: «Ak». A mí no me da miedo la oscuridad, ni estar fuera por las noches. Me gusta. Necesitaba estar ahí sentada y contemplar el fuego para sentirme más tranquila con lo de Peppa. Pensaba en qué tendríamos que hacer si no mejoraba. Podía ir al pueblo y buscar un médico, pero eso sería el final, y nos encontrarían y nos detendrían. También podía volver al pueblo e intentar conseguir más antibióticos y vendas y buscar cosas en YouTube y en páginas web sobre infecciones. Pero en cualquiera de los dos casos tendría que dejar a Peppa sola. También sabía que tendría que salir a poner alguna trampa o a pescar algo, o a dispararle a algún pájaro, porque si no volveríamos a quedarnos sin comida.

Contemplando el fuego entré en otra especie de sueño, y veía las lucecitas y notaba aquella sensación de roce en la nuca y una vez más no me notaba el cuerpo, y sentía que estaba mirando la hoguera desde el exterior de un gran espacio negro, y así me quedé durante siglos.

El sol empezó a salir y en el cielo, por el este, a través de los árboles, apareció una fina banda dorada por el horizonte, y después se puso de un rosa intenso, y después plateada, y la escarcha brillaba por todo el bosque.

Entonces oí un crujir de hojas, y pisadas desde más arriba de donde

estábamos, ramas que se partían, y noté que el corazón me latía con fuerza. Ella apareció por detrás del refugio, y se asomó debajo del paraguas de ramas y me vio sentada junto al fuego, y dijo: «Guten Morgen Kinder».

La verdad es que sí parecía una bruja, y llevaba un gran chal de tartán enrollado a la cabeza, como una mujer africana, e iba con un abrigo largo y negro. Llevaba pañuelos y telas de seda de colores vivos alrededor del cuello, y unos guantes de piel de oveja, y caminaba apoyándose en un bastón. Justo debajo de un ojo, la cicatriz era como un trocito de espagueti blanco que se le hubiera quedado pegado a la cara. Sonrió, y tenía los dientes muy blancos y grandes, y los labios rojos, pintados.

—¿Es verdad que eres doctora? —dije—. Peppa está enferma. Le ha mordido un lucio y se le ha infectado la herida y ha tenido fiebre y diarrea.

Ella echó un vistazo al interior del refugio y dijo:

—Ach, so. ¿La niñita pelirroja? Y tú eres su hermana.

Y yo dije que sí, y entonces ella dijo:

—Soy médico. Soy inmunóloga y estoy especializada en enfermedades del sistema inmunitario. Me formé en la República Democrática Alemana, la RDA... ¿Sabes qué es?

—¿Puedes curarla? —dije yo.

Y ella dijo que sí.

Entró en el refugio y se acuclilló junto a Peppa, que empezaba a despertarse. Cuando la vio, dijo: «Hola, Ingrid, me ha mordido un lucio».

Ingrid sonrió y se quitó los guantes y le acarició la cabeza y dijo: «Voy a tratarte». Tenía las manos grandes y las uñas largas, pintadas con esmalte rojo. Y las llevaba muy limpias.

Se volvió hacia mí y me dijo:

—Cuéntame qué tratamiento ha recibido hasta ahora, por favor.

Y yo le expliqué que le había lavado los cortes, y lo de la amoxicilina y los analgésicos, y que le había hecho beber mucho, y lo de la infusión de agujas de pino. Le dije lo del pus en los cortes, y la sangre, y las líneas rojas de los brazos. Y ella escuchaba y decía: «Gut... gut... gut», y después dijo: «Excelente, eres una joven muy inteligente».

Y entonces dijo:

—Hierva un poco de agua, por favor, y por favor pásame la linterna frontal.

Y empezó a deshacerle el vendaje con aquellas manos grandes, y se puso el frontal por encima del chal de tartán, y lo encendió. Yo volví a poner la tetera



sobre el hornillo, y le serví una taza de agua casi hirviendo. Ella la levantó y se la vació sobre las manos, y se las frotó bien. Debía de quemarle, pero no lo demostraba. Después se sacudió varias veces las manos hasta que estuvieron casi secas, y le salía vapor. Apartó las vendas y echó un vistazo a los cortes y a la hinchazón. Pasó un dedo por las heridas, y Peppa se quejó un poco, y le presionó un poco las zonas hinchadas y olisqueó el corte.

Entonces miró a Peppa a los ojos muy fijamente y después le fue palpando toda la nuca, y más abajo del cuello y la barbilla. Entonces le dijo: «Levanta los brazos», y Peppa los levantó como si fuera una nadadora. Ingrid le palpó por debajo de las axilas. Le retiró el saco de dormir y la manta y fue palpándole los muslos y la barriga. Mientras lo hacía yo la observaba, y Peppa me miraba y sonreía, y tenía los ojos muy abiertos y gesticuló mucho con la boca para decir sin pronunciarla la palabra «bollera». Y yo me eché a reír.

Ingrid le pidió a Peppa que se echara de nuevo y la tapó, aunque le dejó el brazo por fuera, Después se volvió y me dijo:

–La herida se está infectando más por los cuerpos extraños que todavía tiene dentro, y por eso no ha empezado a curarse ni a formar costra, y genera pus. Esa también es la razón de la fiebre, porque su sistema inmunitario empieza a reaccionar como si tuviera sepsis. Las marcas rojas son respuestas del sistema inmunitario a la fuente de esa infección externa.

–Se lo he limpiado todo con yodo –dije yo.

Ingrid dijo:

–Si hubiera más fuentes infecciosas en la propia herida eso no serviría de nada. Bien. ¿Sabes qué es el musgo esfagno?

Yo dije que sí con la cabeza y ella me pidió que fuera a buscar unos buenos puñados y que le quitara todos los restos de tierra o de hojas en el arroyo. Salí corriendo hasta un sitio plano que había junto a la orilla, donde los árboles son más escasos y hay un lecho espeso de musgo que crece al lado del agua. Arranqué un buen trozo, y como tenía partes con escarcha, crujió un poco. Pesaba bastante, y goteaba, y yo lo estrujé para secarlo más, y lo lavé donde la corriente era más rápida. Se me congelaron las manos y se me pusieron muy rojas mientras lavaba el musgo y escurría el agua y me aseguraba de que no quedaran restos de ramas o de tierra. Después volví corriendo y vi que Ingrid estaba junto a la hoguera y tenía delante un estuche con cremallera. Sostenía

unas pinzas largas sobre las llamas. Las dejó ahí hasta que las puntas se pusieron rojas, y las depositó sobre una piedra.

Al ver el musgo dijo: «Gut», y «¿Tienes hilo?». Yo le di el carrete de cuerda de nilón, y ella se sacó uno de los pañuelos que llevaba al cuello, que era de un blanco roto y parecía de seda. Lo extendió sobre la piedra y colocó todo el musgo en el centro, y ató las esquinas para formar con él una especie de bolsa. Sacó una navaja de bolsillo y cortó un trozo de cuerda y ató la bolsa, y en lo alto de la cuerda dejó un nudo abierto. Entonces colgó aquella bolsa sobre el fuego, desde el paraguas de ramas, y colocó la tetera de manera que la boca quedara justo debajo. El agua no tardó en hervir, y el vapor salía y subía hacia la bolsa de musgo. Ingrid también colgó las pinzas de aquella cuerda para que el vapor le llegara.

–Es para esterilizarlo –dijo.

Yo estaba sentada en una piedra, al otro lado de la hoguera, y veía las nubes que formaba el vapor alrededor de la bolsa de musgo.

–¿Qué tiene en el corte? –pregunté.

Y ella dijo:

–Diría que dientes.

–¿Dientes?

–Dientes de lucio. Son bastante frágiles y finos, y se clavan a la presa. Hace muchos años traté una mordedura de lucio, de un pescador en Alemania. ¿Tenéis madre?

Yo dije que sí. Pero no quería contarle nada de nosotras.

Ella me miraba, y volvió a sonreír.

–Eres muy alta y muy guapa –dijo–. ¿Vuestra madre está aquí?

–No –dije yo–. Estamos solas. Yo cuido de Peppa. Hemos estado poniendo trampas a conejos, y cazando, y pescando para conseguir comida.

Ingrid volvió a sonreír. Cuando sonreía los ojos se le ponían muy pequeños, más achinados aún, y alrededor le salían unas arruguitas. Y era como si tuviera toda la piel cubierta de unos cortes diminutos, y la tenía del color de su pañuelo blanco. Usaba un pintalabios muy rojo, y sombra de ojos oscura, y rímel.

Dijo:

–Vivo en un refugio abovedado. El mío es más grande que este. También tengo un cobertizo para secar la madera, y una despensa para comida.

–¿Dónde está? –le pregunté.

–A unos cinco kilómetros... –Señaló hacia el norte, hacia Magna Bra–. Al otro lado de las piedras altas, en un pequeño valle, con un arroyo.

–¿Y cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

–Llevo cuatro años. Y antes estaba más abajo de mi valle, cerca del pueblo y de la carretera principal. Pero no me gusta mucho ver a gente.

En ese momento habría querido hablarle de nosotras, y de Robert, y de que la policía y los servicios sociales nos buscaban. Y ver si decía que pensaba contarle. Pero Peppa gritó: «¡Tengo pis!», desde el refugio, y yo entré y le ayudé a ir hasta la letrina.

Cuando volvimos, Ingrid preguntó si teníamos jabón, y yo lo saqué de la mochila pequeña y ella se echó en las manos un poco de agua hervida y se las lavó con el jabón, y se las frotaba una y otra vez, y las dejaba suspendidas sobre el vapor. Dijo:

–Por favor, ¿puedes darle dos analgésicos ahora? Y Peppa, siéntate en la cama.

Saqué dos ibuprofenos y la codeína y se los di a Peppa, que se los tragó y puso cara de asco. Se sentó en la cama con el brazo fuera, extendido sobre el regazo. Ingrid sujetó la bolsa de musgo y la abrió, y estaba humeante, y entonces sostuvo las pinzas y las secó en el pañuelo de seda.

Con la linterna frontal encendida, se arrodilló delante de Peppa y dijo: «Bueno, esto escuece», y yo le sujeté la otra mano a Peppa. Primero Ingrid apretó un poco más el musgo para secarlo y después se lo aplicó sobre los cortes. Salía vapor, y Peppa solo dijo: «Caliente», pero ni se movió. Ingrid le cubrió bien todos los cortes, y entonces dijo: «Ahora esperamos».

Nos quedamos ahí sentadas, y Peppa dijo:

–No puedes contarle a nadie que estamos aquí, Ingrid.

–¿Quién os busca? –preguntó Ingrid.

Y yo dije:

–Peppa, no digas...

Pero Peppa dijo:

–La policía y los servicios sociales. Nos hemos escapado. Si nos encuentran, nos separarán, y a Sal la meterán en la cárcel.

Ingrid se echó un poco hacia atrás. Cerró los ojos y dijo:

–Nunca delataré a nadie. Cuando era joven vivía en la RDA y había informadores por todas partes que contaban a las autoridades todo lo que querían saber de ti. Yo tenía muy buenos amigos, creía que eran buenos

amigos, que hablaban al gobierno de cosas que yo había dicho, o de personas con las que había estado, o de sitios a los que quería ir. Y durante una época mi vida fue muy mala. Uno de los informadores era un hombre al que amaba. Yo no confío en delatores, Peppa.

Peppa preguntó:

–¿Qué es la RDA?

Yo pregunté:

–¿Está en Alemania?

Ingrid abrió los ojos y levantó el dedo índice. Se echó hacia delante y le quitó todo el musgo a Peppa de la mano y la muñeca. Y lo sacó del refugio lanzándolo por la puerta. Los cortes habían quedado muy limpios, ya no tenían pus ni sangre, y los bordes estaban blancos. La piel de Peppa estaba más blanca en los puntos que habían estado en contacto con el musgo. Ingrid se echó un poco hacia delante con las pinzas en la mano y enfocó los cortes con el frontal. Y dijo: «Levanta», y yo le levanté la mano a Peppa y ella cerró mucho los ojos, y yo también.

Noté que Peppa se estremecía y que Ingrid decía:

–Ach so. Gut. Einer. Ah. So. Und noch einer. Und. Noch einer. So.

Abrí los ojos, y Peppa también, y entonces Ingrid dijo:

–Bien. Mira.

Y alargó la mano, iluminándola con la luz, y había tres formas triangulares que parecían de plástico. Tenían los bordes afilados por dos de sus lados, y el tercero era más grueso.

–¿Son dientes de lucio? –pregunté.

Ingrid dijo que sí.

–Pero ahora ya están fuera y la infección se irá.

Peppa se quedó mucho rato mirándolos, y dijo:

–Menudo cabrón.

Ingrid cubrió las heridas con más musgo y las vendó. Le pidió a Peppa que moviera los dedos y después le puso la mano en la cabeza y le dijo:

–Ahora estarás bien, pequeña.

En ese momento supe que me caía bien Ingrid, y pensé que tal vez incluso podría contarle que había matado a Robert. Preparé té y saqué un poco de pastel, y comimos belVitas y frutos secos y pasas. Ingrid preguntó cuánta comida teníamos, y si filtrábamos el agua. Yo le conté que la hervíamos, y que teníamos carne de lata y alubias y belVitas y pastel, y algunos frutos secos y

pasas y un poco de pan. Le dije que iba a ver si había caído algún conejo en las trampas, y ella dijo:

–La carne de conejo es buena. Pero ahora me voy. Iré a las piedras y después a mi refugio. Volveré mañana. Debes dar ahora los dos últimos antibióticos, y Peppa descansa y bebe líquidos.

Se levantó, se puso los guantes y agarró el bastón. Peppa dijo:

–Gracias, Ingrid, eres muy buena. ¿Me enseñarás a hablar alemán mañana?

Ingrid nos sonrió a las dos y dijo:

–Vosotras también sois buenas. Y mañana os enseñaré alemán y os traeré setas secas.

Y se alejó caminando por el bosque.

Peppa descansó, y durmió, y yo salí a ver si había algo en las trampas, y encontré un conejo, y me sentí muy bien porque sabía que Peppa se iba a curar, y para cenar comimos conejo. Hacía sol, y frío en la gran ladera que bajaba hasta el lago, y pensé en Ingrid y pensé que era bueno para nosotras haberla conocido, porque no iba a contar nada y además era doctora. Además, yo quería saber cosas sobre la RDA, y por eso cuando volviera le haría muchas preguntas.

## Setas

Al día siguiente Peppa estaba mejor, y se levantó y por la mañana se pasó una hora correteando por el bosque. Yo le había cambiado el vendaje del brazo aquella noche, y ya no lo tenía tan hinchado, y le puse más musgo y se lo volví a tapar.

Cuando Peppa regresó bajamos al arroyo y lavamos los calcetines y las bragas, y yo lavé las vendas. Después pusimos agua a hervir y las dos nos lavamos otra vez con jabón, y con una camiseta mojada que usamos como manopla. Todavía hacía frío, pero había echado más leña al fuego, e incluso desnudas estábamos bien junto a la hoguera, y Peppa se puso a hablar otra vez del vello púbico.

Colgamos la ropa lavada encima del paraguas de ramas, para que se secase, y después yo salí con la escopeta de aire comprimido y me acerqué a las madrigueras y me senté muy quieta entre las piedras para ver si veía algún conejo. Peppa se quedó en el refugio leyendo Secuestrado, que según ella era lento y tenía muchas palabras anticuadas, pero que iba de un niño que tenía un tío que intentaba matarlo por una herencia, al menos eso era lo que había leído de momento. Y aquel tío viejo solo comía gachas, que él pronunciaba a la escocesa.

Yo estaba todo lo quieta que podía y el viento soplaba del noreste, pero muy poco allí, junto al lago, y alejaría mi olor, y los conejos no lo notarían. Bombeé aire en la escopeta ocho veces y metí un perdigón y fijé el punto de mira en unos helechos, junto a una zona en la que había visto algo que se movía. Y esperé.

Notaba la tierra húmeda y fría en el culo, por debajo de los pantalones. Me tendí sobre la roca, con la escopeta apoyada en ella. Frente a mí veía los helechos y la ladera con la hierba y los árboles detrás. Había salido el sol, pero hacía frío, y empezaba a notar las manos suaves, como siempre que el viento es frío.

Me senté y observé la hierba y los helechos, la zona de las madrigueras. No

se movía nada, salvo las hojas de aquellos helechos, mecidas por la brisa. Más abajo tres cuervos volaban en círculos en el límite del bosque. Al final del lago brillaba el sol. Por detrás de mí, la ladera de la montaña seguía ascendiendo, y había más árboles, grandes pinos escoceses y alerces, y más arriba aún se veía la cima de la cresta rocosa. A partir de allí empezaba el páramo y se llegaba a Magna Bra. Me gustaba saber dónde estaba, y saber que Peppa estaba en el refugio, leyendo.

Oí el motor de un coche antes de verlo. Entonces, dos todoterrenos aparecieron al borde del lago, en nuestra orilla. Uno era una camioneta verde con la parte trasera abierta, y el otro, un coche de policía con unas bandas amarillas y naranjas a los lados. Avanzaban despacio, resiguiendo el borde del agua allí donde el terreno era plano y pedregoso.

Yo me quedé paralizada y seguí observando, retirándome del borde de la roca para poder ver sin ser vista. Respiraba despacio, y sabía que no debía tomar ninguna decisión precipitada, que era mejor pararme a valorar la situación.

Los dos vehículos llegaron despacio casi hasta la playa en la que Peppa y yo habíamos pescado el otro día. El de policía se detuvo en la misma orilla y se bajaron dos agentes. Un guardabosques con camisa verde oscuro se bajó del otro, y los tres empezaron a subir por la ladera y se detuvieron. El guardabosques señalaba hacia un punto, y los dos policías observaban algo en sus teléfonos. Vi que uno de ellos le enseñaba el teléfono al guardabosques, y entonces él señalaba hacia el otro lado, en dirección al otro extremo del lago. Entonces los tres se volvieron y miraron hacia allá.

Yo me di la vuelta muy despacio para ver si salía humo de nuestro bosque, de nuestra hoguera. No vi nada, y sabía que casi todo el humo se iba hacia el bosque que teníamos detrás, llevado por el viento, y que además no debía de haber mucho, porque usábamos una madera muy seca. Volví a girarme muy despacio y me asomé al borde de la roca y observé de nuevo.

Todos estaban de pie junto al coche de policía, y hablaban, y uno de ellos seguía consultando el móvil. Yo esperaba y observaba y respiraba despacio. Entonces los dos policías se montaron de nuevo en su vehículo y el guardabosques se subió al suyo, y siguieron la marcha por el lago, hacia el final. Esperé hasta que estuvieron fuera de mi campo de visión y ya no se oía el rumor de los motores. Supuse que llegarían al final y después explorarían la

otra orilla, resiguiendo el otro río, en dirección a las plantaciones de árboles y la carretera del bosque por la que habíamos venido nosotras.

Si nos estaban buscando, no buscaban mucho, me pareció. No se adentraron con los coches en nuestro bosque. Tal vez no nos estuvieran buscando. Pero eran dos policías. Y un guardabosques. Y tenían las imágenes de las cámaras de seguridad de la estación, y tal vez incluso otras grabadas en el interior del tren, así que sabían en qué dirección habíamos ido.

Me puse de pie y avancé sigilosamente entre los árboles, y luego empecé a correr y no paré hasta llegar al refugio.

Ingrid estaba allí cuando volví, y había traído un táper lleno de setas secas y otro con mantequilla, y pan, y una sartén.

Peppa dijo:

–¿Has cazado algún conejo, Sal?

Y yo le dije que no, y también dije:

–Hay policías junto al lago, están con un guardabosques, y van en todoterrenos.

–Mierda, mierda, mierda, mierda –dijo Peppa.

–¿Os buscan a vosotras?

–No lo sé, pero ¿por qué si no estarían aquí arriba?

–A lo mejor encuentran un crimen aquí –dijo Ingrid.

–¿Te han visto? –preguntó Peppa.

–No. Se han ido por la orilla del lago hasta el final. Se han parado donde estuvimos tú y yo pescando el otro día, y se han bajado de los coches y han estado mirando.

–Deberíamos cambiar de sitio –dijo Peppa–. Subir más, entrar más en el bosque, ir más cerca de la cima.

Ingrid dijo:

–Venid a mi campamento. Yo estoy muy lejos de aquí, y es un valle pequeño y no veo a nadie. Puedo construeros un refugio. Traed vuestra lona.

Tenía que pensarlo un poco, así que me metí en el bosque y me quedé ahí un rato. Si habían llegado hasta allí, también podían seguir subiendo, podían incluso llegar desde el otro lado del bosque, y si entraban por ahí podían encontrar las huellas que habíamos ido dejando.

Cuando volví, Ingrid estaba friendo las setas en la mantequilla, y olían muy bien. Sacó una lata de nuestra carne enlatada y la fue desmenuzando por la sartén, mezclándola con las setas.



Peppa dijo:

–Vámonos al terreno de Ingrid, Sal. Está más lejos y por allí no hay nadie. Podemos construirnos otro refugio.

–Y así me vais a buscar leña. Soy vieja y a veces me duele la espalda.

–¿No prefieres estar sola? –dije yo.

–No, estoy sola muchos muchos años. Me gustaría teneros a las dos allí.

Nos comimos las setas con la carne de lata directamente de la sartén, y estaban muy buenas y Peppa no paraba de dar saltitos y decía: «¡Qué comida tan buena, Ingrid!».

A Ingrid no le interesaba saber por qué nos seguía la policía, ni por qué no queríamos ver a nadie más. Creo que por eso decidí que debíamos quedarnos con ella en su refugio. Quizá solo durante unos días y luego volver por aquí. Yo podría salir a cazar y a poner trampas allí para las tres.

–¿Hay algún lago allí donde vives? ¿Se puede pescar?

Ella dijo:

–Más arriba, lejos. Está a unos dos kilómetros de mi campamento. Es un lago pequeño. Se llama lago de la Mazmorra. También hay un río al fondo de mi valle, y tengo un arroyo justo al lado, para el agua.

–¿Y si alguien nos ve mientras vamos hasta allá, en el páramo, o por Magna Bra?

–Tenéis linternas frontales. ¡Iremos de noche!

Lo pensé un poco más, y Peppa dijo:

–¡Vamos, Sal! Podemos ir esta noche.

Yo dije:

–Es muy lejos, Peppa. Y tenemos que llevar todo esto.

–Ya lo sé.

Saqué el mapa de la mochila y busqué dónde vivía Ingrid. Aunque estaba lejos de casas y caminos, quedaba solo a unos tres kilómetros de la carretera principal. No había senderos ni pistas marcados que llevaran a ese pequeño valle desde la carretera, y el terreno que la separaba de ella parecía ser de bosque denso. Le mostré el mapa, y ella me indicó aproximadamente dónde vivía. El lago quedaba en lo alto del valle, en la meseta que se elevaba y llevaba, por un lado, hasta Magna Bra, y por el otro hasta un páramo y una cadena de lagos pequeños.

–¿Y allí se consigue comida? –le pregunté.

Ingrid dijo:

–Yo tengo comida. Mucha. Voy al pueblo una vez al mes. Voy a pie y compro arroz y harina y mantequilla y mermelada. Puedo hacer pan. Tengo un horno de piedra.

Peppa dijo:

–¡Mermelada, Sal!

Así que dije que sí, que muy bien, y entonces Ingrid dijo que saldríamos cuando oscureciera, pero que debíamos guardarlo todo bien y deshacer el refugio y no dejar ningún rastro que indicara que habíamos estado allí. Así que Peppa y yo lo metimos todo en las mochilas y yo retiré todas las ramas del refugio y bajé la lona y desmonté el paraguas y lo oculté todo en el bosque.

Escondimos todas las ramas de abeto entre los arbustos, y quitamos los palos del refugio. Entonces guardé toda la ropa mojada en un bolsillo de la mochila y enterramos toda la basura, latas y bolsas de plástico. Peppa metió todas sus cosas en la mochila pequeña, y se llevó sus libros, y el montón de pieles de conejo con las que había intentado hacerse el gorro.

Nos sentamos alrededor de la hoguera hasta que empezó a anochecer. Yo había dejado el cargador solar en una zona en la que tocaba el sol, junto al arroyo, para que se cargaran las baterías de las linternas frontales.

Aquella noche no había luna, y cuando oscureció apagamos el fuego con tierra y esparcimos las cenizas con los pies para ocultarlo. Cuando nos pusimos en marcha y nos alejamos por el bosque, siguiendo el curso del arroyo, no quedaba nada de nuestro campamento, salvo algunas ramas dobladas y alguna porción de hierba más aplastada.

Ingrid iba delante, con una linterna frontal, y Peppa iba en medio con la otra, y yo iba detrás, siguiendo su luz. Ingrid caminaba bastante despacio y daba saltitos y hablaba sola en alemán.

Tardamos bastante en subir por nuestro bosque, y no fue fácil, y después todavía nos quedaba la gran ladera hasta el páramo, arriba de todo. Ingrid caminaba sin pararse, aunque avanzaba despacio. A veces se volvía a mirarnos y nos decía: «Venga».

Cuando llegamos al páramo sí nos detuvimos y yo me quité la mochila y Peppa se sentó en la suya. Ingrid nos dio un poco de agua de su cantimplora y comimos unas cuantas belVitas.

En el páramo la oscuridad era total. Cuando apagamos las linternas, el cielo se veía inmenso sobre nuestras cabezas, y estaba salpicado de estrellas, y cuanto más miraba más líneas veía, y más remolinos de estrellas. En el centro,

se arremolinaba como el agua en un desagüe, y las estrellas se hacían más pequeñas, más tenues, en una nebulosa que se retorció. Había demasiadas. Demasiadas estrellas y planetas en todas las direcciones, y me mareaba un poco mirarlas. Ingrid estaba ahí de pie, mirando hacia arriba, y juntó las manos por encima de la cabeza y dijo:

–Esto es lo que nunca conoceremos.

Yo tenía esa misma sensación cuando veía en internet fotos de grandes aglomeraciones en Rusia o en China o en Malasia o en Brasil. Veía esas ciudades tan grandes y me daba cuenta de cuánta gente había en el mundo. O cuando iba en un autobús y veía las casas de la gente y pensaba que el mundo estaba lleno de personas a las que nunca conocería y con las que nunca hablaría, ni siquiera las vería, y ellas nunca me conocerían a mí. Es una sensación rara, como sentir miedo y alegría a la vez.

Ingrid no parecía necesitar brújula, y seguía caminando por el páramo, y se oía una especie de susurro que eran nuestros pasos sobre el brezo. En algunos tramos el suelo era rugoso y había hondonadas llenas de turba húmeda y en varios sitios pisábamos musgo esfagno. Peppa avanzaba a buen paso, y era yo la que la seguía resoplando. El círculo de luz de su linterna frontal bailaba sobre el brezo, o se clavaba en la espalda de Ingrid.

La pendiente era cada vez más pronunciada a medida que seguíamos, y pronto ya estábamos casi trepando. Ingrid dijo: «Vamos por las rocas...». Un poco más arriba nos detuvimos otra vez. Estábamos en un repecho, y a la luz de las linternas veía unas piedras que sobresalían de los brezos. Peppa dio una vuelta entera y las iluminó todas, en círculo. Casi todas eran más bajas que yo, y algunas de ellas eran alargadas y estaban tendidas de lado. Eran de distintas formas, en algunas la parte de arriba era afilada, y en otras redondeada, o en forma de triángulo, y todas eran de un gris plateado, y dorado, con capas de líquenes. Estábamos descansando en medio de ellas, y yo le cogí la linterna a Peppa y fui contándolas: había veinticuatro a nuestro alrededor. Todo estaba en silencio, y la oscuridad bajaba desde el cielo.

Ingrid se puso en medio de aquellas piedras altas, levantando las manos, y volvió a hablar sola en alemán, con los ojos cerrados. Y después dijo: «Pido la bendición para nosotras y para que estemos bien».

Peppa soltó unas risitas, y cuando la enfoqué con la linterna frontal, vi que se llevaba el dedo a la sien y lo giraba, como diciendo que estaba loca.

Yo le dije: «No, Peppa».

Ingrid gritó: «¡Vamos!», y la seguimos, alejándonos de las piedras por la cima del páramo, donde la tierra era casi plana, aunque descendía ligeramente, y volvíamos a oír el roce de nuestros pasos sobre el brezo.

Paramos tres veces más a beber agua y a comer belVitas, y a descansar un poco. Llevábamos varias horas caminando, y yo no sabía dónde estábamos, y ya estaba pensando en sacar el mapa cuando oí que Ingrid decía:

–Aquí está mi bosque.

Y nos adentramos en un bosque denso por un sendero minúsculo, estrecho, entre los árboles. Había más robles, avellanos y alisos que en nuestro bosque. También era más bajo. Habíamos descendido bastante desde lo alto del páramo y el círculo de piedras. Ingrid seguía caminando despacio y a ritmo constante, y de vez en cuando nos decía: «Ya falta poco, niñas», y entonces empezó a bajar por una cuesta pronunciada del sendero, que era un camino de ciervos porque vi sus huellas en el barro. Empezamos a bajar más y más y llegamos a un sitio plano que estaba junto a un río, y se oía el borboteo del agua, que susurraba entre los árboles. Peppa se quejó porque decía que le rozaban las zapatillas, y yo tuve que parar y sacar el botiquín para ponerle una tirita en el talón. El bosque era encantador, y tranquilo, y solo se oía el sonido del pequeño arroyo, y del viento suave entre los árboles.

Volvíamos a subir un poco entre los troncos, por otro camino de ciervos y entonces llegamos a una especie de repecho que sobresalía por encima de la orilla. Ingrid dijo:

–¡Mi campamento!

Su refugio abovedado estaba bastante lejos del borde, y era más grande que el nuestro, con una puerta en forma de arco y una tela verde que colgaba de ella. A su lado había un gran cobertizo hecho de troncos y lleno de leña. Tenía un tejado construido con ramas de abeto, y junto a él había una cúpula que parecía levantada con la técnica de los muros de piedra seca. Frente al refugio había una hoguera rodeada de piedras, con un trípode encima y una olla grande, negra, que colgaba de él, y por encima de aquel espacio para el fuego se levantaba un paraguas como el nuestro, techado con ramas de abeto. Era un buen campamento.

Peppa empezó a correr de un lado a otro, revisándolo todo, y gritó: «¡Sal!», y se fue al otro lado del refugio y había un arroyo pequeño que saltaba desde unas rocas de más arriba y formaba una cascada que caía en una poza pequeña. Por detrás del campamento, la ladera se hacía más pronunciada, y estaba

salpicada de grandes rocas y abedules y serbales, y había montones de hojas muertas de jacintos, y zarzas enredadas a las piedras.

Ingrid estaba encendiendo el fuego, y nos preguntó: «¿Os gusta?, y Peppa dijo: «¡Es genial! ¿Se puede nadar en la piscinita del río?»».

Ingrid dijo:

–Yo me lavo ahí, y la uso para recoger agua y lavar la ropa. En verano te puedes sentar dentro y te refrescas.

Saqué la brújula y me senté junto a la hoguera de Ingrid. El campamento estaba orientado al sur, para recibir más sol y protegerse de los vientos del norte. Estaba impaciente porque llegara la mañana para ver las vistas de los bosques y el río, que aún se oía borboteando abajo. Allí no podía encontrarnos nadie.

Peppa se sentó junto a la hoguera, que ardía alegremente y daba un calor muy agradable e iluminaba todo el campamento, y entonces Ingrid dijo: «Tengo pan y queso», y entró en el refugio.

Peppa dijo:

–Aquí no nos encontrarán, Sal.

–No –dije yo–. Tenemos que ver qué tal es la zona por la mañana. Pero es mejor que donde estábamos. No está tan cerca de pistas ni carreteras.

–Ingrid está loca –dijo Peppa.

–Ya lo sé. Pero es agradable, y le caemos bien.

Ingrid volvió con tres platos y unas rebanadas enormes de pan y mantequilla y unos trozos grandes de queso y un tarro de pepinillos en vinagre. Dijo: «Comed», y comimos. Yo tenía mucha hambre y el pan estaba buenísimo y blando y sabía a humo. El queso era fuerte y salado, y quedaba muy bien con unos pepinillos encima. Estuvimos un buen rato sin decirnos nada, y Peppa se lo comió todo muy deprisa y entonces Ingrid dijo: «¿Os apetece una manzana?»», y Peppa dijo que sí.

Entonces Ingrid dijo: «Vosotras dormís en el refugio y yo duermo aquí junto al fuego para vigilar». Y se puso en pie de un salto y entró en el refugio y sacó una colchoneta y un saco de dormir y una manta. Extendió la colchoneta delante de la hoguera, y se metió en el saco de dormir y se tapó con la manta y se incorporó y dijo: «Qué caliente se está aquí».

Peppa dijo:

–Ingrid, ¿cómo nos encontraste? ¿Cómo encontraste el sitio donde estábamos?

–Me llegó el olor de vuestro fuego –dijo Ingrid–. Tengo muy buen olfato. Estaba arriba, en el páramo, dando mi paseo, y olí vuestro fuego. Y sabía que se estaba apagando, y me acerqué a echar un vistazo. Y te vi a ti, pequeña, dormida, y vi que el fuego se estaba apagando.

Yo también me había preguntado lo mismo. Ingrid se señaló la nariz.

–Huelo las cosas a mucha distancia. Huelo si hay perros cerca, y huelo los coches y a veces a la gente que viene, con el viento a favor. Huelo la lluvia antes de que llueva, y la nieve. Tengo muy buen olfato.

Peppa dijo:

–Pues no te gustaría oler los pedos de Sal.

–Los pedos no me molestan –dijo Ingrid–. Todos nos tiramos pedos. Yo me tiro muchos.

–Sal también –dijo Peppa.

–¿Oliste el coche de policía el otro día? –pregunté yo.

Y ella dijo:

–No. Tenía el viento en contra. Ahora tengo que acostarme.

Se tendió en el saco de dormir y nosotras pusimos leña en la hoguera para ella y nos metimos en el refugio.

Ingrid tenía una cama elevada sobre una plataforma, como la nuestra, llena de ramas de abeto. Sobre unas losas planas tenía mantas, colchas y edredones, todo muy bien doblado, y había unas cajas de plástico con tapa. Tenía también una barra para colgar ropa hecha con ramas peladas, y en ella había chaquetas y vestidos en perchas, como en un armario. Una de las chaquetas era de seda china, con dragones y ramas de abeto y peces, todo bordado con hilo rojo y dorado. También tenía un montón de pares de botas, alineadas en un extremo del refugio. Algunas eran de caña alta, como de montar, y también había Dr. Martens; otras eran de piel azul, con cordones, y también había botas de montaña, Converse y dos pares de botas del ejército. Peppa dijo:

–Le gustan las botas.

Sacamos nuestros sacos de dormir y las mantas y dormimos sobre la cama, y se estaba caliente y era cómoda. Yo estaba tan cansada que no conseguí mantenerme despierta para contarle cosas a Peppa, pero ella también se durmió en seguida.

## Campamento

Las cosas iban bien con Ingrid. Teníamos comida, y yo cazaba en el bosque. Había faisanes en su bosque, y eso significa que había algún coto de caza por ahí, en alguna parte, porque los faisanes no son autóctonos de Escocia, y los introducen para que los ricos los cacen. Y son muy fáciles de cazar. Hacen mucho ruido y no saben camuflarse, y a veces se quedan quietos mientras alguien les apunta y se prepara para disparar. No hace falta mucha puntería para acertar a un faisán. Creo que hasta con un tirachinas seguramente habría podido cazar alguno. El primer día en el terreno de Ingrid conseguí disparar a dos.

Ingrid y Peppa se quedaron en el campamento y lavaron ropa y la pusieron a secar, y después Ingrid intentó convertir las pieles de conejo que Peppa había cosido en un gorro que le fuera bien. Hacía más frío, pero de día brillaba el sol, y por las noches helaba. Peppa leía su libro, Ingrid se sentaba frente a la hoguera y cortaba las pieles y medía la cabeza de Peppa, y después empezó a coserlas. Mientras lo hacía le dio por enseñar a Peppa palabras en alemán, y al principio tuvo que enseñarle todas las palabrotas. A ella no le importaba, y aunque era vieja le parecía normal enseñar a Peppa a decir joder, y gilipollas y capullo en alemán. Decía: «Esas son las palabras más interesantes en cualquier lengua. No son palabras malas, son palabras como todas las demás». Y Peppa le preguntó cómo se decía cojones y huevos y polla.

Cuando volví con los faisanes Peppa me dijo que el Popanz es el equivalente al «coco» en alemán, y que sujetador, en alemán, se dice Büstenhalter, que significa «sujetapechos», y que polla se dice Schwanz. Yo desplumé los faisanes e Ingrid me pidió que no tirara esas plumas largas que tienen, que las quería para decorar, aunque ella no lo dijo bien, dijo «decorativar».

Los vacié y les echamos sal y los asamos sobre el fuego, con unos palos. Ingrid preparó arroz en la olla grande y tomamos arroz con faisán asado.

Después Ingrid sacó unas manzanas de una caja. Las tenía todas envueltas en servilletas de papel, y eran rojas, y dulces.

Ingrid dijo:

–Mañana os haré un refugio abovedado. Voy a necesitar el mío pronto, porque creo que en dos días nevará.

Al día siguiente nos levantamos temprano, y había escarcha, y yo me metí en el bosque y corté plantones para nuestro refugio. Lo construimos muy cerca del de Ingrid, para que la puerta quedara cerca de la hoguera. Usé unas piedras para crear tres bases, y después corté más troncos para la cama. Tuve que subir bastante desde el campamento para encontrar ramas de abeto, y mientras lo hacía, Ingrid y Peppa empezaron a atar los plantones con la cuerda de nilón.

Tuve que adentrarme bastante, bosque arriba, para poder ver las ramas altas de los abetos, de un verde más oscuro, y encontré unos ocho muy grandes entre los demás árboles. Corté varias ramas, las fui apilando y les até los dos extremos de una cuerda, para poder usarla como si fuera un asa y arrastrarlas hasta abajo. Atamos la lona por encima de la estructura y fuimos esparciendo las ramas de abeto sobre ella, en capas, de arriba abajo. Tuve que subir dos veces más a buscar ramas porque queríamos cubrir el refugio hasta el suelo, y poner después piedras para que las ramas no se movieran, y que sirvieran de cortaviento. Hicimos una puerta bonita y ancha, en forma de arco, y yo casi podía ponerme completamente de pie en nuestro nuevo refugio. Entonces Ingrid nos pidió que apiláramos hojas secas alrededor de las paredes, por fuera, y también por encima, para conseguir un mayor aislamiento. Dentro, con las ramas de abeto y las hojas secas olía muy bien, y pusimos más ramas en la cama y por todo el suelo, como si fueran alfombras.

Ingrid hacía unas velas con corteza de abedul bien enrollada y con la resina que sacaba de los pinos escoceses. Tenía unos cuencos y una jarra impermeables que también había fabricado con corteza de abedul; en las juntas había puesto resina fundida para que no se filtrara el agua. Guardaba una lata grande con resina que recogía de los árboles, y la calentó y nos enseñó lo bien que ardía. Nos contó que podía usarse como pegamento y para juntar maderas, y que también era un antiséptico, un antiinflamatorio, y que mataba las bacterias de las heridas, y que por eso podía usarse en vendajes.

Preparamos pan con la harina y con levadura seca, sal y mantequilla, y lo amasamos todo en un bol de metal grande que tenía Ingrid. Ella nos enseñó a hacerlo, y nos explicó que teníamos que dejarlo reposar junto al fuego durante



una hora para que subiera. Después volvimos a amasarlo, con más harina, y entonces Ingrid le dio a la masa una forma de bola plana, y la colocamos encima de una piedra muy lisa y esperamos otra hora. Ingrid encendió su horno. Era una cúpula muy grande hecha de piedras colocadas en círculo, y encima tenía una losa plana. Había una abertura pequeña. Ingrid encendió unas ramitas y hierba seca en el interior, con un rescoldo, y cuando ya había prendido fue apilando troncos y ramas, y todo empezó a arder con fuerza. En la base del horno había una piedra grande, muy plana, y cuando la leña se había consumido y todo era carbón y brasas calientes, ella retiró la ceniza a los lados y metió la masa sobre una plancha de pizarra, y la depositó sobre aquella piedra plana. Cuando salió del horno, el pan era marrón y dorado, y Peppa y yo nos lo comimos cuando todavía estaba caliente. Ingrid puso un poco de queso sobre el suyo y se derritió, y era como una tostada con queso.

Justo cuando Ingrid había dicho que pasaría, empezó a nevar, y aquella noche las tres nos sentamos frente a la hoguera con las mantas mientras la nieve caía y el fuego la teñía de tonos amarillos y anaranjados. Cenamos pan con queso y té con azúcar, pero sin leche. Peppa nos contó lo que había leído hasta ese momento de Secuestrado.

El niño se llamaba Davy y la historia pasaba en 1751 y su tío no quería que heredase su gran casa después de la muerte de su padre, y eso que le correspondía a él quedársela. Así que su tío intentaba matarlo, primero convenciéndolo para que subiera por una gran escalera de piedra a la que le faltaban varios peldaños. Era muy alta, y debajo había piedras y todo estaba muy oscuro. Se salvaba gracias a un relámpago, que le permitía ver dónde faltaban los peldaños, y entonces se daba cuenta de que su tío quería matarlo.

Después el tío lo hacía ir a Edimburgo a visitar a un abogado, pero lo convencía para que fuera en barco y pagaba al capitán para que lo dejara inconsciente y lo secuestrara y se lo llevara a América, donde lo harían esclavo. Yo dije que creía que solo llevaban a los negros de África para que fueran esclavos en América, pero Peppa dijo que en el libro ponía que también habían enviado a escoceses. Así que de aquella explicación aprendí algo.

Pero bueno, el caso es que en aquel barco el capitán y el segundo de a bordo y otro tipo están siempre borrachos y torturan a un niño que se llama Ransome y llegan a matarlo, y Davy tiene que servirles la comida y el coñac. Y entonces entran en una zona de niebla y se echan encima de una barca, y en

esa barca va un hombre de las Tierras Altas escocesas llamado Alan Breck Stewart que dice que es rey y lleva un montón de dinero para su jefe y que usa palabras en escocés. El capitán, que es malo aunque Davy creyó que era bueno cuando lo conoció en Edimburgo, y los otros hombres que beben sin parar, planean matar a Alan y sacarle todo el dinero y Davy los oye cuando están tramando su fechoría y se hace amigo de Alan y hay una gran pelea en un sitio que se llama la toldilla, en el barco, y Davy mata a un marinero con un arma y apuñalan al señor Shaun que era el que había matado al niño, y él también se muere.

Entonces Peppa preguntó:

–¿Qué es un whig?\*

Ingrid dijo:

–En inglés es pelo para la cabeza si se te cae el tuyo.

Y Peppa dijo:

–No, no, es con hache intercalada. W-H-I-G. ¿Qué es, Sal?

Pero yo no lo sabía, y en ese momento me habría encantado tener Wikipedia. Peppa dijo:

–Bueno, da igual, Alan Stewart dice que los whigs tienen la cara larga.

Ingrid y yo nos miramos, y las dos arqueamos las cejas y nos encogimos de hombros.

Yo le pregunté a Peppa: «¿Cuántos años tiene Davy?», y ella me dijo que creía que trece o catorce.

Y yo dije: «Y mata a alguien», y ella dijo que sí, que mataba a alguien para defender a Alan en la toldilla esa.

Peppa aprendía un montón de palabras en alemán mientras yo salía a poner trampas o a intentar cazar faisanes. Bajé al río y coloqué dos sedales de noche con gusanos en los anzuelos para anguilas. Encontré otra madriguera cerca del campamento, en un claro en pendiente, y sobre la nieve había huellas de conejo. Allí fue donde instalé varias trampas.

Al volver al campamento supe que Peppa había aprendido a decir partes del cuerpo en alemán, y no dejaba de señalarse un codo y de repetir: «Ellbogen», o la oreja, y entonces decía: «Ohr», y si se señalaba los ojos decía: «Augen». Al final se señaló el culo y dijo: «Arsch».

Recogimos toda la leña que pudimos porque cada vez quedaba menos en el

cobertizo, y porque Ingrid dijo que recoger y cortar leña le iba mal para la espalda, que le dolía porque estaba vieja.

La nieve hacía que los días fueran resplandecientes, y se aferraba a los árboles y a los arbustos, y por la noche el cielo estaba despejado y helaba. Ingrid le terminó el gorro a Peppa, y ella se lo puso. Tenía unas orejeras, y una visera, y el pelo quedaba por dentro, y ella decía que abrigaba mucho. A Ingrid se le daba bien coser y hacer cosas, y por la noche tallaba figuras en troncos de madera mientras estábamos sentadas frente a la hoguera.

Una noche, después de cenar anguilas con arroz le pregunté:

–Ingrid, ¿cuántos años tienes?

Y ella sonrió y dijo que tenía setenta y cinco.

Fue entonces cuando nos contó su vida, y cómo había llegado al bosque para sobrevivir.



Nació en Berlín en 1940, es decir, en el segundo año de la Segunda Guerra Mundial, y su padre estaba en el ejército alemán y su madre era de Letonia, que está cerca de Rusia, y se conocieron cuando los dos trabajaban como criados en una gran casa de gente muy rica, antes de la guerra. Nos contó que vivía en un piso pequeño, en la planta baja de un edificio que estaba en una zona pobre de Berlín, que estaba todo lleno de nazis y de banderas nazis. Su padre no era nazi, pero aun así tuvo que alistarse en el ejército alemán, y cuando ella tenía un año lo mataron cuando un avión lleno de soldados alemanes se estrelló camino de Polonia.

Su madre recibió dinero del Gobierno porque su padre pertenecía al ejército cuando murió, pero no era suficiente para pagar la comida y el alquiler, así que su madre limpiaba oficinas y grandes edificios. Ingrid hablaba letón en casa con su madre y alemán cuando estaba en la calle o en el parvulario, y en casa llamaba a su madre mâte, que es madre en letón, mientras que en alemán es Mutti. Los británicos y los estadounidenses empezaron a bombardear Berlín y su madre tenía que refugiarse en estaciones de tren subterráneo, que se llamaban U-Bahn, mientras los bombardeaban. En el parvulario tenían que cantar canciones sobre la victoria de Hitler y Alemania en la guerra, pero no sabían que los rusos ya habían derrotado al ejército alemán y estaban invadiendo el país y llegaban ya a Berlín. Había armas

pesadas en un parque cercano a su casa que disparaban contra los bombarderos toda la noche, y todas las puertas y ventanas de su calle tenían delante sacos de arena.

Una noche, en la estación del U-Bahn, la madre de Ingrid conoció a un hombre mayor y se hicieron amigos y se convirtió en su novio, y empezó a venir a casa y se quedaba en el piso, y les traía comida y a veces traía coñac y vino para su madre, y a Ingrid le regaló una muñeca y cintas para el pelo. Su mujer había muerto, y a sus dos hijos los habían matado mientras combatían contra los rusos en Rusia.

La zona en la que vivían era bombardeada todos los días, y no tenían comida porque todas las tiendas estaban destrozadas y había cascotes y edificios en ruinas por todas partes. Ingrid y su madre se quedaron en su piso, y su madre salía algunos días y conseguía pan y arroz, cuando lo encontraba. No había gas para cocinar, ni luz eléctrica, y encendían fuego de leña junto a la puerta trasera del patio para preparar la comida y calentarse un poco. Todos los nazis huían y se escondían e intentaban irse porque los soldados rusos estaban a punto de llegar y los matarían.

El hombre mayor que era el novio de la madre de Ingrid dejó de venir y de llevarles comida, y empezaron a pasar hambre, lo mismo que mucha gente que vivía cerca. La madre de Ingrid no dejaba de llorar, y no salían de casa, y oían los disparos y las bombas cada vez más cerca.

Después llegaron los rusos en tanques, y largas columnas de soldados que entraban casa por casa y violaban a las mujeres alemanas. Tres soldados rusos irrumpieron en su pequeño apartamento y violaron a la madre de Ingrid mientras ella se escondía en un armario en el que su madre la obligaba a meterse desde que habían llegado los rusos. La madre de Ingrid se deprimió después de aquello, y se pasaba el día en la cama y era Ingrid la que tenía que salir a encontrar agua y comida.

Pero los bombardeos y las explosiones se acabaron y los rusos se apoderaron de toda la zona en la que ellas vivían y había soldados en todos los pisos y casas y una gran tienda de campaña en medio de la calle donde vivían muchos de ellos. Algunos soldados rusos eran amables y le regalaban a Ingrid pan y cigarrillos para su madre. Todo Berlín había sido bombardeado y todas las casas y los bloques de pisos estaban destruidos y había escombros y más escombros y piedras por todas partes, y no funcionaba nada y el agua la

conseguían de unas tuberías que había en la calle y tenían que llevarla a casa en cubos.

Los soldados rusos le contaron que Hitler estaba muerto y que Rusia había ganado la guerra y que ahora Berlín formaba parte de Rusia y que ella iba a ser rusa, y no alemana. A muchos hombres alemanes se los llevaban y los enviaban a Rusia a trabajar en fábricas, incluso a los ancianos, e Ingrid y su madre tenían que ir a trabajar en hileras de mujeres que se dedicaban a sacar piedras y cascotes de todos los edificios bombardeados y a poner orden en el caos después de los bombardeos y los combates. Las alimentaban en cocinas instaladas en las calles, y debían hacer cola todos los días para conseguir pan y sopa.

La madre de Ingrid encontró otro novio, que era un oficial ruso llamado Ilya, y era grande como un gigante y tenía barba y llevaba un gran abrigo con el cuello de pelo de animal. Llegaba a su apartamento e Ingrid tenía que quedarse en la cocina mientras su madre y él estaban juntos en la cama. Pero era agradable y les traía comida, salchichas, chocolate y pasteles. Y a la madre de Ingrid le traía vodka y a veces se emborrachaban y a veces Ingrid salía a jugar a la calle, entre los edificios bombardeados.

Había muchos niños que en esa época jugaban en las calles y en todos los edificios que habían sido bombardeados y que se estaban terminando de derribar. Todos los niños eran como Ingrid, no tenían padre. Hacía calor y era verano y a veces encontraban cadáveres en los edificios y a veces los olían antes de encontrarlos. Había viejos tanques alemanes y coches destrozados por todas partes.

Un día, cinco niños estaban jugando en el patio trasero de unos edificios donde había montones de piedras y polvo. Tenían tiza y jugaban a las casitas, y en el suelo habían dibujado todas las habitaciones con tiza. Ingrid era el bebé, y otras dos niñas eran el padre y la madre, y otro niño era el hermano pequeño. Una niña echó a correr sobre un montón de escombros y detonó una bomba. Hubo una explosión. Ingrid salió disparada hasta la otra punta del patio como si fuera una muñeca, y había tanto polvo y tanto humo que no veía nada. Le sangraba una mejilla y le escocía. Los demás niños estaban muertos.

Algunos soldados rusos llegaron corriendo y la rescataron y se la llevaron al campamento, donde la visitó un médico ruso. Le extrajo de la mejilla un pedazo de metal del tamaño de un cacahuete, y luego se la cosió, y ella gritó.

La madre de Ingrid consiguió trabajo en el campamento de los soldados

rusos, cocinando y limpiando para ellos, y a partir de ese momento se pasaba el día fuera de casa y dejaba sola a Ingrid. Por las noches también empezó a salir con Ilya, y se emborrachaba muchas veces, y entonces Ingrid podía hacer lo que le gustaba.

A veces se quedaba en la calle con niños mayores que robaban cosas de las tiendas o del campamento de los rusos. Como Ingrid era pequeña, conseguía trepar y colarse en sitios por agujeros menudos, y como su aspecto era tan dulce e inocente la usaban como gancho mientras los demás entraban y robaban.

A un niño de unos doce años que se llamaba Klaus le caía bien Ingrid, y empezó a cuidar de ella y a darle comida. No dejaba que los demás se metieran con ella, y la llevaba con ellos cuando salían a colarse en los sitios para robar. A veces conseguían caramelos de los almacenes del ejército o de las tiendas que habían abierto hacía poco tiempo, y a veces robaba cigarrillos de las furgonetas que repartían cosas por los campamentos militares.

Klaus no tenía padres y vivía en un sótano con su hermano, que se llamaba Johannes (aunque todos los llamaban Hansi), y eran los líderes de una banda de niños que vivían en la calle robando, mendigando y causando problemas.

A las demás mujeres que vivían en su bloque de pisos no les caía bien la madre de Ingrid, y le escupían y la llamaban Rabenmutter, que significa «madre-cuervo» en alemán, porque los alemanes creen que los cuervos no cuidan de sus crías y las dejan solas cuando hay peligro.

Como se acercaba el invierno, Ingrid tenía que recoger leña para encender fuego en el piso y mantener el calor, porque no había calefacción ni gas y todavía tenían que ir a buscar agua al caño de la calle. Su madre pasaba cada vez menos tiempo allí, y cuando estaba, estaba borracha.

Y entonces, un día, ya no volvió más al piso.

Ingrid la esperó varios días sola, pero su madre no volvía. Fue a buscar a Klaus y a los demás niños y les contó que su madre había desaparecido, y Klaus le dijo que tal vez la hubieran matado los rusos porque violaban a mujeres alemanas y a veces las mataban. Durante dos días Ingrid caminó por todo Berlín con Klaus y Hansi buscando a su madre. Fueron a todos los campamentos en los que estaban los rusos y preguntaron a los soldados si la habían visto pero los rusos no hablaban alemán y la mayoría de ellos los echaban o les gritaban. Entonces, un día, vio a Ilya de pie junto a un camión militar, charlando con otros soldados, y se acercó corriendo a él y le preguntó

si sabía dónde estaba su madre. Y él se rio, y los demás soldados se rieron de ella, y él le dio una tableta de chocolate y le acarició la cabeza y se alejó.

Se quedó en el piso, y Klausí y Hansi se fueron a vivir también allí, y todos dormían en la cama de su madre. No había colegio ni padres ni nadie que les dijera lo que tenían que hacer, y robaban comida, o la mendigaban, y recogían madera en los lugares bombardeados. Por las noches se contaban cuentos de hadas en la cama grande, y Klausí arropaba a Ingrid cuando se iban a dormir.

Un día, unos hombres mayores llegaron al piso y forzaron la puerta. Eran policías y hablaban alemán, y estaban buscando a huérfanos para llevarlos al orfanato. Klausí y Hansi no querían ir con ellos, y Klausí dijo que se los llevarían a Rusia a trabajar en las minas, y los viejos los agarraron a los dos y otro sujetó a Ingrid y los sacaron a los tres del piso. A Klausí y a Hansi se los llevaron y los metieron en un camión grande que tenían fuera.

El hombre que sujetaba a Ingrid la bajó a la calle y caminó mucho rato con ella en brazos hasta que llegaron a un edificio gris muy grande junto a una iglesia y al llegar se la entregó a un sacerdote, y tuvo que sentarse en una gran sala con otros niños pequeños. El sacerdote y algunas mujeres alemanas les dieron pan y sopa y entonces el sacerdote pronunció muchas oraciones y a todos les dieron una manta y tuvieron que dormir en el suelo.

Al día siguiente todos tenían que bañarse, y tuvieron que hacer cola en ropa interior y los iban metiendo en una bañera de latón llena de un agua fría y gris y una señora gorda los lavaba con jabón. Después los secaron a todos con unas toallas muy ásperas y les dieron ropa nueva. A las niñas les hicieron ponerse unos vestiditos grises y unos jerséis grises y un abrigo de lana y una boina negra. A todos les habían dado ropa interior nueva y calcetines, y una cartera escolar hecha de lona.

Entonces Ingrid tuvo que contarle a un señor viejo y feo que llevaba uniforme cómo se llamaba y dónde había vivido, y cómo se llamaban su padre y su madre. Le dijo que su padre había muerto en la guerra y que a su madre la habían asesinado los rusos, y aquel hombre le acarició la mejilla y le sonrió.

Los llevaron a todos fuera y los pusieron en fila y los montaron en un autobús muy grande. Había unos setenta u ochenta niños, todos pequeños, todos con sus abrigos grises y sus boinas. El autobús los sacó de Berlín, dejando atrás todos los edificios derruidos y las colas de gente que esperaban a que les dieran comida, dejando atrás los cientos y cientos de soldados rusos y los tanques y los camiones y las armas pesadas. Se adentraron en el paisaje

del campo, que Ingrid no había visto nunca. Los árboles no tenían hojas, y había enormes cráteres de las bombas por todas partes, y nieve gris. El autobús iba parando y subían soldados rusos que caminaban despacio por el pasillo y se fijaban en todos los niños.

El orfanato era un edificio viejo y enorme que parecía un castillo, estaba junto a un lago y había militares rusos en tiendas de campaña y tanques alemanes quemados y coches. Los llevaron a unos dormitorios muy grandes con hileras de camas y unas mesitas pequeñas y todos tuvieron que acostarse enseguida porque hacía mucho frío.

El orfanato lo llevaban unas monjas viejas que estaban siempre enfadadas y les gritaban si hablaban. Tenían que ir todos a misa cada día en una sala muy grande. Allí también había soldados rusos y se reían de las monjas y fumaban y hablaban durante las misas.

Al cabo de unas semanas empezaron a ir a la escuela en la gran sala, todos los días. Aprendían a leer y a escribir en alemán y aprendían cosas sobre Rusia y entonces, un día, llegó un hombre corpulento y empezó a enseñarles ruso también, y tuvieron que aprender un alfabeto nuevo y palabras nuevas. Además, dejaron de ir a misa, y ya no tenían que ir a la iglesia y los sacerdotes dejaron de venir a hablar con ellos.

Y allí se quedó Ingrid hasta los diecisiete años. Le gustaba, y tenía buenas amigas y ayudaba a cuidar de los niños más pequeños. Se le daban bien las matemáticas y aprendió ciencias y química. Aprendió ruso y aprendió cosas sobre la Revolución rusa y había imágenes del camarada Lenin y de Marx y de Engels en el vestíbulo principal y un gran cuadro de los soldados rusos liberando Berlín junto a la entrada. Había una imagen del camarada Stalin en el salón, y allí estuvo hasta que ella tuvo trece años, y después pusieron otra del camarada Jrushchov. Los fines de semana salía en bicicleta con dos chicas de su edad llamadas Irene y Anna, y pertenecían a la organización de las Jóvenes Pioneras que luchaba para construir el socialismo en Alemania.

A veces iba a Berlín a reuniones del partido y todavía estaba todo destruido por los bombardeos y había solares grandes y vacíos en todas las calles, donde antes se alzaban edificios. Todas las construcciones antiguas tenían orificios de bala en las piedras. En las calles en las que había vivido había una nueva biblioteca y una universidad que estaban construyendo justo donde antes estaba su edificio. No pensaba en su madre ni en cómo eran las cosas cuando era pequeña. Había olvidado muchas cosas porque era joven y muy



guapa, y le gustaba ser alemana y estar construyendo el socialismo, que quería decir que todo el dinero se compartía y que no había pobres ni ricos y que todos tenían una vivienda bonita y un trabajo y que los niños iban a buenos colegios y los cuidaban bien.



Ingrid nos contó todo eso mientras estábamos sentadas junto al fuego y nevaba y nosotras la escuchábamos, pero Peppa empezó a bostezar y se le cerraban los ojos, y entonces Ingrid dijo: «Mañana os contaré más cosas».

Yo quería saber más cosas sobre ella, saber por qué ahora vivía en el bosque. Ingrid había atravesado toda Europa y había visto cómo violaban a su madre, a la que seguramente habían matado, y a pesar de eso era agradable y cuidaba de nosotras.

# 11

## Comida

Por la mañana hacía mucho frío y Peppa y yo nos quedamos en la cama, acurrucadas y charlando. Ingrid avivó el fuego y nos trajo gachas con mermelada en sus cuencos de corteza de abedul.

—Pronto tendremos que ir al pueblo a buscar comida —dijo—. Y yo recojo las cartas de la oficina de correos.

Sabía que tendríamos que ir tarde o temprano, pero me preocupaba que, si íbamos juntas, la gente se fijara y llamara a la policía. Pero por otra parte quería saber qué noticias tenía la policía sobre nosotras, y si mamá seguía en rehabilitación. Así que lo hablamos y decidimos que si Peppa y yo nos vestíamos como niños, y si nos separábamos al llegar al pueblo para no estar juntas, y volvíamos a encontrarnos después, cuando hubiéramos hecho las compras, pasaríamos más desapercibidas.

—A mí en el pueblo me conoce todo el mundo. Fui médico allí hace un tiempo. Todos creen que estoy loca. La gente me ignora porque soy vieja y estoy loca. Además, tengo dinero en una cuenta y puedo sacarlo y podemos comprar comida buena y a mí también me gustaría comprar unos prismáticos para ti, Sal, y un buen cuchillo para Peppa.

Las dos dijimos que sí. Estábamos a tres kilómetros de la carretera, y desde allí a algo más de seis kilómetros del pueblo. Había una parada de autobús junto al aparcamiento cubierto y el Little Chef, en el punto en el que el camino y la carretera se unían. Nos llevamos las dos mochilas para cargar la comida, e Ingrid se puso un sombrero grande, ancho, hecho de algodón encerado, que parecía de vaquero. A Peppa le recogimos todo el pelo por dentro de su gorro de conejo, y yo me encasqueté mi gorra de lana, y es que además yo siempre parezco un chico. Obligué a Peppa a ponerse la Helly Hansen por si llovía o nevaba.

Tardamos solo una hora, más o menos, en llegar a la carretera, después de bajar por el bosque, cruzar el río por unas piedras y volver a subir por la otra ladera hasta una cresta cubierta de árboles. Usábamos sobre todo caminos de

ciervos y senderos. Ingrid conocía el recorrido: desembocamos justo en la carretera, y era una carretera principal, y un poco más arriba ya estaba el aparcamiento y el Little Chef.

Esperamos hasta estar seguras de que no venía nadie por la carretera y entonces nos separamos y Peppa e Ingrid se colocaron en un extremo de la parada del autobús, y yo en el otro. No había nadie más esperando. Cuando llegó y nos montamos, seguimos separadas. La gente pensaría que Peppa era un niño que había salido con su abuelita loca, y yo era solo un chico que iba al pueblo. Éramos las únicas que iban en el autobús.

Nos bajamos en la parada anterior a la del centro del pueblo, y yo me quedé esperando en la parada mientras Ingrid y Peppa caminaban por la orilla del río y cruzaban el puente que llevaba a la calle principal. Habíamos pactado que nos encontraríamos en ese puente al cabo de dos horas. Esperé un poco más, y empecé a caminar buscando cámaras de seguridad en las farolas, pero no vi ninguna. Me fui directamente a la biblioteca, y el hombre mayor que había hablado conmigo la otra vez no estaba, y nadie se fijó en mí cuando pagué por una hora de conexión a internet.

En las noticias todavía se hablaba de nuestra búsqueda y se decía que seguía la investigación, pero ya no había tanto interés. Hacía unos días se habían publicado unos titulares que decían: «El cadáver del lago NO está relacionado con las niñas desaparecidas, asegura la policía», en relación con una mujer que había sido encontrada sin vida en un lago de Lanarkshire, y que no era Peppa ni era yo. También había declaraciones de personas que decían habernos visto. En una noticia se decía que nos habían reconocido en Londres, y en otra aparecía la imagen borrosa de una cámara de seguridad de Manchester, y se decía que nos habían visto allí, lo que estaba muy bien. Busqué muchos nombres, entre ellos el de Robert, y en una página decían que tenía varias condenas por delitos sexuales contra una niña de cuando él tenía veintitrés años, y que estaba en el Registro de Delincuentes Sexuales. También había una noticia sobre una investigación abierta a los servicios sociales, a los que se criticaba por no saber nada de nosotras o no haberse puesto nunca en contacto con nosotras. Yo sabía por qué: porque nosotras nunca habíamos dicho nada, nunca habíamos contado nada, y mamá había tenido suerte de que no la pillaran cuando bebía y no se ocupaba de nosotras. Y además yo cuidaba de Peppa y de ella.

En la página web de la policía escocesa había un informe completo sobre

nuestra desaparición, y una foto más reciente con descripciones, y las imágenes que habían tomado las cámaras de seguridad de Glasgow, pero poco más.

En Twitter, en cambio, seguía habiendo muchas cosas. Las mismas personas, Ian Leckie y Mhari, seguían publicando comentarios, y luego encontré a @AlisonatTheClub, que decía: «He hablado con Claire, le va bien en rehabilitación».

Y ahí estaban los de mamá de los últimos diez días. El corazón empezó a latirme con fuerza, muy deprisa, cuando me puse a leerlos. Ni siquiera sabía que tuviera Twitter. En uno decía: «Sigo rezando por mis niñas. Sal y Peppa, por favor, poneos en contacto conmigo. Os quiero a las dos». Y en otro había escrito: «Tres semanas sin beber. Paso a paso. Día a día. No me lo creo. ¡Enfrentarme a todo esto sin analgésicos!». Y mucha gente que la felicitaba, entre ellos Ian Leckie, que decía: «Si actúas bien, te pasarán cosas buenas, Claire. Tú sigue así. Cumple con el programa».

En un tuit del día anterior, mamá decía: «Me salto todas las reglas con esto, pero es que quiero que sepan que estoy aquí y las quiero. 24 días de abstinencia. Que Dios proteja a mis niñas». Entonces, mientras estaba leyendo sus mensajes, entró uno. Lo estaba publicando en ese mismo momento. Y decía: «Pronto cuatro semanas sin beber. Es un milagro. Ahora necesito otro. Que Dios me devuelva a mis niñas».

Salí de la biblioteca y me compré una empanada y una Coca-Cola en Greggs, y fui a sentarme en un banco con vistas al río. De pronto llegó Peppa y se sentó a mi lado. Y me dijo:

–Dame dinero. Quiero comprarle un regalo a Ingrid.

–Peppa, se supone que no debes estar conmigo –dije yo–. ¿Y si nos pillan juntas en una cámara de seguridad?

–Pues dame dinero.

–No robes nada. Si te pillan, sabrán quién eres. Venga, deja de hablar conmigo.

Le di veinte libras y ella se alejó corriendo. Miré a los dos lados de la calle principal y no vi ninguna cámara de seguridad, pero en las tiendas seguramente las tendrían. No había mucha gente en los sitios, pero en la calle sí se veían coches y autobuses, y hacía frío, y había nieve medio derretida en las aceras.

Me sentía bien, aunque algo asustada por si me veían con Peppa. Mamá

había dejado de beber, según parecía, y la cuidaban en el centro de rehabilitación y la policía no tenía ni idea de dónde estábamos.

Detrás de la calle principal había un aparcamiento bastante grande, y un Tesco, y entré y llené la mochila de la comida que necesitábamos. Compré harina y arroz y pasta y sal, y una lata grande de leche en polvo y avena para las gachas y mantequilla y aceite para cocinar. Ingrid había dicho que necesitábamos más jabón y champú, así que compré más, y también compré una cuerda, y filetes para la cena, y compré manzanas, y unas patatas grandes especiales para asar. Y un montón de queso, y latas de alubias. Ingrid iba a comprar pastel y azúcar, y todavía nos quedaban muchas bolsitas de té.

Después de meterlo todo en la mochila, volví al puente y me fijé en la calle principal y vi que Ingrid salía de la oficina de correos y cruzaba la calle en dirección a una tienda. Pero a Peppa no la veía. Seguí observando y vi que Ingrid salía de una tienda y entraba en la cooperativa.

Nos encontramos las tres un poco más tarde. Yo estaba de pie en el puente y vi que Ingrid y Peppa venían caminando hacia mí. Entonces, un señor mayor que paseaba a un perrito se detuvo y empezó a hablar con Ingrid. Ella dejó de andar y sonreía y hablaba con él como si nada. Peppa siguió caminando sin hacer caso de Ingrid. Llevaba dos bolsas de plástico y se estaba bebiendo una lata de Irn-Bru.

Me adelanté y llegué a la parada de autobús, sin dejar de mirar atrás, y vi que Peppa me seguía. Algo más atrás, Ingrid se acercaba por el otro lado de la carretera. Supongo que todo parecía normal y no daba la sensación de que fuéramos juntas, pero nunca se sabe qué nota la gente, qué cree que debe contar a la policía.

En la parada hicimos ver que no nos conocíamos, y había un señor mayor con su mujer, y ellos también esperaban el autobús. Peppa no dejaba de mirarme, me miraba a los ojos y en un momento me sonrió, y yo negaba con la cabeza y me volvía para ver si aquel matrimonio nos había visto, pero no. Ingrid seguía de pie en un extremo de la parada, muy tiesa, mirando la carretera, sin hacer caso de nadie. Llevaba puesta la mochila de Peppa, cargada con todo lo que había comprado.

Cuando volvimos a juntarnos las tres en el camino que llevaba al bosque de Ingrid ya empezaba a oscurecer, y hacía mucho frío. Ingrid dijo:

–Me he encontrado a un paciente de hace mucho tiempo y me ha preguntado cómo estaba y dónde vivía. Le he contado que vivo en Londres y que estaba

aquí de vacaciones. No le he dicho nada de nosotras, ni de que vivimos aquí. Me ha sorprendido bastante que aún estuviera vivo porque era diabético.

Y nos sonrió, y parecía contenta.

Yo dije:

–He sabido algo de mamá. Está sobria, ha dejado de beber en rehabilitación. Todavía sigue ahí y no deja de pedir a Dios que nos mantenga sanas y salvas.

–Si está mejor, podríamos ir a buscarla –dijo Peppa.

Estábamos subiendo por una pendiente bastante pronunciada donde la nieve no había sido pisada por humanos ni animales y se mantenía crujiente. En algunos puntos el bosque era tan denso que los árboles formaban como una pared maciza, pero Ingrid sabía cómo colarse por los pequeños espacios, y llegamos a lo alto y empezamos a bajar por el valle en el que estaba el río. Los árboles, allí, estaban más separados y eran más grandes, y el valle serpenteaba por una extensa pendiente hacia el río, y había plantas pequeñas, de hoja perenne, entre los árboles, y junto a uno de ellos había un montículo grande de tierra húmeda al lado de un agujero y de una pila de hierba seca. Me detuve y dije:

–Mirad. Tejones.

Ingrid dijo que debíamos volver algún día a echarles un vistazo, sentarnos con el viento en contra y verlos salir de la madriguera a comer y a jugar.

–Les encanta jugar y corretear. Van creando unos caminos muy buenos de seguir.

Decidí que sí, que volveríamos y los observaríamos. Los tejones no hibernan como los erizos. Salen a buscar comida, a desenterrar gusanos y larvas siempre que el terreno no esté demasiado congelado.

La pendiente hasta el refugio de Ingrid era pronunciada, y lo parecía más aún porque cargábamos con la compra. Ingrid y yo teníamos que parar a recobrar el aliento, pero Peppa subió el último tramo corriendo, y siguió corriendo por el campamento, más allá de los árboles.

Avivamos el fuego y entonces Ingrid encendió sus velas y preparó los filetes sobre una parrilla, directamente sobre el fuego, y nos los comimos con alubias y luego tomamos té con pastel. Después Peppa dijo: «Ingrid, te he comprado un regalo». Y sacó tres pañuelos de seda de una bolsa de plástico, e Ingrid se quedó ahí sentada con la boca abierta, y entonces abrazó a Peppa con mucha fuerza y se puso los pañuelos. Y Peppa dijo: «Los he comprado de segunda

mano», y me dio a mí lo que le había sobrado de las veinte libras. Y me enseñó un libro y me dijo: «También me he comprado un libro nuevo, y una luz de lectura pequeñita que se engancha a la página para poder leer en la cama, dentro del refugio».

–Yo también tengo regalos para vosotras, niñas –dijo Ingrid.

A mí me había comprado un monocular, que es como un telescopio pequeño que se usa para ver animales y cosas a bastante distancia. Era fantástico, y tenía un aumento de  $10 \times 40$ , y venía metido en un estuche de lona con una tira para atar a la muñeca. Ingrid dijo:

–Va mejor que los prismáticos, y además no sabía si tenías una visión perfecta de 20/20, así que me he decidido por un monocular. Es alemán, y los alemanes fabrican los mejores materiales ópticos. Muy bueno para cazar y observar aves.

Sin darme cuenta, empecé a llorar. Fue algo que brotó de repente, que no me pasaba desde los ocho años. No sabía por qué lloraba, y Peppa dijo: «Sal...». No sollozaba, no agitaba los hombros, no emitía ningún ruido, eran solo las lágrimas, que me salían de los ojos, y notaba un nudo inmenso y duro en el pecho. Ingrid me pasó el brazo por los hombros y Peppa me agarró la mano. Creo que era por lo del regalo. No recordaba la última vez que me habían regalado algo. Y era un regalo tan genial, no eran bombones, ni perfume ni maquillaje ni tonterías de esas. Era un monocular, que es de las mejores cosas que te pueden regalar si eres como yo.

A continuación Ingrid le regaló a Peppa una navaja. Era una navaja magnífica de supervivencia, con el filo de sierra y una funda autoafiladora, como la que usaba Bear Grylls. Peppa no lloró. Se puso de pie de un salto y gritó: «¡Sí!», y se puso a correr blandiéndola y haciendo como que apuñalaba cosas, y yo le grité que tuviera cuidado. Seguramente es lo bastante mayor para tener una navaja, y le gustaría cortar leña y tallar cosas, siempre y cuando no se corte los dedos con ella.

Las dos le dimos las gracias a Ingrid y ella dijo:

–Estáis trayendo mucha alegría a mi vida, Sal y Peppa.

Después Peppa se fue a la cama a intentar terminar Secuestrado para poder empezar su nuevo libro, que iba sobre un niño al que se le muere la madre. Ingrid dijo: «Ayúdame, Sal», y nos acercamos a su refugio y echamos al fuego un tronco grande de abedul. Ingrid sacó su cuchillo y dijo: «Ahora te enseñaré qué hacer con la corteza del abedul».

Le hizo un corte alrededor y peló la corteza, que se despegó del tronco, y era amarilla por debajo, y brillaba y desprendía un olor dulzón. Entonces puso una lata pequeña con resina de pino sobre el fuego para calentarla. Cuando consiguió que la corteza tuviera el tamaño de un folio de papel, le hizo cuatro cortes en las esquinas, de unos seis centímetros de largo, que iban en diagonal hacia el centro. Después dobló los bordes los unos sobre los otros, y presionó un poco con las manos y fue cerrando la corteza sobre sí misma hasta conseguir un recipiente de bordes cuadrados. Y dijo: «Es plateado por dentro, ¿ves? Para que sea impermeable. La corteza de abedul tiene mucha grasa».

Calentó el cuchillo en la hoguera y empezó a extender resina sobre las juntas, para que se aguantaran. Y dijo: «También se puede hacer cosiéndo las, pero con el frío se endurece y ya aguanta bien así».

Dejó el cuenco en el suelo, lejos del fuego. Tenía un fondo plano, bien hecho, y los bordes y la parte superior eran muy lisos. Se veía muy bonito, y al cabo de unos minutos Ingrid le echó agua de una botella de plástico que tenía. Y no se escapó ni una gota.

Me lo dio y me dijo: «Bebe».

Tenía las manos grandes, huesudas, y las uñas largas, pintadas de rojo. La piel estaba arrugada, como un papel de plata que se ha apretado mucho y luego se intenta alisar, pero también era suave como el terciopelo.

—¿Te caían bien los novios de tu madre? —le pregunté.

—No —dijo ella—. Pero algunos me traían comida, y pasábamos mucha hambre. Mi madre sufrió mucho durante la guerra. No es fácil ser madre.

—¿Tú has sido madre?

—No. Quise ser madre, pero no era fácil. En la RDA, después de la guerra, no había tratamientos de fertilidad.

Ingrid me contó que había ido a la universidad en Berlín Oriental, que forma parte de la RDA, o de la DDR, como la llamaban allí. Empezó a estudiar química, pero después continuó su formación para convertirse en médico, porque en la RDA había más oportunidades para que las mujeres fueran doctoras que antes de la guerra, en la Alemania nazi.

En la universidad conoció a un soldado joven llamado Max del que se enamoró. Él estudiaba electrónica y era alto y rubio y tenía los ojos azules, muy grandes, y unas manos fuertes. Los dos pertenecían al SED, que era el partido que gobernaba el país, y gracias a eso podían obtener trabajos, y pisos y casas. El gobierno construyó un muro alrededor de su zona de Berlín para



que la gente no siguiera saliendo y se fuera a vivir a la Alemania Occidental y al resto de Europa, que estaban controladas por Estados Unidos, los enemigos del socialismo y del pueblo alemán. Max participaba en patrullas por el muro para impedir que la gente huyera. La gente que quería escapar creía que la vida sería mejor en el sector estadounidense, donde la gente tenía más dinero, pero había más pobres, más desempleo y drogas.

A Ingrid no le preocupaba que la gente huyera porque ella estaba contenta estudiando medicina, y había empezado a investigar enfermedades para descubrir cómo las contraía la gente, y aprendió mucho sobre el sistema inmunitario del cuerpo humano, o sea, los glóbulos blancos que tenemos y que combaten las infecciones y los virus.

Era tan lista que descubrió cosas sobre el sistema inmunitario y ayudó a fabricar medicamentos para luchar contra enfermedades, y medicamentos para conseguir que el sistema inmunitario funcionara mejor. Empezó a trabajar en un centro de investigación médica, y Max consiguió un ascenso en el ejército y se ocupaba de unos aparatos electrónicos de escucha que tenían para intentar oír lo que hacían los estadounidenses en Alemania Occidental, donde tenían soldados listos para iniciar otra guerra contra Alemania.

Ingrid dijo que durante un tiempo estuvo contenta, casada con Max, con el que vivía en un piso de Berlín. Querían tener hijos, pero ella no se quedaba embarazada por más que practicasen sexo. Tenían amigos con los que se llevaban bien, y salían, pero no era fácil conseguir todas las cosas que sí se podían conseguir en Alemania Occidental, como televisores y aspiradoras y coches bonitos. Aun así a ella le parecía que contribuía a hacer de Alemania un sitio mejor, a tener un país en el que todo el mundo lo compartiera todo y en el que unos cuidaran de los otros.

A Max no le gustaba no tener hijos, pero Ingrid no se quedaba embarazada y pronto él empezó a engañarla con otra mujer. Además, bebía mucho alcohol, casi siempre vodka que llegaba de Rusia. A veces se desplazaba hasta Rusia, o hasta otras zonas de Alemania, durante semanas, y entonces Ingrid se quedaba sola en el piso y lo único que hacía era trabajar todos los días e investigar.

Cambió de trabajo y empezó a trabajar en el Centro Médico del Pueblo, donde trataban a trabajadores y a personas normales que tenían alguna enfermedad. Allí vio a muchas personas con dolencias que habrían sido fáciles de curar si hubieran tenido medicamentos, y las cosas que hacían falta,

pero ellos no las tenían. A menudo debía quejarse a miembros del partido y a médicos mayores que ella, denunciar que no tenían las cosas que hacían falta para mejorar las condiciones de los trabajadores, que los hospitales estaban viejos y las salas estaban sucias, y las ventanas, rotas.

Como Max pasaba mucho tiempo fuera y cuando estaba en casa se emborrachaba, discutían, y ella empezó a deprimirse. Y conocía a personas que le contaban que en occidente las cosas eran muy distintas, y oía música pop en la radio del Berlín Occidental, y allí todo el mundo parecía estar pasándose bien.

Entonces Max le contó que había dejado embarazada a otra mujer y que iba a abandonarla y a vivir con la otra mujer y a tener hijos, y ella se deprimió mucho, y a veces incluso pensaba en suicidarse.

La policía de la RDA se llamaba Stasi, y vigilaban a todos los que consideraban sospechosos de estar espionando en nombre de Estados Unidos, porque creían que querían destruir el socialismo, y también vigilaban a cualquiera que protestara o criticara al gobierno o a los dirigentes, y a veces a esas personas que se quejaban o protestaban las detenían y las metían en la cárcel. El país no era una democracia como Gran Bretaña, donde puedes decir que el primer ministro es un capullo y que odias a los conservadores y no te pasa nada. En la RDA había que decir y hacer lo que el gobierno quería y no quejarse del país y de todas las cosas que estaban mal. Y nadie se podía ir a menos que estuviera con miembros de la Stasi, que les impedían hablar con personas que no eran de su agrado y les impedía escapar e ir a vivir a otra parte de Alemania o a Estados Unidos.

Un día, unos miembros de la Stasi entraron en el piso de Ingrid y le dijeron que habían detenido a Max porque era un espía estadounidense, que llevaba un tiempo enviando secretos sobre la RDA a los estadounidenses de Berlín Occidental. Ingrid no se lo creyó y le preguntaron muchas cosas sobre Max y ella les contó que bebía y que tenía a otra mujer, y le preguntaron si creía que conocía a alguien más que pudiera ser espía estadounidense, y ella dijo que no. Y ellos le dijeron: «Si nos lo dices, si nos lo cuentas, te conseguiremos un piso mejor e incluso un coche».

Durante esa época, Ingrid aprendió inglés para poder leer manuales y publicaciones médicas sobre inmunología, y como era miembro del partido pudo salir de la RDA y viajó a Londres para asistir a una conferencia en la que médicos de todo el mundo se reunían para compartir sus ideas sobre el

sistema inmunitario. Los médicos de la RDA asistieron al encuentro, que se celebró en una casa muy grande situada en el centro de Londres. Les habían dicho que tendrían ocasión de ver el sistema capitalista, y que había crimen y delincuencia y pobreza por todas partes, y que todos los trabajadores sufrían porque no se les permitía tener un país socialista como la RDA. Pero cuando Ingrid llegó a Londres, le encantó. Había luces y teatros y autobuses rojos y montones de gente, y tiendas caras con ropa preciosa. Oyó música pop y vio a hippies de pelo largo y ropa rara, y le pareció que en Londres todo estaba lleno de color y era emocionante. Tenían que ir con agentes de la Stasi constantemente, que impedían que escaparan, y tenían que enseñarles todo lo que pensaban llevarse a la RDA por si eran cosas ilegales, o discos de pop o ropa cara. Pero ella no tenía dinero para gastar en Londres, simplemente le gustaba el colorido, y le gustaban los hippies y la música que oía. Según ella, la gente parecía feliz, y por lo que se veía, era libre.

Cuando regresó la Stasi le preguntó con quién había hablado y qué le habían dicho, y le pidieron que dijera si otros médicos habían hablado con alguien y habían intentado comprar ropa cara, o piezas de oro, o discos. Ella dijo que no.

Siguió viviendo en la RDA otros diez años, hasta que cumplió treinta y nueve. Trabajaba en el Centro Médico del Pueblo, y se dedicaba a investigar sobre el sistema inmunitario y vivía en un piso pequeño. Le contaron que a Max lo habían ejecutado por ser espía, y que a otros conocidos suyos los habían detenido, entre ellos las dos chicas con las que muchas veces iba en bicicleta, Anna e Irene. Anna trabajaba en la emisora de radio gubernamental, e Irene en una gran planta eléctrica en el campo, y se las habían llevado y las habían metido en la cárcel por ser espías. A algunas personas de la universidad también las detenían, y unos agentes de la Stasi empezaron a seguir a Ingrid cuando volvía de la universidad. Ella pensaba siempre en la posibilidad de escapar y llegar a Londres. Su sueño era vivir en Londres y ser libre y que no la detuvieran por no hacer nada malo.

A veces caminaba por Berlín Este de noche y pasaba junto a partes del muro y miraba más allá y veía apartamentos y grúas y edificios al otro lado. En medio había muchas alambradas, y ametralladoras para disparar a la gente que intentara escapar. Aun así, nunca pensaba en cuando era pequeña, ni en las cosas que le habían pasado a su madre. Pero en su interior estaba triste, y enfadada, y se deprimía mucho. Escuchaba la BBC por las noches, aunque era

ilegal, y descubriría muchas cosas que pasaban en Gran Bretaña, como que los trabajadores iban a la huelga, y que empezaba a sonar la música punk rock. En la RDA no podía confiar en nadie porque la gente delataba a sus amigos para conseguir mejores pisos y coches. La Stasi todavía la visitaba, pero ella no pensaba delatar a nadie, y siempre decía que no sabía nada. Pero ellos la seguían, y cuando recibía cartas o paquetes desde Estados Unidos o Gran Bretaña con cosas relacionadas con la inmunología, siempre llegaban abiertos y revisados por agentes de la Stasi.

Escribió un artículo académico sobre inmunología y sobre la forma en que los glóbulos de la sangre identifican los elementos nocivos que deben matar, cosa que había descubierto usando el microscopio y practicando muchos tests con ratas. El artículo llegó a ser bastante conocido, y la invitaron a Londres para participar en otra conferencia.

La Stasi y el Gobierno tardaron siglos en concederle el permiso, pero al final lo autorizaron, porque daba una buena imagen de la Alemania del Este en occidente, y querían mostrar al mundo lo avanzada que era su medicina. Iba acompañada de tres miembros de la Stasi que se hacían pasar por médicos, y no se separaban de ella ni un momento.

En Londres, se alojaron en un hotel de Kensington, que era elegante y muy caro, y los hombres de la Stasi estaban entusiasmados y se emborrachaban en el bar, y obligaban a Ingrid a sentarse con ellos mientras bebían y se reían. A ellos también los vigilaban unos espías británicos, e Ingrid intuía que uno de los camareros era espía porque no sabía servir la cerveza, y no dejaba de mirarla fijamente.

Iba a desertar. Eso significa que pensaba acercarse a un policía y decirle que no quería volver a la RDA y que quería quedarse en Londres. A los de la Stasi les explicó que tenía la regla y que no se encontraba bien, y como ellos estaban borrachos y no se querían ir del bar, la dejaron volver sola a su habitación. Pero ella no regresó a su habitación. Atravesó todo el hotel y encontró una puerta trasera que daba a un patio, y a un callejón, y después salió a una calle más grande con tiendas y mucho tráfico. Era casi medianoche, y caminó y caminó para asegurarse de que no la seguían, y entonces entró en una comisaría de policía y dijo: «Soy una doctora de la Alemania del Este y quiero desertar». No tenía pasaporte, porque se lo retenían los agentes de la Stasi, pero sí conservaba algunas cartas sobre la conferencia, y tenía su carnet del Partido Socialista Unificado, y se lo mostró todo a la policía, y la tuvieron

esperando dos horas en una sala mientras hacían muchas llamadas telefónicas. Entonces llegaron dos hombres con traje y se la llevaron a un gran edificio de oficinas de Londres, y se sentaron con ella y le ofrecieron café y cigarrillos, y esperaron hasta la mañana siguiente.

Me fui a la cama después de que Ingrid terminara de hablar y me dijera que al día siguiente me contaría más, pero que ahora estaba cansada y además quería ir a Magna Bra por la mañana para hablar con la Diosa. Y yo le dije que muy bien.

Me metí en la cama y Peppa todavía estaba despierta, leyendo Secuestrado con su lucecita enganchada al libro y le pregunté:

—¿Es bueno?

—Bueno, muchas cosas no las entiendo porque es anticuado, pero hay un naufragio y entonces Davy sale a flote y se queda atrapado en una isla y no puede llegar a tierra firme porque no sabe nada de las mareas y cree que el mar tendrá siempre el mismo nivel. Pero después se da cuenta y escapa y se va en busca de Alan. Le falta un botón en el abrigo, y por eso todo el mundo sabe que es el amigo de Alan porque hay soldados que quieren pillar a Alan. No sé seguro por qué. Y entonces hay un hombre malo que se llama el Zorro Rojo, y lo matan de un disparo cuando está hablando con Davy, y les robaba dinero a los de las Tierras Altas, en Appin, donde Alan es jefe de un clan. Davy sale corriendo para ver quién le ha disparado y Alan lo empuja contra un arbusto. Alan los estaba vigilando a él y a Zorro Rojo desde una colina... Ah, y Alan había dicho que pensaba matar a Zorro Rojo, o sea que Davy cree que lo ha matado él, pero Alan le dice que no, y entonces unos soldados los persiguen por un páramo con brezo, y tienen que dormir al raso. Ah, y se quedan atrapados en una roca, en un valle, y no pueden salir de allí porque si salen los soldados los descubrirán, y solo tienen coñac, y necesitan agua, y hace mucho calor. ¿Hace calor en las Tierras Altas?

—Sí, en verano —dije yo—. Pero casi siempre llueve.

—Bueno, pues se quedan atrapados en esa roca, rodeados de soldados, y tienen que quedarse ahí todo el día, achicharrándose al sol, y después bajan y vuelven a huir y se esconden, y solo tienen gachas secas para comer. Y ahora los acaban de capturar otra vez, esta vez el hombre de otro clan que se llama Cluny Macpherson, y les hace jugar a cartas y gana y se lleva todo el dinero de Davy. Es bueno. Es como nosotros. Huye, y se oculta y sobrevive.

Yo estaba cansada, y Peppa apagó la luz y se quedó dormida. Estuve un rato

pensando. Pensaba en la vida de Ingrid, pero sobre todo en su madre. Seguramente la habría matado un ruso, y ella no pensaba mucho en ello. ¿La quería? Todo aquello me hizo pensar en mamá y en todas las cosas que yo hacía para cuidar de ella. Ya desde que era muy pequeña siempre me preocupaba de que estuviera bien, de que tuviera sus latas y sus botellas, y limpiaba y recogía y me aseguraba de que nadie se enterara de que bebía, de que estaba durmiendo. A la gente le contaba que trabajaba en el turno de noche y que tenía que dormir de día. También tenía que vigilarla por si vomitaba y estaba dormida boca arriba porque se podía ahogar y morir. Y tenía que cuidar de Peppa porque cuando Peppa era muy pequeña se subía a la cama de mamá y dormía con ella, y a mí me daba miedo que ella se diera la vuelta y la aplastara y la asfixiara, porque es algo que puede pasar, aunque no es tan frecuente como se suele creer.

Mamá no hacía nada cuando Robert le pegaba. Ni cuando nos pegaba a nosotras. Solo lloraba sin hacer ruido y decía: «Robert, no». Una vez me levanté cuando estaban en plena pelea y Robert la tenía agarrada por el pelo y la arrastraba por la sala y se reía. Yo me lancé a su espalda para que parara, pero él me dio un golpe en la cara y me salió sangre de los labios. Y mamá solo repetía: «Robert, no», sin parar. Pero era porque bebía mucho, y cuando bebes aceptas lo inaceptable. Ahora que ya no bebía se daría cuenta de que aquello estaba mal.

Mamá empeoró desde que llegó Robert. A él le gustaba beber y siempre traía sidra y vodka y latas. Si ella intentaba no tomar alcohol, beberse solo una Coca-Cola, él le decía: «No seas tan gilipollas, Claire, joder». Y una vez la obligó a beber de una botella de vodka cuando ella le dijo que no pensaba beber alcohol porque era el cumpleaños de Peppa y quería estar sobria cuando llegara a casa del colegio. Pero cuando volvimos estaba borracha y no paraba de decir: «Lo siento, niña, Robert me ha obligado a beber. Me ha obligado a beber vodka. ¡Me ha obligado!». Y Robert se reía, y decía: «Sí, es verdad, la he obligado», y ella también se reía.

Esa noche le preparé a Peppa hamburguesas de verdad, con carne picada, mientras Robert y mamá estaban durmiendo la mona, y usé panecillos blandos con semillas, como los de las hamburguesas de verdad, y salsa de hamburguesa, con ketchup y mayonesa, y ella dijo: «Igual que en McDonald's». Después le conté cosas de las Nachthexen, porque acababa de leer sobre ellas en la Wikipedia, y a Peppa le encantaron, y me preguntó qué

significaba aquella palabra y yo le dije que Nacht significaba «noche» en alemán, y que Hexen significaba «brujas», y ella dijo: «Nachthexen», buena palabra».

## 12

### Magna Bra

Al día siguiente nos levantamos temprano, echamos mucha leña al fuego y nos preparamos gachas y té, y después Ingrid dijo que quería ir a Magna Bra. Llevaba puesto un gran sombrero morado y tenía un bastón largo, y todas aquellas cintas y pañuelos en el pelo, y un montón de maquillaje. Peppa dijo que parecía un mago, y a mí me pareció que tenía más aspecto de bruja que antes. Y ella dijo:

–Voy a hablar con la Diosa.

La acompañamos, y yo me llevé el monocular y la escopeta de aire comprimido por si veía algún pájaro o algún conejo. Había que subir bastante por el bosque, y había nieve nueva en el páramo. Pasamos por una zona de pinos escoceses grandes, cubiertos de nieve, y salió el sol, y todo resplandecía y estaba muy blanco, como en las películas de Navidad. En otro tiempo, toda Escocia estaba cubierta de bosques de pinos escoceses, pero la gente los fue talando para calentarse y para construir casas. Los pinos escoceses crecen mucho y algunos, en los bosques, se retuercen y se doblan como ancianos para captar más luz. En primavera dan resina, que se usa como combustible. Ingrid la sacaba y la guardaba.

Mientras subíamos por el páramo, hacia la cima, Ingrid nos iba contando en qué creía.

–Creo que hay una Diosa Madre que controla toda la naturaleza y el mundo. De hecho la naturaleza entera es la Diosa Madre, y ella nutre y crea toda la vida. Puedes hablar con ella y puedes notar su calor en el sol y en la tierra en primavera. Notas su piel en la hierba suave y en el pelo de los animales y en las plumas de los pájaros. La saboreas en la comida que obtienes de la naturaleza y en el agua dulce de un arroyo. La hueles en el bosque de pinos y en las hojas muertas y en la madreselva y en las hojas de roble cuando llueve. Oyes su voz en el canto de los pájaros y en el viento entre los árboles, en la nieve que cruje bajo las botas y en el ulular del búho. Y la ves en las colinas onduladas y en el páramo y en...



Se detuvo y se volvió y nos sonrió y levantó el dedo índice.

–Y en tu cara, Peppa, y en la tuya, Sal. Y en mi cara, y en las caras de todas las mujeres.

Se puso en marcha de nuevo, apoyándose en el bastón, y dijo:

–Yo voy a notarla en las piedras y le pido bendición y le pido que me lleve al perdón por todas las cosas que he hecho mal en mi vida.

Peppa dijo:

–¿Cómo se llama?

–No tiene nombre. Es innombrable. E incognoscible. Pero se puede notar.

Peppa dijo:

–Pues deberíamos ponerle un nombre.

Yo estaba escuchando. Y entonces detuve a Ingrid y dije:

–¿Y perdonará a mi madre?

–Sí, claro –dijo Ingrid–. Ella es perdón porque nunca ha condenado. Nosotras nos condenamos a nosotras mismas, Sal. Ella no juzga a nadie.

–Pero has dicho que ella perdonaría como Dios. Y mi madre tiene que ser perdonada por no ser una buena madre.

–¿Tú la perdonas? –dijo Ingrid.

Lo pensé un poco y dije:

–No si vuelve a beber. La perdono por tener una enfermedad.

Ingrid miró a Peppa, que se había adelantado un poco y agitaba los brazos y cantaba.

–¿Peppa la perdona?

–A Peppa no le ha hecho nada, y yo estaba ahí para cuidar de Peppa, así que no tiene por qué perdonarle nada. Y Peppa la quiere. Me ha pedido que vayamos a buscarla y la traigamos al bosque.

Ingrid se sentó sobre una piedra y me miró.

–La Diosa hará que tu madre entienda que tiene que perdonarse a sí misma, y tú también tienes que perdonarte a ti misma.

–¿Por qué? –dije yo–. Yo no he hecho nada malo. Maté al novio de mi madre, que se llamaba Robert, pero eso no estuvo mal. Pegaba a mi madre, y nos pegaba a Peppa y a mí. Y desde que cumplí diez años me obligaba a chuparle la polla cada vez que le apetecía. Y me decía que iba a empezar a hacerle lo mismo a Peppa. Así que le clavé un cuchillo en el cuello. Tres veces. Y nos escapamos y nos escondimos. Y yo lo planeé de manera que no pudieran echarle la culpa a mamá.

Ingrid me abrazó y me atrajo con fuerza hacia su cuerpo y yo creí que me iba a poner a llorar otra vez. Y entonces ella dijo:

–Tú no hiciste nada malo. Y la Diosa te dará fuerza y amor.

Peppa nos gritaba desde lo alto de una cresta, y nos saludaba, y después bajó corriendo hasta donde estábamos, sonriendo.

–¡Llamémosla Cheryl! –dijo.

Ingrid se quedó un rato pensando y al final dijo que sí.

Todo estaba sereno y resplandeciente allí arriba, en las piedras grandes, y no soplaban el viento. El aire frío era suave y pesaba sobre ellas, y la nieve brillaba como piedras preciosas. Ingrid se plantó en el centro y levantó las manos y empezó a susurrar palabras en alemán. Yo me paseaba entre aquellas piedras e intentaba sentir algo, pero lo único que sentía era el frío intenso en los pulmones cada vez que inspiraba. Después noté como unos calambres en la barriga y un dolor que era como un hormigueo que iba bajando. Se me estaban mojando las bragas. Me bajé los pantalones y miré y vi sangre. Me quedé ahí bastante rato sintiéndola, y notando el calor y el goteo. No llevaba compresas.

Peppa vino corriendo y me dijo:

–¿Estás bien, Sal?

–Tengo la regla –dije yo.

Y Peppa dijo, gritando mucho:

–¡Guau! ¡Ingrid! ¡Sal tiene la regla!

Y se puso a bailar sobre la nieve.

Ingrid se acercó corriendo y dijo:

–¡Sal! ¡Eso es maravilloso! ¡Es maravilloso! ¡Es la Diosa! ¡Eres una mujer!

Yo dije:

–Necesito una compresa. Me he manchado mucho, Ingrid...

La sangre empezaba a resbalarme por las piernas.

Ingrid se quitó el pañuelo de seda que había usado para el musgo esfagno y dijo:

–Usa esto.

Yo me lo metí por dentro de las bragas para que fuera empapando. Ingrid volvió a rodearme con sus brazos. Y dijo:

–Es mágico. Eres mágica, Sal.

Peppa volvió a acercarse corriendo y dijo: «Ahora ya puedes tener un bebé, Sal», y se metió corriendo entre las piedras.

Volvíamos a bajar y empecé a sentirme hinchada, y me encontraba mal y me

dolía la barriga. Ingrid caminaba abrazada a mí, y Peppa llevaba el bastón y la escopeta de aire comprimido.

Volvimos al campamento e Ingrid puso a hervir una gran olla con agua, y me lavé junto al fuego y saqué una compresa y me puse bragas limpias y pantalones de chándal y un chaleco y un jersey y el forro polar. Ingrid hundió tres patatas grandes entre las brasas para que se asaran. Yo quemé mis bragas ensangrentadas en el fuego y hundí los pantalones en la poza del arroyo para que se remojaran bien. Nos sentamos delante de la hoguera mientras se asaban las patatas y después nos las comimos con mantequilla y alubias y pan. Me notaba la barriga hinchada, y me tomé un ibuprofeno con codeína, y entonces Ingrid envolvió una piedra caliente en una toalla y yo me la coloqué sobre la barriga, y me alivió.

Junto al fuego, Ingrid sacó una manta y me envolvió con ella y yo me quedé ahí contemplando las llamas y viendo el resplandor de la leña, que se ponía casi blanca, y después amarilla, y de un rojo apagado, y después negra, y de lo naranja salían unas pequeñas llamas azules que recorrían los troncos. Yo notaba el calor en la cara, y la piedra me calentaba la barriga. Pensaba más despacio, no me venían aquellas ideas tan rápidas, y al aspirar respiraba el aire frío y el humo de las ramas.

Ingrid lavó todos los cacharros en el arroyo y después los amontonó frente al fuego para que se secaran, y Peppa sacó una manta y se envolvió con ella y se sentó sobre un tronco a leer con su luz. Anochecía cada vez más temprano, y se notaba que estábamos en noviembre.

Ingrid acercó un tronco y se sentó a mi lado y me pasó un brazo por encima del hombro, y yo me apoyé en el suyo y ella me abrazó. A mí normalmente no me gustaba nada que la gente me tocara, pero me gustaba que Ingrid me abrazara.

—¿Vamos a buscar a vuestra madre? —dijo Ingrid.

Peppa levantó la vista del libro y dijo:

—¿Podemos, Sal?

—¿Dónde está? —preguntó Ingrid.

—Está en un centro de rehabilitación para alcohólicos —dije yo—. La llevaron allí después de que nos escapáramos, para que no bebiera más. Está cerca de aquí. A unos cuarenta kilómetros.

—¿Podemos ir ahora? —dijo Peppa.

—Si quiere salir, puede —dijo Ingrid—. Son instalaciones voluntarias. ¿Y ella

sabe dónde estáis vosotras?

–No, cree que tal vez estamos muertas.

–Bien –dijo Ingrid–, si está pasando por un proceso de desintoxicación y una rehabilitación, por lo general duran unas cuatro semanas. Pero después tendrá que tener apoyo para asistir a reuniones de adictos, como las de Alcohólicos Anónimos o Narcóticos Anónimos, en las que cuentan con un programa de terapia de grupo que puede ser un tratamiento muy eficaz.

–Si ya no bebe –dije yo–, podría venir a vivir aquí con nosotras y podríamos cuidar de ella.

Peppa se levantó y empezó a bailar, entusiasmada.

–¡Podemos hacerle un refugio abovedado y enseñarle a despellejar conejos!

–¿Tú ves a mamá despellejando conejos, Peppa?

–¿Cómo vamos a poder ir a buscar a mamá sin que te pillen a ti, Sal? –dijo Peppa–. Si me descubren a mí, o a ti, nos separarán y nos apartarán de mamá...

Ingrid dijo:

–Podemos conseguir un coche. Ir en coche hasta ese sitio. Y vigilar. Podemos esperar hasta que la veamos. ¿Ella fuma?

–Sí –dije yo.

Ingrid prosiguió.

–Nosotras vigilamos. Esperamos hasta que salga a fumar. Todos salen fuera a fumar en esos sitios. Y cuando salga, yo hablo con ella y le pregunto si quiere venir con nosotras. Lo haré en secreto. Nadie lo sabrá. Entonces ella puede salir sin que la vean y venir a encontrarse con nosotras. Y podemos volver todas aquí.

–¿De dónde sacamos un coche? –pregunté yo.

–Yo robaré uno –dijo Ingrid–. Del aparcamiento de la carretera principal. Si es viejo, sé ponerlo en marcha.

Peppa dijo:

–¡Sí! ¡Por favor, Sal, hagámoslo!

Yo dije:

–Yo tengo un mapa del sitio donde está.

–Perfecto –dijo Ingrid.

–¿Y cómo se roba un coche?

–Hace falta un cable y un destornillador. Y un martillo para romper una ventana –dijo Ingrid–. Mi novio me enseñó a hacerlo en los ochenta.

–¿Tú tuviste novio? –preguntó Peppa–. ¿Era guapo?

–¿Puedes enseñarme a hacerlo? –dije yo.

Ingrid se echó a reír y aplaudió.

–¿Puedo contaros la última parte de mi historia?

Dijimos que sí. Y Peppa fue a buscarle una manta a Ingrid.



Después de desertar, la interrogaron durante muchas semanas. Y le facilitaron un apartamento en Londres, y tenía que contarles todo lo que supiera sobre la RDA y el Partido Socialista de la Alemania Oriental. Lo contó todo sobre sus trabajos de investigación y sobre la gente a la que conocía en Berlín y sobre la Stasi. Uno de los hombres que la entrevistaba le dijo: «Estás en peligro. A veces la Stasi ejecuta a los desertores en el extranjero para dar ejemplo. En el Reino Unido no ha ocurrido nunca, pero siempre hay una primera vez».

Ingrid vivía sola en su apartamento de Londres, y asistió a la facultad de medicina durante un año para aprender a ser médico del Sistema de Salud Pública Británico. Durante un tiempo los espías británicos la siguieron y tenían pinchado su teléfono pero al cabo de poco dejaron de investigarla. Creían que tal vez fuera una espía que fingía ser desertora. Pero llegaron a la conclusión de que no era así.

Pasaba todo el tiempo sola y no tardó en sentirse deprimida, y pensaba mucho en cuando era pequeña y en las cosas que habían pasado en su piso. Y pensaba en que se había ido de Alemania y en que no había construido el socialismo, como quería cuando era joven. Pensaba en su madre e intentaba recordar cómo se hablaba el letón, pero no podía. Pensaba en lo asustada que se sentía cuando había bombardeos y venían los rusos. Cada vez estaba más deprimida, y tuvo una crisis nerviosa y se volvió loca, y lloraba sin parar y quería suicidarse. La ingresaron en un hospital para locos y le dieron tratamiento con medicamentos y asistió a terapia, y habló mucho de su vida y sobre todo de su madre y de cómo se sentía sobre las cosas que había visto y hecho.

Pasó dos años en aquel hospital. Estaba en una casa grande, bonita, en el campo, y al cabo de dos años ya estaba mejor y le dejaron irse, y encontró trabajo como médico en el hospital de un pueblo pequeño. Se ocupaba de personas que tenían enfermedades como diabetes y cáncer e infartos.

Seguían gustándole los hippies, y la música pop, y empezó a ir a festivales

en los que tocaban grupos y todo el mundo se drogaba, y conoció a un montón de hippies y se compró una furgoneta Volkswagen y acampaba en festivales en verano. Iban a Stonehenge, que es un círculo de piedras altas muy antiguas en un campo de Inglaterra, donde el sol sale por detrás de una piedra concreta en el amanecer del solsticio de verano, y todos los hippies y los druidas van y se colocan y cantan y bailan. Se sentía muy bien cuando estaba allí con todos los hippies, nada deprimida, y al cabo de poco tiempo empezó a encontrarse con ellos todos los fines de semana, y conoció a un hombre llamado Matt que era más joven que ella y llevaba rastas. Se hicieron novios, aunque ella dijo que era lo bastante mayor como para ser su madre.

En aquella época había una cosa que se llamaba la Caravana de la Paz, y eran montones de hippies que vivían en furgonetas y caravanas viejas y viajaban por Inglaterra y acampaban donde querían y asistían a festivales. Eran cientos, y todos vivían en grandes campamentos tocando música y elaborando cestas y cosas de madera, y vendiéndolas, y cobraban dinero del paro y vivían en el campo y no tenían casa.

Finalmente Ingrid se unió a ellos. Dejó el trabajo como médico y cogió su furgoneta y vivía con los hippies. Matt y ella viajaban con ellos, se formaban grandes colas de furgonetas y autobuses, y cuando paraban, ella se ocupaba de la gente que estaba enferma y ayudaba a las chicas hippies en sus partos. Los hippies la llamaban la Doctora Desertora, y le pintaron ese nombre en su furgoneta. Ingrid mejoraba la salud de muchos de ellos, casi siempre de cosas como infecciones o erupciones cutáneas, pero a veces los ayudaba a dejar de consumir tantas drogas.

Vivían en terrenos que eran de terratenientes y agricultores ricos, y la policía casi siempre les hacía la vida imposible. A veces los policías bloqueaban las carreteras para que no pudieran ir a determinados sitios, y siempre los detenían por consumir drogas o por llevar las ruedas de las furgonetas en mal estado.

Ingrid aprendió muchas cosas viviendo con los hippies. Aprendió a encender hogueras sin cerillas y a tejer cestas con ramas de sauce, aprendió a extraer resina de los pinos y a conseguir arcilla para elaborar recipientes que luego se cocían al fuego para impermeabilizarlos. Se compraba toda la ropa en tiendas de segunda mano con fines benéficos y se dejó crecer mucho el pelo, y no se lo peinaba, y se lo decoraba con plumas y flores y cintas.

De Matt aprendió a reparar coches, porque Matt era mecánico y le enseñó a

hacer el puente a un coche para poder encenderlo sin tener las llaves. Aprendió a cambiar ruedas y a reparar frenos, y una vez Matt y ella sacaron todo el motor de su furgoneta Volkswagen y repararon la caja de cambios.

Ingrid amaba a Matt. Era grande y no se lavaba mucho, pero ella lo obligaba a meterse en los ríos cuando encontraban alguno y siempre hervía agua y se lavaba ella y lavaba su ropa porque no le gustaba ir por ahí oliendo mal.

Entonces, cuando llevaba unos dos años viviendo con los hippies y ya habían recorrido toda Inglaterra y habían asistido a los distintos festivales y habían acampado en muchas partes, intentaron llegar a Stonehenge para ir a un festival del solsticio de verano, que era el 21 de junio, el día más largo del año. Había montones de autobuses y furgonetas que intentaban llegar a Stonehenge para vivir desde allí el solsticio, pero la policía bloqueaba las carreteras y los tenían retenidos a todos y no los dejaban irse, y obligaron a muchos a conducir hasta un prado. Era una cálida tarde de verano, y se congregaron muchos hippies que intentaron llegar caminando a Stonehenge para celebrar su fiesta.

Y entonces, cientos de policías con escudos antidisturbios y porras los atacaron. Había unos setecientos hippies y el doble de policías, que habían llegado de toda Gran Bretaña para golpearlos. Cargaron a caballo, con porras, y daban en la cabeza, y agredieron a mujeres y a niños, incluso a mujeres embarazadas. A Ingrid le alcanzó la cara un policía cuando ella intentaba ayudar a una chica a subir a su autobús. La policía rodeó los vehículos de todos los hippies y destrozaron las ventanas y rajaron los neumáticos y pegaron a todo el mundo. A Ingrid y a Matt los detuvieron, y a él le rompieron un brazo dos policías que no paraban de pegarle mientras él estaba tendido en el suelo. Ingrid se enfrentó a dos agentes que intentaban llevárselo, y le dieron patadas y la esposaron.

Detuvieron a cientos de hippies, y los llevaron a todos a las comisarías de las localidades cercanas y los acusaron de obstrucción y asalto a la autoridad. Nunca en la historia de Inglaterra se había detenido a tanta gente durante una sola actuación policial. Ingrid nos contó que en la prensa bautizaron ese día como «La batalla del Campo de Alubias», pero ella decía que había sido más bien una masacre.

Después los soltaron a todos, e Ingrid y Matt volvieron andando hasta el campo y encontraron su furgoneta, que estaba abollada y con el parabrisas roto. Finalmente consiguieron ponerla en marcha y se alejaron de allí y se

separaron del resto de hippies. Matt tuvo que pasar por el hospital, y le escayolaron el brazo. Después acamparon unos días a las afueras de un pueblo, y Matt consiguió algunas piezas y repararon la furgoneta y decidieron dirigirse hacia el norte.

El gobierno puso vallas alrededor de Stonehenge y construyó un centro de visitantes y empezó a cobrar a la gente por acceder a la zona y ver las piedras, y a los hippies ya nunca más se les dejó entrar.

A partir de ese momento Ingrid volvió a deprimirse. Había creído que Inglaterra era un lugar seguro y que la policía era buena y que no atacaba a las personas sin motivo, y que no encarcelaba a la gente que no había hecho nada ni la obligaba a ir donde no quería. Creía que eso solo pasaba en la RDA, o en Alemania cuando mandaban los nazis, pero ahora veía que ocurría en Gran Bretaña, que era una democracia y que ella creía que era libre, un país donde a la gente se le permitía hacer lo que deseaba.

Mientras se desplazaban cada vez más al norte, ella se sentía más deprimida. Pasaron varias semanas en el Distrito de los Lagos, en el aparcamiento, y Matt consiguió algo de dinero trabajando en un garaje, reparando coches. Pero entonces unos hombres del ayuntamiento les dijeron que se fueran, y que los detendrían si se quedaban más tiempo en el aparcamiento.

Ingrid nos contó que entonces se dirigieron hacia Escocia porque en Escocia la ley es distinta y se puede acampar donde se quiera y nadie te puede sacar de ahí ni detenerte siempre y cuando no destroces nada ni quemes árboles.

Ingrid seguía deprimida, y hacían lo que podían para conseguir dinero para comer y pagar la gasolina, y se acercaba el invierno, pero el paisaje era precioso. Mucho más bonito que Inglaterra, y tenía montañas de verdad y lagos y páramos más grandes. Ingrid decía que nunca había estado en un sitio tan bonito, y le caían bien los escoceses a pesar de que al principio no entendía su manera de hablar. Subieron hasta las Tierras Altas, y encontraron lugares para acampar y quedarse en la furgoneta, y pasaron su primer invierno en un bosque cercano a Fort William, y desde la ventanilla veían el Ben Nevis. Nevaba y hacía frío, pero tenían una estufa de leña en la furgoneta y al cabo de un tiempo empezaron a cobrar el paro.

Matt consiguió trabajo en una maderera, cortando árboles y troncos con una sierra eléctrica, y manejando una gran máquina cortadora. Después alquilaron



una casita muy pequeña para pasar unos meses, y allí había más sitio y tenían una cama grande e Ingrid confeccionaba ropa y tejía cestos.

En primavera adecuaron la furgoneta y volvieron a ponerse en marcha, y recorrieron toda Escocia, y después se montaron en un ferri y llegaron a las islas Orcadas, y vieron todos los menhires y las casas de cuatro mil años de antigüedad y las cámaras funerarias donde enterraban a los antiguos jefes de las tribus junto a sus familias.

Pasaron un invierno en las Orcadas, en la furgoneta, y Matt trabajaba para un granjero e Ingrid tejía cestos y a veces los vendía en el pueblo. Pero estuvo todo el invierno nevando sin parar. Ingrid se deprimía a veces porque los días eran muy cortos y Matt a veces se iba al pueblo y pasaba ratos en el pub con sus compañeros de la granja. Ingrid no iba porque era mayor que todos ellos, y le parecía que Matt debía estar con chicos de su edad.

En primavera volvieron a tierra firme y se dirigieron al sur, y al oeste, y volvieron a las Tierras Altas, y después volvieron a bajar hasta Argyll, y luego pasaron unos meses en Mull, donde el mar era transparente y verde y el sol brillaba todo el día. Vivían en una playa y nadaban y recogían mejillones y almejas y cangrejos. Matt salía a pescar y pescaba caballas y por la noche encendían hogueras con la madera que el mar arrastraba hasta la playa. Una vez, un pescador les regaló una bolsa grande de gambas que no había vendido, y ellos las asaron sobre piedras calientes mientras veían ponerse el sol por el mar. Ingrid nos dijo que esa fue la mejor cena que había comido en su vida.

En otoño volvieron al sur, y pasaron por Ayrshire, y llegaron a Galloway, y cruzaron a la isla de Whithorn, que es el punto que está más al sur de Escocia, y desde ahí se ve Inglaterra, Irlanda y la isla de Man.

Después regresaron a Galloway y pasaron con la furgoneta por el interior del bosque de Galloway. Había carreteras forestales que podían usarse para adentrarse en el bosque, para alejarse de todos y de todo, y ellos pasaron el primer invierno no muy lejos de donde Ingrid tiene ahora su campamento.

A Ingrid le preocupaba Matt, porque era muy joven y ella ya tenía casi cincuenta años, y sabía que a él le encantaban los niños y que quería tener hijos. Pero él la quería, y era amable y divertido y la cuidaba y era tan fuerte que podía levantar la furgoneta con las manos. Ingrid sabía que algún día se iría y la dejaría y que seguramente encontraría a otra mujer más joven que ella. Y, en cierto sentido no le importaba, porque le parecía que era algo natural.

Caminaban mucho por el bosque y los páramos e iban a Magna Bra y

recogían leña y cazaban conejos y pescaban en los lagos. A veces se acercaban al pueblo y, al cabo de unos meses, empezaron a cobrar el paro. Ingrid leía muchos libros, que sacaba de la biblioteca o compraba de segunda mano, sobre medicina y ciencia, y leía sobre Dios y religión, pero también obras de ficción. Le gustaba un libro titulado Cumbres borrascosas, de Emily Brontë, y le gustaban los libros de Charles Dickens sobre huérfanos y sobre gente que vivía en orfanatos.

En primavera, cuando las hojas de los árboles acababan de salir y eran de un verde muy intenso, Matt dijo que quería volver a Inglaterra. Ingrid quería quedarse en Escocia porque allí ni la policía ni el gobierno escocés los molestaba, y a ella le encantaba el bosque y las montañas en las que vivían. Le dijo a Matt que no pasaba nada, que se fuera, y él lloró, y se fue.

Ingrid se quedó sola unas semanas en la furgoneta, y después se trasladó al pueblo y alquiló una casa pequeña junto al río y decidió que se quedaría allí unos años. El ayuntamiento le pagaba el alquiler, y cobraba el paro y leía mucho. Al cabo de unos dos años decidió que volvería a ejercer la medicina, y escribió cartas a un departamento que otorgaba licencias a los médicos, y tuvo que ir a Glasgow durante un año a estudiar otro curso y a trabajar en un hospital, y entonces le dieron la licencia y pudo volver a ejercer.

Un día se enteró de que el viejo médico que trabajaba en el pueblo de Galloway había muerto, y que buscaban otro, y ella solicitó la plaza y se la dieron, y empezó a trabajar en una consulta pequeña de la calle principal, y alquiló una casa pequeña, y se convirtió en la doctora del pueblo. Tenía cincuenta y tres años.

Se pasó los catorce años siguientes ejerciendo de médico. No vestía ropa de hippie y se cortó el pelo y llevaba abrigos y zapatos normales y corrientes, no botas. Se hizo amiga de la gente del pueblo, y caía bien a los demás. Casi toda la gente mayor creía que era inglesa porque tenía un acento raro, pero aun así la trataban bien, y ella era buena doctora y siempre estaba leyendo cosas sobre medicina, y asistía a cursos para aprender más cosas sobre nuevos tratamientos. Ya no se deprimía tanto, y casi nunca pensaba en su infancia, ni en la RDA, ni en Max ni en cuando había desertado ni en la batalla del Campo de Alubias ni en Matt. Para entonces, la RDA ya no se llamaba la RDA, y ya solo había una Alemania y el muro de Berlín se había derribado y la gente ya no tenía que desertar. Ingrid decidió que no quería volver, que no quería ver Berlín, porque estaba contenta siendo médico de pueblo y viviendo en su

casita. Tenía un jardín donde cultivaba verdura, y se hizo amiga de un señor mayor llamado Donald que vivía cerca y la ayudaba a plantar verdura. Su mujer había muerto de cáncer y él estaba solo, así que Ingrid y él eran más o menos novios, pero viejos. Donald la llevaba a pescar con mosca al río Cree, y ella pescaba salmones, y él la enseñó a atar las moscas. Ella cuidaba de él porque tenía una enfermedad del corazón, y no podía correr ni comer mantequilla. Hablaban mucho, y se contaban cosas de sus vidas, y él había estado en Alemania con el ejército durante los años sesenta, cuando se había construido el muro de Berlín, y hablaba un poco de alemán, y ella le enseñó más. Donald tenía un perro viejo que se llamaba Kipper, y lo llevaban a pasear por muchos sitios y a veces subían al bosque y dejaban que Kipper cazara conejos.

Escuchaban música hippie de los años sesenta y a veces bailaban en su casita, y Donald hacía como que tocaba solos de guitarra.

Donald le pidió que se casara con él, pero ella dijo que era demasiado mayor para casarse, y además le gustaba ser soltera y Donald dijo que la gente del pueblo murmuraba de ellos, y ella dijo que no le importaba. Ella quería a Donald de una manera distinta a como había querido a Matt y a Max, lo quería más como se quiere a un buen perro al que dar cariño.

Ingrid aprendió ella sola a preparar pan y se compró un horno y empezó a elaborar recipientes de arcilla en el cobertizo, con un torno, y los pintaba y los metía en el horno para que brillaran. Le regaló a Donald una figura de Kipper con el mismo pelo blanco y negro y sus orejas caídas. Donald cultivaba verduras para los dos, y los domingos comían rosbif y las verduras de Donald, y ponían un plato en la mesa para Kipper y dejaban que comiera con ellos.

Ingrid veía morir a mucha gente, porque era médico, y debía firmar los certificados de defunción. Siempre que moría alguien pensaba en su madre, sobre todo si la persona que moría era una mujer. Ni siquiera sabía si su madre había muerto, si había huido o si se la habían llevado a Rusia.

Cuando alguien muere, en el segundo mismo en que deja de estar vivo, toda la energía que hay en esa persona la abandona. Es como una nube que no se ve pero que asciende sobre esa persona. Yo la vi ascender sobre Robert cuando estaba sangrando y decía «ohj» en mi cama. Algo que estaba ahí pero no estaba ahí salió de él y subió y él ya estaba muerto. Y después ya era solo carne que sangraba.

Ingrid dijo que ella eso lo veía muchas veces, y dijo que era el alma que

regresaba con su madre. El alma es lo que nos hace vivir, lo que nos hace personas, e Ingrid decía que todo lo que está vivo tiene alma, y que incluso las cosas que no están vivas, como las piedras y la tierra, tienen alma. Y las almas salen de la Diosa Madre y vibran a distintas frecuencias y tienen distintas cantidades de luz en su interior dependiendo de cuánto vibren. Lo que se ve salir de una persona muerta es su vibración. Vemos y sentimos su vibración, y solo nos damos cuenta de que estaba ahí cuando se va.

Hay almas que vibran tanto que resplandecen cuando se van, y algunas almas vibran despacio, y son oscuras, son como babosas que se van. Así era la de Robert. Salió rezumando.

Hay personas que tienen un alma que vibra tanto que desprende luz cuando están vivas. Peppa es así. A veces, de noche, en el refugio, cuando la oscuridad es total, noto su resplandor.

Si el alma de Robert ha vuelto a subir hasta la Diosa Madre, espero que le diga que se vaya a la mierda.

Ingrid fue feliz en el pueblo durante algunos años, con Donald y Kipper, y entonces Kipper enfermó y murió, y Donald estaba muy deprimido. Después, un día, Donald estaba preparándose un té en la cocina de Ingrid y se mareó y se llevó las manos al pecho y se cayó de la silla y murió. Ingrid vio subir su alma mientras le golpeaba el pecho para intentar devolverlo a la vida.

Después volvió a deprimirse, y estuvo mucho tiempo así, y pensaba mucho en cuando era pequeña y en toda la gente a la que había conocido. Ya era demasiado mayor para ejercer la medicina en el pueblo y le dieron una pensión y se jubiló. Sin Donald y sin Kipper estaba sola, y empezó a ir mucho al bosque y se sentaba entre los árboles y pensaba en la Diosa. Pensaba en cuando era hippie, en cuando era muy pequeña, en aquel sótano con Klaus y Hansi. Pensaba en los días que había pasado buscando a su madre en todas las calles bombardeadas de Berlín. Pensaba en cuando Max la había dejado, en cuando la Stasi lo había detenido y lo había ejecutado. Pensaba en la inmunología y en todas las cosas que sabía hacer.

Entonces decidió que se iría a vivir al bosque. Tenía bastante dinero en el banco, y podría haberse comprado una casa, pero no quería. Quería vivir en el bosque, en un refugio hecho con ramas, y procurarse ella misma la comida y pasear y encender hogueras de noche, bajo las estrellas. Y lo hizo. Vendió todas las cosas que poseía y le regaló su coche a su vecino. Entregó casi toda su ropa a la tienda benéfica de segunda mano, y se compró unas botas y un

impermeable y varios sombreros y un cuchillo. Y entonces se adentró en el bosque y montó un campamento y se quedó a vivir ahí.

Y entonces nos conoció a nosotras.

# 13

## Esquíis

Peppa y yo fuimos a los lagos con la caña de pescar y varias cucharillas y anzuelos. Ingrid se sentía cansada y dijo que le dolía la espalda porque había estado saltando sobre unas ramas para partirlas y darles la longitud exacta para guardarlas en el estante donde las ponía a secar.

Hacía frío, y cuanto más subíamos más nieve había, y bordeamos el bosque al llegar arriba y lo seguimos hasta una cresta, y a partir de allí ya se veía la cadena de lagos que salpicaban el valle, que estaba todo blanco y resplandeciente.

Me senté en aquella cresta y lo contemplé todo con el monocular, que aumenta las cosas por cuatro cada diez metros. Había un águila sobre los lagos, flotando muy arriba, como si estuviera inmóvil en el cielo. Tenía las puntas de las alas blancas, y las alas tenían unas plumas que parecían los dedos largos de una mano. Con el monocular veía las plumas meciéndose en el aire.

Peppa bajó corriendo la larga ladera hasta el primer lago: se dejaba caer y bajaba de culo, y daba saltos sobre la nieve. Con su chaqueta Helly Hansen negra, parecía un pingüino emperador que se deslizaba y se hacía más pequeña a medida que bajaba. Yo la miraba por el monocular y veía que sonreía y gritaba y se reía cada vez que resbalaba ladera abajo. Me alegraba de haber matado a Robert, y tenía ganas de ir a buscar a mamá para que pudiera ver a Peppa riéndose en la nieve.

La seguí, y al llegar abajo vi que el lago estaba congelado, con una espesa capa de hielo gris que había atrapado burbujas dentro. Peppa caminaba sobre él, y yo le grité que tuviera cuidado. El hielo crujía y se resquebrajaba al caminar sobre él. Si nos quedábamos junto a la orilla podíamos caminar sobre él sin problemas, y le dije a Peppa que no se adentrara en el lago más que yo. Patinamos un poco sobre el hielo. A veces, unas grietas blancas se abrían de pronto bajo nuestros pies, y se oía un chasquido como de metal golpeando metal. Para pescar aquello no iba nada bien, pero fuimos deslizándonos hasta

llegar al final, y después Peppa recogió unas piedras y las lanzó sobre el lago, y giraban y caían justo en el medio. Por debajo del hielo se veía que el lago no era muy profundo, y se distinguían los guijarros grises y marrones en el fondo, a menos de un palmo de la superficie.

Peppa se arrodilló sobre el hielo y miró al fondo, donde había guijarros y se veía el agua muy transparente. Después se sentó y se deslizó con el culo. Daba vueltas y más vueltas, girando como las piedras. Entonces señaló algo por detrás de mí y dijo:

–Hay un hombre.

Yo me volví, y el hombre venía hacia nosotras desde el otro lado del lago montado en unos esquís. Avanzaba a impulsos, y se deslizaba sobre la nieve por un tramo plano, y venía directamente hacia nosotras. Yo no sabía qué hacer y noté que el pánico se apoderaba de mí. Peppa seguía sentada sobre el hielo y entrecerraba los ojos porque el sol le daba en la cara.

El hombre se acercaba cada vez más, y vi que era joven y tenía el pelo corto, rubio, y llevaba gafas de esquiador. Vestía un anorak azul y guantes de esquí blancos, como sus botas. Soltaba el aire a bocanadas y lanzaba nubes de vaho blanco. Ponía cara de esfuerzo.

Yo no sabía si debíamos salir corriendo o no, pero ya casi estaba a nuestra altura, y nos había visto, o sea que no tenía ningún sentido escapar. Entonces se detuvo, se levantó las gafas y soltó un gruñido largo y meneó la cabeza, y el pelo se le movió de un lado a otro.

Sonreía, y dijo a gritos:

–¡Guau! ¡Qué duro es esto! ¿Cómo estáis?

Yo no dije nada. Solamente lo miraba. Peppa seguía sentada sobre el hielo.

Él señaló el lago con un movimiento de cabeza y empezó a quitarse los esquís.

–Parece que el hielo está bastante sólido, ¿no? –Bajó la mirada y se fijó en la piedra en la que había apoyado la caña de pescar–. Para la pesca no es lo ideal.

Era inglés, y pijo. Se había quitado los esquís y caminó sobre la nieve hasta el hielo, y siguió hablando como si nos conociera.

–Vengo desde Glentroot. El último trozo, bastante duro. Volveré por ese lado, más allá de las rocas, que hay un poco más de pendiente.

Peppa se puso de pie y lo miraba. Era guapo. Tenía el pelo entre rubio y pelirrojo, que le caía en mechones alrededor de la cara. Y los ojos grandes, y

los labios gruesos, rosados. Tenía las mejillas sonrosadas, y las pestañas largas y oscuras. Se plantó sobre el hielo y lo pisó con fuerza y se abrió una grieta grande y se extendió desde donde él estaba con una especie de silbido agudo. Él dio un salto atrás y dijo: «¡Guau! ¡Qué guay!».

Se acercó y pisó de nuevo el hielo, y un pedazo salió disparado y se separó del agujero que había hecho en la superficie del agua, que dejó escapar unas burbujas. Le dio una patada al trozo de hielo, y salió dando vueltas y deslizándose hasta donde estaba Peppa.

–¡Sí! ¡Es como hockey sobre hielo!

Peppa se lo devolvió de una patada y él se alejó un poco de ella y alargó la pierna para pararlo y le dio otra patada. Peppa sonreía, y patinó un poco y alcanzó el hielo y lo chutó. Aquel trozo de agua helada brillaba sobre la superficie, entre ellos, lanzando destellos de plata, iluminado por el sol.

Yo retrocedí hacia la orilla y los observé, y seguían dándole patadas al trozo de hielo, y Peppa se reía y gritaba «¡No!» cuando fallaba, y él sonreía y gritaba y se deslizaba de un lado a otro. Estaban a unos veinte metros la una del otro, y él se quitó las gafas y las dejó en el suelo, y se quitó uno de los guantes y lo colocó a unos dos metros de las gafas y gritó, señalando: «¡Eh, esto es la portería!». Y Peppa empezó a acercarse a él patinando y empujando el trozo de hielo como si fuera una jugadora de fútbol. Entonces chutó con fuerza y lanzó hacia la portería, y él se estiró y resbaló y cayó de culo, y exclamó: «¡Oh!». El hielo se agrietó en el sitio en el que había caído, y el agua asomó por la grieta, y él empezó a patinar y a resbalar mientras intentaba ponerse de pie. Peppa seguía deslizándose hacia él, pero llegó al agua y empezó a tropezar también. Él se reía con las manos apoyadas en el hielo, e intentaba levantarse, pero los pies le patinaban y se le movían. Peppa se deslizaba, perdía el equilibrio, se reía, y se cayó sobre el hielo empapado y dijo: «¡Ah, se me ha mojado el culo!».

Ahora él se había sentado con las piernas rectas, y dijo: «A mí también. Soy Adam».

El sol lo iluminaba por completo, y me sonreía. Peppa consiguió levantarse y se acercó deslizándose hacia él.

–Yo soy Peppa –dijo, sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo–. Y esa es mi hermana Sal.

Y después le preguntó si era inglés.

Él alargó la mano y ella se la agarró y lo ayudó a levantarse, y entonces él



dijo:

–Sí. ¿Y vosotras escocesas?

Peppa se alejó de él patinando, en dirección a mí, hasta la orilla.

–Sí. Estamos de vacaciones.

Él también se acercó a la orilla deslizándose.

–Yo también –dijo–. Estoy con compañeros de la universidad al otro lado de Glentool. Esto es muy guay, ¿verdad?

Peppa dijo:

–Sí. ¿Eres pijo?

Él arqueó las cejas un momento y sonrió y dijo:

–Bueno, no, yo no diría pijo. Soy estudiante. Me gusta el esquí de fondo. Y jugar a hockey sobre hielo en los lagos helados con niñas divertidas.

Peppa estaba a mi lado y casi se ocultaba detrás de mí, y lo miraba de reojo y sonreía. Él me miró a mí, y seguía sonriendo y se pasó las gafas de esquí por la cabeza y las dejó colgando del cuello. La señaló con un gesto de cabeza y me dijo:

–Es una polvorilla, ¿verdad?

Yo no sabía qué decir. Ni siquiera sabía qué significaba aquella palabra, y no podía dejar de mirarlo. Tenía unas pecas doradas en la frente, y unos pelitos rubios, casi pelirrojos, que le salían de la barbilla porque no se había pasado demasiado bien la maquinilla de afeitar. Era alto, ancho de hombros y tenía unas manos grandes, de dedos largos y finos. Peppa se colocó delante de mí y dijo:

–¿Tienes novia?

Él se echó a reír y sacudió el agua de su guante de esquí, y me miró a los ojos y meneó la cabeza como diciendo: «Niños».

Peppa se había acercado a él de nuevo e insistía.

–¿Tienes o no? ¿Es guapa?

Él la pilló y empezó a hacerle cosquillas, y ella se puso a chillar y él la levantó y la puso boca abajo. Yo seguía en mi sitio, inmóvil. No me moví ni cuando él la levantó del suelo. Peppa gritaba y se reía, y él la soltó, y ella se le tiró encima y él volvió a sujetarla y ella le dio unos golpecitos en el pecho con el dedo índice y volvió a preguntárselo.

–¿Entonces, niño, tienes novia o no?

–Sí –dijo él.

–¿Y es guapa?

–No tanto como tú.

–¿Y cómo se llama?

–Hermione.

Peppa se echó a reír y se liberó de su abrazo y dijo:

–¿Qué? ¿Cómo la de Harry Potter?

Y él dijo que sí, y Peppa dijo: «¿Es bruja?», y él dijo que sí, y Peppa dijo: «¡Eres un mentiroso!».

Volvió a ponerse los esquís. Peppa corrió de nuevo hacia él.

–¿Has leído Secuestrado, de Robert Louis Stevenson?

Él se quedó un momento pensativo.

–Sí, sí que la he leído. Davy y Alan.

Peppa dijo:

–Sí. Somos Sal y yo.

–¿Quién es Davy? –preguntó él.

–Yo –dijo Peppa.

Y él me miró sonriendo y dijo:

–Pues entonces tendré que ir con cuidado con Sal. ¿Es buena espadachina?

Peppa dijo:

–No, pero sí sabe usar el cuchillo, y disparar y poner trampas para cazar conejos y pescar percas y encender hogueras. Somos fugitivas. Tú podrías ser el novio de Sal. Ya es mujer. Tiene la regla.

Entonces hablé.

–¡Peppa! –le grité.

Tenía mucho calor, y el corazón me latía con fuerza, y Peppa dejó de reírse. Adam seguía sonriendo y meneaba la cabeza. Volvió a mirarme, y parecía amable y tenía la mirada tierna y dijo:

–Yo también tengo una hermana pequeña como la tuya. Es para volverse loco, ¿verdad?

Yo seguía muy roja y solo pude decir:

–Sí.

Entonces Peppa gritó:

–¡Bola de nieve!

Y una bola de nieve le dio a Adam en el brazo, y él se rio y se puso las gafas y empezó a alejarse esquiando.

–Adiós, Peppa.

Y ella le tiró otra bola de nieve, y él se colocó mejor las gafas y me miró y

me dijo:

–Adiós, Sal.

Y yo me despedí, y él se fue esquiando por el lado del lago, por donde habíamos venido nosotras, y después empezó a subir por la ladera hacia la cresta y el páramo.

Peppa se acercó a mí y me dijo:

–Me gusta, Sal. ¿Y a ti?

–Vamos –dije.

E iniciamos el camino de vuelta, caminando sobre los surcos que habían dejado los esquís. Lo veíamos cada vez más pequeño mientras subía por la ladera, hasta que finalmente desapareció detrás de la cresta al llegar arriba de todo. Mientras caminábamos despacio, Peppa dijo:

–¿Nos delatará?

–No deberías haberle dicho cómo nos llamamos, Peppa. Ni haber dicho que somos fugitivas.

–No dirá nada –dijo ella–. Es simpático. Y guapo, ¿verdad?

–Que sea guapo no quiere decir que sea buena persona, Peppa.

–Sí. A mí me cae bien la gente pija. Tenía unos brazos musculosos. ¿Te ha gustado, Sal?

–No –dije yo.

–Sí te ha gustado. Te has puesto colorada.

–Cállate, Peppa.

No me gusta decirle a Peppa que se calle, pero a veces se pasa. Eso es porque a ella todo le parece gracioso y no puede ponerse seria con nada y a veces no se da cuenta de que no se puede forzar a la gente solo porque a ti algo te parezca gracioso. Pero solo tiene diez años. Casi todas las cosas son serias, y hay que planificar, y eso Peppa todavía no lo entiende. Era demasiado pequeña para acordarse de muchas de las cosas que pasaban en nuestro piso, porque yo no dejaba que las viera, o que viera a mamá cuando estaba tan mal, o cuando Robert estaba por ahí y le pegaba y entraba en mi habitación por las noches. Pero a veces hay que pasar a la acción y resolver las cosas y ponerlo todo en su sitio. Es lo mismo que con los campamentos, cuando uno está de supervivencia. Si un campamento está bien ordenado y todo está bien planificado, es más fácil sobrevivir y conservar la moral alta.

Al llegar a la cresta, vimos los surcos de los esquís de Adam que se alejaban de nosotras y de nuestro bosque, sobre el páramo que descendía hasta

un valle poco profundo y después volvía a elevarse hacia Magna Bra. Empezaba a oscurecer, y el sol tenía un tono rosado por el oeste, por encima de las copas de los grandes pinos escoceses. Llegué a la conclusión de que no tenía sentido preocuparse por si iba a contar algo de nosotras. Además, no sabía dónde estábamos, y si no se sabía dónde buscar era imposible encontrar a Ingrid.

Al volver al campamento vimos que Ingrid había avivado el fuego y había preparado pan y una sopa, pero se quejaba de la espalda. Después de cenar se sentó frente a mí, sobre un tronco largo, y yo le froté la espalda en la zona de los riñones, que era donde le dolía. Se tomó un ibuprofeno, y codeína, y yo envolví una piedra caliente en una toalla y se la acerqué a la espalda. Después ella me pidió que fuera a buscar nieve y se la frotara por la zona para enfriársela. Tenía la espalda muy suave, y olía a pino. Después volví a aplicarle la piedra caliente. Dijo que era una manera de relajar los nervios agarrotados y de ayudar a la circulación de la sangre. «En mi caso funciona más despacio porque ya soy mayor», dijo. Luego le di más masaje y ella dijo: «Gut. Tienes manos que curan, Sal».

Nos sentamos junto al fuego, y empezó a hacer mucho frío, así que nos envolvimos en las mantas y Peppa se puso el gorro de conejo. Hablamos de la manera de recuperar a mamá, e Ingrid dijo que sería mejor hacerlo antes de que le empeorara el dolor de espalda. Yo también creía que lo mejor sería intentarlo en seguida. Pronto haría cuatro semanas que no bebía, y tal vez no tardaran en soltarla de la rehabilitación. Peppa dijo que tendríamos que construirle un refugio abovedado, así que decidí que se lo construiríamos al día siguiente, y que en dos días iríamos a buscarla.

## 14

### Coche

Aquella noche pasamos frío, y al final recogí una piedra del fuego y la envolví en una toalla y la metimos en la cama, entre las dos, y funcionó. A la mañana siguiente nos levantamos y avivamos el fuego y nos preparamos las gachas y el té y después yo me fui a cortar ramas para el refugio de mamá.

Como era un trabajo duro, dejamos que Ingrid se quedara en la cama para descansar la espalda mientras nosotras íbamos a buscar las ramas y apilábamos las piedras para construir la plataforma de la cama. Tuve que cortar muchas ramas de abeto para la cubierta, porque como no teníamos otra lona la haríamos más gruesa. Me pasé todo el día arrastrando las ramas hasta el campamento, y Peppa y yo construimos un techo muy tupido. Si nevaba otra vez iría bien para aislarlo más. El refugio de mamá estaba cerca de la hoguera, junto al río, y le daba la espalda al nuestro y al de Ingrid. Aquello parecía un campamento indio de verdad, con tres tiendas alrededor del fuego. Peppa barrió toda la nieve y las hojas del suelo y colocamos una gruesa capa de hojas de abeto y las pisamos para que quedaran planas y le hicimos una plataforma con piedras lisas e Ingrid nos dio más mantas y colchas para la cama. Peppa hizo una estrella con plumas y cintas y la colgamos en la entrada, y quedaba muy bonita. Colgamos una tela verde que nos dejó Ingrid para que hiciera de puerta, y metimos dentro varias velas de corteza de abedul. También nos regaló una cesta que podría dejar junto a la plataforma para guardar sus cosas. Cubrimos la colcha con varios de los pañuelos de colores de Ingrid para que la cama quedara mejor.

A Ingrid le dolió la espalda todo el día y dijo que mejoraría si descansaba. Y así lo hizo. Comimos arroz con alubias y pan, y mucho té con azúcar. Yo empezaba a entusiasarme con la idea de que mamá viniera a vivir al campamento con nosotras.

Al día siguiente nos levantamos e Ingrid dijo que no le dolía la espalda, pero aun así caminaba más despacio. Llevaba un destornillador, un trozo de cable y un martillo pequeño que había sacado de una de sus cajas, y se lo

metió todo en el bolsillo del abrigo largo. No llevaba sombrero, pero sí se había atado a la cabeza varios de sus pañuelos.

Yo me llevé la mochila, y dentro tenía los mapas y la brújula y el cuchillo y el monocular.

Desayunamos gachas y té, y después encendimos las linternas frontales y nos pusimos en marcha hacia la carretera antes de que se hiciera de día. La pendiente estaba resbaladiza, y cuando amanecía vimos al tejón que corría hacia su madriguera en aquel valle pequeño y boscoso, más allá del río.

Salimos del camino delante del aparcamiento cubierto y del Little Chef, pero no abandonamos el bosque y seguimos por la carretera y llegamos al aparcamiento trasero, y Peppa y yo nos quedamos entre los árboles e Ingrid dijo: «Tengo que encontrar un coche viejo. Los nuevos no sé ponerlos en marcha. Solo lo sé hacer con los modelos antiguos, los Volkswagen o los Volvo». Así que se metió en el aparcamiento. Ya había algunos coches, y las luces del Little Chef y del garaje estaban encendidas, pero desde la entrada no se veía el aparcamiento. Nosotras vigilábamos mientras Ingrid caminaba por allí fijándose en todos los coches. A veces se agachaba un poco y observaba el guardabarros o la parte trasera de alguno. Entonces desapareció tras una fila que quedaba junto a la salida, y a continuación la vimos caminando hacia nosotras sonriendo y con los dos pulgares levantados.

Nos acercamos corriendo hacia ella, y mientras lo hacíamos oímos un pequeño impacto y casi inmediatamente un chasquido. Llegamos junto al coche y vimos que había roto la ventanilla con el martillo, y había pedacitos de vidrio sobre el asfalto, al lado de la puerta. Ingrid levantó el seguro y la abrió deprisa, y alargó la mano y levantó el de la puerta de atrás y dijo: «Subid».

Ella estaba agachada bajo el volante y durante unos segundos se oyeron chispazos y pequeños estallidos, y ella murmuraba algo en alemán. Peppa y yo nos instalamos en el asiento de atrás, que era ancho y de piel roja. El coche era bonito, y antiguo, la carrocería era plateada y los asientos eran suaves y mullidos. Había dos mantas de cuadros en el asiento trasero, y Peppa se cubrió con la suya y yo miraba por la ventanilla trasera por si venía alguien. Entonces Ingrid dijo: «¡Ajá!», y oímos que el coche se ponía en marcha y carraspeaba, y ella se colocó bien frente al volante y cerró la puerta. Se volvió y dijo: «¡Gut! ¡Ya tenemos coche!». Y Peppa dijo: «¡Sí! ¡Vamos a buscar a mamá!».

Ingrid lo toqueteaba todo, apretaba los mandos. Se encendieron las luces y

ella dijo: «Handbremse... ajá... ja...». Y arrancamos marcha atrás y entonces ella movió algo más y empezamos a ir hacia delante, y yo vi que nos alejábamos del Little Chef y salíamos a la carretera principal.

El coche era grande y olía muy bien y tenía las puertas recubiertas de madera pulida, y unas mesitas muy pequeñas en los asientos. Yo salté por encima de aquella especie de caja de en medio y me senté delante, junto a Ingrid. El capó era plateado, y tenía en la punta un ángel con alas de plata que parecía que estuviera volando.

–Es un coche muy pijo, Ingrid –dije yo.

–Es un Rolls-Royce –dijo ella–. De 1980, más o menos. Muy bueno. Automático. Con dirección asistida. Pero no tiene cinturones de seguridad, así que tengo que ir con mucho cuidado. No me pasaré ni un kilómetro del límite de velocidad.

Peppa se deslizaba por el asiento trasero y se envolvía en la manta y gritaba: «Es precioso. A mamá le encantará».

Mientras avanzábamos, saqué el mapa y empecé a comprobar los carteles que veíamos, y calculé que estábamos a unos treinta y cinco kilómetros del desvío. Ingrid parecía contenta conduciendo. El viento que entraba por la ventanilla rota le alborotaba el pelo.

Casi no había coches en la carretera. Vimos algunos camiones que venían en contradi dirección. Cada vez había menos nieve, pero la carretera brillaba con la escarcha. Tuvimos que adelantar a una máquina quitanieves, y después Ingrid siguió conduciendo por delante de ella.

Íbamos a tardar unos veinticinco minutos en llegar al desvío que queríamos tomar, el de Abbey, que quedaba cerca de un pueblo llamado Killaggan. Iba comprobando los carteles y experimentaba esa sensación tan agradable de ir en coche. Otro vehículo se nos puso detrás e Ingrid miró por el espejo retrovisor, pero el coche nos adelantó y siguió su camino, y ella dijo: «Gut. No es policía».

Dos coches más nos adelantaron, y tampoco eran de la policía, y al cabo de poco tiempo ya estábamos cerca del desvío, y miré y vi el cartel de Killaggan, e Ingrid giró y seguimos por otra carretera recta con árboles a los dos lados. Debíamos estar atentas y encontrar otra carretera que salía de aquella a la derecha, antes del pueblo. Todo lo que nos rodeaba eran bosques, y encontramos el siguiente desvío, que era como un caminito, y pasamos por él muy despacio y cruzamos un puente lleno de baches. Aquel camino asfaltado

tenía muchas curvas, e Ingrid iba muy despacio con aquel coche tan grande. Ya se había hecho totalmente de día, y había escarcha blanca por todas partes.

Seguimos aquella carreterita unos tres kilómetros y después había otra carretera pequeña y giramos a la derecha y la tomamos, y pasaba por unos campos entre árboles y muros de piedra seca. Un poco más allá vimos un cartel de madera que ponía: «LA ABADÍA – CENTRO DE TRATAMIENTO».

Había una verja fijada a unos pilares de piedra, y un camino que se adentraba en el bosque. Nos detuvimos, e Ingrid dijo: «Tenemos que esconder el coche y seguir a pie».

Seguimos avanzando un poco más y encontramos un entrante plano, cubierto de hierba, donde aparcamos junto a unos arbustos para que las ramas ocultaran un poco el coche.

–Coged más ramas –dijo–. Y vamos a esconderlo mejor.

Nos bajamos y hacía frío, y todo estaba en calma. Solo se oía el graznido de los cuervos. Ingrid repitió:

–Coged más ramas.

Peppa y yo nos metimos en el bosque y empezamos a arrancar ramas. Yo recogí una enorme rama muerta de haya, que tenía las hojas marrones. Fuimos apilándolas a un lado del coche, junto al camino. Peppa arrancó varios helechos y los esparció por detrás para que no se viera el guardabarros plateado. Trabajábamos deprisa, arrancábamos las ramas más finas y restos secos de haya que todavía conservaban las hojas.

Ingrid se acercó al camino y miró a un lado y a otro y dijo:

–Está bien. Pero hemos dejado huellas en la escarcha.

Había dos roderas que recorrían el camino, cubierto de escarcha, y que indicaban por dónde habíamos venido. Ingrid las borró un poco arrastrando los pies, y dijo:

–El sol las deshará pronto.

Le dije a Peppa que sacara las mantas del coche y yo cogí la mochila, y nos pusimos a caminar bajo los árboles hasta que llegamos a un muro. Tenía un metro y medio de altura y se perdía en el bosque. Peppa se subió encima de él de un salto y bajó por el otro lado, pero yo tuve que ayudar a Ingrid, y las dos aterrizamos en el bosque por el que seguía el camino. Andábamos despacio, y a través de los árboles se veía un césped con un pozo en el centro, y más allá la casa. Era vieja, con el techo puntiagudo y unas almenas pequeñas, como si fuera un castillo. El tejado, de pizarra, estaba verde de musgo. Había una



entrada de piedra, y en algunas de las ventanas se veía luz. Delante, sobre un terreno de gravilla, había cuatro coches aparcados.

Seguimos avanzando por el bosque que rodeaba el prado de la casa, y al llegar a la parte trasera vimos una construcción más nueva que sobresalía, con unas grandes cristalerías correderas y una especie de terraza con sillas y mesas, como las de los pubs.

Ingrid dijo:

–Ahí. Ahí es donde saldrán a fumar.

Nos sentamos sobre una de las mantas, detrás de los árboles y de unos arbustos grandes de hojas gruesas, muy verdes, y desde allí veíamos la terraza y aquellas puertas traseras. Peppa se tapó con la otra manta y nos pusimos a esperar.

El sol salió y bañó la casa, y dibujó un triángulo de luz sobre el césped, delante de donde estábamos. Nosotras seguíamos muy quietas, y observábamos. Al cabo de una hora, más o menos, se encendieron algunas luces en las ventanas, y después se apagaron, y entonces se encendió una gran luz en la habitación que daba a las puertas correderas. Alguien las abrió y salieron dos hombres: un hombre bajito con chaqueta de cuero y otro que llevaba un chaquetón de tartán y sujetaba una taza de té. Los dos se sentaron en los bancos y encendieron cigarrillos, y nosotras los mirábamos. Después salió una mujer corpulenta, gorda, y se puso a charlar con ellos, y luego entró en la casa. Al cabo de un rato, los hombres terminaron de fumar y entraron, y cerraron las puertas.

Todo volvió a quedar en silencio. Esperamos. Me pareció que pasaba otra hora, y entonces salieron dos mujeres y se quedaron de pie en la terraza mirando los árboles, más allá del césped, y charlaban, y una le pasó el brazo por el hombro a la otra. Estaban demasiado lejos y no oíamos lo que decían. Una de las dos mujeres era morena y tenía el pelo largo, y la otra era rubia y lo llevaba muy corto, y vestía un abrigo gris que le llegaba casi hasta los pies. Estuvieron allí un rato charlando, y la del abrigo gris cruzó el césped y se acercó a los árboles. Se volvió, y seguía hablando con la otra, caminando hacia atrás por el jardín, y se veía que le salía vaho de la boca. La otra mujer sacó un paquete de tabaco y se lio un cigarrillo. Se lo ofreció a la otra, que regresó junto a ella y lo aceptó. No paraba de hablar y de mover los brazos arriba y abajo, y separaba las manos como si quisiera indicar el tamaño de un pescado. Encendió el cigarrillo con un encendedor y volvió al césped,

soltando humo y contemplando los árboles. La otra mujer seguía en la zona de las mesas, y hablaba y le decía cosas y meneaba la cabeza. Entonces salió un hombre alto y delgado, con barba, y se apoyó en la pared, junto a la puerta corredera, y empezó a decirles algo, y señaló la casa y entró.

La mujer que estaba en el césped estaba de pie y miraba los árboles, y la otra le gritaba cosas. Se le oía la voz, pero no lo que decía. Entonces se volvió y regresó a la casa deprisa, como si estuviera enfadada. La del césped se volvió despacio, sin dejar de contemplar los árboles, fijándose en la zona en la que estábamos nosotras. Y entonces Peppa susurró:

–¡Esa es mamá!

Y yo miré por el monocular y sí, lo era. Llevaba el pelo corto, como rapado, y de un rubio muy amarillo. Pero era ella. Se le marcaban las tetas por debajo del abrigo, que era muy largo y casi le llegaba al suelo. Miraba hacia el bosque, y era como si nos estuviera viendo. Peppa hizo el gesto de levantarse, y yo la agarré.

–Yo voy a buscarla –susurró.

–No, espera –le dije.

Ingrid dijo:

–Puedo ir yo...

Pero en ese momento se volvió y tiró al suelo la colilla, regresó hacia la casa y entró.

–Era ella –dije yo–. Se ha cambiado el peinado.

Peppa dijo:

–Y el abrigo es nuevo. Parece de hombre.

No era la clase de abrigo que se pondría mamá. Ella era más bien de chaquetas de cuero ajustadas, o de cazadoras vaqueras. Y el pelo. Lo tenía largo, de un castaño muy bonito, y ahora se lo había rapado y lo llevaba amarillo pollito.

Peppa susurró:

–Lleva el pelo como Niall, el de One Direction, Sal. ¿Quiere parecerse a un chico o qué?

Ingrid se puso de rodillas con dificultad.

–Me duele la espalda. Tengo que estar de pie, lo siento.

Se levantó como pudo, despacio, se internó un poco en el bosque y caminó un momento, de un lado a otro, estirando el cuerpo y sujetándose la parte baja de la espalda.

Yo seguía concentrada en las puertas correderas, pero durante mucho rato no salió nadie. Peppa seguía envuelta en la manta, con las piernas cruzadas, e Ingrid se había tendido en el suelo del bosque con los brazos estirados sobre la cabeza. El sol iluminaba todo el jardín, y de la escarcha que cubría la hierba ascendía un vapor. Todo había vuelto a quedar en silencio, y solo a veces se oía el graznido de un cuervo o el piar de un pájaro. Ingrid se puso a cuatro patas y empezó a arquear la espalda, arriba y abajo, mientras respiraba entrecortadamente. Peppa se apoyó en mí sin quitarse la manta, y a mí me pareció que tal vez quisiera dormir un rato, y yo seguía ahí, sentada, observando las puertas correderas con mi monocular.

Por la posición del sol y por las sombras de los árboles, que empezaban a alargarse, sabía que llevábamos allí unas cuatro horas esperando, y entonces las puertas se abrieron y la mujer con la que antes estaba mamá salió, acompañada del hombre alto y delgado, y de otro que tenía el pelo blanco y corto y llevaba un forro polar. Los tres se pusieron a fumar y se sentaron en unos bancos y a veces me llegaban sus risas. El flaco se puso de pie y agitaba los brazos, y parecía como si estuviera contándoles algo, y los otros dos se reían. Entonces oímos que venía un coche por el camino, y se paró delante de la casa, y yo me puse tensa por si era la policía. Peppa también lo oyó y dijo: «Iré a ver», y se acercó con cuidado por el camino por el que habíamos venido para ver la parte delantera de la casa. Ingrid estaba sentada con los ojos cerrados y las rodillas levantadas a la altura de la barbilla. Oímos que Peppa volvía entre los arbustos, y se sentó a mi lado y dijo:

–Era una furgoneta blanca con un hombre que traía unas cajas.

Los tres que seguían en los bancos se habían puesto de pie y parecía que estaban a punto de entrar. Pero entonces mamá salió de nuevo y se quedó de pie en la terraza y los demás hablaban con ella, y ella negaba con la cabeza y se tapaba la boca con las manos. Nosotras la observábamos. Yo habría querido que los demás entraran y la dejaran sola, pero ni siquiera tenía un cigarrillo en la mano, y enseguida entró otra vez en la casa con los demás.

–Esto es una tontería, Sal –dijo Peppa–. Vamos a entrar a buscarla.

–No, Peppa –dije yo–. Ahí dentro hay otras personas. Se darán cuenta de que somos nosotras y llamarán a la policía. Y nos pillarán a todas.

Ingrid se acercó a nosotras gateando y nos rodeó con sus brazos y dijo:

–Volverá a salir. No os preocupéis. Relajaos. Dejad que suceda. Si no sale,

entraré yo. A mí no me conoce nadie. Le contaré que soy médico y que estáis aquí y conseguiré que venga conmigo.

Mientras nos decía aquello, mamá volvió a aparecer con un sobre de tabaco, y empezó a liarse un cigarrillo, y Peppa dio un salto y sin darme tiempo a hacer nada salió corriendo y se fue hacia mamá gritando:

–¡Mamá, somos nosotras!

Yo me puse de pie. Mamá estaba allí, en medio de aquella terraza, con la boca abierta y las manos extendidas, y Peppa se acercaba a ella corriendo y la abrazó, y mamá estuvo a punto de caerse. Gritaba, y se abrazaba a Peppa, y Peppa la agarró de la mano y empezó a tirar de ella para traerla con nosotras. Yo me separé un poco más de los árboles y caminé hacia ellas y mamá me vio y me saludó con la mano y soltó un: «¡Aaah!», y dejó que Peppa siguiera arrastrándola. Llegué junto a ellas y mamá me abrazó y estaba llorando y decía: «Oh, Sal, oh, Sal...».

La metimos en el bosque, y estaba temblando y se tambaleaba como si estuviera a punto de desmayarse. Peppa le decía:

–Puedes venir con nosotras. Vivimos en el bosque, con Ingrid, y puedes venir a vivir con nosotras. Te hemos construido un refugio.

Mamá dijo:

–¿Qué? No puedo, espera, no puedo...

Y entonces vio a Ingrid, que dio un paso al frente y le rodeó la cara con las dos manos y le dijo:

–Ya te hemos salvado. Puedes venir con nosotras y cuidaremos de ti.

Mamá estaba temblando, y preguntó:

–¿Dónde vamos?

Y nosotras empezamos a tirar de ella, a arrastrarla por el bosque. Era como si fuera ciega y no pudiera ver dónde estaba, y nosotras teníamos que tirar de ella y le sosteníamos la mano y le decíamos: «Por aquí, venga, vamos, ya está...».

Al acercarnos al muro oí que una voz gritaba: «¡Claire! ¡Claire!».

La ayudamos a pasar por encima del muro y yo me adelanté corriendo y retiré las ramas del Rolls-Royce, y entonces Ingrid se puso al volante y volvió a sacar el trozo de cable. Peppa arrastró a mamá hasta el coche, y cuando lo vio miró a su alrededor y dijo: «Es un Rolls-Royce», y Peppa dijo: «Sí, lo hemos robado».

Yo abrí la puerta trasera del lado del camino y ayudamos a mamá a subir, y

yo le dije que se tumbara junto al asiento, en el hueco para poner los pies, y Peppa la cubrió con la manta y nos subimos nosotras. Ingrid le gritaba algo en alemán al coche, y el coche arrancó, y ella dijo: «¡Ajá!».

Ingrid dio marcha atrás sobre la hierba y después aceleró, y yo iba delante y volví la vista atrás para comprobar si alguien nos seguía. Avanzamos un poco más y entonces Ingrid cambió de sentido en un camino y pasó de nuevo por la entrada de la Abadía, y la dejamos atrás, y aceleró mucho, y nos movíamos de un lado a otro y nos balanceábamos en las curvas. Peppa le decía a mamá:

–Tú quédate ahí y nadie te verá.

En la otra carretera Ingrid ya no iba tan deprisa. Empezaba a anochecer, pero no nos seguía nadie. Llegamos a la carretera principal y la tomamos, y entonces mamá se sentó en el asiento. Parecía asombrada, y no dejaba de llorar, y después se reía, y abrazaba a Peppa. Dijo: «Creía que estabais muertas», y se echó a llorar de nuevo.

El pelo corto le quedaba bien. Se lo había teñido muy rubio, y seguía siendo muy guapa y parecía joven, y tenía los ojos claros y luminosos, a pesar de estar llorando. Yo estaba en el asiento delantero, pero volvía la cabeza para mirarla.

–¿Dónde fuisteis? –nos preguntó.

–Nos escapamos, y hemos sobrevivido en el bosque. Y hemos conocido a Ingrid.

Peppa dijo:

–Es alemana. Me ha enseñado a decir culo en alemán, y se dice arse, igual que en escocés.

Mamá dijo:

–Os está buscando todo el mundo. Creía que estabais muertas. La policía me dijo que pensaban que podíais estar muertas. Creían que se os había llevado alguien...

Yo dije:

–No se nos ha llevado nadie. Nos escapamos y nos escondimos en el bosque.

Entonces mamá se echó hacia delante y me rodeó la cara con las manos y dijo:

–Sal, lo siento.

Y empezó a llorar.

Ya estábamos cerca del Little Chef, y le dije a Ingrid:

–¿Qué vamos a hacer con el Rolls-Royce?

Y ella dijo:

–Lo abandonamos. En un aparcamiento que hay cerca, y yo dejaré dinero dentro por la ventanilla rota y la gasolina, para el dueño.

–¿Dónde vamos? –preguntó mamá–. Yo estaba en rehabilitación y...

Peppa dijo:

–Mamá, vas a venir a vivir con nosotras en el bosque. Tenemos un campamento, y encendemos hogueras por la noche, es genial.

–Mamá, no puedes beber –dije yo.

–Ya no bebo –dijo ella–. Lo he dejado. Y no voy a volver. Oh, Sal... –Y lloró un poco más, y entonces dijo–: Esto es una locura.

Peppa dijo:

–Mamá, ¿tienes cigarrillos?

Y mamá dijo:

–Sí, bueno, tengo tabaco de liar.

Y Peppa dijo: «Dame uno», y mamá se rio y dijo: «No, Peppa», y yo dije: «No, Peppa».

Y entonces mamá dijo:

–También voy a dejar de fumar.

Aparcamos en un área de descanso a casi un kilómetro del Little Chef, y no había nadie. Ingrid sacó el cable de debajo del volante y el motor del coche se apagó, y las luces también. Estaba oscuro, e Ingrid cogió el cuaderno que llevaba en el bolsillo y arrancó una hoja y escribió: «Gracias por el coche y dejo dinero para pagar la reparación de la ventanilla», y puso varios billetes de diez libras sobre la nota y lo dobló todo y lo depositó en el asiento delantero.

–He dejado cien libras –dijo–. Las ventanillas de estos coches son muy caras.

Colocamos las mantas en el coche e Ingrid empezó a caminar delante de nosotras, con una linterna frontal, y yo iba la última con otra linterna, y trepamos un muro y cruzamos un prado y nos metimos en el bosque. Mamá llevaba zapatillas Converse, que estaban bien para andar, y no los tacones que solía llevar cuando trabajaba desnudándose. La verdad es que se portó bastante bien durante el camino, y a veces decía: «Esto da un poco de miedo», y se reía. Subimos por una ladera y seguimos por un camino elevado, y vimos las luces del Little Chef abajo, entre los árboles. Después encontramos un

sendero que subía hacia lo alto del valle, donde estaba el río, y lo tomamos. Ninguna de nosotras hablaba. Caminábamos por el bosque, y solo se oía el crujido de nuestros pasos sobre la nieve y las ramas. La media luna iluminaba un poco, y las estrellas ya habían salido, y brillaban con fuerza.

Peppa cogía a mamá de la mano y la ayudó al empezar a bajar por la otra vertiente, y le decía: «Cuidado ahí, mamá», y «Da un paso pequeño hasta aquí», y yo me daba cuenta de que le gustaba llevarla y mostrarle el camino.

Ingrid avanzaba más despacio de lo que era normal en ella, y a veces se llevaba la mano a la espalda, y en un momento se detuvo, se inclinó mucho hacia delante y soltó un quejido largo. Yo me acerqué a ella y le puse la mano en la espalda y ella me dijo: «Me duele mucho, Sal».

–Tenemos más analgésicos en el campamento –le dije yo, y ella negó con la cabeza, y a la luz de la luna se le veía la cara desencajada y los dientes muy apretados.

Mamá dijo: «¿Es la espalda?» Ingrid asintió y soltó el aire despacio. Se incorporó y dijo: «Venga. Vamos. Yo voy detrás. Voy despacio».

Le entregué a Peppa mi linterna frontal, y ella guiaba a mamá y yo iba más atrás, con Ingrid, sosteniéndola del brazo, y ella me cogía muy fuerte de la mano. Tardamos siglos en llegar al campamento, y yo tuve que empujar a Ingrid por la cuesta, y ella lo pasó muy mal durante todo el camino.

Llegamos al campamento y avivé el fuego, y encendimos las velas de Ingrid, y la sentamos junto a la hoguera y le sacamos una manta, y yo metí varias piedras entre las brasas para calentarlas. Le di dos ibuprofenos, y codeína, y ella dijo: «No, dámelos todos», y se tomó los seis que quedaban en la caja.

Peppa, con la linterna frontal puesta, le enseñó a mamá su refugio, y mamá decía:

–¿Lo habéis hecho vosotras? Es genial. ¡Y una mesilla!

Peppa estaba entusiasmada con la idea de que mamá tuviera su refugio, y después la acompañó hasta donde estábamos nosotras y la sentó frente a la hoguera y la tapó con una manta y yo preparé té para todas. Ingrid seguía ahí sentada a la luz de las llamas, con una especie de sonrisa dibujada en la cara.

Cenamos carne enlatada con alubias y pan, y después un poco de pastel Dundee, y mamá se lio un cigarrillo y lo encendió. Se veía guapa y joven a la luz de la hoguera, y yo me senté a su lado y ella nos rodeó a mí y a Peppa con los brazos. Ingrid dijo:

–Claire, ¿me podrías dar un cigarrillo, por favor?

Yo no sabía que Ingrid fumara, y además era médico, pero mamá le lio uno y ella lo encendió y tosió un poco y dijo:

–Hace cuarenta años que no fumo.

–Ingrid es muy vieja, mamá –dijo Peppa–. Tiene setenta y cinco años.

Y mamá dijo:

–¡No es posible!

–Y es médico, y desertó de la RDA en 1979. Y fue hippie, y la policía le pegó en la caravana de los hippies –dije yo.

Peppa dijo:

–Y estuvo enamorada de un hombre que se llamaba Max, pero él la engañó con otra y ella se deprimió y se dedicó a la investigación. Y tuvo un novio que se llamaba Matt que habría podido ser su hijo, por la diferencia de edad. Y se sabe todas las palabrotas en alemán.

Ingrid se estaba riendo.

–Les he contado toda mi vida, Claire. Nunca le había contado mi vida a nadie.

Mamá también se echó a reír y después dijo:

–Lo siento. Ha tenido que cuidar de ellas.

Ingrid dijo:

–Ellas me cuidan a mí. Son unos ángeles. Me han hecho muy feliz.

–Yo soy un ángel –dijo Peppa juntando las manos como si rezara, y poniendo cara de santa.

–¿Es cierto que es médico? –le preguntó mamá.

–Sí –dijo Ingrid–. Fui médico de cabecera durante quince años antes de jubilarme y venir a vivir aquí.

Peppa dijo:

–Ingrid sabe hacer pan, y velas. Y cose sombreros y hace recipientes y me sacó tres dientes de lucio de la mano cuando me mordió un lucio que pesqué con Sal en el otro lago, y tuve fiebre y estuve muy enferma y gracias a ella mejoré.

Mamá dijo:

–¿Te mordió un lucio?

–Sí, menudo cabrón, era enorme, y me dejó tres cortes en la mano. Sal se lo comió.

Ingrid dijo que debíamos acostarnos, y yo envolví una piedra caliente para ella y entré en su refugio y ella se quitó el abrigo largo y las botas y se metió



en la cama y yo le puse la piedra en la espalda. Ella me acarició la cara y dijo: «Ya tenemos a tu madre, Sal».

Y yo le di un beso y me fui a dormir.



Mamá nos contó lo que había pasado después de que nos escapáramos. Ella se despertó con resaca, como de costumbre, y quería ir al baño pero no podía salir de la habitación. Estuvo mucho rato aporreando la puerta, llamándonos a nosotras y a Robert, y después se asomó a la ventana y empezó a darle golpes y a gritar. Encontró su teléfono y llamó a Robert, y oyó que el de este sonaba en la sala. Después nos llamó a nosotras, pero no había señal, y luego lo intentó con dos chicas de su club, pero no le respondieron. No se le ocurría a quién más llamar, y entonces encontró el número de Ian Leckie en los contactos y lo llamó.

Él le dijo que vendría. Cuando llegó al piso la llamó por teléfono y le dijo que iba a tener que romper la puerta, y ella le dijo que de acuerdo. Mamá sabía que pasaba algo malo, y entonces oyó que echaban la puerta abajo, y que Ian la llamaba por todo el piso, y entonces oyó que decía: «¡Dios mío!». Y después empezó a llamarnos a nosotras a gritos, a Peppa y a mí, y encontró la llave sobre la alfombra y abrió la puerta y dijo: «No entres en la habitación de Sal, Claire», y ella pensó que estábamos muertas, o heridas, y se puso a gritar y lo empujó para que la dejara pasar y salió corriendo y vio a Robert muerto sobre mi cama.

Ian llamó a la policía y vinieron y entraron muchos agentes en el piso, y a mamá la tenían en la sala y no dejaban de preguntarle dónde estábamos nosotras, y ella les decía que no lo sabía. Ni siquiera se acordaba de lo que había ocurrido la noche anterior, y tenía ganas de tomarse una copa, pero ellos no la dejaron.

Precintaron todo el piso y empezaron a preguntar a toda la gente de las inmediaciones si nos habían visto, e Ian Leckie y otros hombres empezaron a buscar por otros pisos, por el parque de juegos y por la parte de atrás de las vías del tren. Se llevaron a mamá a la comisaría y no dejaban de preguntarle qué había pasado y qué habíamos hecho la noche anterior. Le preguntaron muchas cosas sobre Robert, y dijeron que habían encontrado teléfonos y tarjetas robadas y drogas en el piso. Mamá pasó la noche en comisaría, e

interrogaron a Ian Leckie y se quedaron con su teléfono, y al día siguiente una mujer de los servicios sociales vino a ver a mamá y también un abogado, y mamá estaba nerviosísima, se moría por una copa para poder enfrentarse a todo lo que estaba pasando.

A mamá la visitó un médico, y la llevaron a un hospital y la ingresaron en una habitación y le dieron pastillas para que se calmara, y la policía no se separaba de ella y seguían preguntándole muchas cosas sobre nosotras. Después la policía dijo que tenía que salir a hablar con la prensa, y se la llevaron a la comisaría y ella lloró delante de todas las cámaras y los periodistas y pidió que volviéramos a casa.

Después detuvieron a Ian Leckie y lo interrogaron durante dos días como sospechoso de haber matado a Robert. Lo soltaron porque no había pruebas contra él. Eso demuestra lo tonta que es la policía.

Mamá siguió en el hospital tres días más, y mientras estuvo allí no dejaban de ir a hablar con ella y le decían que aún no nos habían encontrado. Le preguntaban muchas cosas sobre Robert, y le dijeron que lo habían condenado por pederastia antes de conocerla a ella. Ella lloró y lloró, y quería suicidarse. Le hicieron muchas preguntas sobre el padre de Peppa y el mío, y sobre el club en el que trabajaba y sobre las chicas a las que conocía allí. El médico y las asistentes sociales no dejaban de entrar a verla y le contaban cosas y la examinaban. Después fue a verla el abogado y le dijo que de momento a ella no la acusaban de nada. Pero que tal vez más adelante sí la acusarían de habernos descuidado. El médico dijo que tenía que someterse a una desintoxicación porque tenía síndrome de abstinencia y temblores constantes. Los médicos dijeron que pagarían ellos, y mamá nos contó que el tratamiento costaba dos mil libras a la semana.

Cuando hacía una semana que nos habíamos escapado, le dijeron que iban a llevarla a rehabilitación. Ian Leckie y algunas chicas del club fueron a verla, y mamá estuvo mucho rato hablando con él y le contó cómo eran las cosas cuando bebía. Él le dijo que nos encontrarían sanas y salvas y que tenía que someterse a la rehabilitación. La policía no le contaría nada sobre la búsqueda, ni sobre dónde creían que podíamos estar.

Ian le llevó algo de ropa y ese abrigo gris tan largo para ir a rehabilitación, y le dio cigarrillos. La policía se quedó con su teléfono móvil.

Dos asistentes sociales la llevaron a rehabilitación, acompañados de una mujer policía que le dijo que creían que yo había matado a Robert. Mamá ya

sabía que había sido yo. Al entrar en el centro de rehabilitación la registraron para comprobar que no llevara alcohol ni drogas, y le dieron una habitación compartida con otra chica que se llamaba Jackie. El día que entró ya llevaba una semana sin beber.

Jackie era la mujer que habíamos visto en el césped. Era peluquera y fue ella la que le cortó el pelo a mamá y se lo tiñó, y allí asistían a muchas reuniones y hablaban con los médicos. La policía fue a verla al cabo de tres días y le dijeron que no nos habían encontrado y le preguntaron muchas más cosas sobre nosotras, otra vez.

Mamá seguía sin beber, y empezó a encontrarse mejor y hablaba con la gente sobre cómo se portaba con nosotras antes, y sobre Robert, y lloraba mucho. Ian Leckie fue un día a verla y estuvieron hablando mucho rato, y él le dijo que estaba haciendo lo que debía. Ella dijo que lo conseguía planteándoselo día a día y siendo sincera. Le dijo que era sencillo pero no fácil.

Aquella primera noche todas dormimos en nuestro refugio, y mientras Peppa se desvestía, mamá se fijaba en nuestro equipo de supervivencia, como el saco de dormir o el hervidor de agua y las cosas para encender fuego. Yo le mostré las linternas frontales por si quería salir a hacer pis por la noche.

—¿De dónde habéis sacado todo esto? —preguntó.

—Casi todo lo compré por internet —le dije—. Algunas cosas las he robado.

Mamá cogió la mochila y la levantó.

—¿Y cómo pagabas?

—Le cogía dinero a Robert y le robaba las tarjetas que tenía.

—O sea, que llevabas tiempo planeando todo esto, ¿no?

Yo le dije que sí y suspiré.

—Todavía me queda algo de dinero, mira. Cincuenta libras. Podemos usarlo para comprar comida.

Saqué unos billetes de un bolsillo de la mochila y ella los miró.

—Todavía no te he visto sonreír, Sal —dijo mamá.

Peppa, desde la cama, dijo:

—Yo soy la única que la hace sonreír. Y a veces se ríe y todo. Se ríe si digo que voy a ser pelirroja de abajo.

Pero en ese momento no me reí, y mamá parecía triste.

Se quitó el abrigo y las Converse y se metió en la cama con Peppa, y yo también me acosté.

Estábamos un poco apretadas las tres juntas, pero se estaba calentito y era agradable. Estábamos todas muy cansadas, y yo empecé a contarles cosas de la Revolución francesa, de cuando les cortaban la cabeza a todos los pijos, y después ya se la cortaban a todo el mundo, en 1793, cuando llegó el Terror y un abogado que se llamaba Robespierre decía que había que matar a todo el mundo que no quisiera la revolución.

Mamá me escuchaba, y al cabo de un rato dijo:

–¿Dónde has aprendido todas esas cosas, Sal?

–En internet –dije yo.

Mamá estuvo despierta mucho rato y yo también estaba despierta y la oía respirar. Me alegraba de haberla traído con nosotras, y de que no estuviera borracha, y empecé a relajarme. Peppa estaba entre las dos.

## 15

### Escarcha

A la mañana siguiente, mamá no estaba.

Por la noche había notado que se levantaba y se ponía la linterna frontal y el abrigo y las Converse. Creía que iba a mear. Yo me acurruqué al lado de Peppa esperando a que volviera, y me quedé dormida otra vez. Cuando desperté estaba amaneciendo, y mamá no estaba.

Volvía a hacer mucho frío, y había escarcha hasta en las brasas apagadas de la hoguera. No hacía viento y todo estaba en calma y la escarcha era como una piel blanca que lo cubría todo. Me puse el forro polar y me levanté y escuché con atención fuera del refugio. Mamá había dejado un rastro en la escarcha, hasta la letrina, y después había vuelto. Vi sus huellas, que llegaban hasta el refugio de Ingrid y después se internaban en el bosque. De pie, escuchaba atentamente, y me salía un vaho muy blanco de la boca cuando respiraba. Todo estaba tan en silencio que me oía la sangre.

Allí, esperando junto a la hoguera casi apagada por si oía algo, intentaba prever. Los cazadores procuran predecir el comportamiento de sus presas para saber dónde y cuándo estarán en un lugar, y si saben que van a necesitar agua o comida, se adaptan a ese comportamiento. Los depredadores aprovechan las necesidades de las presas e intentan darles caza allá donde son más vulnerables, cuando hacen sus necesidades o cuando se alimentan.

Yo sabía que mamá no habría ido a dar ningún paseo, y sabía que no estaba en la letrina. Me adelanté un poco y observé las huellas que pasaban por delante del refugio de Ingrid. Las Converse habían dejado marcas sobre la hierba helada, y eran unas marcas profundas, como si hubiera pasado corriendo. Además, empezaba a formarse una nueva capa de escarcha por los bordes de las huellas, lo que me informaba de que hacía más o menos una hora que había pasado por allí. También me fijé en el rastro, que no era recto, avanzaba en una dirección y después la rectificaba para dirigirse al bosque. Era de noche cuando se había ido, y seguía el haz de luz de la linterna frontal.

Tenía frío pero me sentía calmada, tranquila, y entré en el refugio y le

susurré a Peppa: «Me voy a dar un paseo con mamá. Cuando te despiertes, pon agua a hervir y prepárale a Ingrid infusión de pino y gachas. Volvemos en un par de horas».

Ella se revolvió un poco y murmuró: «Vale», y volvió a dormirse. Comprobé que estuviera bien tapada y la arropé mejor.

El dinero de la mochila había desaparecido. Cogí el cuchillo y la escopeta de aire comprimido y el monocular. Metí el botiquín de primeros auxilios en la mochila pequeña y un trozo de cuerda de nilón, y un paquete de pasas.

Después de avivar el fuego y echarle bastante leña, fui a ver a Ingrid. Ella estaba sentada en la cama con una colcha por encima. Cuando entré, me sonrió, y yo le dije: «Mamá se ha ido».

–Oh, Sal –dijo, con la respiración pesada.

–Me voy a ver si la encuentro. Ha dejado huellas. Peppa te preparará el desayuno.

–Volverá a buscarte, Sal –dijo ella.

Yo la miré fijamente a los ojos y le dije:

–No, no volverá.

En lo alto del bosque sus huellas eran fáciles de seguir, porque pisaba con fuerza, y se notaba que se equivocaba, y había hojas rozadas y ramas rotas. Había bajado hacia donde vivían los tejones y donde estaba el valle pequeño del río. Seguí el rastro entre los árboles, y vi que con sus pasos había dibujado un gran ocho, por lo que me di cuenta de que había subido desde el río, alejándose del mejor punto para cruzarlo. Vi unas huellas que indicaban que se había caído de rodillas y que había arrastrado con su largo abrigo las hojas y las agujas de los pinos. El sol se colaba entre los árboles, por encima de la neblina helada, pero a medida que descendía por el valle la neblina se hacía más espesa y el suelo estaba cubierto de una escarcha densa.

Encontré el punto por el que había atravesado el río. Había hielo cuarteado y una pisada en el barro, y había resbalado junto a unas piedras, y había un gran triángulo marcado en la escarcha, y unos arañazos que indicaban dónde había intentado ponerse de pie. Vi la huella de una mano sobre el mantillo.

Más allá de los tejones, y de los árboles, el rastro era menos fácil de seguir, y ella había encontrado el camino que habíamos tomado la noche anterior, o sea que allí también estaban nuestras huellas, aunque más cubiertas de escarcha que las suyas, así que de todos modos podía distinguir cuáles eran las suyas. Me paraba de vez en cuando y escuchaba con atención.

Mamá se había detenido al llegar a lo alto del primer gran repecho, y se había fumado un cigarrillo junto a un abedul. Vi en el suelo la colilla aplastada de un cigarrillo de liar, y manchas de una mano sucia sobre la corteza blanca.

Empecé a entusiasmarme. Todos dejamos marcas en los sitios por los que pasamos, pero hay marcas que son más fáciles de seguir. Como ahora era capaz de predecir a dónde se dirigía, por el camino, hacia la carretera y el Little Chef, aceleré el paso y subí corriendo a través del bosque, que en ese punto era más denso. Mamá no estaba tan en forma ni era tan rápida como yo, y pensé que tal vez pudiera recortar su ventaja y alcanzarla antes de que llegara a la carretera. Sabía dónde iba, y sabía para qué. Tenía el dinero.

Tuve que subir muy deprisa, correr entre los pinos escoceses, sin dejar de mirar, de escuchar atentamente hacia abajo, hacia la derecha, que era hacia donde se dirigía el camino. Cuando llegué arriba de todo, el sol había disipado la neblina e iluminaba las copas de los pinos, pero más abajo, en el camino, todo estaba aún cubierto de niebla.

Intenté adivinar hasta dónde había podido llegar. Si había llegado a la carretera, podía acercarse hasta el Little Chef. No sabía si allí servían alcohol, ni si se lo venderían a primera hora de la mañana. Pero los alcohólicos siempre encuentran la manera de conseguirlo si quieren. No se puede confiar en ellos. Si dicen que solo han tomado una copa es que han tomado diez. Si dicen que no han tomado ninguna es que han tomado veinte.

Llegué a la parte más alta, justo por encima del Little Chef. El desnivel hasta el camino era un precipicio bastante recto de unos diez metros. Veía el aparcamiento, que era donde habíamos robado el Rolls-Royce. Bajé con cuidado por la pendiente, moviéndome de árbol en árbol. La oí antes de verla, y sollozaba. El llanto me llegaba a través de la niebla, y era como una tos seca que resonaba. Me eché al suelo y me arrastré hacia allí.

Mamá estaba sentada, apoyada en el tronco de un árbol, como un fantasma gris, al borde mismo de aquel precipicio, y temblaba como si estuviera vomitando, y el sonido de sus sollozos resonaba en todo el bosque. Me acerqué más, a gatas, hasta llegar a unos quince metros de ella, y me quedé mirándola desde detrás de unas hierbas. Cogí la escopeta y la puse recta y le apunté a la cabeza mirando por el visor, y esperé.

Se había quedado quieta, y yo tenía el dedo en el gatillo y había bombeado aire diez veces a la escopeta y había un balín en la cámara. A esa distancia, y con diez bombeos, podía atravesar un contrachapado de 9 milímetros. Como

tenía un ojo cerrado no le veía la cara con detalle, y apuntaba a la mancha gris que era ella a través de la niebla.

Aspiré hondo y esperé sin perderla de vista. Pensaba en ella y en los días y las noches desde que era niña y ella estaba dormida, o colocada. Notaba las mandíbulas muy apretadas, y me dolía la boca, y el frío se me metía en el cuerpo en contacto con el suelo.

Entonces grité:

–¡Mamá!

Ella volvió la cabeza, y yo aparté los ojos del visor y me fijé en su cara. Tenía la boca abierta, moqueaba y los ojos se le veían muy rojos. Ella, con un hilo de voz, dijo:

–¿Sal?

–¡Nos has abandonado! –le grité–. ¡Has abandonado a Peppa!

Ella arrugó la cara, como si le doliera, y dejó escapar un sollozo que resonó en el bosque.

–¡La has abandonado, mamá! –volví a gritar–. Ella fue a buscarte, y tú la has abandonado.

Mamá se puso de pie despacio, mirando a su alrededor, y avanzó lentamente. Yo seguía apuntándola con la escopeta.

–Sal, lo siento. Lo siento –gritó.

Empecé a incorporarme, y ella vio que estaba más arriba y se volvió hacia mí con los brazos extendidos.

–¿Te has llevado el dinero? –le grité yo.

Y ella asintió con la cabeza y las lágrimas le resbalaban por la barbilla y caían sobre la escarcha. Se metió la mano en el bolsillo y sacó los billetes y los levantó. Entonces dio un paso más hacia el desnivel que quedaba frente al camino y el Little Chef.

Yo también avancé un paso sin dejar de apuntarla. Estaba de pie, junto a un árbol grande, pero miraba hacia arriba, hacia mí. Yo empezaba a verla con más claridad mientras bajaba entre la niebla. Tenía la cara desencajada y los ojos cerrados y empapados en lágrimas y en niebla. Yo mantenía la escopeta levantada. El corazón me latía con fuerza.

–¿Ibas a beber? –le pregunté.

Ella se giró para no mirarme, y se tambaleó, y volvió a decir que sí con la cabeza y un sollozo le sacudió el cuerpo. Entonces dio un paso al frente y se cayó por el precipicio.



Se oyeron ramas que se partían, y un gruñido, y un golpe, y más crujidos de ramas. Solté la escopeta y corrí hasta el borde del precipicio y miré hacia abajo. Estaba de lado, con el abrigo largo abierto a su alrededor como una falda sobre la escarcha blanca. No se movía. Tenía un brazo levantado, como si señalara algo, y el otro por detrás del cuerpo, y las piernas cruzadas.

El corazón me latía cada vez más deprisa, y notaba un nudo en el pecho y la frente cubierta de sudor. Mareada, me eché hacia atrás, tambaleándome, con ganas de vomitar. Me apoyé en un árbol para no perder el equilibrio e intenté respirar hondo, pero el aire se me pegaba a la garganta, no entraba. El sudor se me helaba en la frente, y en cambio el pecho me ardía. Caí hacia delante y me di con la cara en el tronco, y las rugosidades y los surcos se me clavaron en la piel. Me quedé así, sin respirar, rodeando el tronco con los brazos para no caerme. Entonces aspiré hondo, y solté el aire contra el árbol, y la corteza me arañó los labios. Las cosas empezaban a volverse negras, y veía solo destellos.

Entonces oí la voz de un hombre que gritaba: «¿Sal?», y que volvía a gritar. Yo me quedé junto al árbol, y oí unos pies que corrían en el camino de abajo, y el hombre entonces dijo:

–¡Dios mío! ¿Estás bien? ¡Quédate ahí! ¿Sal? ¿Sal?

Yo me solté del árbol y me acerqué a rastras hasta el borde del precipicio y miré hacia abajo.

Adam estaba de pie al lado de mamá, y miraba hacia arriba. Dijo:

–Te he visto ahí arriba desde el aparcamiento. La he visto caer. –Se arrodilló a su lado y le puso una mano en la frente y vi que le palpaba el cuello. Volvió a levantar la vista—. Creo que tiene una conmoción. Hay que sentarla.

Entonces yo me levanté y bajé corriendo por la larga pendiente, entre los árboles, hasta que llegué al sendero, y una vez allí volví a subir hasta donde estaba mamá. Los dos estaban sentados, y ella movía la cabeza y parpadeaba. Él le sujetaba la cara y la miraba a los ojos y le decía:

–Estás bien. ¿Me oyes? ¿Cómo se llama?

–Claire –dije yo.

Y él dijo:

–Claire... te has caído y has sufrido una conmoción. ¿Me oyes?

Mamá puso los ojos en blanco un momento, y entonces negó con la cabeza y dijo:

–Sal.

–Sal está aquí –dijo Adam.

Y entonces mamá echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos y Adam le sujetó la cabeza. Empezó a darle unas palmaditas suaves en la cara. Tenía el rostro empapado y manchado de tierra, y era como si la cabeza le pesara tanto que el cuello no pudiera sostenerla. Adam, en voz baja, repetía: «Claire, Claire...».

Vestía un forro polar azul y vaqueros, y se quitó el forro polar y se lo puso a mamá por los hombros. Debajo llevaba una camiseta, y tenía los brazos anchos y musculosos, pero le sujetaba la cara con mucha delicadeza. Se volvió hacia mí.

–Está en estado de shock. Ha caído en un sitio que es bastante blando. Creo que ha sido el viento lo que la ha hecho caer. Yo regresaba hacia mi coche y he mirado hacia arriba y la he visto caer, y después te he visto a ti. Te he reconocido.

Había un montón de hojas con escarcha esparcidas en el lugar de la caída. Si Peppa hubiera estado ahí, habría dicho que menos mal que había caído de culo.

–Es mi madre –dije yo–. Estábamos caminando, y ella no ha visto el precipicio.

–Es fácil no verlo, con esta niebla –dijo él. Mamá parecía dormida. Adam me miró, y parecía preocupado–. La tumbaré en el suelo.

–Dale un bofetón –dije yo–. A lo mejor se despierta.

Pero él empezó a bajarla muy despacio y dijo:

–No parece que haya lesión en la cabeza. Y respira.

–Colócala en postura de recuperación –dije yo.

Él la dejó boca arriba y después la agarró por detrás de la rodilla y tiró de ella hasta que mamá se volvió y se colocó de costado. En ese momento abrió los ojos y dio un respingo y abrió la boca, y le vino una arcada, como si fuera a vomitar, pero no le salió nada.

–Estoy aquí, mamá –dije yo.

Seguía con los ojos cerrados, pero respiraba con más fuerza, y Adam le quitó el forro polar de los hombros y la cubrió con él. Mamá estuvo así unos minutos, respirando hondo, de lado, con los ojos cerrados, y entonces los abrió de pronto y dijo:

–Dios mío, ¿qué he hecho?

Adam le dijo:

–Te has caído... desde ahí arriba.

–Sal –dijo ella.

Mamá empezó a moverse, y Adam la ayudó a incorporarse. Se sentó despacio y empezó a mover la cara, abriendo mucho la boca, como si tragara. Abrió mucho los ojos y me miró.

Adam se acuclilló a su lado y empezó a pellizcarle las piernas.

Mamá soltó un grito y se agitó un poco. Tenía la cara manchada, y roja de llorar, pero miraba fijamente a Adam. Él le plantó el dedo índice delante de la cara y lo movió, y ella lo siguió con la mirada.

–¿Cuántos dedos hay? –le preguntó.

–Uno –dijo ella.

–¿Y cuántos hombres tienes delante?

–Uno –dijo ella, sonriendo.

Adam volvió a sujetarle la cara y le examinó los ojos y después le palpó los brazos y le tiró de las puntas de los dedos y le preguntó:

–¿Notas esto?

–Sí –dijo mamá.

Entonces él dijo: «Dime cómo te llamas», y ella dijo: «Claire Brown», y Adam dijo: «¿Cómo se llaman tus hijas?», y ella dijo: «Salmarina y Paula, pero las llamamos Sal y Peppa».

Adam se volvió a mirarme y me preguntó:

–¿Cómo está Peppa?

Y yo le dije:

–Está bien, sí. En el campamento, con nuestra abuela.

Mamá, hablando despacio, dijo:

–Vosotros ya os conocéis, ¿verdad?

–Nos conocimos en unas rocas del lago helado –dijo él–. Yo estaba esquiando. Sí, conozco a Peppa. No nos olvidemos de Peppa.

Y se echó a reír, y abrió mucho los ojos, y le brillaron, y yo pensé que era muy guapo.

Ayudó a mamá a levantarse y dijo:

–¿Dónde te duele?

Y mamá dijo:

–En el culo.

Y él volvió a reírse.

–Has tenido suerte, es una caída mala.

Mamá dijo:

–Tengo mucha hambre. Me muero de hambre.

Me miró, alargó los brazos y tiró de mí para abrazarme, y me abrazó y yo le dije: «No digas lo siento», y ella hundió la boca en mi cuello y dijo: «No lo diré», y me puso el dinero en la mano.

Nos acercamos hasta el Little Chef, y mamá cojeaba un poco y de vez en cuando se frotaba la espalda. Adam nos contó que ya se volvía a la universidad y que había parado para desayunar y que nos había visto cuando salía a buscar el coche. El café estaba tranquilo, y nos sentamos en una de las mesas del fondo, con bancos corridos, y yo me senté de cara a la puerta. Mamá y yo pedimos un desayuno completo, y Adam se tomó un café.

–Tienes que estar atenta, por si se trata de una conmoción cerebral –le dijo a mamá–. Si te mareas o te parece que te vas a desmayar, es importante que vayas al médico.

–No hay problema –dije yo–. Conocemos a un médico.

Adam me preguntó cuántos años tenía, y yo se lo dije y él me dijo:

–¡Guau! Pareces mayor.

Y yo noté que me ponía colorada.

Mamá me puso una mano en la cabeza y dijo:

–No. Todavía es una cría.

–No lo soy –dije yo.

Y Adam se rio.

Mamá se fue al lavabo, y yo me quedé un momento a solas con Adam y le dije:

–Adam, no le cuentes a nadie que nos hemos encontrado, ¿vale? Se supone que no tendríamos que estar aquí, y hay alguien que nos está buscando, y estamos escondidas en el bosque un tiempo. No le cuentes nada a nadie sobre nosotras.

–No se lo diré a nadie –dijo él–. ¿Quién os busca? Yo podría ayudaros.

–No hace falta. Estamos a salvo. Pero tenemos que estar solas. Yo me ocupo de mamá y de Peppa. Tengo un cuchillo y puedo protegerlas. No le tengo miedo a nada.

Adam me miró fijamente y dijo:

–No, no parece que le tengas miedo a nada. O sea, que sois unas fugitivas.

Y yo le dije que sí, y él sonrió y me dijo: «No me puedo creer que solo

tengas trece años», y se levantó para irse cuando mamá volvía a la mesa, y le dio las gracias y le estrechó la mano, y él le dijo que fuera a ver a un médico.

Lo vimos salir del aparcamiento en su coche, que era pequeño y de color azul y tenía un portaesquíes en el techo.

–Es guapo, Sal, es muy guapo –dijo mamá.

–A Peppa le gustó –dije yo.

–A mí también me gusta –dijo mamá, y se rio.

Alargó las manos sobre la mesa, me cogió las mías y en voz baja me dijo:

–Tenía tanta hambre, y tanto enfado, y tanta soledad y tanto cansancio... Y tanto miedo. Y cuando tengo miedo salgo corriendo. Y me he puesto a correr para ver si encontraba un sitio donde taparlo todo, Sal. Eso es lo que he hecho siempre. Cuando te vi a ti y a Peppa y vi lo que habíais hecho y por qué lo habíais hecho, solo quería salir corriendo para taparlo todo.

Le temblaba la cara y tenía los ojos húmedos una vez más. No llevaba maquillaje, y se había lavado la cara en el lavabo, y le brillaba.

–Creía que me ibas a disparar –dijo.

–Es que te iba a disparar –dije yo–. Y volveré a hacerlo si abandonas a Peppa.

Ella suspiró y me agarró de las manos y me las besó.

Pagamos, y yo compré ibuprofeno en la tiendecita que había allí, para Ingrid, y también compramos leche. Empezamos a subir por la cuesta, y yo me fui corriendo hasta lo alto de la cresta que había encima del Little Chef y recuperé la escopeta. Subimos por el camino hacia el valle, pero íbamos despacio porque mamá decía que le dolían las piernas.

Mamá me contó cosas de cuando era pequeña. La dieron en acogida a una pareja ya mayor, él se llamaba Cliff y ella Mary, porque su madre no podía cuidar de ella, y no la veía nunca, y no sabía quién era su padre. Cliff le contó que su padre era un gánster. Cliff y Mary estaban bien, pero eran mayores y ella creía que solo la habían acogido por el dinero que les daba el estado para su manutención, y nunca llegaron a adoptarla. Ella quería encontrar a su madre, dijo un día, y ver cómo era y si todavía estaba viva. Vivían en un barrio de casas nuevas y tenían jardín y garaje, e iban a la iglesia. Mamá dijo que a ella le gustaba ir a la iglesia y a la escuela dominical, donde aprendía cosas de la Biblia, y una vez, cuando tenía unos once años, fueron de vacaciones a España. Cliff era electricista del ayuntamiento, y Mary trabajaba en el comedor del colegio.

A mi padre lo conoció en el colegio. Era un año mayor que ella y se llamaba Jimmy, pero todos lo llamaban Maz. Mamá me contó que no le gustaba nada estudiar, y que era tonta, y que lo suspendía casi todo. Muchas veces iba al parque y bebía y fumaba hierba con otros chicos del colegio. Me dijo que la primera vez que tomó alcohol se sintió genial. Decía que era como si alguien hubiera encendido todas las luces del mundo.

Me dijo:

–Yo no soy lista como tú, Sal. Yo no sé nada. Ni siquiera sé dejar de beber.

–Tú no bebas y ya está –le dije yo–. No bebas ni una copa.

Y ella dijo que sí, y cruzamos el río y descansó un poco sobre una piedra y se fumó un cigarrillo y yo buscaba plantones de fresno porque quería hacerme un arco y quería desbastarlo. Encontré uno de la anchura de mi muñeca y lo corté.

Empezamos la subida hacia el campamento y el sol ya estaba más alto y comenzaba a fundir la escarcha y la nieve. Le pedí a mamá que no le contara nada a Peppa de Adam, ni de que se había marchado para ir al Little Chef, y mamá me dijo que no le diría nada.

Al llegar al campamento Ingrid estaba sentada delante de la hoguera, tapada con una manta, y tallaba un pedazo de madera y le enseñaba alemán a Peppa. Peppa afilaba unos palos finos con su nueva navaja.

–Te estoy haciendo flechas, Sal –dijo–, por si te fabricas el arco. ¿Funcionarán?

Yo las miré y le dije que debían tener plumas, y en el extremo de atrás un peso para que se movieran rectas, y ella me dijo: «En alemán, flecha se dice Pfeil. En algunas palabras la p y la f pueden ir juntas, como en “pimienta”, que tiene primero una p y después una f: Pfeffer, que es casi como mi nombre pero con muchas eses. ¿Por qué cada país tiene nombres distintos para las cosas?».

Yo le dije que no lo sabía. Y no lo sabía, pero era una buena pregunta. Mamá se sentó junto a Ingrid, y ella le pasó un brazo por los hombros y le dijo: «¿Estás bien?», en voz baja, y mamá le dijo que sí pero empezó a llorar.

Peppa y yo la mirábamos. Yo la había visto llorar muchas veces y no me afectó, pero Peppa parecía preocupada, y le dijo:

–Mamá, ¿quieres ir a ver a la Diosa que se llama Cheryl?

Mamá se rio y le dijo que sí. Ingrid se tomó un ibuprofeno y se metió en su refugio a dormir, y entonces nosotras subimos por el bosque hacia el páramo y Magna Bra. Yo me había dejado la escopeta en el campamento, pero sí llevaba

el monocular y el cuchillo. Había metido unas pasas en la mochila, y la cuerda de nilón, y había llenado una cantimplora con agua de la tetera por si nos deshidratábamos.

En el camino de subida Peppa hablaba sin parar, y yo iba detrás de las dos. Le contó a mamá todo lo que Ingrid decía sobre la Diosa y sobre cuando Ingrid era pequeña en Berlín, le dijo que había perdido a su madre y que vivía con Klaus y con Hansi. Le dijo un montón de palabras en alemán, y todas las palabrotas, y mamá se rio al oírlas y no dejaba de exclamar: «¡Peppa!», cada vez que decía una.

La nieve estaba pastosa cuando llegamos al páramo, en dirección a las rocas, y vimos un ave carroñera. A medida que subíamos, la nieve se hacía más espesa, y en algunos puntos el viento la había ondulado, y la capa superior estaba helada. Hacía más viento, un viento cada vez más sostenido, y era del norte, frío. Las tres nos sentamos a resguardo de una pared de piedra seca, y comimos unas pasas y bebimos agua y miramos hacia atrás, hacia abajo, para ver de dónde veníamos, y se veían nuestras huellas en la nieve. Mamá dijo: «¿Qué es eso?», y apuntó con el dedo.

Justo por debajo de nosotras, a unos quince metros, había un montículo de nieve, y sentada sobre él vimos una liebre blanca con las orejas negras. Las tres nos quedamos inmóviles y yo la miré con el monocular.

–Es una liebre de montaña –dije–. En invierno se ponen blancas.

La liebre olisqueaba, y movía la nariz, pero tenía las orejas planas, y no parecía nada asustada al vernos. Peppa dijo:

–No la mates, Sal.

–No voy a matarla –dije yo.

Y eso que sería buena para comerla, y que de la piel saldría un buen gorro.

–Qué bonita –dijo mamá.

La liebre seguía ahí sentada, mirándonos, y entonces se rascó un poco con las patas delanteras. Era grande, mucho más grande que un conejo, y con el monocular veía que todavía le quedaban algunos mechones de pelo gris entre el blanco. Tenía los ojos amarillos, y unas pestañas largas que se movían cuando parpadeaba. Al levantarnos para seguir caminando, la liebre se puso tensa, alerta, y salió corriendo, alejándose de nosotras, hacia otros repechos nevados, y se le veían las plantas de aquellas patas tan grandes que tenía. Mamá me sonrió y seguimos subiendo.

Al llegar a piedras antiguas, Peppa empezó a correr de un lado a otro

gritando: «¡Hail, Cheryl!», y mamá y yo contemplábamos la vista, a lo lejos, y el valle que se abría abajo, hacia los lagos, y las franjas de bosque que se perdían en la distancia, y más allá una mancha plana, de un gris azulado, que tal vez fuera el mar.

Mamá dijo:

–Qué grande es todo esto.

–Tiene un área total de doscientos cinco kilómetros cuadrados. Se ve desde los satélites del espacio porque no hay contaminación lumínica. Es solo una mancha oscura al suroeste de Escocia, por encima del fiordo de Solway.

Mamá pasó la mano por la piedra en la que se apoyaba. Tenía hielo en la parte de arriba, y era como si una capa de cristal cubriera los líquenes. Se volvió y miró a Peppa, que seguía correteando entre las piedras. Y dijo:

–¿Sabe Peppa lo que hacía Robert?

–Un poco –dije yo.

Ella suspiró, y me cogió la mano, y yo se la apreté. Peppa vino corriendo hasta donde estábamos y dijo: «Tengo hambre», y nosotras nos volvimos y empezamos a bajar. En el camino de regreso Peppa le habló a mamá de Adam, el esquiador.

–Era muy guapo, mamá, y Sal se puso colorada.

Mamá me miró y sonrió, y yo le devolví la sonrisa.

Peppa salió corriendo ladera abajo, hacia nuestro bosque, y mamá caminaba a mi lado.

–Ya sabes que le he dicho vuestros nombres, los oficiales –me dijo.

–Sí, ya lo sé –dije yo–. Pero no diré nada.

Cuando llegamos al campamento, Ingrid seguía dormida, y yo preparé arroz y alubias y ternera de lata para la cena, mientras oscurecía. También había para Ingrid, pero ella dijo que no quería nada, y mamá fue a sentarse con ella y hablaron un rato mientras yo desbastaba las ramas de fresno y Peppa leía su libro iluminada por la luz de su lamparita.

Mamá dijo que dormiría en su refugio, y metimos una piedra caliente en una toalla para que no tuviera la cama tan fría, y Peppa se acostó, y mamá también, pero yo me quedé junto a la hoguera, vigilando el refugio de mamá hasta que se hizo tarde y oí el ulular de unos búhos.



## 16 Neblina

A la mañana siguiente fui a ver a mamá y todavía estaba en su refugio. Me puse el forro polar y avivé el fuego mientras todas dormían, y el sol empezaba a salir. Herví un poco de agua y le preparé a Ingrid infusión de pino con azúcar y se la llevé a la cama. Estaba profundamente dormida, y le dejé la taza al lado.

Acerqué al fuego las Converse de mamá, porque estaban húmedas, y saqué la escopeta y el monocular y me fui a echar un vistazo por ahí por si cazaba un conejo. Trepé hasta la cresta que quedaba por encima del campamento, más allá de los abetos, y seguí por ella en un punto en que el desnivel hasta el bosque era casi vertical. Después encontré un sendero lleno de curvas que descendía, y bajé por ahí hasta llegar a una hondonada llena de avellanos con muchas varas y ramas rectas que sobresalían. Las varas de avellano van muy bien para fabricar flechas si se quiere hacer un arco y unas flechas como los que le había visto hacer una vez a Ray Mears. Avancé un poco más y encontré una casita muy pequeña y en ruinas, de la que salían árboles. Quedaba una pared de piedras, y un trozo de chimenea. Al otro lado había un camino más ancho que llevaba a otro bosque, y empecé a seguirlo. Era una antigua pista forestal que bajaba, pero no se veían roderas de ningún vehículo.

Había un claro más abajo, y unas paredes de roca que lo rodeaban, y unas grandes piedras planas esparcidas por todas partes, cubiertas de algo de nieve y escarcha. Vi el destello de la cola de un conejo que se alejaba y se ocultaba detrás de un pino. Me senté a esperar, y saqué despacio el monocular. Al otro lado del claro, bajo las paredes, había madrigueras de conejo. En el exterior de una de ellas se distinguía barro nuevo, y observé y vi que cerca había un conejo sentado sobre las patas traseras. Era grande. Tenía las orejas levantadas, y veía cómo se le movían los bigotes. Al poco tiempo otros dos se le pusieron al lado. Y entonces salió otro de la madriguera y ya eran cuatro, ahí quietos, sin hacer nada. El más grande empezó a arañar la nieve y otro pequeño se le puso al lado de un salto. Después se alejó y vino en mi

dirección, pero se volvió y observó a los otros tres. Todos empezaron a arañar la nieve y a mordisquear la hierba que había debajo. El más grande seguía ahí sentado, con las orejas muy tiesas. Después empezó a moverse a saltos hacia mí, y volvió a sentarse. Observaba a los demás y montaba guardia. Los otros tres brincaban, arañaban el suelo y mordisqueaban, pero él seguía ahí quieto.

Entonces, muy muy lejos ladró un perro. El conejo más grande dio tres golpes en el suelo con una pata trasera –pam, pam, pam–, y los cuatro salieron corriendo hacia la madriguera y se esfumaron.

Me senté allí mismo y el perro volvió a ladrar. Me levanté, alegrándome de no haber matado a los conejos. No quería matar a aquellos conejos.

Volví a subir por el bosque y llegué a lo alto de la cresta y la seguí hasta lo alto del precipicio que miraba al claro. Se veía todo el bosque alejándose, blanco y gris de escarcha, y dos grandes jirones de neblina que eran como brazos y que se extendían al fondo del valle. En un punto, la neblina se abrió y se veía la carretera desdibujada entre árboles, y un coche diminuto, gris, que avanzaba por ella y se internaba en la neblina. Todo estaba en silencio, y me senté al borde del precipicio, contemplándolo todo. El perro ladraba, más lejos aún que antes, como una voz amortiguada y ronca que gritara: «¡Arc!».

Estaba sentada con los pies colgando sobre aquel acantilado. Sentí que el frío y el silencio me invadían y empecé a notar el cuerpo ligero y entumecido, primero el culo y las piernas, pero después iba subiendo, hasta que ya volvía a estar solamente mirando desde un lugar grande y vacío el valle plateado y neblinoso. Las lucecitas empezaron a caer como gotas de lluvia, y yo estaba ahí colgada, contemplándolas. Formaban unas líneas finas, zigzags que bailaban sobre la vista que tenía frente a mis ojos, y mis ojos eran huecos y detrás de ellos no había nada. Ni siquiera yo.

Un cuervo me hizo volver en mí. Soltó un graznido justo encima de donde me encontraba, sobre un pino escocés muy alto, y en seguida lo acompañaron otros dos. No sé cuánto tiempo llevaba allí, pero las piernas y el culo seguían entumecidos, y tuve que ponerme de pie y frotármelos.

Peppa y mamá e Ingrid volvían como destellos a mi mente, y empecé a correr. Notaba que el pánico se apoderaba de mí, y el corazón me latía con fuerza, y oía una voz dentro de la cabeza que me decía: «No puedes hacerlo». Lo repetía una y otra vez al ritmo de mis pasos, con la escopeta bajada en la mano izquierda y el monocular que me golpeaba el pecho, porque lo llevaba al cuello sujeto con una cinta. No puedes hacerlo. No puedes hacerlo. Corría por

la cresta, con el bosque más abajo, que aparecía y desaparecía entre los grandes árboles, y pisaba con fuerza la nieve cubierta de escarcha, que crujía bajo mi peso. No puedes hacerlo. No puedes hacerlo.

Cuando llegué al sendero que baja hasta el terreno de Ingrid me faltaba el aire, pero seguí corriendo, y notaba como si unos puñales se me clavaran en el pecho, y corría y bajaba hacia el campamento, y me azotaban las ramas de los árboles. Dos faisanes salieron de pronto entre unos arbustos, batiendo las alas y graznando mientras se perdían en el bosque. Al acercarme más me llegó el olor de la leña, y la voz se calló. Frené y seguí andando los últimos metros cuando llegué a la parte llana, y salvé de un salto el riachuelo, junto a la poza, y mamá y Peppa estaban al lado de la hoguera, cubiertas con mantas, tomando té.

–¿Dónde está Ingrid? –dije.

Y mamá respondió:

–Todavía duerme. ¿Estás bien, Sal?

Mi respiración todavía era entrecortada, y tenía la cara congestionada y roja. Entré en el refugio de Ingrid y le toqué la frente y estaba tibia.

Abrió los ojos. Me sonrió. Y dijo:

–Estoy bien, Sal. Tú no te preocupes.

Me metí en la cama con ella y la abracé. Era poca cosa, huesuda, menuda como un bebé. El pelo le olía a humo y a pino.

Cuando Ingrid volvió a dormirse, salí de la cama y me acerqué a la hoguera. Mamá revolvía unas gachas en la olla, y Peppa preparaba los cuencos y el tarro de mermelada.

–Sal, ¿estás bien? –preguntó mamá.

–Ingrid está enferma –dije yo.

Peppa dijo:

–Le duele la espalda. Parte toda la leña con los pies, y se hace daño.

–Cuidaremos de ella, Sal –dijo mamá.

Comimos gachas con mermelada, y entonces Peppa dijo: «Me voy a correr», y salió disparada hacia el bosque, y yo le grité: «¡Ten cuidado!».

Pero ella ya se había ido.

Yo me quedé allí sentada con mamá, y ella se fumó un cigarrillo. Todavía había muchas cosas que quería decirle, así que le propuse: «Vamos a ver los tejones».

Mamá dijo: «Vale, está bien».

Al levantarse, vio la escopeta de aire comprimido apoyada en nuestro refugio y dijo: «¿Es de Robert?». Y yo le dije: «Sí, se la robé y me la traje». Mamá se quedó un buen rato mirándome y después dijo: «Venga, vamos».

Sobre la piedra plana que usábamos para sentarnos junto a la hoguera escribí «Vamos a ver los tejones» con una brasa apagada, en letras grandes, y dibujé una flecha que señalaba hacia la parte baja del valle. Mamá dijo: «Lo verá bien».

Me llevé una manta. El viento soplaba del noroeste, y nosotras seguimos un poco más junto al río antes de cruzarlo saltando sobre unas piedras. A mamá no le costaba caminar ni saltar por el bosque. A mí me daba miedo que se pusiera tiquismiquis, que le preocupara mojarse los pies o mancharse con el barro, pero era como yo. Parecía fuerte, y subía las cuestas a buen ritmo y cruzaba el río saltando sobre las piedras y aquel abrigo tan largo las rozaba, y yo no tenía que ayudarla. Caminamos por el fondo del valle, que era llano, y allí la neblina todavía estaba pegada a los árboles, que en aquella parte eran robles y avellanos, y también había algunos alisos y abedules.

–Si caminamos despacio y nos mantenemos con el viento en contra, tal vez los veamos salir –dije yo.

–Muy bien –dijo mamá.

Avanzamos muy despacio por la orilla en la que estaba la madriguera y nos detuvimos junto a un gran roble que quedaba a unos quince metros. Había un montón de barro y hierba seca en el exterior, y huellas en la nieve. Los tejones son menos activos en invierno, pero salen, sobre todo si encuentran tierra que no esté congelada en la que escarbar en busca de lombrices y babosas.

Nos sentamos sobre la manta, justo detrás del árbol, porque desde ahí se veía la madriguera, y yo levanté un poco la manta para cubrirnos con ella. Le enseñé a mamá a ajustar el monocular, y ella miró por él. No hacía mucho viento, y la madriguera se veía algo borrosa por la neblina, pero el punto negro de la entrada se recortaba bien contra la nieve.

Mamá bajó el monocular y me miró. Sonrió y me dijo:

–Peppa me ha contado que te ha venido la regla.

–Se lo cuenta a todo el mundo –dije yo–. Le parece gracioso.

–¿Estás bien? –me preguntó.

–Sí. Ingrid se ocupó de mí. Tuve que quemar las bragas. Ingrid me dio unos analgésicos y una piedra caliente para ponérmela sobre la barriga.

–Lo siento –dijo mamá–. No estaba contigo, cielo. Es horrible, ¿verdad?

—No pasó nada —dije yo—. Ingrid dijo que ahora ya soy una mujer.

Seguíamos observando la madriguera, y todo estaba en silencio, ni siquiera se oían los cuervos, ni un solo crujido de hojas. No se movía nada, y mamá estaba ahí sentada a mi lado, con la vista fija en la madriguera. Y entonces me rodeó con un brazo y nos quedamos así sentadas mucho rato.

De pronto apareció la cabeza de un tejón en el hueco de la entrada, con sus dos franjas negras, mirando hacia fuera, y mamá se puso tensa y me susurró: «Sal...».

Salió al momento, y se detuvo, y empezó a olisquear, y entonces salió otro, y detrás de él un tercero, que echó a correr y adelantó a los demás, y entonces se sentó y todos se pusieron a olisquear. El primero era el más grande. Hasta ese momento solo había visto tejones en una pantalla, y son más grandes de lo que parece y se mueven con gran suavidad, y se les arquea la espalda. Los dos primeros empezaron a escarbar la nieve y las hojas con el hocico, y uno de ellos no paraba de alejarse y volver corriendo, como si quisiera jugar. El más grande se puso a olisquear y siguió el rastro de las huellas, viniendo casi directamente hacia nosotras. Los otros dos lo siguieron, y los tres avanzaban arqueándose hacia mamá y hacia mí, y ella me agarró la mano y me la apretó con fuerza, y yo la miré y tenía la boca muy abierta y una gran sonrisa en los ojos, que también tenía muy abiertos, y brillantes, como si estuviera asombrada. Los tres tejones estaban cada vez más cerca de nuestro árbol, y nosotras seguíamos ahí sentadas, inmóviles. Se acercaron aún más, y los oíamos rebuscando en la nieve, volviéndose sin dejar de andar. El más grande se detuvo a unos cuatro metros de nosotras y levantó la cabeza y nos miró fijamente. Nos miraba directamente a los ojos, y los otros dos estaban detrás, con el hocico pegado al suelo, olisqueando, escarbando. Los otros dos levantaron la vista, y ahora los tres nos miraban. Yo tenía ganas de reírme, porque parecían tan desconcertados, y tenían aquellas orejas tan pequeñas en punta... Mamá soltaba el aire muy despacio. Y así estuvimos un buen rato, sentadas en el bosque silencioso, mamá y yo bajo un árbol mirando a los tres tejones.

Entonces se oyeron pisadas y roce de pies más abajo, cerca del río, y supe que era Peppa que corría por el bosque, y volví la cabeza. El tejón más grande se dio la vuelta lentamente y retrocedió trotando hacia la madriguera, seguido por los otros dos. Oí que Peppa gritaba: «¡Mamá! ¡Sal!», y que subía

corriendo entre los árboles, hacia nosotras. Los tejones se habían metido ya en la madriguera.

Mamá se echó a reír y dijo:

–No me lo puedo creer.

–Yo tampoco –dije–. Normalmente son nocturnos. Creo que una era la madre y los otros las crías. Las crías deben de tener casi un año, porque nacen en febrero.

Peppa ya había llegado y me oyó decirlo, y dijo:

–Como yo. Yo nací en febrero.

Y se encajó entre las dos como pudo y las tres acabamos tumbadas en el suelo, amontonadas las unas sobre las otras, y mamá dijo: «¡Peppa!».

Yo me incorporé y aparté a Peppa y dije:

–Ingrid diría que ha sido mágico.

Y mamá dijo:

–Es que lo ha sido. Nunca había visto algo así.

Peppa se puso de pie y empezó a sacudirse la nieve y las hojas y las ramas, y preguntó:

–¿Los habéis visto?

Y nosotras le dijimos que sí.

Nos levantamos y sacudimos la manta y empezamos a subir y mamá le contó a Peppa que habíamos visto los tejones, y ella quería volver para ver si los veía, pero yo le dije que no serviría de nada porque los habíamos asustado, y que tendríamos que volver alguna noche de luna.

Peppa dijo:

–Han salido porque te querían ver a ti, mamá.

–Sí, seguro –dijo mamá–. Todo el mundo quiere verme sobria.

Al llegar al campamento, Ingrid seguía en su refugio, y entramos a ver cómo estaba y ella se incorporó y nos contó que no se encontraba bien, que le dolía la espalda, los riñones. Mamá y Peppa avivaron el fuego una vez más y fueron a recoger más leña y yo puse agua a hervir y me senté con Ingrid. Ella estaba incorporada en la cama, con varias mantas a la espalda, y tenía la piel grisácea y se veía muy cansada. No quería comer nada, y yo le di los últimos cuatro ibuprofenos y la codeína que nos quedaba, y le preparé una infusión de pino con azúcar.

Le conté lo de los tejones y ella sonrió y dijo:

–Yo los veo muchas veces durante el día. Estos son especiales y les gusta la

luz del sol. En junio vi a las crías, cuando eran pequeñas. Les encanta jugar. El macho grande viene al campamento en verano, de noche. ¿Quieres saber dónde van en invierno? Bajan por el río y escarban en el barro y la tierra y vuelcan piedras bastante grandes en busca de insectos y babosas. Son unos animales muy fuertes. Cruzan el río incluso cuando el agua está muy fría.

—¿Y saben nadar? —le pregunté.

—Sí, sí, son unos nadadores excelentes. En verano las crías juegan en el río. Yo las he visto.

Entonces le dije si podíamos enseñar a mamá a hacer pan, y ella dijo:

—Sí, tiene que aprender.

Ingrid estaba demasiado cansada para salir, así que Peppa y mamá fueron a buscar toda la harina y la levadura y el cuenco grande y preparamos el pan junto a la hoguera. Mamá no paraba de reírse y decía: «¿Seguro que se hace así?», y yo entraba a cada rato a ver a Ingrid y le enseñaba la masa y ella me explicaba qué teníamos que hacer a continuación. Amasar costaba bastante, y las tres nos turnábamos y mamá y Peppa se arrojaban la masa la una a la otra como si fuera una pelota. Mientras reposaba junto al fuego, yo eché unas patatas entre las brasas para que se cocieran, y encendí el horno de leña y Peppa le contó a mamá todo lo que había leído en su libro nuevo, que era de un niño y su madre que se estaba muriendo de cáncer y cada noche un monstruo entraba en su habitación y le contaba historias de terror. Mamá dijo que parecía un libro triste, pero a Peppa le gustaba.

También le contó a mamá la historia de Secuestrado, y le dijo todas las palabras en escocés que salían en ese libro, y mamá se rio.

Cuando el pan ya había subido, yo removí todas las brasas y lo metimos en el horno, y mamá se sentó en el suelo a ver a través del agujero cómo se cocía. De vez en cuando gritaba: «¡Se está haciendo más grande!» o «¡Se está poniendo marrón!». Y estaba muy entusiasmada cuando lo sacamos y lo dejamos sobre una piedra plana para que se enfriara. Se veía precioso, y desprendía el mejor olor del mundo.

Tuvimos que acompañar a Ingrid para que fuera al baño, y la dejamos allí, porque dijo que quería estar sola mientras hacía sus cosas. La ayudamos a volver cuando nos llamó, y entonces nos pidió que calentáramos agua y la pusimos en el cuenco grande, para que pudiera lavarse. Y encendimos algunas de sus velas en su refugio cuando empezó a atardecer.

Mamá, Peppa y yo cenamos patatas con queso y pan, pero Ingrid dijo que no

tenía hambre y se quedó en su refugio. Después de cenar me puse la linterna frontal y me fui al bosque, cerca del campamento, y encontré otro fresno joven y corté una rama de unos dos metros de largo. Entonces me senté delante de la hoguera y empecé a pelarle la corteza y a desbastarla con el cuchillo. Pensaba aplanar un lado, y después usar resina de pino para pegar los dos palos de fresno, uno por cada lado, a un pedazo de abeto. Mientras la resina se secaba lo ataría todo con la cuerda, y después le daría a todo forma de arco. Había visto en YouTube cómo se hacía: hay que seguir desbastando, rebajando los dos extremos y dejar la rama más gruesa en el centro. Con el cuchillo de Bear Grylls era fácil tallar madera. Y la madera laminada es la más resistente, eso me lo había enseñado Ian Leckie.

Peppa se puso a leer su libro con la lucecita, y mamá entró a ver a Ingrid. Todo estaba en silencio, solo se oía el crepitar del fuego. Aquello era lo que más me gustaba del mundo. Sentarme junto a una hoguera de noche y oír ese sonido, y tallar madera. Empezó a soplar una brisa ligera, y venía del oeste y era menos fría.

Oía a mamá y a Ingrid charlando, pero no distinguía lo que decían, y me llegó el olor a cigarrillo y supe que estaban fumando tabaco de liar, e Ingrid tosía un poco. Mamá se pasó mucho rato ahí metida, mientras yo tallaba la madera y Peppa leía.

Después mamá se metió en su refugio, y empezó a llover, y a mí me daba miedo que le entrara agua por el techo, y entré con la linterna frontal, y ella estaba dormida. La cubierta de abeto funcionaba, y no había goteras y todo estaba seco dentro, y se estaba caliente.



## 17

### Niebla

Ya no llovía, y la nieve se había fundido, solo quedaban algunas capas grises de hielo entre las piedras y detrás de los refugios. La niebla era muy densa y blanca, y no se veían ni los árboles desde las entradas. Conseguí encender unas ramas cuando amanecía, y tuve que usar mucha madera de la mitad de la pila que guardábamos en el cobertizo, porque la de fuera estaba húmeda. El fuego desprendía mucho humo, que ascendía hacia la niebla y quedaba suspendido sobre el campamento formando una nube.

Al mirar hacia abajo, hacia el río, todo parecía un mar blanco y plano y apenas se distinguían los árboles, eran solo líneas grises en la niebla. No hacía viento, y se formaban unas perlas de agua plateada sobre las ramas de abeto de los refugios, y en las mangas de mi forro polar cuando estaba junto a la hoguera echando más leña. Fui apilando troncos a los dos lados del fuego para que se secaran, y me fui a buscar agua al río.

Mamá salió de su refugio y fue a hacer pis en la letrina y volvió enseguida junto al fuego y se sentó con el abrigo gris puesto y se encendió un cigarrillo de liar. Yo preparé el té. Lo tomamos solo con azúcar, porque se nos había terminado la leche pasteurizada, y tampoco la teníamos fresca.

Mamá estaba sentada junto a la hoguera, calentándose, y al cabo de un tiempo dijo:

—Ayer estuve hablando un buen rato con Ingrid, Sal. Le conté muchas cosas de nosotras y del piso. Y de Robert. Le hablé mucho de mi afición a la bebida. Sabe mucho sobre ese tema. Ha tratado a gente con problemas con el alcohol. La verdad, Sal, es que no puedo estar aquí. Y ella tampoco. Y tú tampoco. Ni Peppa.

—¿Por qué? —le pregunté.

Mamá encendió otro cigarrillo y se pasó la mano por la frente. Tenía gotitas de humedad por todo el abrigo.

—Mira, Sal. Sé que tú querías esconderte y sobrevivir y ya lo has hecho, y sé que has cuidado de Peppa porque yo no lo hacía. Eso lo sé y lo siento. Soy

alcohólica y solo podré sobrevivir si me mantengo sin beber. Y, bueno, lo primero que tengo que hacer es estar con gente que me mantenga sin beber.

–Yo puedo mantenerte sin beber –dije.

Mamá dijo:

–Ya lo sé. Ya sé que es lo que quieres, pero no puedes, Sal. Solo yo puedo, y solo puedo con gente que entiende de rehabilitación, y con Ian. Tú no tienes por qué mantenerme sin beber. Ahora que he empezado la rehabilitación sé lo que me pasa, y no puedo pretender que seas tú la que lo haga todo y la que cuide de mí y de Peppa constantemente.

No dije nada. Me levanté y cogí el arco y volví a sentarme, y me puse a desbastarlo con el cuchillo. Mamá seguía hablando.

–Hay algo más. Ingrid cree que está muy enferma. Muy muy enferma. Cree que tiene cáncer y que todo el dolor de espalda es del cáncer. Le duele mucho, Sal, y tiene que ir a un hospital para recibir un tratamiento adecuado. Necesita médicos, y medicamentos.

–¿Se va a morir? –le pregunté.

–Sí, se morirá... si no recibe el tratamiento adecuado. Podría mejorar, pero no aquí en el refugio, en el bosque.

–No pienso dejar sola a Peppa –dije–. No voy a dejar que me separen de Peppa.

–Mira, Sal –dijo mamá–. Yo no sé lo que va a pasar. Está bien, escúchame. En rehabilitación solo tenía que hacer dos cosas: no beber y ser sincera. Así que tenía que enfrentarme a las cosas y hablar y ser sincera sobre todo lo que hacía. Sobre todas las cosas que os he hecho a Peppa y a ti. ¿Entiendes, Sal? Tenía que ser sincera y decir la verdad. Si eres sincera y dices la verdad, entonces mejoras. Yo he mejorado, ¿no es cierto?

Me levanté y me acerqué al refugio de Ingrid y vi que estaba incorporada en la cama y que tenía los ojos cerrados. Me quedé ahí de pie, observándola. Ella abrió los ojos y me sonrió y me dijo: «Estoy bien». Se frotó un poco la cicatriz pequeña que tenía en la mejilla. Volví a salir.

Ahora el viento soplaba con más fuerza y las copas de los árboles empezaban a verse mejor a lo largo del valle, y comenzaban a balancearse. La niebla se rizaba como las olas. El corazón me empezó a latir con fuerza, y tenía calor, y me notaba colorada. Tenía un nudo en el pecho, y respiré hondo varias veces para aflojarlo. Cuando me alejé del fuego empezó a temblarme una pierna, pero llegué un poco más allá y eché a correr.

Oí que mamá gritaba: «¡Sal!», pero yo seguí corriendo por el terreno llano del campamento, y después hacia abajo, hasta los árboles que empezaban más allá de las zonas de hierba y los helechos y las piedras redondas. La niebla todavía era espesa cuanto más bajaba, y entré en ella corriendo y no veía lo que venía a continuación, solo corría y respiraba aquel aire tan húmedo. El suelo estaba empapado y lleno de charcos pequeños y de hojas mojadas, y cuando las pisaba me salpicaba el agua. Todavía llevaba el cuchillo en la mano, y por el rabillo del ojo veía brillar el filo cada vez que el brazo subía y bajaba. Seguía corriendo, y notaba la sangre que me latía en los oídos al ritmo de mis pies, que golpeaban el suelo.

Llegué al río y seguí corriendo por la orilla, y en un punto en el que se estrechaba lo crucé de un salto y pasé por encima de unas rocas altas y, ya en el otro lado, subí corriendo entre los árboles, esquivándolos como podía cuando la niebla no me dejaba verlos hasta que los tenía casi delante.

Y entonces me detuve.

El retumbar que oía en mi cabeza seguía, el bum, bum, bum de mis pies y de la sangre. Me quedé quieta en la niebla, y respiré hondo para que entrara en mí. Yo estaba en una cueva blanca, rodeada de niebla y de troncos de abedules. El retumbar de mi cabeza cada vez era más débil. Hasta que paró, y yo respiré hondo otra vez, y despacio, sin oír nada.

El aire que entraba en mis pulmones era suave y ligero. Notaba la piel tirante, tibia. Las palabras que había pronunciado mi madre me rebotaban en la mente. Sobria. Cáncer. No puedo. Esconderme. Sobrevivir. Sinceridad. Verdad. Dolor.

Entonces ladró un perro, y estaba cerca. Y después oí una voz. La voz de un hombre que gritaba. Y la voz de otro hombre. Eran voces graves, y a través de la niebla llegaban secas. Pasos, pisadas fuertes. Una figura de un amarillo intenso, borrosa, que se movía. Crujidos y un pitido. Una voz por radio, y la voz grave de un hombre que decía: «De acuerdo».

Me di la vuelta y retrocedí corriendo. El perro ladraba más. Corrí, salté, y volví a cruzar el río y subí corriendo, rozando los árboles. A medida que subía la niebla se volvía más fina, y la sangre me retumbaba en los oídos.

Seguí corriendo al llegar a la parte más empinada hasta adentrarme en el sendero pequeño que pasaba por el terreno de Ingrid, y cada vez había menos niebla, y llegué al campamento y Peppa y mamá estaban junto a la hoguera. Cuando mamá me vio gritó: «¡Sal! ¡Deja ese cuchillo!». Yo bajé la mirada y

todavía lo tenía en la mano. Peppa vino corriendo hacia mí, y había llorado. La abracé y me acerqué al fuego.

–Se lo he contado a Peppa –dijo mamá.

La niebla empezaba a levantarse en nuestro campamento, y todo estaba cubierto de gotas plateadas que brillaban. Entré en el refugio de Ingrid, y ella estaba sentada en la cama.

–Hay hombres y perros en el bosque, Sal. Los huelo –dijo.

–Ya lo sé –dije yo.

Tenía la cara en sombra, y me acerqué más y me arrodillé delante de ella. Ingrid levantó la cabeza y sonrió y le vi los dientes alargados y blancos, la pequeña cicatriz de la mejilla. Ella me miraba y sonreía, nada más. Al cabo de un rato dijo:

–Va a pasar algo, Sal. Y no creo que puedas hacer nada ahora mismo. Creo que ya has hecho todo lo que podías. A veces no se pueden impedir las cosas.

Las lágrimas brotaron de la nada, pero mi cara seguía inmóvil, y me salían las lágrimas y me caían por las mejillas. Ingrid alargó la mano y me rozó la cabeza.

–Tú me has traído luz –le dije–. Gracias.

Notaba aún el calor de su mano en la cabeza cuando me levanté y salí. Me sequé las lágrimas para que Peppa no viera que había llorado. Ella estaba de pie junto a la hoguera con mamá, y se mordía el labio. El fuego empezaba a apagarse y hacía frío, y solo una columna muy pequeña de humo salía de él.

Miré a mi alrededor y vi los tres refugios, el nuestro, el de Ingrid y el de mamá, y la cubierta hecha con ramas de abeto que cubría el fuego y el cobertizo de la leña y el horno de pan. Había bragas y camisetas colgadas del tendedero que había hecho con la cuerda de nilón, y ollas y tazas en el gran cuenco de hojalata, junto a la hoguera. La escopeta estaba apoyada contra la pared de nuestro refugio, y la caña de pescar, contra el de mamá. Las tres ramas de madera para el arco estaban ya desbastadas, sobre una de las piedras que usábamos para sentarnos. La lata de resina de pino de Ingrid seguía junto al fuego apagado. El aire estaba en calma y en silencio. Mamá le había puesto la mano en el hombro a Peppa, y las dos me miraban.

El helicóptero apareció de pronto. Ni siquiera lo oímos acercarse, apareció sobre los árboles detrás de nosotras, con un ruido ensordecedor –chop, chop, chop–, tan ensordecedor que teníamos que gritar para oírnos. Era de la policía. Veía a un hombre sentado que observaba por un lado y hablaba por

teléfono y nos miraba desde las alturas. Cogí a Peppa de la mano y le dije: «¡Corre!», y Peppa gritó: «Mamá», y salimos corriendo y mamá corría detrás de nosotras.

—¡Sube! ¡Sube hasta el páramo! —le grité a Peppa. Y ella nos tomó mucha ventaja, y mamá me seguía y gritaba: «¡Sal!».

Subíamos por el bosque en fila. Peppa iba delante y se volvía de vez en cuando para ver si la seguíamos. A mamá le faltaba el aire, y yo la esperaba y la agarraba de la mano y tiraba de ella.

El helicóptero seguía suspendido sobre el campamento, pero subió más y pudimos verlo mejor, y a un lado tenía escrito: «POLICÍA». Entramos en la zona de pinos escoceses, donde el suelo estaba lleno de agujas largas que salpicaban y escupían agua cuando las pisábamos.

Yo no tenía nada en la cabeza, solo «escapa y que no te pillen». Y también «quédate con Peppa», y también «quédate con mamá». Y también Ingrid.

Peppa estaba más adelantada, entre pinos, y cuando llegó al límite del páramo se detuvo. Mamá y yo nos abríamos paso entre las ramas, y al llegar también nos detuvimos y contemplamos el páramo. Todavía quedaban placas de nieve, que se hacían más grandes a medida que subíamos hacia Magna Bra y las piedras antiguas.

Peppa dijo:

—¿Por dónde?

—No podemos seguir corriendo —dijo mamá—. Nos encontrarán.

Yo seguía ahí de pie, mirando hacia arriba, hacia las piedras antiguas, donde la nieve se extendía en unas franjas largas y anchas entre las que crecía el brezo. En la parte más alta casi todo estaba aún totalmente blanco. Con el viento, el sol se abría paso por debajo de las nubes y durante un segundo inundó de luz todo el páramo, pero en seguida se ocultó y todo volvió a ser gris y apagado. El sonido cortante de las aspas del helicóptero todavía se oía detrás de nosotras. Yo respiraba hondo, y pensaba, e intentaba parar y planificar. Quería que se me ocurriera un plan. Algo manejable, asumible, que se pudiera llevar a cabo de inmediato y que fuera un paso más hacia nuestro éxito.

—¿Por dónde, Sal? —dijo Peppa—. Ya vienen.

La nieve era grisácea y húmeda, y yo no podía seguir caminando y los sonidos que me rodeaban se alejaban de mí. Las agujas de alerce bajo mis

pies eran amarillas, y el aire frío parecía inmóvil bajo el cielo gris. Algo en mí estaba cambiando. Algo que era como el silencio. Algo que era blanco.

–No voy a dejar sola a Ingrid –dije.

Mamá me abrazó y me dijo:

–Y yo no te voy a dejar sola a ti.

Peppa dijo:

–¿Nos van a separar?

Y yo dije:

–No.

Todavía tenía en la mano mi cuchillo de Bear Grylls. Lo miré y lo arrojé con todas mis fuerzas al páramo, y desapareció entre el brezo y la nieve.

Dimos media vuelta y empezamos a bajar. Pasamos de nuevo entre los pinos escoceses, y por el bosque en pendiente. La niebla ya se había disipado por completo y el sol volvió a salir y bajo su luz todo parecía dorado.

Cuando llegamos a la cresta que quedaba justo encima de nuestro campamento, el helicóptero seguía suspendido allí, y había tres policías. Uno de ellos estaba de pie en el exterior del refugio de Ingrid, y hablaba por una radio. Otro llevaba un perro sujeto con una correa que husmeaba todo el campamento. La tercera era una mujer, y fue ella la que nos vio acercarnos y dijo algo por su radio y se adelantó para recibirnos.

# 18

## Casa

Peppa bailaba de un lado a otro en bragas. Mamá hablaba por teléfono y yo miraba por la ventana hacia el jardín pequeño que había delante. Peppa había puesto una canción de Salt-N-Pepa en YouTube y se paseaba cantando: «Oh, push it... push it real good... Oh, push it...», y meneando el culo.

Había vuelto a nevar y los tiestos y el banquito estaban cubiertos de nieve. El jardín era todo blanco y esponjoso, y el sol empezaba a ponerse.

Mamá colgó y dijo:

–Ian viene en cinco minutos. Peppa, ponte los pantalones y las zapatillas nuevas.

Y Peppa le contestó que sí con acento americano.

Ian Leckie aparcó su coche fuera y lo vi bajarse y abrir la verja pequeña y acercarse, y yo fui a abrirle la puerta, y él dijo: «La guapa Sal» y me dio un abrazo. También abrazó a mamá y dijo: «¿Todo bien?». Mamá dijo que sí, y Peppa salió corriendo de nuestra habitación con los vaqueros y las zapatillas deportivas puestas y lo saludó en tono burlón. Ian le dijo: «Hola, Peppa».

Mamá dijo:

–Entra, entra. Tenemos que ponernos en marcha, porque para llegar hasta allí hay una hora de viaje. Sal, ponte el forro polar, hace frío.

Entré en la habitación de invitados en la que lo había dejado. Había una cama, y el colgador que Ingrid tenía en su refugio, con toda su ropa y la chaqueta china. Junto a la cama estaban todas sus botas metidas en cajas de plástico.

Peppa se sentó delante, y mamá y yo en el asiento trasero. Los servicios sociales pagaban la casa, y teníamos tres dormitorios, como en nuestro piso, y todos estaban al mismo nivel, y no había escaleras. Ian venía a vernos muy a menudo y nos llevaba a muchos sitios. A mamá la llevaba a reuniones, y a mí a entrevistas y visitas con el psicólogo, y al día siguiente iba a acompañarme otra vez al juzgado y me dirían el tiempo que iba a pasar encerrada. Iría sola con Ian, y a mamá le preocupaba que me sintiera sola. Yo ya se lo había dicho:

tenía una abogada, dos asistentes sociales, una psicóloga-educadora, un psicólogo policial, un especialista en salud mental y un agente policial de enlace. Y tenía a Ian. No me sentiría sola.

Había participado en cuatro reuniones con la policía y en cuatro entrevistas con psicólogos, y en tres con asistentes sociales. Como sabía que a mamá no podían acusarla, se lo conté todo a la policía, desde que había empezado a pensar en matar a Robert hasta que salí del bosque. Tuve que contarles que Ingrid había robado el Rolls-Royce, porque además ya lo sabían y en realidad fue por eso por lo que nos pillaron, pero tardaron tres días, y durante el primero solo nos buscaron por el bosque de abajo, junto a la carretera, y ni se acercaron hasta donde estábamos nosotras. Pregunté si Adam nos había delatado, pero no sabían ni quién era. Las dos agentes que me interrogaron eran mujeres, y se portaron bien conmigo y no eran tan tontas como los hombres.

Tenía una abogada que se llamaba Fiona McKenzie, que me acompañaba siempre, y me adoraba y consiguió mi libertad con fianza y medidas cautelares. Me dijo que no era habitual conseguir la libertad bajo fianza en casos como el mío, pero que el tribunal había oído los informes de los servicios sociales y los psicólogos y que iban a ponerme bajo la custodia de un tutor.

No se cansaba de decirme que no iba a ir a la cárcel, sino a un lugar seguro para niños con dificultades, y que allí podría montar en canoa y escalar rocas y a mí me parecía que seguramente estaría bien. Todavía no sabíamos cuánto tiempo tendría que pasar allí, pero ella decía que eso dependía de lo que contara a los psicólogos y los asistentes sociales, y de lo que pensara el juez.

Mis asistentes sociales se llamaban Kathryn y Neal, y también me acompañaban siempre y nos reuníamos muchas veces y me preguntaban muchas cosas sobre Robert y sobre lo que había pasado y si yo no quería pronunciar las palabras «polla» o «huevos», me hacían señalar esas partes en unos muñecos, pero yo las decía y ya está. Me preguntaban muchas cosas sobre mamá, y yo tenía que ir con cuidado, porque no quería que la acusaran de descuidarnos y le echaba la culpa de todo a Robert y les decía que mamá no sabía nada y que nos preparaba la comida y se ocupaba de nosotras y hacía pan, lo que en parte era verdad porque en el bosque nos había preparado pan. Me preguntaban si estaba enfadada, y yo decía que no, pero sí me enfadé cuando empezaron a hablar de Peppa y de lo que le había ocurrido a ella, y yo



les dije que a ella no le había pasado nada. Yo tenía un plan y lo había preparado todo para que a ella no le pasara nada, desde que nació hasta que tenía diez años.

Me preguntaban muchas cosas sobre Ian Leckie, y decían que lo estaban investigando y que el juez quería nombrarlo nuestro tutor legal, y que de esa manera podría llevarnos a los sitios en su coche y asegurarse de que mamá no bebiera.

Me preguntaban muchas cosas, muchísimas, sobre Ingrid, y yo les conté la historia de su vida desde el principio hasta que nos conoció, y Neal no paraba de bostezar. No les conté que me abrazaba, ni que yo me metía en su refugio y me acurrucaba a su lado, ni que le daba besos, porque entonces pensarían que era una vieja perversa que abusaba de nosotras. Les conté que nos había cuidado y nos había enseñado muchas cosas y que nos había llevado a ver a la Diosa. Les conté que se había ocupado de mí cuando me había venido la regla, y que hacía velas y preparaba pan y que le había cosido un gorro a Peppa y a mí me había regalado un monocular y que aquello me había hecho llorar. Les conté que la quería mucho y que era la mejor persona a la que había conocido en todo el mundo.

Kathryn y Neal eran simpáticos, pero un poco gilipollas. Ella llevaba algunos mechones teñidos de verde, y un jersey hippie, y Neal tenía el pelo blanco y no dejaba de bostezar y de decir: «Ajá... ajá... ajá...». Llevaba botas de montaña en plena ciudad, limpias, impecables. Decían que estaban preparando un plan de atención para Peppa y para mí. A mí me habría gustado decirles que eso ya lo había hecho yo, pero no se lo dije.

Peppa todavía llamaba «Cheryl» a la Diosa, y hablaba de ella como si fuera real y pudiera hacer algo por nosotras si le rezábamos. Si yo perdía algo o Ian no encontraba aparcamiento, Peppa nos decía: «Rezadle a Cheryl y ella os ayudará...». Yo sabía que se estaba burlando, pero Ian creía que lo decía en serio y me decía: «¿Es religiosa de verdad?». Y yo le decía que sí. Una vez, cuando hacía poco que Ian había empezado a llevarnos a los sitios, no encontrábamos aparcamiento fuera del centro donde se celebraba una reunión del tribunal de menores a la que debíamos asistir, y Peppa dijo que le rezáramos a Cheryl y en ese momento salió un coche justo delante del edificio y aparcamos allí. Y Peppa dijo: «El poder de Cheryl...». Ian parecía desconcertado.

A Peppa y a mamá les hacían muchas preguntas también, y nos dejaban

juntas muchas horas en una habitación a las tres con juegos de mesa y libros y revistas y mamá decía que sospechaba que nos estaban vigilando desde fuera para ver si ella demostraba que era mala madre. Pero no lo era.

A Peppa le preguntaron cómo se había hecho aquellas cicatrices en la mano y ella les contó lo del lucio, y no paraban de preguntarle si tenía miedo cuando estábamos en el bosque, y ella les decía que solo el día que ellos llegaron a buscarnos.

Ian Leckie iba a la policía y a las reuniones de los servicios sociales con mamá y les contaba muchas cosas sobre la enfermedad de ella y, les decía que ya no bebía y que estaba mejor.

Los psicólogos me preguntaban muchas veces cómo me sentía. Uno no dejaba de preguntarme si estaba enfadada con mamá y con Peppa y yo decía que no, que por qué iba a estar enfadada con ellas. También me preguntó muchas cosas sobre matar, y me preguntó cómo me sentía cuando mataba algo y yo le dije que dependía de lo que fuera. Le hablé de cuando maté a Robert y de cuando mataba conejos y peces y la perdiz. Le conté que había decidido no matar ciervos después de haber visto uno, y que no quise matar más conejos después de ver que uno alertaba a los otros. Él decía que yo siempre hablaba de las cosas que pasaban y no de cómo me sentía yo sobre las cosas que pasaban, y yo le dije que era lo mismo.

Pero es que yo no sabía cómo me sentía y sigo sin saber cómo me siento hasta que me empieza a latir el corazón y noto un dolor en el pecho o en la cabeza, o hasta que desaparezco y lo veo todo desde un espacio negro. Aunque no le conté nada de eso. No sé por qué a todo el mundo le preocupa tanto saber lo que siente. En realidad lo que sentimos no importa. Lo que importa es saber cosas y hacer cosas.

En el coche, Peppa hablaba en alemán con Ian. Señalaba partes del coche y le enseñaba cómo se decían en alemán. Ha aprendido mucho más por internet desde que salimos del bosque, y a veces nos dice a mamá y a mí frases enteras en alemán. Si mamá le pregunta algo, a veces ella contesta en alemán, y mamá se enfada con ella y ella dice: «Warum bist du böse Mutti?», que significa «¿Por qué estás enfadada, mamá?». Ahora dice muchas más palabrotas en alemán, y en el coche empezó a soltar tacos en alemán delante de Ian, y las cosas que decía eran muy fuertes. Y mientras él conducía ella le hacía decir: «Lecken mein Hoden». Y yo no sé qué significa eso, e Ian tampoco, pero cuando él lo dijo Peppa casi se meía de la risa, y se puso de rodillas en el

asiento y se volvió y nos miró a mamá y a mí. Y empezó a dar saltos, con los ojos brillantes, enseñando aquellos dientes blancos tan bonitos.

Si los asistentes sociales creían que a Peppa le habían destrozado la vida mamá y Robert y el piso, y no tener padre, deberían haberla visto en ese momento, riéndose y botando de un lado a otro y gritando: «¿Sabéis lo que acaba de decir?», y nosotras nos reímos aunque no sabíamos lo que había dicho.

Kathryn y Neal eran gilipollas pero dijeron algo que era verdad, y lo que dijeron era que íbamos a seguir juntas, e incluso cuando a mí me metieran en aquel sitio para niños conflictivos, Peppa se quedaría con mamá y dijeron que siempre que mamá no bebiera, seguiríamos juntas.

Yo iba a cumplir catorce años dentro de una semana. Peppa dijo que me cantarían «Noche de paz» en alemán, porque mi cumpleaños era el día de Nochebuena, pero yo sabía que no estaría allí después de mi visita a los juzgados del día siguiente. Mamá también lo creía, pero no dejó que Peppa la viera llorar. Mamá dijo que Jackie, de rehabilitación, iba a venir a cortarle el pelo y que también se lo cortarían a Peppa cuando yo me fuera con Ian por la mañana. A mamá ya se le veían las raíces.

Ian empezó a frenar y a mirar a un lado y a otro, y vimos el cartel del hospital de enfermos terminales. Nevaba. Nos quedamos un momento sentados en silencio dentro del coche, en el aparcamiento. No veía bien la entrada porque la nieve se arremolinaba y creaba formas grises y plateadas. La luz de la entrada era cálida y dorada y brillaba a través de los copos. Había un árbol sin hojas, muy pequeño, en el césped que teníamos delante, envuelto en una ristra de luces de Navidad plateadas. Se mecía con el viento. A su lado había un estanque. Los copos de nieve caían sobre el agua y desaparecían. Primero blancos, y luego nada.

Entonces todos nos bajamos del coche y entramos.

## Agradecimientos

Siento una gratitud profunda hacia mi hermosa esposa, Jill, sin la que no se me habría ocurrido escribir este libro, ni terminarlo. Ella es la mejor persona a la que he conocido en este mundo. Un amor igual y el mismo agradecimiento, lo siento por mis maravillosos hijos Jimmy, Molly y Susie. Gracias a todos los miembros de mi familia, sobre todo a mi hermano mayor Jim y a su mujer, Bev, a Paddy, Melica, Seth, Sadie, Ezra, Dave y a Jenny, Richard y Tamsin, a Andrew, Claire y a todos los Finighans y O'Briens de Gales.

Gracias a todos los amigos que me han aguantado y, aunque son demasiados para nombrarlos a todos, lo intentaré: John Sexton, Freddie Nolan, Jenny Fraser, Alan McCredie, Joe McCredie, Eilidh Cownie, Rupert Crisswell, Kate Gilbertson, Catherine Kerr-Dineen, Zoe Darbyshire, Pete Kill, Trent Baker, John Cheshire, Nick y Nicky Crowhurst, y Bob Travis.

Muchísimas gracias a mi agente Cath Summerhayes y a todos los que trabajan en Canongate Books; a Rafaela Romaya, Jenny Fry, Jo Dingley, Rona Williamson, Anna Frame y Vicki Watson por su talento, su apoyo y su entusiasmo. Gracias también a mi correctora de estilo Alison Rae, a mi correctora tipográfica Lorraine McCann y al diseñador de la cubierta Robert Hunter.

\* Whig, o whigmore, era el nombre que coloquialmente se daba en Gran Bretaña al integrante de una facción política que entre los siglos xvii-xix buscaba limitar la autoridad real. En Secuestrado, el término aparece en diversas ocasiones. (N. del T.).

Título: *El refugio*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© Mick Kitson, 2018

© de la traducción, 2018 de Juan José Estrella González

Imagen de la cubierta: © Karina Vegas/Arcangel images

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore  
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

ISBN: 978-84-17128-87-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico – incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos